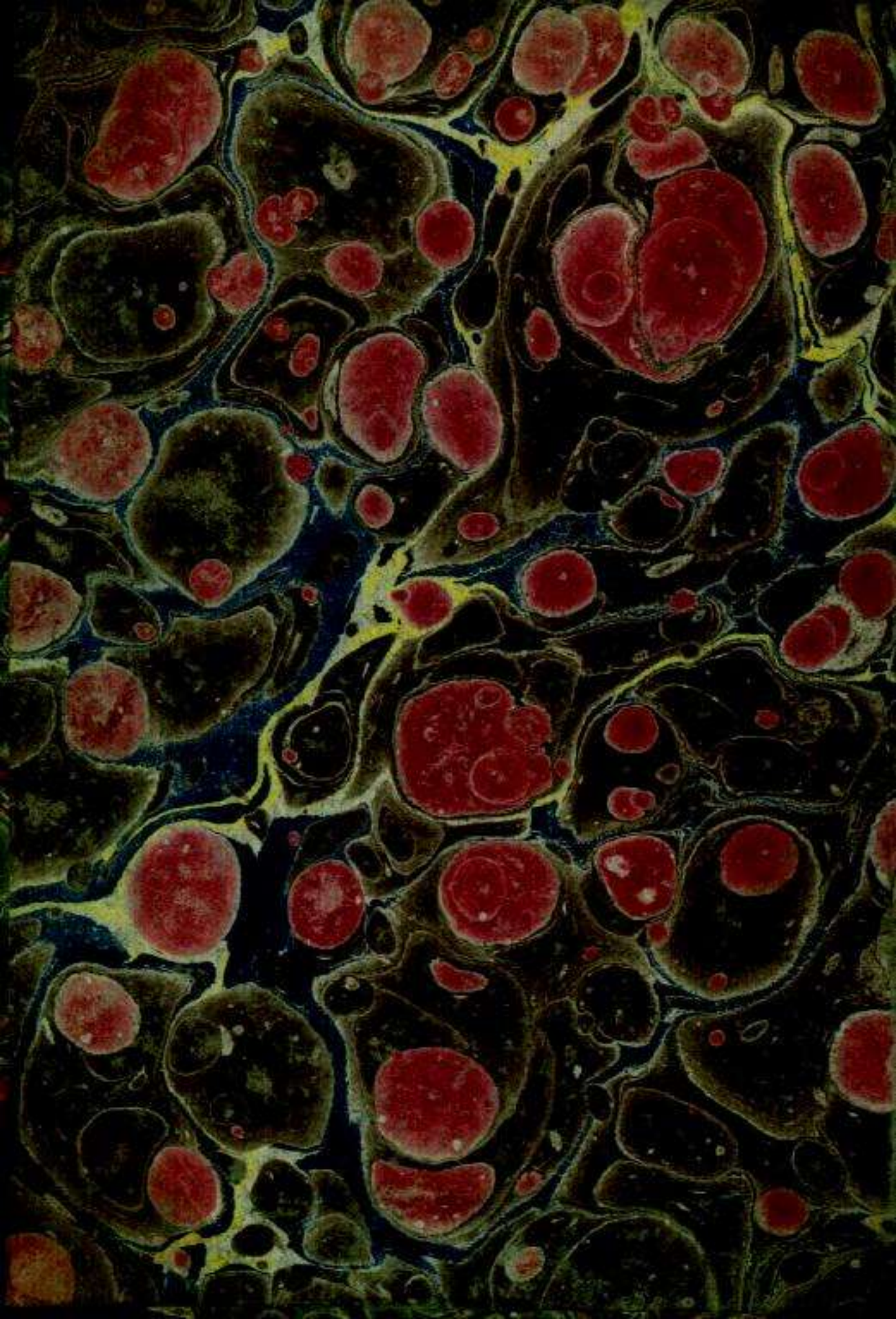


288
LARIO

MARTIN

EL ESPOSITO.

DONACION
Dr. RAFAEL LARIO PEREZ

Dejamos á nuestra espalda el coche presa de las llamas.

MARTIN EL ESPOSITO,

ó

MEMORIAS DE UN AYUDA DE CAMARA.

ORIGINAL DE EUG. SUE,

traducida por EL DONCEL.

TOMO VII.

MADRID—SOCIEDAD LITERARIA—1846.

Imprenta de D. Wenceslao Ayguals de Izco.

XXII.

EL OASIS (1).

DEJAMOS á nuestra espalda el coche presa de las llamas y seguimos al galope de nuestra cabalgadura casi toda la noche.

Faltaba muy poco para despuntar el alba cuando Lucifer sin fuerzas, rendido ya, cayó estenuado en mitad del

(1) Oasis, ciertas islas muy frondosas que que se hallan en medio de los desiertos del

camino siéndonos de todo punto imposible, á pesar de cuantos esfuerzos hicimos, lograr que se levantára; esperamos el dia en medio de los bosques en que nos hallábamos hacia algunas horas; nuestro gozo rayaba en locura; presto se borró la impresion de terror y piedad que nos habia hecho á Vascona y á mí la terrible venganza de Bamboche ante el recuerdo de los malos tratamientos y crueldades de que habiamos sido víctimas; y nos pareció tan cruel martirio justa y merecida represalía que podia castigar la bárbara conducta de nuestros nerones.

En el entusiasta gozo que nos cau-

Africa. Aunque situadas en áridas soledades los oasis son islas muy fértiles donde crecen todos los árboles del Africa y donde hay abundancias de agua. Así esta clase de islas son mas bien vergeles que islas propiamente dichas.

saba vernos libres, formábamos mil proyectos todos á cual mas descabellados; íbamos por fin á disfrutar todos los goces, todas las dulzuras de una vida libre, ociosa y opulenta, porque eramos ricos, sumamente ricos, pues Bamboche nos lo aseguraba; y nosotros teniamos buen cuidado en contradecirle mayormente cuando al amanecer debia este enseñarnos nuestro tesoro.

Mucho nos sorprendia, mucho nos halagaba esta inesperada riqueza, pero nada era para nosotros semejante halago, en parangon con la dicha que inundaba, tanto el corazon de Vascona como el mio, por vernos dueños absolutos de nuestros deseos, y disponer de los dias que íbamos á pasar juntos, abandonándonos á todo el arrobo y alegría que podia caber en nuestras almas infantiles.

Bamboche, que se atenia á resul-

tados positivos en cuanto hacia, no cesaba de enumerar los ricos vestidos que tendria Vascona, ni tampoco las diversiones sin cuento de que íbamos á disfrutar, recuerdo tambien que me hablaba mucho de un magnífico reloj de oro con el cual deseaba regalarme.

En vano traté de hacerle gastar menos suplicándole no comprase cosa de tanto valor, no hubo medio, lo tomó á pechos y quiso llevarlo á cabo. Tan rara joya debia ir acompañada de una cadena y sellos del mismo metal; debiendo ademas ir grabadas en el guarda polvo del reloj las siguientes palabras: *regalo de Vascona y Bamboche á su hermano Martin*. Cómo resistir á semejante propuesta? Acepté. Lo único que faltaba era comprar.

Solazábase tambien mi compañero en la descripcion de su trage, y por consiguiente del mio, pues ambos de-

biamos vestir siempre de un mismo modo, como dos hermanos; proponiase Bamboche hacernos un frac azul, chaleco escarlata, calzones agamuzados y botas de campana con sus correspondientes borlas; agitóse largo rato la cuestion de saber si las borlas serian negras ó de oro. Vascona puso término á ella, dando ya pruebas de un buen gusto precoz, diciendo que las borlas serian sencillamente de seda negra. Ese trage debia alternar con una levita polaca de paño verde con alamares negros y cuello de pieles, vestimenta un si es no es militar, cuyo heróico tipo se veia completo, merced á un pantalon mezclilla oscura con ancha franja escarlata. En lo concerniente á Vascona solo entraban plumas, raso, terciopelo y brillantes. Es inútil añadir que no se quedó el coche en el tintero.

Entretenidos con tan bellas pláti-

cas hijas de ilusiones no menos bellas sorprendiónos el dia; cosa que nos alegró en grado sumo, pues Bamboche nos habia prometido probar cuan cierto era que poseiamos una riqueza colosal, así que amaneciese.

Nos hallábamos sentados al pié de un árbol en lo mas frondoso del bosque; á pocos pasos de nosotros yacia el cuerpo inanimado de Lucifer; acercóse Bamboche á él desató de la albarda donde se hallaban fuertemente atadas dos pesadas bolsas de cuero que yo no habia reparado en el terror de nuestra fuga.

Trajo Bamboche aquellas dos fundas y nos las puso delante con solemne ademan; ardíamos en impaciente deseo de ver lo que dentro encerraban.

Desbebilló Bamboche la especie de tapa que cubria una de las bolsas, y

no sin sorprendernos ni quedarnos algun tanto chasqueados, vimos un par de pistolas llamadas vulgarmente de medio arzon, y un bote de pólvora.

—A esto se reduce todo?..... Y es esto nuestra riqueza?... esclamó estupefacta Vascona.

—Esto era lo que la hubiese defendido á la par que á nosotros mismos, si Lebrelin pudiendo escapar de su asador, hubiese intentado correr á nuestro alcance.

—Ah! bueno... repuso Vascona, veamos ahora nuestras riquezas.... anda... no seas pesado...

—Hélas aquí, dijo triunfalmente Bamboche sacando de la otra bolsa de cuero un saco de piel del tamaño de un *ridículo* que se cerraba con una boquilla de plata ya negruzca de puro vetusta...

—Hazme el favor de tomarla á

peso Vascona... Pésala Martin, dijo Bamboche.

Tomamos el saco á peso Vascona y yo, que en efecto pesaba mucho.

—Cómo! está todo lleno de plata? esclamó Vascona.

—Plata?... dijo Bamboche encogiéndose de hombros desdeñosamente... plata?... linda rareza por cierto!

Sacando entonces de su bolsillo una llavecita me la dió diciéndome:

—Abre... hermano...

Metí la llave en la pequeña cerradura de la boquilla y quedó el saco abierto.

—Toma un cartucho.

Tomé el que primero me vino á manó de los dos ó tres que se ofrecieron á mis ojos y saquélo; era un paquete de unas tres pulgadas de largo cuidadosamente envuelto en un papel, pegado con lacre en una de

sus estremidades, pero doblado tan solo en la otra.

—Desdóblalo, me dijo Bamboche.

Lo hice así y esclamé en seguida:

—Oro!

—Oro! esclamó Vascona á su vez, todo esto, es oro!

—A otro cartucho, dijo Bamboche con satisfaccion cada vez mayor.

Dí á Vascona el paquete que yo habia desdoblado y cogí otro.

—Oro tambien... la dije.

—Oro y siempre oro, dijo Bamboche no cabiendo en sí de puro satisfecho... Es cosa de nunca acabar... Todos ellos contienen lo mismo. No he tenido tiempo para poderlos contar; pero contendrán lo menos de quince á veinte mil francos!

—Quince ó veinte mil francos! repetí con asombro.

Echóse Vascona á reir de pronto con tales carcajadas, mientras exa-

minaba el cartucho que le habia quedado en las manos que Bamboche y yo preguntamos á una voz:

—Por qué te ries así?

—Vaya un chasco!... repuso Vascona con mayor hilaridad... Sabes, sabes lo qué es tu oro... Bamboche? Plomo... plomo!... ves, mira...

Y en la palma de su manecita nos enseñó un puñado de pedazos de plomo iguales en dimension y forma á un franco... En medio de ellos se destacaba por su brillo la moneda de veinte francos que habia herido mis ojos en cuanto abrí el cartucho.

Palideció Bamboche y quedó por un momento hecho una estatua; cogiendo en seguida el saco por el fondo vació su contenido en la yerba.

Unos quince rollos cayeron de él.

Hincóse de rodillas y rompió uno tras otro el papel que los envolvia.

Ay! todos contenian plomo lo mis-

mo que el primero, con la sola circunstaucia de que en solos cuatro ó cinco tan singular moneda se hallaba cubierta por un luis de oro.

En cuanto estuvo cerciorado Bamboche de que toda nuestra colosal fortuna se reducia á cuatro ó cinco luises gritó fuera de sí:

—Ah! infame Lebrelin!...

—Por qué? le dije.

—Porque sí, repuso mi compañero pateando con rabia; yo sabia que él ocultaba mucho dinero en alguna parte y hacia seis meses que le iba á la zaga..... pues no queria separarme de ese bribon sin vengarme, ni sin pillarle lo suficiente para darnos ancha vida... antes de ayer descubro por fin el escondrijo... Lo arreglo todo para tener el gusto de verle morir asado... en tanto que yo estaba llevándome su tesoro... y ese tesoro... consiste en pedazos de plo-

mo salvo unos cien francos... Habrá pillo!!

En vano tratamos de comprender pasados los primeros momentos de estupor, hijos de nuestra desdicha, con qué objeto habia preparado Lebrelin aquel engaño. Mejor instruido ahora estoy seguro de que Lebrelin añadia á sus aventurados oficios el de ser en caso oportuno cómplice de ese robo tan conocido despues, pero que entonces daba casi siempre felices é impunes resultados; hablo del robo vulgarmente llamado á la *Americana*; aquel saco habia sido preparado ya con anticipacion, para coger á algun tonto si se presentaba una circunstancia favorable.

Permanecimos consternados por algunos segundos, al ver que se deshacian cual humo nuestros hermosos proyectos.

Vascona fue la primera en romper

el silencio esclamando con jovial acento:

—Pues! que mas nos dá! somos libres como pájaros..... Hace un tiempo delicioso, estos bosques son muy apacibles y con ochenta ó cien francos no nos moriremos de hambre... Pascémonos, divertámonos.... Iremos á tomar leche á un pueblo... y tú Bamboche cuidadito con hacer de las tuyas, añadió abrazándole.

Pero este la rechazó bruscamente diciéndole:

—Déjame en paz... no estoy para reirme yo.

Tornóse de pronto melancólico y triste el rostro de la pobre niña, miró á Bamboche tímidamente y le dijo con voz suplicante.

—No te enfades...

—Habernos creido tan ricos!... repuso este con amargura y enojo.

—Escucha Bamboche... le dije ...

si echas de menos el tesoro, por tí... corriente; enójate cuanto quieras, pero si es por nosotros haces mal... porque somos bastante felices con vernos libres... y juntos.

—Mira, Bamboche, tiene razon Martin; dijo tímidamente Vascona, estamos juntos y el dinero es lo de menos... lo que es yo no lo lloraré... Ademas, prosiguió como si temiese decirlo; de este modo..... no habremos robado... y no es verdad Bamboche que es mejor no haber robado?

—Mejor es, añadí yo. En cuanto á los luises de oro que van con el plomo los tenemos mas que ganados... porque Lebrelin no nos dió nunca un ochavo desde que trabajamos para él... no obstante las buenas entradas que ha tenido!

—Me importa acaso robar á mi? repuso bruscamente Bamboche; y co-

mo decia el anfisbena ya que nada me dan, pillo donde puedo... Lo mismo hacen los lobos, nadie les dá nada, agarran donde pueden... Ademas robar á un ladron, no es robar... y Lebrelin era un ladron.

—En fin, puesto que ha querido la suerte que no cogiéramos sino lo que se nos debia, mas vale así, dije yo á Bamboche, á nosotros nos importa un comino el no ser ya ricos. Tenias tú mucho apego á verte rico?

—Ira de Dios! no habia de tener? mucho! tanto por vosotros como por mí.

—Pero si te decimos que á nosotros nos es indiferente.

—Pues á mí no... me contestó con rudeza Bamboche.

—Así pues ni Vascona ni yo... somos nada para tí... cuando no piensas mas que en el tesoro perdi-

do; mira, tampoco está bien eso.

Hizo mella en mi compañero este reproche, pues dando un puntapié al saco vacio y á las bolsas de cuero, las tiró muy lejos añadiendo luego con jovialidad:

—Teneis razon; cargue el diablo con el dinero... aunque estuviese un año tirándome de los pelos, no por eso volveria... nos han robado... pues bien, robados nos quedaremos..... no importa. Dáme un abrazo Vascona.... otro tú Martin; recojamos las *amarillas* viva la alegria, y viva la vida pajaresca!

Dímonos los tres un abrazo semi-trágico, semi-cómico bastante parecido al que unió junto al *lago mayor* de Suiza á sus tres libertadores, y repetimos:

—Viva la broma y viva la vida pajaresca!

Esparcimos en seguida los plomos

uno á uno y encontramos cuatro monedas de oro que Bamboche metió en su bolsillo diciendo:

—Tenemos para un apuro... como no sean falsos tambien!

Y abandonando el inanimado cuerpo de Lucifer nos pusimos en marcha sin direccion fija, andando por entre las sendas de aquel admirable bosque (el de Chantilly), alegres, apacibles y tranquilos como la hermosa mañana de otoño que lucia.

A las dos horas de camino, interrumpidas por algunos altos que hacíamos al pie de enormes espesuras y moreras silvestres, que ostentaban sus purpúreo-negruzcos, abultados, sabrosos y dulces frutos, nos llevó la casualidad á la orilla de un riachuelo cuyas márgenes estaban pobladas de plantas acuáticas, por cima de las cuales zumbaban, fulguraban y revoloteaban millares de insectos de to-

dos colores, destacándose entre ellos las alas de gasa, corpiños de esmeralda y ojos de rubíes de magníficas y ligeras mariquitas.

Abandonámonos á la persecucion de tan brillantes insectos con toda la alegría de nuestra edad. Y no poco sorprendido ví que Bamboche se entregó con tanto ardor como Vascona y yo á aquella caza; no le hubiera creido capaz nunca de que pudiese hallar tanto placer en semejante diversion...

Creció mi asombro viendo sus facciones tan duras y contractadas generalmente selladas con una virilidad precoz, dilatarse poco á poco, despojarse de aquella espresion sarcástica y maligna, agena de su edad, y revelar un gozo infantil las veces que un éxito feliz en su caza coronaba sus esfuerzos; parecia que el aire libre y la libertad, hubieran empezado á di-

sipar en él su prematura cuanto poco natural perversidad.

Es singular... me dijo parándose y dejando á Vascona seguir en su anhelante carrera, el hallarme en esta selva... ese hermoso sol..... este silencio solemne me recuerdan los dias felices que en otro tiempo pasaba... cuando muy chiquitito..... iba á cortar leña en lo interior de los bosques con mi pobre padre.

Mientras Bamboche me hablaba de este modo, visiblemente conmovido, apercibió una mariquita lindísima posada en la cúspide de un rosal y esclamó:

—Esta para mí... déjadmela.

Y se precipitó á su alcance.

Por lo que hace á Vascona habia tamaña inocencia en la espresion de su rostro encantador, que veces hubo en las que me recordó su cándida fisonomía, cuando en los dias de su

enfermedad pura cual un ángel, me contaba la confianza sin límites que tenia en la bondadosa Vírgen madre de un Dios de misericordia.

Prosiguiendo en nuestra afanosa persecucion, subimos á lo largo de la corriente del riachuelo hasta llegar á un punto en el que se torcia para ceñir una isla que no parecia tener mas de una fanega de terreno; era muy escabrosa, muy alta, y árboles frondosísimos salian por entre los grupos de negruzcas y amarillentas peñas cuyo pié besaban cariñosas las aguas del riachuelo.

Llenos de admiracion, cuanto de ávida curiosidad, nos paramos ante el punto de vista salvage y pintoresco que se ofrecia á nuestras infantiles miradas.

—Cuán hermosa islita! esclamó Vascona, juntando sus manecitas, cuán lindo debe ser todo en ella!

—Vamos á verla, dijo resueltamente Bamboche.

—Y pasaremos allí el dia, añadí yo, debe haber muchas moreras como en los bosques, y con esto comeremos.

—Sin contar con que tendremos castañas... repuso Bamboche señalándonos copudos castaños que elevaban sus largas ramas por entre las rocas. Comeremos castañas asadas al rescoldo... Qué gusto!... á la isla gritó con acento de conquistador. Seguidme... á la isla!... á la isla!

—Y fuego para asar las castañas? dijo Vascona.

—Qué! no tengo yo eslabon?... No nos faltarán ramas secas..... y yo me encargo de lo demás, añadió con suficiencia. He vivido en los bosques y cuando iba con mi padre yo encendia siempre la lumbre... Vamos,..... á la isla!

—Vamos allá dije yo. Pero como nos arreglaremos para atravesar el rio, si hay mucha agua?... Y Vascona?...

—No temais, dijo Bamboche, sé nadar y voy á tentar el vado, si lo hay pasaremos á Vascona en brazos..... y si no lo hay tengo bastante fuerza para pasaros uno tras otro..... el rio no es nada ancho...

Esto diciendo, quitóse la blusa, la camisa, los zapatos y arremangó el pantalon hasta las rodillas.

—Ten cuidado, le dijo Vascona con inquietud.

—Tranquilízate, contestó Bamboche mientras cortaba una larga rama.

—No temas, le he visto nadar..... nada muy bien, dije yo á Vascona.

Echóse Bamboche atrevidamente al agua y empezó á andar sondeando, á medida que iba internándose mas.

Es de todo punto imposible espresar cual fué nuestro gozo viendo que Bamboche llegaba á la otra orilla sin que el agua le llegase á la cintura.

—No hay mas que arena muy fina, nos gritó esperadme voy á volver. Martin y yo te cogeremos en brazos Vascona... no tengas miedo.

Dicho y hecho. Tenia el rio apenas quince piés de ancho, y á poco entrabamos rebosando alegría en la isla y trepando por las escarpadas rocas que la cubrian casi enteramente, y de entre las cuales erguiestaban sus ramas encinas, pinos y castaños gigantescos.

Escepto una pequeña senda apenas trillada y que serpeaba en mil diversos giros circumbalando las masas de greda con la cual dimos despues de algunos momentos de marcha, no habia camino alguno; altas matas de yerbas salvages crecian abundante-

mente en algunas partes de tierra vegetal; á los diez minutos nos condujo nuestro sendero á una casucha inhabilitada, sin puerta ni ventanas, abandonada sin duda poco tiempo habia, pues por el lado que nosotros llegamos estaban aun algunos cuadros del terreno sembrados de patatas y legumbres. Varios perales vetustos, ya, cargados de frutos enormes, llamados en España peras de don Guindo, se veian diseminados en aquel pequeño vergel, en tanto que un frondoso emparrado cubierto de racimos de uvas, cuyos granos color de púrpura violeta hermoseaban aquel toldo, cubria casi totalmente uno de los frentes de la casucha.

Como no vimos á nadie ni oimos rumor alguno, entramos en aquella casilla compuesta de dos pequeñas piezas sin mueble alguno; en una de ellas habia una chimenea muy alta

gastada algun tanto ya por la violenta accion del fuego; aquella mansion debia haber sido habitada poco antes por algun forastero encargado de vigilar la isla, pues numerosas manadas de ciervos y gamos de los vecinos bosques iban á apagar su sed y á bañarse en el riachuelo, y atravesaban algunas veces aquella isla solitaria (1).

Gozosos con nuestro descubrimiento dimos la vuelta á la casita; daba la fachada opuesta á una verde pradera mucho mas larga que an-

---

(1) Volví posteriormente á aquellos sitios que por tantas razones debian dejar en mi mente imperecederos recuerdos y supe entonces que la islita colocada á la izquierda del desierto (llanura inmensa escarpada é inculta que separa los bosques d'Ermenonville y de Chantilly) se llamaba la isla Molton. Cuando fuí por segunda vez la casita era solo un monton de ruinas.

(Nota de Martin.)

cha, encajonada en rocas negruzcas, pobladas de tan frondosos castaños que estos árboles seculares formaban casi una cuna, enlazando sus ramas de uno á otro lado del cesped.

Brotaba de la cavidad de una roca distante pocos pasos de la casita, un manantial formando pequeñas cascadas, que de una á otra caia el agua cristalina, yendo á parar con suave murmullo en un pilon natural cubierto de berros silvestres, desde donde se perdia luego sin duda desapareciendo por algun conducto subterráneo...

—Si no hallamos á nadie en la isla, dijo Bamboche, propongo establecernos en ella un dia ó dos... Hay agua... patatas, castañas, uvas, peras... podemos vivir como príncipes...

—Yo propongo que nos quedemos ocho dias, esclamó Vascona.

—Quedémonos mientras nos guste estar, añadí yo.

—Concedido, repuso Bamboche, pero es preciso asegurarnos antes de que no hay nadie que pueda echarnos.

—Ay! es verdad... podrian echarnos, qué lástima! repuso tristemente Vascona.

—No nos apesadumbremos antes de tiempo, dije yo, recorramos la isla en todas direcciones... no será cosa muy larga.

Y en efecto tardamos muy poco en recorrerla toda.

Una hora despues estábamos seguros de habitar solos en aquella posesion, á la cual desde entonces llamamos NUESTRA ISLA.

Por la tarde, poco antes de ponerse el sol, hincada Vascona de hinojos junto al pequeño pilon situado al pié de una roca, lleno de agua lím-

pida y fria, lavaba unas magníficas y doradas patatas, mientras Bamboche sentado á su lado, pelaba castañas, y mientras yo, acurrucado frente al hogar de la casita, atizaba la lumbre encendida con algunas ramas de seca leña, cuya ardiente ceniza debia asar las patatas y castañas, complemento de nuestra cena, pues teniamos ademas soberbios racimos de uvas y una docena de peras, cuyo color gris con reflejos de oro convidaban á catarlas. Así pasamos el primer dia en NUESTRA ISLA.

XXIII.

LA CANCION.

Dos dias hacia que viviamos en una dulce calma *en nuestra isla*, y tanto mis compañeros como yo merced á la benéfica influencia de la soledad, sentiamos un cambio notable en nuestra disposicion moral...

¿Qué causa promovia ese cambio? podia atribuirse al *nuevo ambiente* que respirabamos? no sé..... pero es

evidente que desde que nos separamos de Lebrelin y de su cuadrilla, desde que nos hallábamos fuera de aquella atmósfera corrompida, nuestros buenos instintos se despertaron impeliéndonos insensiblemente al bien.

Sin embargo nos disimulábamos mútuamente nuestros buenos sentimientos, porque ya por desgracia la costumbre del vicio, nos avergonzaba digámoslo así, de cuanto seguia la senda de la virtud.

Recuerdo hasta el mas pequeño incidente de la segunda velada que pasamos en nuestra isla, incidentes que nunca olvidaré.

Con la actividad propia de nuestra edad y alegremente, nos habiamos ocupado en escardar *nuestras* patatas, y la poca hortaliza del jardin, arrancando cuidadosamente las malas yerbas; ademas juntámos una

buena cantidad de leña seca que necesitábamos para echar lumbre, y yo volviendo á mi antiguo *oficio de albañil*, me empleé en componer unas tejas, medio arruinadas, mientras Bamboche y Vascona saltando y brincando, fueron cogiendo fruta para nuestra comida: fué tal el encanto de estas inocentes ocupaciones, que seguramente no descansamos dos horas en todo el dia.

Llenos de gozo y rebosando alegría, cenamos ricas patatas asadas al rescoldo y esquisitas frutas, y luego nos tendimos los tres en el suelo sobre una blanda alfombra de cespede en una especie de esplanada que habia delante de la casucha...

Se habia ya puesto el sol, la noche dulce y apacible alumbrada por el suave reflejo de las estrellas era encantadora... no se sentia el menor soplo de viento; pero el aire era tan

puro, tan sereno, que apesar de los borbotones del arroyo que corria entre las rocas, percibiamos esos mil ruidos de la noche misteriosos y casi imperceptibles á veces, claros y vibrantes otras y muy semejantes entonces al agudo sonido de una campana de cristal.

Cosa singular, callábamos todos y permaneciamos inmóviles y pensativos.

—De repente Vascona esclamó... qué armonioso es el ruido del agua!...

—Sí, contestó Bambocbe, yo tambien pensaba en eso... vale mas que la música de nuestros ejercicios, verdad?

—Oh ya lo creo! dije yo suspirando.

Y volvimos á callar los tres.

A poco el canto de no sé que pájaro... lastimero y monotono, pero de

una dulzura profunda, se oyó á lo lejos... interrumpido de vez en cuando...

Y por fin hasta el pájaro enmudeció y solo turbaba el silencio de la noche el ruido del manantial.

Este canto dulce, único, melancólico, me causó una conmocion estraña.

—Mira... ya no canta el pájaro... dijo Bamboche como sintiéndolo, es lástima no es cierto Vascona?

Al pronto la niña no le contestó.

—Vascona... duermes? le preguntó Bamboche.

—No, contestó ella á media voz, lloro...

—Y por qué?

—No lo sé... no me duele nada... soy feliz en estar aquí con vosotros... pero me he acordado de mi padre... de mi madre... de mis hermanas..... y entonces sin sentirlo casi, mi rostro

se ha cubierto de lágrimas y me han hecho bien...

—Creí que Bamboche iba á burlarse ó á regañar á Vascona; pero al contrario le contestó con voz tierna.

—Llora... llora... á veces vale mas... que reir..... y luego..... es qué?...

Bamboche no acabó su frase, quizás porque estaba muy conmovido ó quizás tambien porque se esforzaba en ocultar su enternecimiento.

Volvimos á callar de nuevo, hasta que al fin Bamboche volvió á seguir la conversacion, diciendo:

—Vascona mira... si ya no lloras... canta algo... ya que el pájaro se ha dormido.

—Bueno, contestó Vascona, pero qué quieres que cante?

—Lo que tú quieras.

La pobre niña solo sabia varias tonadillas obscenas, indecentes y nada

mas, en ese repertorio escogió; con su voz pura y angelical cantó lo siguiente:

Quieres darme saleroso
de tu garbo la mitad?
Si lo quieres, ven hermoso
te daré... hospitalidad!!...
. . . . . .
. . . . . .

—No... no, suprime las palabras esclamó bruscamente Bamboche, canta solo la tonada, sin mas... la que tú quieras, pero sin palabras.

—A mí tambien me gusta mas, dijo Vascona, pues no sé por qué esta noche *me estorban* las palabras...

Así como á Bamboche, por la vez primera me causó una dolorosa sensacion escuchar aquella voz de ángel, de cantos melancólicos dulces, y cuyo hechizo era entonces tan grande, repetir aquel refran de una innoble cancion; Vascona tambien es-

perimentó un sentimiento igual, pues que la desgraciada niña, habia dicho que *esta noche sin saber por qué, las palabras le estorbaban.*

¿Por qué estraño fenómeno, los tres á la par comprendiamos por una delicadeza agena de nuestra educacion, que la pobre criatura se degradaba, repitiendo aquellas mismas canciones que tantas veces Vascona habia entonado con un descaro estraordinario, y que nosotros siempre habíamos escuchado con placer?

En aquella época no era posible que yo pudiese formar una idea exacta de esa singularidad, pero hoy dia que la esperiencia me abre los ojos me esplico la transformacion que se operó en nosotros, y la considero como una prueba irrecusable de la salutífera influencia que egerce sobre todos los ánimos la soledad, y un trabajo agradable, y creo que es un

medio de estinguir los peores instintos, y domar la naturaleza mas corcorrompida. Sí! sí! tengo una conviccion íntima de que en ciertas posiciones, el hombre mas pervertido se siente arrastrado por una pendiente rápida al bien á lo justo, á lo bello! Divinas aspiraciones que rehabilitan el alma estraviada, y la llevan de nuevo á las regiones de donde cayó! dulces horas de arrepentimiento que purifican el corazon del cancer que lo roe, y en las que cualquier rehabilitacion es posible... ay! porque son momentos fugaces que pasan y nunca vuelven!

Acudiendo á los ruegos de Bamboche, la niña cantó primero, la cancion sin palabras, pero lo hizo en un compas lento y triste que desde luego borró el carácter peculiar de esa especie de *caña*, trocándola en una plegaria religiosa.

Luego como el pájaro que despues de rozar ligeramente la tierra se eleva á las regiones celestes... Vascona animándose poco á poco moduló una improvisacion maravillosa sobre el tema primitivo, sencilla, melancólica, sublime, como es siempre el primer destello del génio, de ese génio que un dia debia llevar á esta desventurada niña al pináculo de la gloria.

Yo la escuchaba en un arrobamiento indecible, y era tal la frescura, lo tierno, lo inefable del eco de su voz... que un poeta lo hubiera comparado á los suspiros de un serafin, pidiendo el perdon de algun pecador... á mí tambien me ocurrió esta idea, porque Vascona que habia empezado á cantar sentada, cediendo á alguna misteriosa revelacion sin sentirlo ella misma, se arrodilló; juntó sus manitas y levantó los ojos al cielo con ademan de súplica.

Bamboche estaba en estasis, como yo, al oir el canto sublime de Vascona tan original y tan nuevo para nosotros mismos... nos acercamos maquinalmente y nos arrodillamos junto á ella. A poco Bamboche recostó la cabeza en mi hombro... y sentí que sus lágrimas regaban mi mano...

Nunca habia visto llorar á Bamboche, así es que me causó una conmocion profunda, inesplicable... y en medio de la oscuridad le eché los brazos al cuello: iba á hablarle cuando en voz baja y cortada me dijo:

—Calla... déjala que cante... me hace tanto bien... *me parece que implora mi perdon*. Pobre niña... cuyo pecho nunca habia abrigado un pensamiento malo... yo tambien allá en mis primeros años ignoraba el mal... pero me perdieron, y luego yo... la perdí... á ella.

. . . . . .

. . . . . .

Estos tardíos remordimientos estraordinarios si se considera la entereza de Bamboche; lejos de causarme sorpresa me parecieron naturales, porque yo tambien participaba de esa sensacion grande al escuchar el canto de Vascona.

Muchos años despues de esta escena, cuando Vascona era la reina del teatro, cuando su genio traia á sus piés cuantas glorias artísticas existian, me confesó que fué aquella noche cuando henchido el corazon de dolor al recordar á su padre, á su madre, á las puras creencias de su infancia... y pensando en fin en el porvenir vergonzoso que la esperaba por castigo del oprobio horriblemente prematuro que sufria... sintió en su interior como una revelacion súbita del arte en su mas pura esencia, y su inteligencia iluminada comprendió de

pronto la suavidad de la armonía, y resbaló de sus lábios aquella lamentacion melodiosa que debió despertar los espíritus protectores de *nuestra isla* solitaria.

«Ninguna palabra humana podia espresar bien la amargura y la compasion que esperimentaba mi alma en aquella noche, me dijo entonces Vascona. Parecíame oir una voz adolorida que se quejaba dentro de mi pecho... y una fuerza irresistible me hacia repetir sus gemidos en un canto improvisado é inherente á las impresiones que resentia. Aquel canto... nunca lo recuerdo sin enternecerme, y aun ahora, añadia con triste sonrisa, no lo puedo entonar sin verter lágrimas.»

. . . . . .

Transcurrieron unos minutos durante las cuales seguiamos escuchando en recogido silencio la voz vibrante de Vascona, poco á poco se

oscureció, se fue debilitando, y acabó por espirar en sus lábios en dulce canto, cual queja lastimera de un eco lejano...

Luego la niña dejó caer su cabeza sobre el seno y quedó callada unos instantes...

Pero no oyéndonos hablar se volvió hácia nosotros, y nos vió á Bamboche y á mí fraternalmente abrazados.

—Qué teneis? esclamó, cuando percibió nuestros sollozos, pues á mí tambien se me habia comunicado el enternecimiento de mi compañero.

—Qué teneis? añadió arrodillada delante de nosotros y estrechando la mano de ambos?

—Nada... lloramos... como há poco llorabas tú, le contestó Bamboche, cuánto bien hacen estas lágrimas...

Y estrechándonos fuertemente á los dos contra su robusto pecho es-

clamó con un acento que nunca olvidaré:

—Con todo... no somos malos!!...

No... no, es imposible que se borre jamás de mi memoria la espresion con que pronunció Bamboche estas palabras, que tan enérgicamente querrian decir, me arrepiento del mal que he hecho, maldigo el destino fatal que me condujo á la perdicion, hay aun valor suficiente en mí para volver á la senda del bien.

. . . . . .

Habiamos hecho dos camas de brezas y musgo, una que servia para mí colocado en el primer cuarto de la casilla, la otra, en la segunda habitacion, para Vascona y Bamboche. Aquella noche mi amigo vino á acostarse conmigo, despues de haber dado un beso en la frente á Vascona diciéndole:

—Buenas noches, hermana mia...

. . . . . .

Bamboche apenas durmió; le oí toda la noche volverse de un lado á otro con la mayor agitacion y suspirar profundamente; al primer albor del dia me despertó, la espresion de su rostro era pensativa, dulce y séria.

Entramos en el cuarto donde estaba aun Vascona dormida, la que teniendo el sueño ligero como el de un pájaro, abrió inmediatamente los ojos y nos miró con estrañeza sonriéndose.

Salimos fuera los tres.

Algunas estrellas brillaban todavía, empezaba á sonrosarse el cielo, el aire era deliciosamente fresco; las perfumadas plantas bañadas de rocio despedian una fragancia aromática... la mañana era tan hermosa como la noche anterior.

—Oye Vascona... y tú Martin, nos dijo Bamboche, haciéndonos sentar á su lado sobre unas rocas que circundaban la esplanada... es preciso que hablemos francamente, que cada cual diga sin rubor lo que piensa; solos estamos.

Tanto á Vascona como á mí nos sorprendió el tono sério de Bamboche, le miramos en silencio y él prosiguió:

—Para animaros... empezaré yo... si quereis podeis luego burlaros de mí... pero por mi parte deseo esplicarme con la mayor franqueza...

—Por qué quieres que nos burlemos de tí?... le dije yo.

—Porque soy un marica, porque desmiento al anfisbena, porque me desmiento á mí mismo..... pero no importa... es preciso ser franco...

Luego dirigiéndose á mí.

—Te acuerdas hermano, me dijo,

como se inauguró nuestra amistad, primero te acribillé de golpes, me los devolvistes, luego te pegué á traicion, y tú no te defendistes, esto me conmovió... y te hablé de mi padre.

—Es cierto...

—Esto me enterneció... tú llorastes conmigo... y desde entonces somos hermanos...

—Sí... y lo seremos siempre.

—Y mas que nunca, porque siento que valgo mas que antes... y como entonces, al traer á mi memoria el recuerdo de mi padre... el mismo cambio que se operó en mí... se opera ahora...

—Pues qué te sucede? preguntó Vascona.

—Cuando al fin me conformé y me consolé de que el saco de plomo nos cupiese en suerte en lugar del de oro, contestó Bamboche, nos fui-

mos á correr por el bosque ..

—Y tú me has confesado, le dije yo, que entonces te acordastes del tiempo en el cual *cortabas leña* con tu padre...

—Cierto... y desde estos dos dias que estamos aquí..... solos, en este ameno sitio..... trabajando la tierra, recogiendo leña, frutos y demás, viviendo en fin como labradores, ya no soy el mismo... Por qué he variado?... no lo sé... pero no hay duda que he variado... En toda la noche he dormido... me he sondeado escrupulosamente, he descendido á mi corazon, y siempre me he contestado á mí mismo: «despues de la muerte de mi pobre padre, he vivido como un pillo... con respeto á mí y á mis semejantes... es preciso que esto acabe... basta ya... no quiero en adelante seguir ese camino...»

Naturalmente en nuestro rostro se

:

pintaba la sorpresa que nos causaban estas palabras.

—Os maravilla eh?... pues á mí tambien. Os digo y repito que no lo entiendo... pero lo que si es cierto, es que desde que perdimos de vista á Lebrelin, á la tia Mayor, al payaso y á toda la infame cuadrilla, respiro facilmente, aunque de vez en cuando siento una cosa..... una pena..... por... por...

Y miró á Vascona con una espresion indecible y sin concluir su frase.

Y luego añadió ahogando un sus-diro.

—Pero, dejando á un lado esos tristes momentos, mi corazon reboza de alegría... porque empiezo á convencerme de que puede muy bien, que aquel miserable anfisbena me engañase: veamos, mi pobre padre murió trabajando en la miseria despues

de una vida laboriosa, honrada... es cierto... pero no hay duda que toda la gente de bien diria de él, con estimacion, pobre infeliz: tambien los del calibre del anfisbena dirian: bah! es un bolo... pero en fin ninguno, malo ó bueno, diria nunca de mi padre: *es un canalla!*

—Oh! no, esclamamos á la vez Vascona y yo.

—Pues bien, añadió resueltamente Bamboche, he reflexionado maduramente toda la noche, y en adelante puede que de mí digan tambien *pobre tonto.., es un bolo...* pero nunca se dirá es un *canalla!...*

Vascona y yo, no cabiamos de gozo.

—Muerto ya mi padre, volvió á decir Bamboche, mi primera idea, fué buena, quise trabajar, tendí la mano á un rico y le pedí pan y trabajo... me contestó soltando y atu-

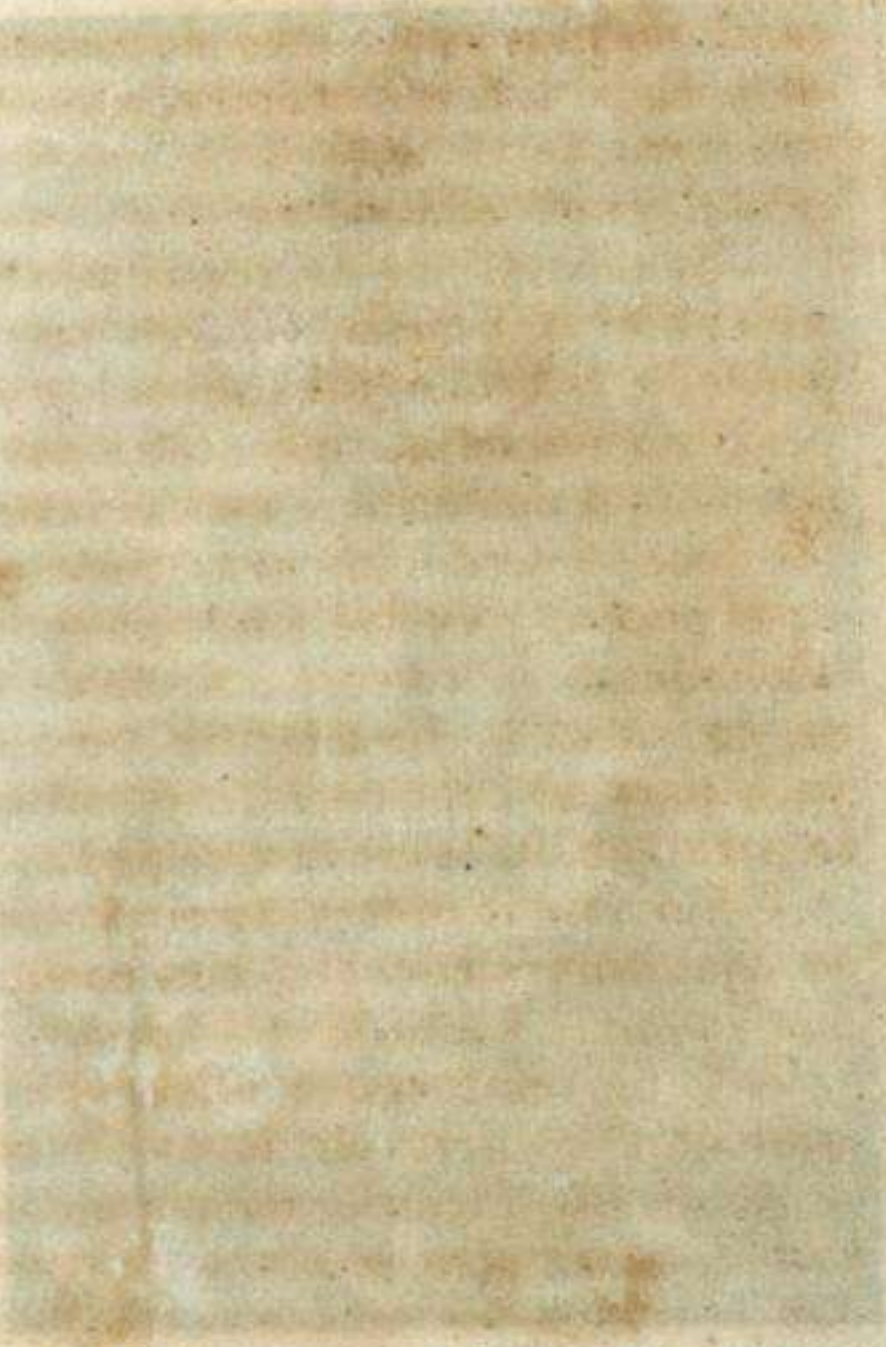
sando su perro para que me mordiese, pero no todos los hombres son desalmados.

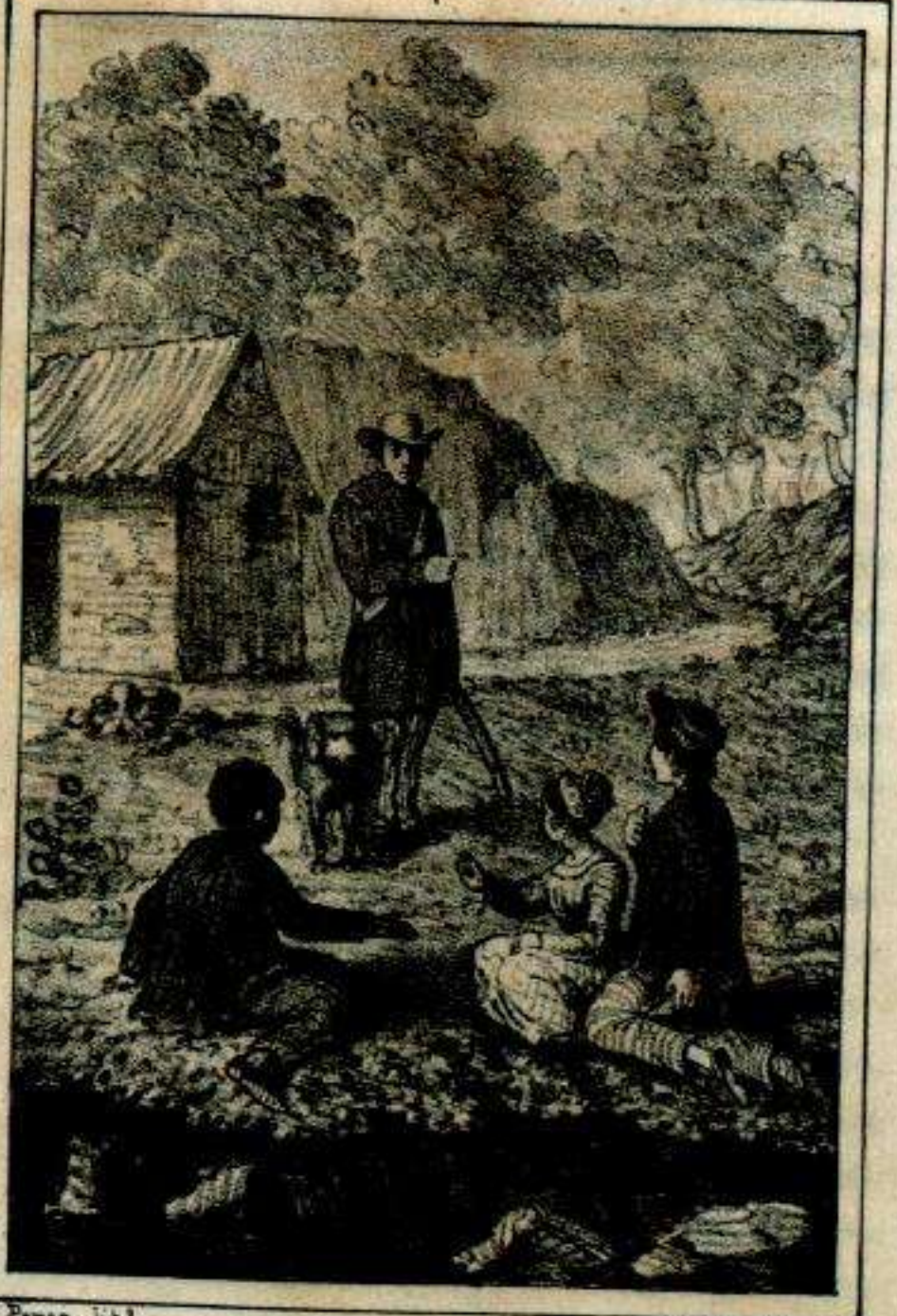
—Seguro! esclamé yo.

—Entonces, por desgracia mia topé con el anfisbena, y luego caí en poder de Lebrelin y los suyos, y me perdí sin remedio... pero alto ahí... siento aquí dentro algo que se insurrecciona, y se dió un gran puñetazo en el pecho, y vuelvo á mis trece, en adelante no se volverá á decir de mí es un *canalla*, bastante lo he sido ya... para mi conciencia... y bastante para que otros me desprecien...

Y fijó de nuevo la vista en Vascona con ternura inefable, con compasion infinita, y añadió:

—Y sin embargo á ella, á ella tambien debo parte de estos buenos sentimientos... anoche mientras cantaba... como para implorar mi perdon, puestos los ojos en el azulado





F. Perez lith.º

Litº de Ayguals

firmamento, parecíame que mi corazon se deshacia y me decia á mí mismo: Hablan de la bondad de Dios..... cuán bueno seria en dejarnos largo tiempo en este pequeño desierto, donde no hacemos mal ni daño á nadie... solos aquí, aislados, llegaríamos á ser del todo buenos..... y una vez bien convencidos de que el anfisbena me engañaba, de que sus palabras no eran aplicables á la generosidad, y resueltos á no movernos, mas...

Un desagradable incidente interrumpió á Bamboche.

Vascona y yo preocupados, y escuchando atentamente lo que nos decia nuestro compañero, ni habiamos visto ni oido á cierto individuo, que por detrás de la casucha, se llegó á nosotros y nos dijo con voz aterradora:

—En nombre de la ley... daos presos.... seguidme á casa del alcalde.

XXIV.

EL GUARDA-BOSQUE.

Al oir de nuevo ese amenazador apóstrofe:

—*Seguidme á casa del señor alcalde;* Vasconá, Bamboche y yo nos quedamos inmóviles, la sorpresa y el terror habian helado nuestra sangre.

El personage que causaba nuestro espanto era un hombre jó-

ven aun, alto, cara trigueña y de porte que revelaba resolucion y robustez; llevaba por cima de su blusa azul su tabalí de guarda bosque y en la mano, envainado, un sable de caballería muy largo; un mastin enorme que de vez en cuando fijaba en él sus rojas cuanto feroces pupilas, iba pegado á sus tacones y podia servirle de temible auxiliar.

Mi primer pensamiento fué creer que se nos perseguia por el incendio del coche de Lebrelin, y lancé á mis dos compañeros una mirada de consternacion.

—Os prendo en nombre de la ley, repitió el guarda bosque, dando algunos pasos hácia nosotros. Vamos, seguidme á casa del alcalde.

—Por qué nos quereis poner presos, señor? dijo Bamboche mas atrevido que nosotros dos; si no hacia-mos daño alguno.

—Sois unos vagamundos, repuso el guarda con amenazador acento, un vaquero me ha advertido de que hacia tres dias que os vió entrar en la isla.

—Es muy cierto, y desde entonces no hemos salido de ella, contestó Bamboche.

—Y cómo habeis vivido estos dias?

—Toma... con legumbres y frutas que hemos hallado allí.

—Hallado?... cómo hallado? gritó el guarda, no es nada lo del ojo; esto es un robo, rapazuelos, bola! ya os lo dirán..... vagamundos y ladrones! eh?...

—Robo? tomar lo que necesitábamos para comer? dije yo.

—Creiamos no hacer daño á nadie, mi buen señor, añadió tímidamente Vascona.

—De veras, rubita? eso creiais

eh?... repuso el guarda, veremos si vuestros padres son del mismo modo de pensar... cuando vayan á reclamaros... os medirán las espaldas... y estará muy bien hecho... de qué pueblo son vuestros padres?

—No tenemos padres nosotros.... y no somos de ninguna parte contestó Bamboche.

—Cómo! sin padres?.... Cómo! no sois de ninguna parte? qué significa eso?...

—No, señor, yo no tengo padre ni madre, Martin, este que aquí veis es un espósito, y Vascona...

—Pero, dónde viviais antes de venir aquí? preguntó el guarda cada vez mas receloso.

A tan embarazosa pregunta contestó osadamente Bamboche:

—Venimos de muy lejos..... de cien leguas lo menos... y pediamos limosna por el camino.

—Ah! ah! esclamó el guarda, mejor que mejor, sois lo que pareceis ser; mendigos, vagamundos, ladronzuelos; no teneis padres que puedan reclamaros! pues ya os podeis preparar... no os digo mas.

—Qué nos harán, mi buen señor? preguntó ingenuamente Bamboche, haciéndose con mucha prudencia dos ó tres pasos atrás y diciéndome en voz baja:

—Vé coge en el fogon dos buenos puñados de ceniza... traélos, colócate cuando vuelvas detrás de mí, y ojo alerta.

Y en seguida como para no despertar la desconfianza del guarda añadió:

—No te parece? digámoslo todo á ese buen señor... anda, vé á buscar nuestros papeles...

—Voy; contesté yo muy ladinamente, echando á andar hácia la ca-

sucha para obedecer á las órdenes de Bamboche.

—Papeles á vuestra edad? dijo el guarda encogiéndose de hombros, no hay papeles que valgan... Voy á poneros en manos de los gendarmes, quienes os llevarán al depósito de mendicidad... del cual saldreis para ser encerrados en una buena casa de correccion hasta los diez y ocho años, rapazuelos... Qué tal, contabais con eso?

—Encarcelados hasta los diez y ocho años? esclamó Bamboche mirando de reojo para ver si yo llegaba.

—Presos... porque no tenemos padre ni madre, dijo Vascona juntando las manos, presos porque hemos comido algunas patatas que hallamos en el suelo...

—Sí, presos; como suena; dijo el guarda-bosque, en fin, seguidme á casa del señor alcalde... Basta de

cháchara, bribones... andando! ó cojo á dos por las orejas y encargo á Cordero que me traiga el otro.... Toma, Cordero, añadió el guarda llamando á su terrible mastin.

De pronto Bamboche, quien durante la conversacion habia ido progresivamente *dando la vuelta* al guarda, echóse sobre él, abrazóle por detras muy fuertemente y me hizo al mismo tiempo señal, de que le tirára la ceniza á los ojos.

Ejecuté la órden de Bamboche con éxito, y la corpulenta cabeza del guarda-bosque desapareció envuelta en una espesa nube de ceniza.

El mal parado funcionario público, momentáneamente cegado, llevó las dos manos á sus ojos, apostrofándonos con todo linage de injurias y gritando á su perro:

—Búscales... Cordero... búscales..

Mas, diligente Bamboche, apenas

habia soltado al guarda cuando cogió dos puñados de arena y en el momento en que Carnero abriendo un hocico enorme se le iba á echar encima, lanzó tan rápidamente todo aquel granizo en aquella abierta boca, que el infeliz perro ahogándose, tosiendo y abullando, empezó á dar entrecortados rugidos, que movian á compasion, mientras su amo no menos averiado y sin apartar las manos de sus ojos daba tambien furibundos gritos, tropezando á cada paso que dar queria.

Atravesamos las ruinas sin pérdida de tiempo y corriendo, seguimos el sendero que sabiamos ya; nos hallamos á poco en el rio, lo vadeamos llevando á Vascona en nuestros hombros, y apresurando luego el paso pudimos lograr meternos en uno de los parages del bosque donde mayor era la espesura.

—Muy malo debe ser aquel hombre para venir á atormentarnos en aquella isla donde no haciamos daño á nadie! dijo Vascona así que nuestra precipitada carrera nos permitió reflexionar sobre nuestra crítica posicion.

—Es triste, respondió Bamboche con pensativo ademan, se nos perseguirá; porque el maldito guarda-bosque dará parte, y como nos pillen, la cárcel...

—Cómo... de verdad? le pregunté; porque somos unos pobres niños abandonados... la cárcel?

—Sí, aquel hombre no mentia; cuando me prendieron con el anfisbena lo mismo me dijeron los gendarmes. No tienes á nadie que venga á reclamarte... tampoco tienes asilo... por consiguiente se te pondrá preso, vagabundo... y se me hubiera en efecto encarcelado si el anfisbena y

yo no nos hubiérrmos podido escapar.

—Entonces... como nos compondremos? le dije.

—Diantre! no es tan fácil como á primera vista parece volverse honrados y buenos, contestó Bamboche rascándose la cabeza.... no basta con querer... en fin ya veremos; pero lo que urge es largarnos de la isla.

—Tarde ó temprano, nos hubiéramos visto precisados á salir de ella, dije á Bamboche... Ya veo que ese tiempo de felicidad nos perdemos, pero en fin, que hubiéramos hecho una vez fuera de la isla?

—Yo pensaba volver á casa del padre de Vascona.

Viendo Bamboche un movimiento de temor que no pudo contener Vascona, repuso:

—No temas... ya sé yo como componerme con tu padre... Es carrete-

ro... nos pondremos de aprendices en su casa, y Martin y yo llegaremos á ser buenos oficiales... Pero que tienes Vascona? dijo vivamente Bamboche, estas llorando?

—Mi padre... ha muerto quizás, contestó la infeliz criatura prorrumpiendo en copioso llanto.

Luego con desgarrador acento, añadió:

—Ay!... hace un año, cuando vosotros me lo prometiais para consolarme, entonces hubiéramos debido volver á mi casa.

—Tienes razon, dijo Bamboche con sombrío ademan, mentimos, te engañamos, mas ahora ya es inútil desconsolarse... Vámonos con todo á tu tierra.

—No tendré jamás valor para volver á ver á mi madre, dijo Vascona temblando de vergüenza. Oh! nunca!

—Te comprendo, contestó Bambo-

che... quizás tengas razon... Yo tengo la culpa.

Y bajando la cabeza con abatimiento sumo repitió:

—Yo tengo la culpa...

—Oid, esclamó asaltado por una idea repentina. Decia Bamboche que no porque un hombre rico le habia rehusado socorro y trabajo, despues de la muerte de su padre, debia sacarse en consecuencia que todos fueran malos... Pues bien! Vámonos á una gran poblacion, sobre cien personas bien hallaremos una que sea compasiva, se lo contaremos todo y nos tendrá lástima...

—Dice bien Martin no es verdad Bamboche? dijo Vascona.

—Sí... y si en una parte nos niegan lo que pidamos, llamaremos á otra puerta; no daremos con una buena alma?

—Con nuestros cuatro luises, hay

lo suficiente para vivir algunos dias, repuse yo, y...

—Ira de Dios! gritó Bamboche pateando con desesperacion.

—Qué te ha dado?

—Temiendo perder aquellas monedas de oro, las escondí debajo de una piedra, en un rincon de la casita, y allí se han quedado... Hétenos ahora sin un cuarto...

—Silencio, dije yo de repente bajando la voz... Oid, un coche se acerca.

—No resollemos hasta que no haya pasado; me dijo Bamboche.

Y nos quedamos unidos, inmóviles, acurrucados en medio de la espesura donde habiamos hecho alto para descansar, despues de haber andado perdidos algunas horas, por los intrincados matorrales, cuyas zarzas habian hecho tiras nuestros vestidos, asaz viejos de por sí.

El ruido que yo percibí, aproximábase cada vez mas; pues nos hallábamos sin saberlo cerca de una encrucijada.

Algun tanto despojadas de hojas las ramas de los árboles por los primeros frios del otoño, dejaban un claro que nos permitia ver un coche que á poco paró junto á un coto, cuya base circuia una mesa circular de piedra.

Aquel carruage, el mas hermoso de cuantos habia yo visto hasta entonces, era una carretela tirada por cuatro arrogantes caballos, guiados por dos postillones muy jóvenes quienes vestian chaquetas castañas, con cuello azul celeste; dos lacayos con librea de gala, de igual color que la de los postillones, lujosamente galoneada por anchas franjas de plata, ocupaban el asiento de la trasera.

Iban en lo interior del coche tres

niños y una muger, jóven todavía.

En cuanto pararon los caballos bajó uno de los criados de su asiento, y con sombrero en mano se acercó á la portezuela.

Antes de que empezára á hablar, un niño de cinco ó seis años, de rostro encantador circundado por larga, sedosa y rizada melena rubia gritó imperiosamente.

—Bajemos aquí.... quiero bajar aquí...

—Señorita, dijo el lacayo, dirigiéndose á la jóven, que segun supimos á poco rato, era el aya; señorita, *el señor vizconde* quiere bajar, abro la portezuela?

Iba á responder el aya cuando el niño pateando de cólera gritó:

—He dicho ya que yo queria bajar aquí... abrid al momento, yo lo quiero...

Puesto que el señorito Escipion

quiere bajar aquí... abrid, dijo el aya con formal y pausado acento.

Acababa el lacayo de desdoblar el estribo, y alargaba los brazos para bajar al niño á quien llamaban *señor vizconde*, cuando este levantando en alto un junco rechazó al criado diciéndole:

—No me toques..... quiero bajar solo...

—El señorito Escipion quiere bajar solo, dijo gravemente el aya, indicando con un gesto al criado que se alejase. Dejad al señorito Escipion.

Bajó en seguida como pudo el señorito Escipion, si bien fué con garbo y presteza, los tres escalones del estribo, en tanto que los dos lacayos, hombrones de seis pies, permanecieron uno en cada lado de la portezuela, sombrero en mano y ostentando sus empolvadas pelucas.

Viendo Escipion en cuanto puso pié á tierra que el otro niño se preparaba á bajar le gritó:

—No... tú no, Roberto. No salgas del coche, quiero que Regina baje primero... *El coche es mio.*

Con ademan de disgusto encogióse de hombros Roberto; pero no obstante permaneció quedo.

Una niña encantadora, poco mas crecida que Vascona, bajó con ligereza del coche, y tras ella siguieron Roberto y el aya; dirigióse esta al señor vizconde de seis años, y le preguntó:

—Escipion... quereis merendar abora ó luego?

—Merendaremos aqui, no te parece Regina?

—No diré ni sí, ni no; contestó la niña con irónico acento. Si yo digera que sí, eres tan voluntarioso y tienes tal prurito de contrariar, que tú dirias que no.

—Tiene razon Regina, añadió Roberto. Escipion es el mas pequeño, y es preciso que nosotros hagamos cuanto se le antoja.

—Toma... por eso tengo yo coche y vosotros no; contestó orgullosamente el vizconde.

—Tambien mi padre lo tiene, dijo Roberto herido en su amor propio.

—Sí, pero no tiene mas que uno y no te lo presta nunca... el mio tiene cinco ó seis... y este es uno esclusivamente para que yo me pasee en él.

—Pues yo, salió con jovialidad Regina, soy mas digna de lástima que Roberto... Papá ni tiene un coche siquiera...

—Por eso te cedo yo un asiento en el mio, dijo el vizconde con todo el orgullo de un conquistador.

Durante la precedente conversacion habiendo sacado del coche los

criados unas cajas y de ellas una cantina provista de cuanto era necesario pusieron los manteles en la mesa de piedra y sirvieron suculenta colacion. La plata y el cristal tallado reflejaban los rayos del sol medio quebrados por las densas ramas de frondosas encimas, que daban su apacible sombra á toda la encrucijada.

Agazapados en la espesura Bamboche, Vascona y yo, pegados uno á otro, inmóviles y comprimiendo la respiracion, contemplábamos aquel lujo deslumbrador, tan nuevo para nosotros, con silencioso pasmo, dándonos significativos codazos á cada uno de los escelentes manjares que veiamos servir en platos y bandejas de plata. Serian entonces las tres ó las cuatro de la tarde, y cada uno de aquellos apetitosos bocados que apenas probaban los felices niños, daba nuevo incentivo á nuestra hambre,

pues nuestros secos estómagos estaban en ayunas desde el dia anterior.

Detras del vizconde Escipion, manteníase respetuosamente en pié uno de aquellos criados tan engalonados, quien, á la par que el aya, procuraba prevenir con solicitud suma los menores deseos del mimado niño.

Acababa el vizcondito de probar apenas, no recuerdo que clase de pastel, pastel que escitaba particularmente mi apetito, cuando cogiendo su vaso lleno de agua y vino, lo vació en el pastel riendo á carcajadas.

—Por qué desperdiciais así este pastel, Espicion? dijo el aya.

—Porque no quiero mas, contestó el vizconde.

—Sí, pero yo hubiera comido un poco; dijo Roberto.

—Pss, comerás otra cosa, de so-

bra las hay. Ya está hecho... el pastel era mio.

No pudo contener Bamboche un movimiento de indignacion, y en voz baja murmuró:

—Habrá galopin!...

Vascona y yo dimos con el codo á nuestro compañero y se contuvo. Mas de pronto y con acento en que se marcaba sorpresa y enojo esclamó el vizconde:

—Cómo! no hay crema?

—Ya sabeis que la crema es nociva á vuestra salud, Escipion, por esto no se ha traido, contestó el aya.

—Yo quiero crema...

—Pero sí...

—Digo que quiero crema... que vayan á buscar inmediatamente...

Y como el aya se opusiera, el señor vizcondito hecho una grana de puro colérico, tuvo uno de esos accesos de rabia tan comunes en los ni-

ños mimados, cuyo paroxismo llegó á ser á poco tan violento que rayó en convulsion.

Asustada entonces el aya, dijo á uno de los criados:

—Este ataque de cólera puede poner malo al señorito Escipion; id volando con el coche, y traed crema.

—Ya te daria yo la crema!!..... murmuró Bamboche sin que le pudiéramos contener.

—Pero señora, dónde hallaremos crema? No es muy fácil hallarla en mitad de un bosque, contestó el criado.

—Llegaos á Mortfontaine... allí habrá probablemente. Echad vos por un lado y que Jaime vaya por otro. Ved como os arreglais; pero tratad de que no falte esa crema, pues de lo contrario tendria el señorito una de esas convulsiones que tan nocivas le son.

Acostumbrados sin duda los lacayos desde mucho tiempo á obedecer ciegamente los infantiles caprichos del señorito Escipion, subieron ambos á la trasera del coche despues de haber dado órden á los postillones de tomar al trote largo de los caballos el camino de Mortfontaine.

—Mucho siento Escipion que hayais mandado tan lejos el coche, dijo el aya algunos momentos despues, el cielo se anubla y podria suceder muy bien que lloviese, y descargára la tempestad antes que los criados hayan vuelto.

—Y á mí qué?... Yo quiero crema, contestó con terquedad el vizconde, y para pasar el tiempo se entretuvo en echar arena, yerba y tierra á los restos de la merienda, si bien es verdad que ni Roberto ni Regina comian ya.

A la devoradora atencion que ha-

bia escitado en mí el aspecto de aquel suculento manjar, siguió muy presto una preocupacion menos material, pues me era imposible desviar mis ojos del hechicero rostro de Regina.

La muger mas linda que yo habia hasta entonces visto, era Vascona: pero presentaba tan notable contraste la belleza de esta, con la de Regina, que la admiracion que una de ellas producia, en nada perjudicar podia a la admiracion que la otra despertaba.

Vascona era rubia; pero su tez en un principio de rosado alabastro, se habia tornado, merced á nuestra vida nómada, y á nuestros ejercicios hechos al sol y al aire libre, mate y dorado como el de una morena, Regina, por el contrario, tenia los cabellos negros como azabache y el cútis de albina blancura; tres sellos de be-

lleza, tres lunares sedosos, muy visibles, demasiado visibles quizás..... uno en la esquina del ojo izquierdo un poco inclinado á la sien, otro algun tanto mas arriba del lábio superior y el tercero en la barba, hacian resaltar aun mas el transparente raso de su tez y el coral de sus lábios.

A pesar de estos tres lunares de ébano que tanto la agraciaban, parecióme la fisonomía de Regina algun tanto séria para su corta edad; sus sesgados y negros ojos eran penetrantes y melancólicos á la par, en tanto que los delgados lábios de su diminuta boca y su torneada barba, algo saliente, daban á sus facciones, sello de reflexion y firmeza; sus largos, rizados y negros cabellos ondulaban al rededor de su esbelto cuello de cisne. Llevaba un vestidito de muselina blanca y un pantalon guarnecido de encaje; calzaban sus pe-

queños piés medias caladas y zapatos bajos. Ceñia su gracioso talle, ancha cinta de color de cereza igual á la del sombrero de paja, que deslizándose y rozando por cima de la espaciosa ala jugueteaba á merced del viento.

. . . . . .

Harto, harto indeleblemente se hallan gravados en mi corazon todos estos recuerdos!... Quien me hubiera dicho que llegaria un dia... pero no.... cada suceso á su debido tiempo...

Olvidando el hambre, olvidando á Vascona, Bamboche y lo crítico de nuestra situacion, no podia apartar mis ojos de Regina; por dos ó tres veces sentia un fuego devorador abrasar mi frente y megillas, mientras mi corazon, ora se comprimia, ora latia con violencia; á no ser por el egemplo de los precoces amores de Bamboche, la

rara belleza de aquella niña no hubiese dispertado en mí una admiracion que me turbaba, admiracion que presto se trocó en profunda simpatía; porque Regina me pareció tan discreta y modosa, como violento ó caprichoso el vizconde, á quien dos ó tres veces puso á raya con cierto ademan de infantil dignidad ó de burlona finura, que me hechizó.

Roberto, el otro niño, de la estatura de Bamboche á corta diferencia, pero mucho menos robusto, era muy lindo; dábase aires de hombrecito y dirigia frecuentes apartes á Regina. Sin saber por qué irritábame esta intimidad, como tambien me habian hecho padecer los obsequios de notable galantería, para su edad, que le había prodigado mientras comieron, vestia como Escipion, una chaqueta, un pantalon claro y su camisa terminaba por un cuellecito con pliegues

menudos, á guisa de pechera, sujeto por una corbatita de raso.

Recalco estos detalles..... en primer lugar porque los he conservado siempre tan fijos en mi memoria, que muchos años despues reconocí, en cuanto los ví, á estos personages á quienes no habia vuelto y ver desde la escena que refiero, y luego porque el elegante aliño de aquellos felices niños, debia tardar muy poco en ofrecer un contraste asaz cruel con nuestros harapos, particularmente con nuestras blusas y con el mal vestido de Vascona, hechas tiras por las zarzas del bosque; y digo mal vestido, pues en cuanto nos despojábamos de nuestros brillantes trages acrobáticos, íbamos generalmente que daba compasion.

Silenciosos y ocultos á favor de la espesura, habiamos presenciado la merienda de los tres niños.

Algun tiempo despues de haberse alejado el coche, varios truenos lejanos y violentas ráfagas de viento anunciaron una tormenta próxima.

Bamboche que habia permanecido abismado en profundas reflexiones, levantóse de pronto y nos dijo:

—Seguidme.

Abriéndonos paso por entre las ramas, que nos ocultaron hasta entonces, salimos los tres á la encrucijada donde se hallaban Regina, Roberto y el vizconde Escipion.

XXV.

LOS HIJOS DE LOS RICOS.

El negro y desgreñado pelo de Bamboche, que salia por debajo de un mal gorro griego, su pálido y flaco rostro, su qlusa hecha pedazos, su crecida estatura y la rudeza marcada en su resuelta fisonomía, debian hacer que nuestra aparicion aterrase; pues yo es-

taba tan mal vestido como mi compañero, y Vascona no tenia tampoco mejor traza que nosotros.

Apenas salimos de entre las matas, Roberto y Regina se acercaron instintivamente al aya, y Escipion, menos asustado que los demás, á pesar de ser el mas pequeño, esclamó:

—De dónde salen esos niños pobres? uy cuán feos son! cuán sucios van!... mira mira...

Quitóse Bamboche el gorro, dió algunos pasos hácia el aya, y con acento conmovido y lleno de dulzura, que contrastaba singularmente con la enérgica espresion de su rostro, dijo:

—Mi buena señora, quereis hacer una accion generosa, por la cual os premiara Dios, como tambien á esos señoritos y á esa señorita?

—Yo... yo... dijo el aya no acertando á contestar de puro sorprendida... no sé... lo que me pedís... Por-

qué os hallabais ocultos en el bosque?

—Oid, mi buena señora, repuso con fuego Bamboche, voy á hablaros con franqueza; estamos sin padres los tres, carecemos de pan, venimos de muy lejos, formábamos parte de una compañía de saltimbanquis, pero viendo que semejante estado no era muy honroso, y que en él nos pervertiriamos nos hemos escapado; sois rica, señora, dadnos los medios necesarios para que seamos buenos, y esto os será muy fácil, pues solo ansiamos aprender á trabajar y portarnos bien.... Hemos sido tan desgraciados, que el menor beneficio será para nosotros un favor inmenso..... Vamos mi buena señora, cedennos un rincon en vuestra casa hasta que nos hayais colocado de aprendices donde mejor os plazca, cualquiera sea el oficio, lo agradeceremos, pues

solo anhelamos tener uno para que un dia podamos ganar honradamente nuestra subsistencia. Os lo repito, señora, por rudo, por cruel que sea el oficio, sabremos llevar con valor nuestro deber..... hemos padecido tanto! que todo lo resistiremos, con tal de llegar á ser honrados... porque ante todo es preciso serlo, y es hora ya de serlo...

El aya permanecia muda, llena de estupor; los niños se miraban unos á otros pareciendo no comprender las palabras de Bamboche; y sin embargo se habia espresado con tan laudable resolucion, tan conmovido, que por dos veces brotaron lágrimas de sus negros ojos; á fin de secundar sus esfuerzos añadí yo:

—Ceded, mi buena señora.... encárguese de mí, con permiso de sus padres, este señorito (y señalé á Escipion)... hágalo este otro de mi com-

pañero, y de nuestra hermana esta linda señorita, y no os arrepentireis de ello creedme.

—Estad cierta de que no..... oh! muy cierta, dijo Vascona, cuyas miradas destellando ardiente súplica, buscaban las de Regina, de quien yo no quitaba ojo, pues de cerca me parecia aun mas grande su deslumbradora belleza, y mi alma toda, sorbia las agitaciones que en mí dispertaba el contemplarla.

—Vaya, vaya, repuso el aya encogiéndose de hombros con gesto de arrogancia, y cual si la mortificaramos, habrá peticion mas descabellada!... ignoramos de todo punto quien sois, no os hemos conocido nunca, y quereis que *estos señoritos* y esta señorita pidan á sus padres que se encarguen de vosotros?...

—Sin embargo, somos tres niños muy desgraciados, mucho; dijo Bam-

boche con sentido acento, tres niños muy dignos de lástima, que debian inspiraros compasion; sí, compasion... Vamos mi buena señora, Martin os lo ha dicho: estos niños son tan ricos, tan felices! Nada será para cada uno de ellos encargarse de uno de nosotros, y el cielo les recompensará, porque luego tendrán en nosotros unos amigos verdaderos... unos hermanos que dariamos nuestras vidas por salvar las suyas...

—Oiga!... pues no dicen estos rapazuelos andrajosos que serán amigos nuestros? Acaso me rozo yo con mendigos como vosotros?... dijo Escipion con desdeñoso gesto.

—Mi buen señorito, le contestó Bamboche con voz conmovida y acercándosele, vos fuisteis feliz siempre... no es verdad?... Jamás tuvisteis hambre ni frio... ni miseria; jamás, nadie os pegó..... Pues bien!

nosotros hemos pasado miseria sin cuento, hemos tiritado de frio y hemos tenido hambre! poneos por un mento en nuestro lugar, y de fijo nos socorrereis...

—Estúpido como ese grandullon! dijo el vizconde, oye me pregunta si he tenido hambre y frio!...

Ví agitarse convulsivamente el ángulo de la mándibula de Bamboche, cual sucedia siempre que contenia su natural impetuosidad, temí estallase, mas permaneció sereno.

Solo Regina parecia estar conmovida; por dos veces su albino rostro se tornó purpúreo, y por dos veces se acercó á Vascona con reserva, interés y casi temor á la par; animada Vascona por aquel movimiento dió un paso hácia ella tendiéndole ambas manos, pero de pronto, ya fuera espanto, ya indecision, Regina retrocedió con viveza; cuando por segunda

vez obedeció esta niña á la voz de su alma, pareció haber vencido su indecision, pero una mirada severa que el aya le lanzó junto con la palabra:

—Regina!

Paralizó la tierna veleidad de la niña.

Crecia en tanto la lobreguez y por entre los árboles del bosque la blanquecina luz de los relámpagos habia brillado ya varias veces; empezaba sin duda á sobresaltarse de veras el aya, pues no pudo contenerse y dijo á Escipion con acritud.

—Por uno de vuestros caprichos de niño mimado, no tenemos el coche ahora, y por vos se nos echa la tormenta encima...

—Y á mí qué? quiero crema y la tendré, contestó Escipion.

Encogióse de hombros el aya y dirigiéndose á Bamboche, quien humilde, fija la mirada en el suelo, cu-

bierta la frente de sudor, aguardaba respetuosamente una contestacion á su súplica, el aya por fin le dijo:

—Yo soy el aya del señorito Escipion, hijo del señor conde Duriveau, los padres del señorito Roberto y de la señorita Regina, los han dejado venir hoy conmigo para que merendaran con mi señorito, recomendándolos á mi celo; yo no puedo por mí y ante mí acceder á lo que deseais, lo que me pedís es una locura sin igual. En verdad, si debia recoger uno á cuantos pobres encuentra..... Vamos, es una ridiculez.

—Mi buena señora, repuso Bamboche, con suplicante voz, haciendo otro esfuerzo para enternecer á aquella muger, si supierais nuestra posicion! pueden pillarnos de un momento á otro y detenernos como vagamundos, ponernos presos luego... sí, presos..... encarcelándonos hasta los

diez y ocho años... y por qué, Dios mio? porque no tenemos á nadie, porque solos y abandonados, nadie nos ampara... y sin embargo, qué pedimos? algun apoyo y medios para trabajar; pan, agua, un poco de paja y un aprendizage en un oficio... nada mas. Qué rico hay que no pueda dar al pobre esta limosna, cuando el pobre se la pide con el alma en los lábios y el llanto en los ojos?

Y dos lágrimas rodaron por las huesosas megillas de Bamboche.

Regina fué la primera en notarlas y dijo al aya en voz baja:

—Mirad señora, está llorando.

Tambien el aya pareció conmovida y Roberto dirigiéndose á ella repitió como Regina:

—Es verdad, está llorando.

—Sí, sí... saltó Escipion sarcásticamente, papá dice que los mendigos tienen las lágrimas en el bolsillo... .

para podernos robar el dinero.

—Tengo un ódio á ese chiquillo! me dijo al oido Vascona, verás como Bamboche le sacude... y me alegraré.

Pero Bamboche pedia con demasiada resolucion, alma y sinceridad para escuchar las impertinencias del pequeño vizconde; así fué que dirigiéndose de nuevo al aya prosiguió:

—Vamos, mi buena señora, ceded á ese noble sentimiento, compadeceos de nosotros, llevadnos á la presencia de ese señor conde que habeis nombrado; no por ello se enojará contra vos, estoy seguro; ademas, no temais, nosotros sabremos persuadirle; llevadnos... permitid que subamos á la trasera del coche...

—Mendigos en mi coche! pues; no faltaba mas, dijo en tono despreciativo el vizconde.

—Si conocierais al señor conde

Duriveau, amiguito mio, contestó el aya lanzando un suspiro, sabriais que él, menos que otro alguno, se prestaria á semejante locura... Todo lo que yo puedo hacer, es...

E interrumpiéndose de pronto el aya, cuya conmocion era síncera, juzgando conveniente aquella ocasion para dar una leccion de caridad práctica á sus discípulos, sacó de su bolsillo tres monedas de diez sueldos dióle una á cada uno de los niños, diciéndoles con acento compungido:

—Ya veis mis queridos niños, cuánta diferencia hay entre vosotros y estos chicos pobres; es preciso tener buen corazon y compadecerles, dad á cada uno de ellos estos diez sueldos; ademas pueden llevarse tambien los restos de la colacion.

—Pero si Escipion lo ha llenado todo de tierra y polvo, dijo timidamente Regina.

—No temais hija mia, repuso el aya, no harán dengues por un poco de arena; quizás en toda su vida hayan comido tan bien. Y dirigiéndose á nosotros luego añadió: van á daros algunos sueldos y llevaos en vuestras blusas lo que ha quedado.

—Señora... dijo tristemente Bamboche, algunos sueldos y las sobras de la merienda, no cambiarán en lo mas mínimo nuestra posicion actual. Nosotros no os pedimos una limosna, añadió con suplicante acento, juntando con fuerza las manos: lo que os pedimos, señora, son medios de poder trabajar, de salir de la mala vida en que nos hallamos, y para esta limosna, señora, no basta dar oro, es preciso interesar el corazon...

A su modo de ver, hubo de creer el aya que habia hecho por nosotros cuanto humanamente era posible, y estaba en razon; por esto perdiendo

la paciencia con la pertinacia de Bamboche, le dijo con acritud:

—Puesto que sois tan delicados y que tantos melindres haceis, idos... dejadnos en paz. Se os ha dado lo que se os podia dar... retiraos; al fin, no hay medio de aguantarlo.

—Si *mis* criados se hallaran aquí os echarian á puntapiés, dijo resueltamente Escipion.

—Habrá posma como esos mendigos! añadió Roberto, y arrojando á nuestros piés la moneda que le dió el aya repuso: vaya marchaos...

En vez de arrojar Escipion la moneda cual Roberto, apuntó al rostro de Bamboche y le dió en el pecho. Ví que Regina se hacia toda ganas de poner en las manos de Vascona su oferta, pero no se atrevió:

—No se irán no! repuso impetuosamente el aya, habrá terquedad semejante! Vamos á ver... recoged los

sueldos, llevad ó no los restos de la merienda, pero marchaos, pues de lo contrario os advierto que si pasa algun guarda, os haremos poner presos.

Un trueno violento retumbó en aquel instante y casi al propio tiempo, Bamboche, pálido de rabia y acercándose al ama echando chispas por los ojos, gritó:

—Así nos tratais, eh?.. pues bien! no queremos ya vuestra limosna, la despreciamos... lo ois? sí, y despreciamos tambien los restos donde han babeado estos pilluelos!...

Aterrador era el aspecto de Bamboche y confieso que su indignacion se me comunicaba; tanto desprecio, dureza tanta en la caridad me exaltaba lo mismo que á él y ademas fuerza es decirlo; sentia vagamente ya rencorosos celos contra Roberto, quien á la primera palabra amenaza-

dora que profirió Bamboche, habiase acercado á Regina como para protegerla.

Vascona padecia viéndose humillada, y en voz baja y acento en el cual se marcaba ódio profundo y arrasados en lágrimas los ojos me dijo con indignacion:

—Oh!... los ricos!... los ricos!

Asustada por un momento el aya, pues el bosque era solitario y nuestras fisonomías poco halagüeñas, habiase calmado pensando que nosotros al fin no éramos mas que unos niños; por esto con tanto desprecio como enojo repuso:

—Háse visto descamisados! recibir con tamaña insolencia la caridad que uno se digna hacerles!...

Despues de su primera esplosion de cólera, quedóse Bamboche silencioso por algunos momentos, echando en torno suyo sombrías miradas,

cual si meditase algun proyecto siniestro.

De pronto y con agilidad igual á la del gato montés, tiróse al aya, cogióla por la garganta y me gritó:

—Martin... agarra á los dos pilluelos... Vascona, no sueltes la chiquilla.

Echéme sobre Roberto, quien cogió denodadamente una botella y me la tiró á la cabeza; huí el golpe y cogiendo á mi adversario por en medio del cuerpo, ágil y vigoroso como yo me habia vuelto, le hice morder con facilidad el polvo, en tanto que Escipion de natural valiente se encabritaba en mis piernas haciendo por morderme; pero apoyada mi rodilla sobre el pecho de Roberto y bastándome una mano para sugetarle, cogí á Escipion con la otra por los cabellos, mientras Vascona obedeciendo á Bamboche se hizo dueña de Regina cuyos dos brazos sugetaba diciéndole:

—No hagais movimiento alguno... nada temais, no os haré daño.

Habia pasado cuanto llevo referido con suma rapidez; así que hubimos llenado maquinalmente las órdenes de Bamboche, miramos á *qué altura se hallaba* de su brusco acometimiento.

Lívida, aterrada, la pobre muger á quien Bamboche muy corpulento y robusto para su edad, habia sugetado facilmente, dejábase atar por él á un árbol sirviéndole de cuerda una larga *echarpa* de seda que llevaba el aya.

Sacando entonces Bamboche de debajo de la blusa las dos pistolas que nos enseñó cuando murió Lucifer, dirigióse al aya diciéndole:

—Como deis un grito..... os hago saltar la tapa de los sesos!

El aspecto de las armas de fuego llevó á su apogeo el terror de la in-

feliz; cerró los ojos y desfalleció como un cuerpo inerte lanzando uno que otro suspiro. acompañado de un movimiento convulsivo.

—Dejadles... dejad á esa canalla... porque si resuellan..... Y enseñó las dos pistolas.

A esa terrible amenaza, Roberto y hasta el mismo Escipion, apesar de su valor, quedáronse hechos una estátua de puro aterrados; Regina por un sentimiento de pudor instintivo y de heróica piedad corrió á ponerse junto al aya á quien procuró reanimar.

Indicándonos Bamboche con los ojos tres vasos que acababa de llenar cogió el suyo, levantólo en alto y con salvage exaltacion que no se borrará nunca de mi memoria dijo:

—Bebamos este vino, y brindemos por *el odio eterno á los ricos!*... Acordémonos siempre de que deseamos con

toda el alma volvernos laboriosos y honrados; que se nos amenazó con la cárcel y que nuestros ruegos merecieron desprecio y crueldad. Ya lo veis... anfisbena tenia razon... ódio á los ricos!.... Y vació de solo un sorbo su vaso.

—Odio á los ricos! dijo Vascona vaciando tambien el suyo; y ví por primera vez en su rostro infantil, una espresion de sarcástica maldad que me chocó...

—Odio á los ricos! repetí á mi vez haciendo cual mis compañeros.

Por muy pueril que parezca la referida escena, ha dejado en mí un recuerdo penoso que jamás olvidaré.

El sol se habia puesto ya; negros celages cubrian el cielo, bramaba el huracan; anchas, espesas y recias gotas caian impelidas con fuerza por el viento de la tempestad; era casi de noche debajo de aquellos copudos

árboles, y el hosco estampido del trueno sucedia al serpentino fulgor de los relámpagos.

Aquel vino espirituoso, bebido de un sorbo y en ayunas como estábamos desde la víspera, no nos emborrachó, pero sí nos sumió en una escitacion violenta.

—Ahora, dijo Bamboche, dirigiendo la voz hácia Roberto y Escipion, quienes no atreviéndose á huir, se habian metido debajo de la mesa, llenos de espanto y llorando á mares, ahora, ya que esos niños ricos han hecho befa de nuestra miseria, vamos á enseñarles lo que es miseria.

Bajóse Bamboche dicho esto y cogiendo á Roberto por el cuello de la chaqueta le sacó arrastrando, á pesar de su resistencia, y le dijo:

—Ea!... vas á venir con nosotros; á pedir limosna como nosotros.... y á vivir como nosotros. Martin, coge

al *señor vizconde*, añadió luego irónicamente.

Pero reflexionando y soltando de pronto á Roberto, repuso:

—No... te suelto. Creo que tienes mas de necio que de malo; pero el señor vizconde... el señor Escipion, verdadero plantel de rico infame, vendrá con nosotros... Tú Martin agarra la chiquilla... no tienes muger; es linda, le has hecho del ojo... te la doy, carga con ella!

—Si... eso es... dijo Vascona animada como nosotros por el vino y sin disimular una alegría feroz, carga con esa chicuela rica... Martin! bien me arrancaron de mi casa á mí... que se fastidie!

—Vamos... pronto!

Dijo Bamboche cogiendo con una mano sus pistolas, y arrastrando tras sí á Escipion, quien daba furibundos gritos.

—Vivo! internémonos en el bosque, el coche puede venir. Martin, *coge á tu muger*... y tú, como grites te... añadió poniendo la boca de sus pistolas en la frente de Escipion.

Exaltado por el vino que habia bebido, turbados los sentidos por la belleza de Regina, belleza que en tanto grado me seducia, corrí á ella y aunque ella se abrazó fuertemente al vestido del aya y pidió socorro á gritos, la enlacé brutalmente con mis brazos; pesaba tan poco que á pesar de su desesperada resistencia pude llevármela sin mucho trabajo.

—Anda tú delante, Vascona, dijo Bamboche, y ábrenos paso en la espesura.. No tardará un cuarto de hora en ser de noche y entonces habrán perdido nuestra pista.

Al convulsivo pugnar de Regina, siguió una especie de cansancio y entumecimiento, como si las fuerzas de

la pobrecilla se hubiesen agotado; sentíla desfallecer en mis brazos, sentí caer su cabeza sobre mi hombro, tambien sentí su helada megilla resbalar rozando la mia. Cuando la pobre cayó en esta languidez, habiamos andado ya algun tiempo en la espesura; asustado no pude menos de gritar:

—Bamboche.... la niña se pone mala.

—Vaya, vaya, dijo Bamboche soltando una carcajada feroz y siguiendo en arrastrar á Escipion, deja! que no tardarás en hacerla volver.

Y como era enteramente de noche nos metimos por lo mas enmarañado del bosque.

XXVI.

CLAUDIO GERARD, MAESTRO DE ALDEA.

CLAUDIO Gerard! no puedo trazar este nombre sin que dispierte en mí un sentimiento de profunda admiracion, ternura é inefable gratitud.

En breve diré de qué modo conocí á Claudio Gerard.

Habia transcurrido algun tiempo desde que, en el bos-

que de Chantilly me habia apoderado de Regina, mientras Bamboche se llevaba al vizconde Escipion. Andabámos errantes por la selva cuando la casualidad nos hizo topar con una ronda de gendarmes encargados de perseguir á los cazadores furtivos. Empezó Escipion á dar gritos, á pedir socorro... y nosotros temerosos, abandonamos los dos niños y pusimos piés en polvorosa.

Merced á la oscuridad de la noche, á lo frondoso del bosque, á nuestra agilidad, pudimos salvarnos de las garras de los gendarmes montados en pesados caballos; nos hallábamos fuera del bosque al amanecer, y seguiamos la ruta de Louvres, volviendo las espaldas á Paris.

Con el mal éxito que cupo á nuestras tendencias al bien, renacieron todas las malas pasiones, mas vivas, mas amargas, mas rencorosas que

nunca; los desprecios y la negativa que habiamos sufrido legitimaban á nuestros ojos la funesta resolucion de perseverar en el mal.

Estábamos alegres, escépticos, insolentes; camino andando y siguiendo siempre de frente, dando únicamente un rodeo al llegar á las grandes poblaciones, donde la policia anda mas lista, mendigábamos en las aldeas ó cantábamos en las tabernas, robábamos lo que podiamos, ya ropa que colgada en algun arbol estaba puesta á secar, ya las gallinas ó demas aves que se apartaban de sus corrales etc., y vendiamos luego por algunos cuartos nuestros hurtos, como efectos hallados, pues rara vez nos faltaban compradores en los caminos reales; pasábamos las noches ora en alguna granja ó establo que por caridad se nos concedia, ora en lo interior de los molinos donde nos arreglábamos

para estar calientes, pues el invierno habia reemplazado al otoño.

Yo no he probado jamás las sensaciones del juego; pero Bamboche quien, pudo mas adelante disponer, por medios, sino criminales poco decorosos, de sumas considerables que jugó, perdiendo unas veces y ganando otras, me dijo que nada se parecia tanto á las sensaciones del juego como las alternativas contínuas de temor y esperanza, de terror y alegria, de abundancia y privaciones que caracterizaban los dias de nuestra vida errante.

Dónde dormiriamos por la noche? Seria abundante el producto de las limosnas? Se presentarian ocasiones favorables para hurtar? Darian lucro las canciones de Vascona? Nos pillarian, dado caso de poder robar? Y luego mientras robábamos cuántos sustos! cuánta zozo-

bra! Y despues de haberlo hecho con feiicidad y vendido lo robado, cuanta dicha, cuánto orgullo, cuánto gozo! cuántas burlas sufria la víctima!

No se pasaba casi un dia sin estas calenturientas sensaciones. *Lo casual*, *lo imprevisto*, estas dos palabras reasumian nuestra existencia vagamunda; he estado siempre en condiciones muy distintas unas de otras y no recuerdo en ninguna de ellas haber vivido, no diré mas felizmente, pero mas *de prisa* que en aquella época de mi azarosa carrera.

Si prescindiendo de la fatalidad á que obedeciamos, habia algo que pudiera disculpar lo vergonzoso y execrable de nuestra conducta, era el hacerlo todo con cierta travesura infantil; y para espresarme en el lenguage de aquella edad, no haciamos tanta gala de los hurtos como de los medios de burlar á los demas; *incá-*

bamos la uña y los gendarmes eran para nosotros lo que el maestro para el alumno revoltoso.

. . . . . .

Estábamos á principios de febrero y el aire frio del crepúsculo hacia que deseásemos hallar un albergue, cuando al subir á una colinita que formaba la carretera, apercibimos á lo lejos un lugar muy pequeño situado al estremo del valle.

Como creimos poder pernoctar allí, apresuramos el paso y cruzando por los sembrados, presto llegamos á las últimas casas del pueblo; una de ellas, pobre y miserable albergue, bastante aislada, tenia una ventana que daba al sendero que nosotros seguiamos, sendero á cuya opuesta orilla se estendia un semibosque de frondosas cuanto espesas retamas.

Iba delante Bamboche, seguia Yascona, y despues yo... Paróse de

pronto aquel, miró cuidadosamente por la ventana baja de la pobre casucha, hizo un movimiento de sorpresa, y volviéndose vivamente hácia nosotros en voz baja esclamó:

—Dinero!... puede que mas de cien francos!...

Y recomendandonos silencio, con un gesto, nos hizo seña de acercarnos. Vimos entonces por la ventana una especie de cuartucho separado de un establo por varios encañizados que dejaban entre ellos estrechos claros. Indicónos Bamboche con el dedo en un rincon de aquel cuarto, un monton de paja encima de la cual brillaban heridos por un rayo de luz algunos napoleones.

Reinaba en la casa el mayor silencio, veíase por entre las cañas la puerta del cuarto abierta, y por esta un corral lleno de estiercol.

Reflexionó Bamboche algunos mo-

mentos, pasados les cuales dijo:

—Vascona, vé, ponte de centinela en el sendero; Martin y yo entraremos en la casa por la ventana; Martin cerrará por dentro la puerta del establo á fin de evitar que me sorprendan mientras recojo los napoleones, cosa que está hecha en un decir Jesus.

—Anda, le dije, coge el dinero... voy á cerrar la puerta.

—Y en caso de vernos perseguidos, repuso Bamboche, eche cada uno por su lado, nos reuniremos dentro de tres ó cuatro horas en la colina del camino real desde donde divisamos el lugar; ya sabeis.... donde está la cruz de piedra.

—Sí, dijimos Vascona y yo, reparamos en la cruz.

Haciendo entonces Bamboche señal á nuestra compañera de colocarse de centinela al estremo del sendero,

se puso de un brinco en la ventana y de ella en el cuarto.

Seguíle, y mientras se dirigia presuroso á la pajaza para coger el dinero, corrí yo hácia la puerta del establo... iba á cerrarla cuando un hombre, á quien no habia visto, y que venia del corral salió de repente y aunque algun tanto sorprendido me dijo con dulzura:

—Que haces aquí, hijo mio?

En vez de responder, dí un grito, señal convenida con Bamboche, y me eché á las piernas del recien llegado cogiéndolas con tamaña violencia entre mis brazos, que perdiendo el equilibrio con este inesperado ataque, cayó haciendo vanos esfuerzos para levantarse durante algunos segundos, de tal modo estaría yo cogido á sus piernas.

No podia durar mucho tiempo mi ventaja en lucha tan desigual; así fué

que cogiéndome á poco aquel hombre con vigorosa mano, me hizo salir del establo y me llevó al corral, sin duda para examinarme con mayor detencion, no sospechando entonces que acababan de robarle y que yo era cómplice del robo.

Seguia á aquel hombre sin la menor resistencia y pensé con gozo que Bamboche y Vascona podrian escapar.

—Y eso! me dijo Claudio Gerard; porque era él, y su voz denotaba menos cólera que admiracion.

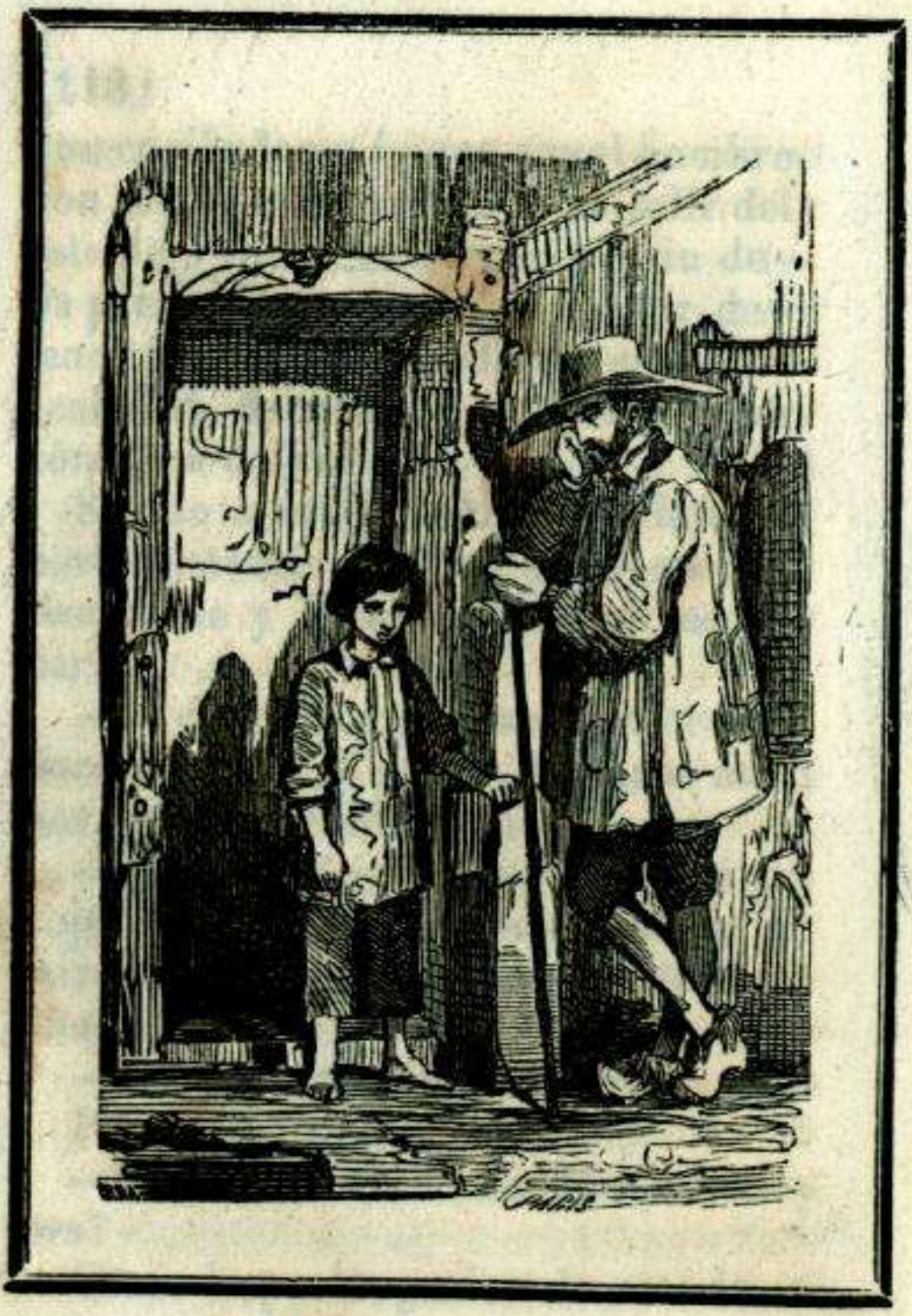
—Qué diablos te dá? Por qué te cojes de este modo á mis piernas? y mirándome con mas atencion luego, añadió:

—Oiga! tú no eres del lugar?

Permanecí mudo.

—De dónde eres? de dónde vienes?

Como la prolongacion de este in-



Habia permanecido hasta entonces con la vista fija en el suelo.

terrogatorio, aseguraba mas la fuga; é impunidad de mis compañeros proseguí en mi silencio.

—Vamos á ver hijo mio, me dijo Claudio Gerard, con paternal dulzura, esplícate... esto no es natural... estás temblando... agitado..... pálido... vamos, mírame.

Habia permanecido hasta entonces con la vista fija en el suelo, levanté los ojos y miré á Claudio Gerard.

Era en aquella época maestro de primeras letras del pueblo, cuyas funciones aceptadas como las juzgaba él, equivalian á imponente sacerdocio... Ví delante de mí á un hombre de treinta años poco menos poco mas, de mediana estatura, apariencia robusta, miserablemente vestido con una blusa toda de remiendos; sus desnudos piés desaparecian en unos zuecos llenos de paja; llevaba en la cabeza un sombrero hongo de alas muy anchas;

sus marcadas facciones carecian de regularidad, pero me chocaron por la espresion de melancolía, dulzura y gravedad que en ellas habia.

—Con qué no quieres contestar hijo mio? prosiguió Claudio Gerard con cierta sorpresa en que se traslucia alguna inquietud: ahora caigo! esclamó de pronto, hace un cuarto de hora que me hallaba en el corral y no te he visto entrar; Cómo te hallas pues en el establo?

Una idea repentina acababa de asaltar sin duda su espíritu pues á poco esclamó.

—La ventana de mi cuarto estaba abierta... y el dinero... mas luego como si reflexionase añadió: No, es imposible... un niño... Sin embargo se me tiró á las piernas cual mastin, y dió un grito, que pudo ser una señal convenida...

Al hablar así volvióme á coger del

brazo; hizóme atravesar el establo, se dirigió precipitadamente á lo que él llamaba su cuarto, entró, lanzó una mirada á la pajaza, y vió que el dinero habia desaparecido.

Entonces sacudiéndome el brazo con violencia gritó:

—Niño desgraciado!..... me han robado y tú lo sabias!

Nada contesté.

—Quién ha robado el dinero?..... Quieres contestar? gritó con aterradora voz. Yo seguí cual antes sin responder una sola palabra.

—Dios mio! dijo Claudio Gerard, llevando con desesperacion las manos á su frente, robarme... robarme un depósito que me acababan de confiar.

Aprovechando aquel movimiento, quise escapar, pero el maestro de escuela me cogió al poner el pié en el poyo de la ventana.

—Los ladrones no pueden estar lejos. Y luego mirándome con ojos donde se hermanaban cólera, dolor y piedad murmuró:

—Tan niño... robar! robar tan niño!...

Y sin añadir una sola palabra, me llevó tras sí, hízome atravesar con suma rapidez el establo, paróse delante de una especie de gallinero de mamposteria, algo mayor que una perrera y apesar de mi desesperada resistencia, fuí encerrado en este cuchitril, cuya puerta aseguró Claudio Gerard, echando un cerrojo que en la parte esterior de la puerta habia.

Al verme prisionero traté de fugarme, pero las paredes del cuartucho eran muy sólidas y yo no tenia ningun instrumento que pudiese abrirme paso; sólida era tambien la puerta en la que habia agujeros hechos á intento; pegué á ellos los ojos, miré, mas

ni ví á nadie, ni oí tampoco rumor alguno.

Viendo que me era imposible escapar, quedé sumido en crueles reflexiones. Olvidé lo peligroso de mi situacion y solo pensé en los riesgos que podian correr Vascona y Bamboche, pues si Claudio Gerard ponia á la gente sobre aviso y si los lugareños recorrian los campos, no podian menos de dar con ellos. Este pensamiento me desesperaba, menos quizas, que la posibilidad de verme separado de su compañía. En la cárcel deciame á mí mismo en el egoismo de la amistad, estaria con Bamboche y Vascona.

A la hora de estar en mi perrera, ví entrar en el corral unas doce vacas y tras de ellas un vaquero, niño de mi edad, quien las conducia en direccion al establo; casi en el momento mismo pareció tambien una

muger ataviada con alguna coquetería y con acre cuanto imperioso acento gritó repetidas veces:

—Claudio Gerard!

Al eco de estas voces salió del establo el vaquerito, quien dijo á la muger:

—El maestro de escuela no está; señora Honorina.

—Como, no está! repuso con acritud la señora Honorina, pues dónde diablos anda?

—Yo no sé... No hay nadie en el cuarto, y la ventana está abierta de par en par.

—Vaya que me veré precisada á esperar al señor maestro de escuela! dijo la muger hablándose á sí misma con voz que revelaba concentrado enojo, dando paseo arriba, paseo á bajo á corta distancia de mi escondrijo y demostrando en todos sus ademanes creciente indignacion.

Era la señora Honorina, muger de unos treinta y cinco años, bastante bajita y muy regordeta; tenia muy negras y pobladas cejas, encarnados mofletes, porte varonil y arrogante; llevaba un hermoso vestido de seda, una cadena de oro pendiente del cuello y una gorra adornada con lazos, que pasando por la sien se destacaba mas visible por cima de su negro y luciente pelo que llevaba hueco.

Haria unos diez minutos que la señora Honorina echaba denuestos entre dientes cuando ví entrar á Claudio Gerard, pálido y azorado el rostro... venia solo... mi corazon rebosó de gozo. Bamboche y Vascona se habian salvado... no les habian podido coger.

Así que pareció Claudio Gerard, salióle al encuentro la señora Honorina é inflamado el semblante de puro colérico gritó con brutal acento:

—Sabeis, señor Claudio Gerard que hace diez minutos que estoy de centinela esperandoos? dónde estábais? contestad, dónde estabais?

—Perder ese dinero Dios mio!...

No me quedó ya la menor duda; ni Bamboche ni Vascona tenian que temer, harto me lo revelaba el abatimiento de Claudio Gerard.

Tan estupefacta como enojada la señora Honorina al ver que el institutor no contestaba gritó:

—Vaya que me admira!... estoy hablandoos, señor Claudio Gerard...

—Disimulad, señora Honorina, disimulad, dijo el maestro con alterada voz, reponiéndose... fuí...

—Qué me importa á mí saber donde ibais?... Hace un cuarto de hora que os estoy esperando.

Ví con sorpresa que el maestro no dijo una palabra del robo de que acababa de ser víctima. Dominó su

emocion y contestó á la señora Honorina con tanta dulzura como deferencia:

—Siento haberos hecho esperar, señora Honorina, ignoraba vuestra venida... Qué se os ofrece?

—En primer lugar, desearia saber por qué no habeis barrido y arreglado enteramente la sacristía segun mandé esta mañana?

—Empecé á barrer, pero llegó la hora de la clase y...

—Qué tengo yo que ver con vuestra clase!... la sacristía es primero. Qué! no se os paga para que la tengais limpia?

—Es verdad, señora Honorina.

—Si es verdad, entonces porque sois tan holgazan?... Y el palomar?... Hace ocho dias que no habeis puesto los piés en él; está que dá asco, subió esta mañana el señor cura y por poco vomita, está con vos, que ya ya!

—Permitid... señora...

—Vais á decirme que no se os paga para tener limpio el palomar? Pues miren que es gran cosa! como si no pudieseis hacer estos pequeños favores al señor cura!

—Hago lo que puedo para complacer al señor cura, harto lo sabeis señora Honorina, contestó el maestro con dulzura y calma inalterable.

En cuanto me quede un momento libre, limpiaré el palomar.

—Es que, no basta con esperarle, este momento es preciso buscarlo.

—Lo buscaré, señora Honorina.

—Toma; podriais no hacerlo..... Pero, pasemos á otra cosa; hay que cavar una sepultura, para mañana por la mañana; por esto vine á buscaros de parte del señor cura, mas ya se vé, como dar el recado, en seguida, si el señor maestro de escuela se vá á tomar el fresco...

—Una sepultura... dijo con viveza Claudio Gerrard, es para la jóven señora, sin duda?... Segun eso murió!...

—Sí, murió, dijo secamente la señora Honorina; el señor cura fue á asistirla en cuanto se levantó de la mesa, vaya que han sido unos postres...

—Pobre jóven... dijo Claudio con acento de sentida piedad, morir á su edad... tan hermosa...

—Yo no compadezco á las mugeres bonitas, que con todo y ser baronesas, se escapan de sus maridos con sus amantes, repuso ácremente la señora Honorina.

—Durante los dos años que esta jóven ha estado en el pueblo... ha vivido siempre sola con su criada, sin ver á nadie absolutamente; qué se le puede echar en cara?... Repuso Claudio con severidad.

—Toma! vivia sola porque antes de retirarse aquí, la plantó su amante por otra, y en verdad que hizo bien.

—Cuanto sufrirá su pobrecilla hija!... dijo melancólicamente Claudio Gerard, llegar gozosa la infeliz, y ver morir á su madre!...

—Vaya que es fuerza que el marido sea un babieca para mandarle su hija...

—Qué! señora!... no estaba la pobre bastante castigada con la separacion...

—Por qué hizo de las suyas?

—Por muy culpable que una muger sea... no se le puede rehusar el que vea á su hijo, cuando moribunda pide se le deje abrazar por la vez postrera!

—Sí señor... yo se lo hubiere rehusado.

—Muy severa sois... señora Hono-

rina... muy severa... pero teneis ese derecho.

—Mucho que sí... Pero el que vos no os tomareis será el de hacerme esperar como hoy... veremos si mañana teneis barrida la sacristía, limpio el palomar... y (1).

---

(1) Aunque lo repugnante y lo ridículo rivaliza en ese cuadro de la condicion miserable á que se tiene reducido al maestro de escuela, único propagador de la educacion popular, no se crea ver en estos hechos de menor exageracion ni mucho menos un caso escepcional. En una escelente obra oficial de MR. LORRAIN obra muy moderada por lo mismo que es oficial, pero escrita bajo la impresion de pensamientos generosos se leen las siguientes notas:

«El maestro de aldea se ve considerado las mas veces por el pueblo *al mismo nivel que el mendigo* (212) entre el pastor y él se dá *generalmente la preferencia al pastor* (213) cuando los alcaldes quieren obsequiar a los maestros *les hacen comer en la cocina* (214). Y leemos luego: «Perseguidos constantemente por la necesidad de reintegrarse de los 200 francos que es preciso dar á los

—Haré lo posible.

—Cuento con que todo estará co-

---

institutores, muchos ayuntámientos han querido pagar con ellos una infinidad de funciones diferentes que cada una de por sí bastaria para ocupar las 24 horas que tiene el dia.»

«Es preciso que el maestro sea: *sepulturero y tambor, que limpie el lavatorio público, que dé cuerda al reloj, que desempeñe las funciones de chantre y sacristan, que pague las hostias, y lave la ropa blanca del altar.*»

Las notas siguientes á que se refiere el autor de la obra que acabamos de citar son sacadas de las relaciones que hacen los 190 inspectores encargados de inspeccionar todas las escuelas de Francia.

«(212.) En cuanto á los maestros de escuela, son pobres y van miserablemente vestidos, presiden sus clases sin corbata, chaleco ni medias, calzando zuecos en vez de zapatos. Apesar de la triste opinion que me habia formado sobre lo que era la instruccion en los pueblos, jamás creí estuviese en tan deplorable estado. Sacando apenas 30 ó 40 céntimos y hasta 25 al mes de cada discípulo; suma que ascenderá, reunida, á 100 francos al año, qué pueden hacer los pobres maestros?

mo digo, contestó la señora Honorina alejándose á paso mesurado y magestuoso.

---

mayormente cuando se ven con muger y cargados de hijos?... B... *está sirviendo á un colono* (234). Durante las ferias desempeña el profesor todos sus empleos: *es chantre, sacristan, secretario gratuito del alcalde y criado del cura.* (214) No pude ver en Saint-Antonin *R... maestro del pueblo, campanero, pregonero y sepulturero* por hallarse ausente.»

Mas de una vez en el curso de la novela se nos proporcionará citar la escelente obra de la cual hemos tomado la presente nota.

XXVII.

LA LIBERTAD.

FUERZA es confesar que la actitud resignada y la sinigual dulzura de Claudio Gerard, me sorprendieron y conmovieron tanto, que esperimenté ciertos remordimientos al pensar que yo habia sido cómplice de un robo que tan gran disgusto parecia ocasionar á aquel hombre.

Habia ya anochecido cuando la señora Honorina se marchó.

Claudio Gerard se encaminó hácia el establo... pero acordándose de repente de mí, dió una brusca vuelta y se dirigió á la cabaña donde estaba yo encerrado, la abrió y me dijo:

—Seguidme.

Marchando delante del institutor le acompañé al sitio que él llamaba su *cuarto*.

Entre aquella pobre choza donde habitaba Claudio Gerard y el establo, no habia mas separacion que un pequeño enrejado muy semejante á los zarzos donde se encierran los rebaños. A la débil luz de una vela que encendió el maestro, pude distinguir encima de su miserable lecho unas tablas llenas de libros, y en un rincon recostado á la pared un cuadro de madera negra en el cual se veian

aun algunos números hechos con un poco de yeso, y mas allá, sobre una mesa coja, amontonados una porcion de cartapacios.

Miraba yo á Claudio Gerard con inquietud, pues ignoraba completamente lo que iba á hacer conmigo.

Reflexionando pausadamente se me ocurrió, que sin duda alguna me obligaria á nombrarle mis cómplices, que me entregaria luego á los gendarmes para que estos señores me llevasen á la cárcel, donde me meterian hasta la edad de diez y ocho años; pero antes la muerte que denunciar á Vascona y á Bamboche, decia yo heróicamente, y me ahogaba el dolor al pensar que nuestra separacion seria quizás por muchos años ó quizas tambien eterna. ¿Cómo reunirme con mis compañeros? ¿dónde encontrarlos? ¿qué medios emplear para escaparme y correr á nuestro

punto de reunion, y ademas perseguidos ellos, llegaria yo á tiempo?

Claudio Gerard, sin chistar, tomó sobre una tabla un pedazo de pan negro y un saco, puso ambas cosas en la mesita con un puchero lleno de agua, cortó unas rebanadas del pan negro, sacó unas nueces, me las presentó y me dijo con voz sosegada.

—Si tienes hambre... come...

Apesar de la zozobra y del pesar tenia hambre canina; habiamos andado todo el dia por el campo en ayunas, circunstancia que me hizo agradecer doblemente la oferta hospitalaria del hombre á quien yo habia hecho tanto daño.

Mientras mordia yo con ansia el pan duro, y rompia las nueces con un cuchillo que se hallaba encima de la mesa, Claudio Gerard sentado sobre su cama me miraba atentamente, y al cabo de algunos minutos de ob-

servacion dijo en voz baja, como hablándose á sí mismo:

—Con todo, esta fisonomía no carece de dulzura ni de inteligencia.

De pronto se abrió la puerta del establo, cerrada únicamente con un pestillo, y una voz bronca gritó:

—Hola! hé, Claudio Gerard!

—Qué hay? preguntó el institutor, quién vá?

—Yo, Joya el porquero del señor alcalde, vengo de su parte, y ya veis?

—Qué se os ofrece, preguntó Claudio Gerard, pasad adelante.

—Gracias, contestó Joya, toparia con las vacas, mejor quiero hablar desde aquí.... tengo prisa.

—Pues bien... hablad.

—Dice el señor alcalde que vayais mañana por la mañana en cuanto amanezca con vuestra campana á repicar, para... ya os dirá él para que...

y quiere que sea tempranito á fin de que concluya el campaneo antes que la gente marcha al campo... pues, y luego... nada mas.

—Muchacho, dirás al señor alcalde que absolutamente podré hacer lo que me pide, porque el señor cura me ha mandado cavar una sepultura, mañana al despuntar el dia, para enterrar á esa pobre jóven, y esto no puede diferirse.

—Ah! ah... yo... no sé... El señor alcalde me ha dicho eso... yo os lo digo... Y luego las lavanderas han ido á quejarse de que el lavadero está lleno de cieno, y que es preciso limpiarlo, pues la ropa sale negra y con un hedor que apesta, y por esto dice tambien el señor alcalde, que os manda, que mañana despues que acabeis de tocar las campanas limpieis el lavadero...

—Muchacho, añadió Claudio Ge-

rard con calma inalterable, pero en la que se notaba alguna ironía, dirás de mi parte al señor alcalde, que el señor cura habiéndome mandado, tambien sin demora, que limpie su palomar; algo dificil es optar por el lavadero ó por el palomar, sin... mas no obstante, como el primero es necesario para todos los habitantes del pueblo, limpiaré el lavadero despues que concluya de cabar la fosa y tocaré las campanas á las oraciones, cuando vuelvan los labradores del campo.

—Voy á decírselo, y á él se las pagareis, pues como tiene un genio.... de vinagre ya, ya...

—Buenas noches muchacho, dijo el institutor deseoso sin duda de terminar esta conversacion.

—Buenas noches Claudio Gerard, repitió el porquero, voy pues á decirle al señor alcalde, que no quereis

tocar la campana mañana por la mañana.

Y la puerta se cerró al golpe que le dió el enviado del alcalde.

En aquel entonces no sabia yo á punto fijo cual era la estension y la variedad de las obligaciones del maestro de escuela, y sin embargo no oí sin sorpresa á la señora Honorina mandar á Claudio Gerard, de parte del señor cura, que cabase una huesa, barriese la sacristia y limpiase el palomar del presbiterio; pero mi asombro llegó á su colmo cuando Joya, el porquero del señor alcalde, vino á su vez, á decirle de parte de su amo, que le mandaba tañir las campanas y limpiar el lavadero.

Lo que aun me maravillaba mas, era la resignacion, la dulzura con la cual escuchaba Claudio Gerard estos mandatos diversos, conformándose á cumplirlos todos...

Despues de la partida del porquero, Claudio Gerard calló unos instantes, y luego me dijo mirándome con la mayor atencion:

—Oye... el dinero que se me ha robado, no era mio... era un depósito... tus cómplices se me han escapado..... el dinero ha desaparecido..... cuando vengan á reclamarlo, cómo devolverlo?... Eran veinte y cuatro napoleones... soy demasiado pobre y mi lucro es tan corto para que nunca me sea posible ahorrar tal cantidad... Solo un medio me queda para probar que este dinero me ha sido robado... mandarte prender... como cómplice del robo.

Y Claudio Gerard calló durante unos segundos, sin toda vez apartar la vista de mí: supe mas tarde que esta amenaza que tanto me atemorizó, era fingida, y solo hecha con el obgeto de sondearme bien.

—Tienes miedo de verte preso?... me preguntó.

—De que me prendan solo... sí... sí... porque en la cárcel... para siempre me veré separado de mis compañeros, y mejor quisiera que me matasen de un tiro, que no volver á verlos.

—Tus compañeros son los que me han robado, y tanto les quieres?

—Oh sí... sí... les quiero mucho... contesté yo.

—Creo que no me engañas..... y esto es un indicio cierto..... de que tu corazon es bueno... pero cómo puedes amar á unos ladrones, á unos miserables, que sin duda han abusado de tu juventud para hacerte su cómplice?

No contesté nada, creí prudente y diestro disfrazar el que mis compañeros eran de mi edad, de callar á fin de que por mis palabras no se descu-

briese á Vascona y á Bamboche, á fin de dejar á Claudio Gerard en su error.

Mi silencio prolongándose bastante el institutor añadió:

—Quiénes son tus padres? como han podido abandonarte tan jóven?...

—No tengo padres.

—No tienes padres?...

—No... soy un niño espósito...

—Ah! comprendo; al fin, esclamó Claudio Gerard, suspirando con compasion, esto es... el abandono primero... luego los malos egemplos... y por último el vicio... pobre infeliz criatura... ya no debo acusarte, no debo!

El rostro melancólico del institutor, espresaba una compasion tan tierna, que me sentí profundamente conmovido.

Despues de un rato de silencio, Claudio Gerard, observó:

—A tu edad... casi siempre el arrepentimiento vuelve á la buena senda... veamos... sé franco... confiésamelo todo... y quizás...

—Nada tengo que confesar, contesté brutalmente, no quiero denunciar á nadie, hacedme meter en la cárcel, si os place...

Claudio Gerard no se enfadó por mi contestacion, encogióse de hombros y me dijo con dulzura.

—En la cárcel?... cuando te he sorprendido, cuando me he cerciorado de que me habian robado, que! no te hubiese mandado prender inmediatamente, á quererlo? y no hubiera en el acto dado parte del robo, si la idea de conducirte á la cárcel no me hubiese detenido? encerrarte en una prision! yo? si fueses hombre no titubearia, porqne el robo es un crímen infame, y la justicia debe castigarlo... pero á tu edad... desgraciado

niño... aun hay esperanzas... hay recursos... y si entrases en una cárcel te perderias para siempre..... allí te se detendría hasta los diez y ocho años, y saldrias criminal... pero criminal incurable...

—Entonces, señor, mi buen señor.... dejad que me vaya.... esclamé juntando las manos y viendo brillar un rayo de esperanza, oh! os lo ruego, dejadme marchar... esta noche.

—Y á dónde irias?

—Haria todo lo posible para reunirme con mis compañeros.

—Y si consiguieses alcanzarles, qué harias?

—Me quedaria con ellos.

—Para robar de nuevo.

—Oh! no! oh... no siempre.

—Cómo! no siempre?...

—Es que solo robabamos... cuando no podiamos pasar por otro punto.

—Entonces... tú conoces que era mejor no robar?...

—Ya se vé... no se corre el riesgo de ser cogido... y luego...

—Qué?...

—Dicen que no es bien hecho robar... pero cuando se tiene hambre... es preciso comer.

—Pues qué no siempre robabais, cómo viviais? con qué recursos?

—Pediamos limosna... y otras veces Vascona cantaba en las tabernas, contesté inadvertidamente.

—Vascona, añadió Claudio Gerard mirándome sorprendido.

Nada contesté, sintiendo se me hubiera escapado este nombre. Permaneció de nuevo silencioso el maestro por algunos momentos, al cabo de los cuales sin dar muestras de haber notado mi súbita reticencia añadió:

—Por qué tienes tanto empeño en volver con tus compañeros?

—Porque nos hemos jurado mútuamente no separarnos jamás, unos de otros.

—En general no hay niño alguno de tu edad que se ligue por juramentos de esta clase con personas mayores, me dijo Claudio Gerard.

—Mis compañeros no son personas grandes.

Viendo que yo sentia esta segunda é involuntaria confesion Claudio Gerard añadió:

—Vamos, no te arrepientas de haber dicho la verdad... esto te será quizás, para tu bien..... y para el de tus compañeros.... sí, para el de tus compañeros...

Miraba yo al maestro con tanta sorpresa como desconfianza, conoció lo este; pues con acento lleno de bondad y franqueza prosiguió:

—Recelas de mí, tengo acaso cara de malo? te castigué acaso así que

descubrí el robo? Te hablo con dureza? no te manifiesto mas bien piedad que cólera, á pesar de tu mala accion? Y sabes por qué, pobre niño? Porque creo que hay algo bueno en tí, porque estoy seguro de que solo estas descarriado cual quizás lo estan tus compañeros tambien. Vamos..... qué edad tienen?

—Vascona tiene dos años menos que yo, y Bamboche dos mas; contesté, sintiéndome sin fuerzas para resistir á la penetrante influencia de Claudio Gerard.

—Una niña de esa edad, cómplice ya de robos hechos por otro niño! Oh! es horrible!... Pobres criaturas! pero por cuál estraña circunstancia os reunisteis los tres? Segun eso tampoco tienen padres tus compañeros?

—Tampoco.

—Y hace mucho tiempo que pedis limosna por los caminos?

—Sí, señor... hace algunos meses.

—Hace un momento que me diste á entender que si yo te dejaba ir hallarias á tus compañeros... Teneis algun punto de reunion?

—Yo no he dicho esto.

—No, pero es mas que probable... Tus compañeros, á quienes yo no pude coger, te esperan acaso en alguna parte de los alrededores?

—Os juro que no; esclamé aterrado por la penetracion de Claudio Gerard, ademas, aun cuando supiera donde están, me dejaria matar primero que hacerles traicion... Y luego muy satisfecho con manifestar que yo tambien tenia penetracion, añadí ladinamente.

—Me preguntais todo esto para hacer que pillen á mis compañeros y recuperar vuestro dinero... vos quereis *hundirme*...

Claudio Gerard sonrió tristemente.

—Sospechas así cuando soy tan indulgente contigo... es muy mal hecho... Pero cómo podria dejar de ser con la vida que has traido? No te acuso pobre niño, no; te compadezco.

—Sí, he traido esa vida, no tengo yo la culpa, dije conmovido por la benevolencia de Claudio Gerard, en dos ocasiones diferentes quisimos volver al bien, y en ambas se nos recibió como á perros... Pues bien! ya que así lo quisieron... seguimos siendo lo que somos.

—Así hubo algunas veces en que tú y tus compañeros tuvisteis remordimienios y sentisteis seguir en vuestra mala vida?

—Oh sí... no lo dudeis, mas de una vez lo sentimos; y como decia llorando Bamboche, algunos dias hace: *nuestro corazon no era malo sin embargo...*

Estas últimas palabras parecieron

chocar á Claudio; dió algunos paseos por el cuarto con pensativo ademan, y acercándoseme despues, dijo:

—Escucha! te creo capaz de volverte bueno, si un hombre honrado se encarga de tí. Si lo quieres, te quedarás á mi lado, tu condicion será pobre y ruda, el pan negro que has comido esta noche, es mi cotidiano alimento; dormirás como yo en esta cochera, tendrás que hacer cual yo trabajos penosos; pero yo te arrancaré de una senda que te lleva al crímen. Te instruiré, desarrollare en tí cuanto bueno tu corazon alberga, y hasta llegaré á ponerte en situacion de que ganes tu vida honradamente y de que seas honrado mientras vivas. Me intereso por tí sin saber por qué, y me admiraria de ello si no tuviera en cuenta la circunstancia que lo origina, pobre niño, porque este es el momento que decidirá de tu vida to-

da. En este instante vas á elegir entre el bien y el mal.

—Señor...

—Escúchame... Deseo que te quedes pero no puedo obligarte á ello. Si aceptas, ha de ser libre y voluntariamente, porque nadie te impedirá salir de esta casa cuando te acomode. Así pues, piénsalo y decídete.

Aquel porvenir laborioso y triste me aterraba. Nada contesté; y sin embargo, las bondades de Claudio Gerard me tenian profundamente conmovido.

—En cuanto á tu compañero y á la pobre niña que vá con él, te propongo lo siguiente: dijo Claudio Gerard mientras yo le miraba con sorprendidos ojos; aun es temprano, hace una noche clara, la ventana dista poco del suelo, si sabes donde puedes hallar á tus compañeros vé á buscarles.

Y Claudio Gerard abrió la ventana. La brillantez de la luna me permitió ver el campo, y en el horizonte la cuestecita bastante alta que cortaba el camino real, donde Bamboche, Vascona y yo, nos habiamos citado junto á una cruz de piedra. Como no sabia cuales eran las intenciones de Claudio Gerard quedéme estupefacto. Luego prosiguió:

—Si tus compañeros desean todavía volver á la buena senda..... díles que yo hallaré dos sugetos, quienes harán por ellos lo que yo te ofrezco hacer por tí; pero que cual la tuya la condicion que les aguarda es tambien pobre y ruda... Les dirás tambien que el dinero que me han quitado no es mio, que semejante robo puede causarme pesares crueles; si tus compañeros conservan algunos buenos instintos, volverán contigo, me traerán ese dinero que ellos gas-

tarán locamente, estarán aquí contigo donde los tres hallareis: asilo, de comer é instruccion.

—No se nos separará?

—No... tus compañeros, así lo creo, tendrán casa en este mismo pueblo; y pasareis juntos los dias en la escuela. Si, al contrario tus compañeros persisten en el mal, déjales. Y tú mismo, si nada son para tu corazon mis ofrecimientos, sígueles... no vuelvas ya. Pero llegará dia en el cual, remordimientos crueles te castiguen, pobre niño.

Fijos en Claudio los ojos permanecia inmóvil, indeciso entre la sensacion que sus palabras me hacian, y el temor de caer en un lazo.

Admirado Claudio Gerard viéndome tan perplejo, repuso:

—Véte... qué aguardas?

—No me atrevo... vos quereis engañarme quizás.

Encogióse de hombros el maestro y con angelical longanimidad me dijo:

—Engañarte?... Cómo podria hacerlo?... Vamos á ver, te creo con bastante resolucion para resistir á mis amenazas, si quisiera obligarte á decirme el sitio en que te aguardan tus compañeros?...

—Oh! lo que es en cuanto á esto, me hariais trizas primero.

—Bueno; te dejo ir solo...

—Y si me siguieseis de lejos?

—Hay luna, todo son llanuras, si ves que te sigo, párate.

Como á pesar de mi terca desconfianza no hallaba nada que contestar á estas objeciones, permanecí mudo.

—Vamos, dijo Claudio Gerard, despáchate, hace ya tres ó cuatro horas que se hizo el robo, y tus compañeros no viéndote volver, pueden

haberse cansado de esperar... despáchate... despáchate...

Lo confieso, aunque agradecido á las pruebas de compasion é interés que Claudio Gerard me daba, no pensé mas que en la esperanza de volver á reunirme con Bamboche y Vascona, y continuar en nuestra vida vagamunda si ellos rehusaban aceptar los ofrecimientos de que yo iba á serles portador.

Fuí corriendo hácia la ventana, en el momento de ir á subir, detúvome Claudio Gerard, y tendiéndome los brazos, me dijo con acento conmovido:

—Abrázame, pobre niño, Dios te guie y te vuelva á mi lado; ya solo, ya con tus compañeros.

Precipitéme á los brazos de Claudio Gerard sin poder sofocar mis lágrimas, pues varias veces durante la conversacion sentí humedecerse mis

ojos enternecido; podia no estar conmovido viendo la inefable indulgencia, la bondad paternal con que aquel hombre me trataba á mí, cómplice de una mala accion, que podia tener para él tan malas consecuencias? y luego al oirle, renacieron en mi corazon aquellos remordimientos saludables, cuya influencia se habia hecho sentir varias veces en mis compañeros y en mí; esta la causa de que sin mi ciega afeccion á Vascona y á Bamboche hubiera aceptado la generosa oferta de Claudio Gerard; pero desprendiéndome de sus brazos, me precipité á la ventana.

Sin embargo, en el momento de poner el pié fuera de la casa titubeé en dejar el asilo tutelar que se me ofrecia.

Oprimióseme fuertemente el corazon, me pareció que renunciaba para siempre á seguir la senda del bien,

mas el recuerdo de mis compañeros imperó y salté por la ventana.

En cuanto me hallé fuera, eché á correr; pero reflexionando á poco que habria ingratitud en alejarme sin decir una palabra de reconocimiento á Claudio Gerard, me detuve y volví la cobeza.

A la pálida luz de la luna ví al maestro sentado en el poyo de la ventana, y ví que con miradas llenas de tristeza me seguia.

—Adios, mi buen señor, le dije lleno de llanto el corazon, os doy las gracias por cuanta bondad me habeis prodigado, y porque no me habeis hecho prender...

—No puedo resignarme á despedirme de tí, pobre niño, me contestó el maestro con tierno acento, déjame en la ilusion de que volverás. Es imposible que seas insensible á cuanto acabo de decirte, á cuanto acabo de

ofrecerte... si así fuese, añadió con desgarradora tristeza, ya nada hay que esperar de tí... Cumpláse tu destino...

—Creo que no volveré, mi buen señor, le dije meneando la cabeza, esta despedida es para... no volvernos... á ver.

Y me alejé rápidamente con direccion al camino real para llegar donde nos habiamos citado caso de ser perseguidos.

Con la costumbre de una vida vagamunda habia adquirido una facilidad suma para conservar en la memoria los sitios por donde habia pasado; así fué que no me costó mucho dar con el camino que habiamos andado, en un laberinto de senderos que se cruzaban por aquella campiña...

Al cuarto de hora de marcha, me detuve en una eminencia desde la cual podia ver aun la ventanita del maes-

tro de escuela, que á lo lejos brillaba debilmente alumbrada, destacándose en aquella pálida luz la sombra de Claudio Gerard, quien permanecia sentado en el poyo de la ventana prosiguiendo sin duda, en seguirme con la vista...

Bajé la colinita en que me habia parado y la casa desapareció de mis ojos, y volví á continuar en mi rápida carrera.

Cuanto mas me alejaba de aquella especie de foso de salvacion, tanto mas se debilitaban mis buenas resoluciones.

Pensaba cuán dura y miserable condicion hubiera debido arrastrar aceptando las ofertas de Claudio, y tardé muy poco en estrañar mi anterior indecision y en burlarme de mi debilidad, comparando el porvenir que me proponia con la vida ociosa, vagamunda, alegre, llena de azares, en-

yos encantos y sensaciones habia compartido con mis dos amigos de infancia.

Llegué al camino real despues de una hora de andar; ví de lejos en la cúspide de la cuesta aquella cruz de piedra, cerca de la cual nos habiamos citado en caso de vernos perseguidos.

Rielaba intensa luna y su luz argentina bañaba los desiertos y silenciosa carretera. Creía que hallaria luego á mis compañeros, pues si bien hubieron de huir sin peligro debian sentir vivísima inquietud con respecto á mí; les suponia incapaces de abandonar aquella comarca sin hacer lo posible para juntarse conmigo. Queriendo pues notificarles mi vuelta, así que pudiese, hice alto y aunque á mucha distancia de la cruz dí un grito que Bamboche y Vascona conocian, y siguió á este grito una angustia indecible, pues mi corazon la-

tia violentamente en la ansiedad con que aguardaba yo contestacion á mi señal.

Ay! que se fustró mi esperanza; nadie, nadie contestó. Están demasiado lejos... no pueden oirme, dije para mi coleto, echando á correr hácia la cruz de piedra, cuyos brazos brillaban heridos por los rayos de la luna, pero cuyo pedestal de granito desaparecia en la mas completa oscuridad.

Gracias á mi veloz carrera llegué en diez minutos al pié de la cruz, á pesar de la rápida cuesta que tuve que subir, pero mis compañeros no estaban.

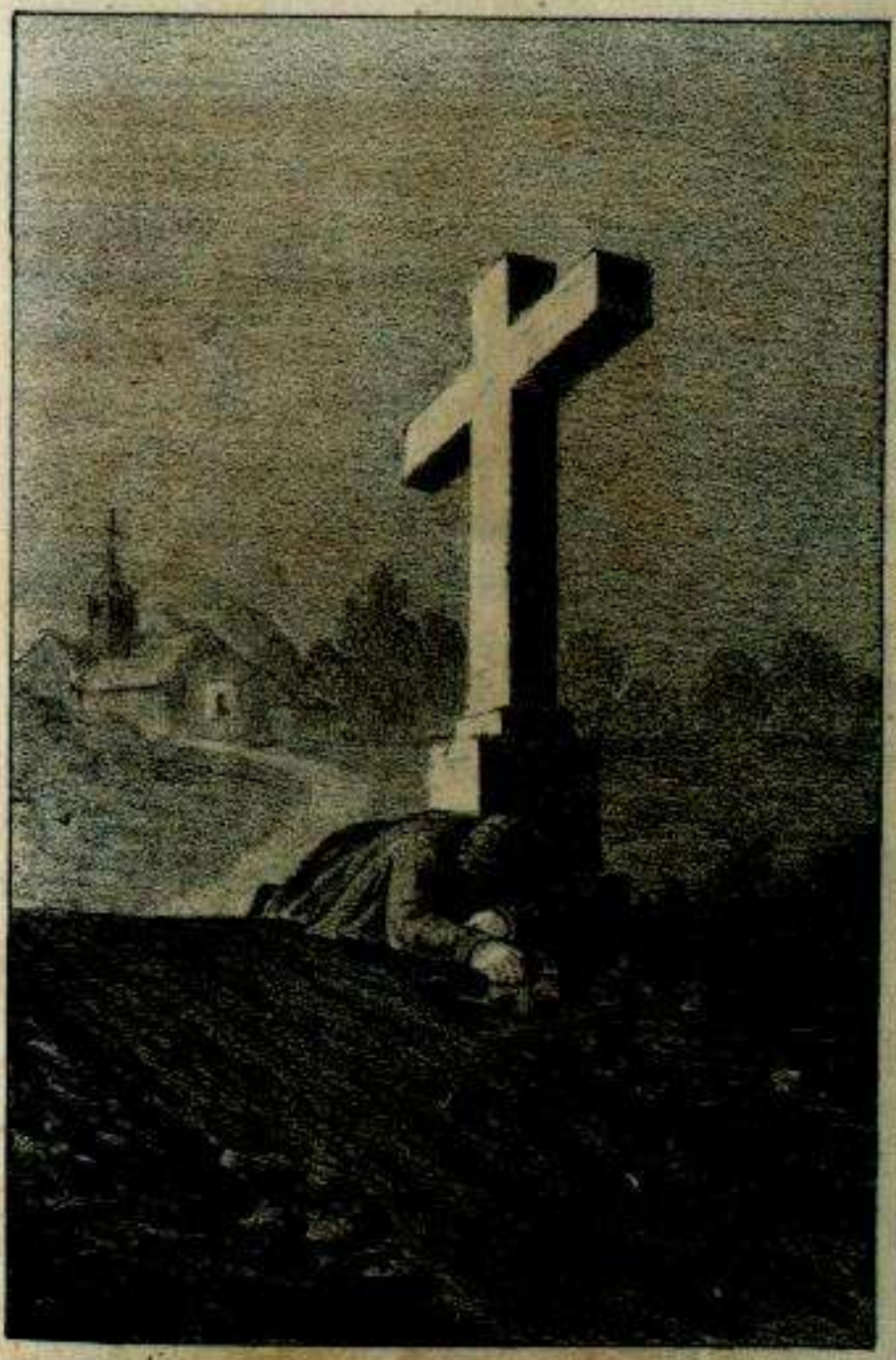
En vano recorrí con la vista los alrededores y puntos lejanos, pues desde el elevado en que me hallaba, se dominaban las dos cuestecitas opuestas del camino real, no ví á nadie; llamé, dí voces, nada; ningun

acento humano contestó á mis gritos.

Agotadas mis fuerzas por la fatiga, desesperado, y jadeando, me dejé caer al pié de la cruz deshecho en llanto, y sufriendo una tortura peor que mil muertes, al pensar en el odioso abandono de mis compañeros. Habia apoyado mis manos en el suelo, y de pronto las sentí mojadas, miré y ví junto á mí una especie de charca negruzca en medio de la cual blanqueaba un pedazo de tela bastante grande... cogílo y tres napoleones que dentro de ella estaban, brillaron á la fuerte luz de la luna.

Mas cual fué mi terror cuando en aquella tela reconocí el pequeño y vetusto pañuelo que Vascona llevaba aquel mismo dia..... Ese pañuelo tenia manchas de sangre, pues la charca en la cual habia mojado yo mis manos era una charca de sangre!...

El pañuelo y los tres napoleones



J. Perez lit.º Litª de Ayguals.

que debieron caer sin notarlo ú olvidados allí, me daban una prueba harto cierta de que Vascona y Bamboche, fieles á la cita convenida habian sido exactos á ella despues del robo; pero qué sucedió luego? Era de Vascona aquella sangre? acaso de Bamboche? Cuál misterioso incidente fué causa de derramar aquella sangre?

Tan hórridos pensamientos se agolparon á la vez en mi mente; turbáronse mis ideas, sentí una especie de vértigo dominar mi cuerpo todo y caí sin sentidos al pié de la cruz, con el pañuelito de Vascona en la mano.

XXVIII.

LA INDECISION.

IGNORO cuanto tiempo estuve sumido en aquella especie de anonadamiento, perdiendo toda sensacion; mas recuerdo que al volver en mí habia desaparecido la luna, quedándose la noche tenebrosa y oscura. Recordé lo pasado y las tres monedas y el ensangren-

tado pañuelo de Vascona que á mi lado hallé, me trajeron de nuevo á la realidad. Estaba indeciso, no sabia ni qué hacer ni qué decidir; esperaria la llegada del dia para lanzarme en busca de Bamboche y Vascona? Cómo lo haria para hallarles? Hácia dónde dirigiria mis pesquisas? Era aquella sangre en el suelo empapada, sangre de él ó sangre de ella! Si uno de los dos habia sido gravemente herido... muerto quizás, dónde pudo refugiarse el otro? A qué asilo se transportó al herido, ó en qué punto se ocultó el cadáver?... Perdiase mi pobre pensamiento en este mar de incertidumbres, mas crueles unas que otras, sin que acertase á tomar partido alguno posible ó practicable.

Cansado de buscar una salida á mi perplegidad, pensé en el maestro de escuela y en sus generosas ofertas, porque fuerza es confesar que me se-

ducia muy poco la idea de proseguir solo, en aquella vida errante y azarosa, que si hallaba placer en ella, era por pasarla con Vascona y Bamboche. Por otra parte, la condicion que me aguardaba aceptando los ofrecimientos de Claudio Gerard, segun me lo habia dicho francamente él mismo, era una condicion laboriosa, llena de privaciones é incesante trabajo; y como la costumbre de la holganza é independencia habian echado profundas raices en mi alma, no dejaba de mirar sin algun terror aquella larga série de dias sin alegría, consagrados á las ocupaciones contínuas, que me esperaban con el maestro; sin embargo, encontraba en su casa una subsistencia, que si bien ruda y pobre no me faltaria; ademas, aunque la diferencia de nuestras edades fuera muchísima, quizás la afeccion que él me tuviese, me ayudaria á so-

brellevar el sentimiento de haber perdido, ó de hallarme separado de mis amigos de infancia.

Esta imperiosa necesidad de cariño, de espansion, tan natural y tan ardiente en mí, lejos de menguar, se habia desarrollado mas con la práctica de cuanta abnegacion me inspiraba la tierna amistad, que me habian inspirado mis compañeros, y desgarraba mi corazon la idea de resignarme á vivir solo desde entonces, agrandándose este martirio al recordar cuanto me habia costado hallar *un amigo*.

Otras reflexiones, unidas á estas, inclinaban la balanza á favor de Claudio Gerard á pesar de ver que jamás existiria entre él y yo intimidad, confianza, compañerismo... me imponia demasiado respeto, y me conocia suficientemente para preveer, que aquella impresion de gratitud y res-

peto á la par, no se trocarian nunca en tierna familiaridad...

Ignoro el tiempo que hubieran durado tales indecisiones, tan poco honrosas, lo confieso, sin un pensamiento asaz raro que me asaltó de pronto.

Habia conservado fijo en la memoria mi encuentro con aquella niña encantadora llamada Regina, á quien arrebaté de su aya en los bosques de Chantelly, rapto que no mancilló en manera alguna la inocencia de la pura víctima á pesar de los consejos de Bamboche; pues mi temeridad se limitó á besar en la frente pálida y helada á aquella desgraciada niña, á la cual llevaba desmayada en mis brazos, cuando asustados por los gendarmes, abandonamos Bamboche y yo á nuestros dos cautivos, el vizcondo Escipion y Regina.

Llevado del ejemplo de los prema-

turos amores de Bamboche, quien á no dudarlo, habia dispertado en mí una sensibilidad precoz... me enamoré instantáneamente de Regina, y quedé luego enamorado de veras, pues su recuerdo no se borró nunca de mi mente.

Mis compañeros empezaron por hacerme burla; pero concluyeron por tomar sériamente mis amores, y á menudo nuestras conversaciones, en medio de nuestras aventuradas correrías, recaian sobre este asunto. En cuanto á los medios de llegar á merecer á Regina, y á hacer que ella me amase cuando yo *fuese grande*, medios mil veces discutidos entre nosotros, fuerza es que renuncie á referir cuán estravagantes eran y hasta cuán brutales eran; habia uno sin embargo, solo uno, menos insensato y algun tanto menos grosero que los otros; cuando tuviéramos la edad,

Bamboche y yo debiamos sentar plaza, y Vascona seguirnos de cantinera. (No podiamos separarnos y segun nosotros creiamos, no habia soldados sin guerra.) Llegaba yo por mi valor á ser capitan ó general, una cosa así, y entonces me casaba con Regina de grado ó por medio de un *rapto*, en la estension de la palabra, y no como el de la vez primera.

Por absurda que fuera esta novela infantil, habia concluido por mecerme en ella con vaga esperanza; y... sin igual rareza! (que tuve buen cuidado de ocultar á mis amigos) muchas veces pensando en Regina sentia un remordimiento vago por la mala vida que llevábamos, y á pesar del egemplo de Bamboche, un instinto inesplicable me decia que habia algo puro, honrado y grande en el amor.

En medio de la turbacion y dolor en que me habian sumido los temo-

rés respecto á la suerte de mis dos amigos, no me acordé de Regina en un principio; pero en medio de mi incertidumbre relativa á los ofrecimientos de Claudio Gerard, pensé en ella y me dije:

—Por todo lo del mundo no me hubiese separado de mis amigos, pero ya que esta desgracia ha sucedido, me parece que siguiendo los consejos de Claudio Gerard, me hago *mas digno de Regina*, y que este pensamiento me hará menos dura y penosa la condicion que me espera.

Ahora que por tantas y tantas razones trato de no olvidar nada de lo pasado, relativo á Regina, recuerdo ahora y lo recuerdo muy bien, que por estraordinario que me parezca, aquella causa fue sin embargo la que me determinó á volver con el maestro de escuela; así pues no me cabe duda, y lo repito, el móvil que me

hizo admitir los ofrecimientos de Claudio Gerard fué: El pensamiento de que siguiendo una senda honrosa me hacia mas digno de Regina.

. . . . . .

Recogí pues el ensangrentado pañuelo de Vascona, los tres napoleones y me dirigí de nuevo á la aldea. En cuanto llegué á la primera eminencia desde la cual se descubria la casa del maestro, ví la ventana abierta y luz en la habitacion.

—Me esperaba... dije.

Y no sé por qué, sentí una especie de resentimiento hóstil contra Claudio Gerard; la prevision infalible de que le supuse jactarse, me humillaba muy mucho, por esto, mal grado mis buenas recientes resoluciones, tuve la veleidad de volver atrás..... Tenia quince francos en el bolsillo, resto del hurto, con lo cual podia vivir algunos dias.... pero al recor-

dar que la sangre de Vascona ó Bamboche teñia aquellas monedas, miré con horror este recurso; escrúpulo singular, que no dispertó en mí el pensamiento de apropiarme la parte del hurto que me tocaba, hurto cometido en perjuicio de Claudio Gerard... Así pues eché á andar con direccion á la casa.

Llegado que hube cerca de la zahurda del maestro, detúveme á algunos pasos de ella, colocándome en la sombra, y desde allí á favor de la abierta ventana, estuve observando con atencion suma á Claudio Gerard.

En el estudio que de mí mismo hago, sondeando hasta lo mas recóndito mi conciencia, nada olvidar quiero, mayormente en lo que se liga con sentimientos malos, que despues yo he destruido ó combatido enérgicamente por lo menos.

No observaba yo á Claudio Gérard, no... *le espiaba* con cierta amargura. Iba él á ser desde entonces, digámoslo así, *mi señor*, y mientras se creia solo queria yo tratar de sorprender algo en su fisonomía que me dijera, si era diferente de lo que me habia parecido.

Sentado delante de una mesita, de codos en ella, tenia el maestro su frente apoyada en la mano izquierda, en tanto que con la derecha escribia lentamente. Pasaron así algunos minutos; al cabo de los cuales se le deslizó de repente la pluma de los dedos; dejó caer luego su cabeza hácia atras, permaneció en esta postura inmóvil, con ambas manos en contraccion; violentamente apoyadas en las sienes y con no poca sorpresa ví su rostro inundado de lágrimas... y sus ojos dirigirse al cielo con desgarradora espresion... mas de pronto

enjugó Claudio Gerard su llanto con el reves de la mano, levantóse y se puso á pasear por el cuarto á pasos precipitados.

Curioso é inquieto seguíale en todos sus movimientos. Acercóse á la ventana despues de su agitado paseo y luego de un largo silencio, interrumpido por hondos suspiros, dijo cerrando la ventana:

—Vamos... esa pobre criatura no volverá, se perdió para siempre; me equivoqué...

Mi desconfianza y las intenciones ocultas que yo le suponia se desvanecieron tambien esta vez ante el dulce y austero atractivo que hallé en Claudio Gerard. A fin de que no pudiese sospechar mi espionage, esperé algunos momentos antes de llamar á los cristales... Apenas hube llamado tímidamente, abrióse la ventana, y aun me parece oir la esclamacion de sorpre-

sa y alegría que acogió mi llegada; de un salto me puse en el cuarto donde Claudio Gerard me recibió con los brazos abiertos, estrechándome contra su corazon con indecible muestra de felicidad.

—Bendito seas, Dios mio!... decia... no, no me equivoqué... Pobre y querido niño... bien te habia juzgado yo. Y luego reflexionando añadió: Y tus compañeros?..... no pudo decidirles tu egemplo?...

Conté á Claudio Gerard cuán vanas habian sido mis pesquisas, y le enseñé temblando el ensangrentado pañuelo de Vascona y los tres napoleones.

—Un crímen se ha cometido quizás, me dijo con reflexivo y grave acento. Procuraré descubrir mañana este misterio, sin comprometerte como cómplice del robo... Cálmate... hijo mio, y sobre todo descansa de

las penosas emociones de hoy; échate en mi lecho, estarás en él mejor que en otra parte... yo dormiré en el establo. Procura conciliar el sueño, me narrarás mañana tu pasada vida y hablaremos de la venidera..... Vamos! buenas noches... cómo te llamas?

—Martin... señor.

—Martin! esclamó Claudio Gerard palideciendo, Martin!... con indecible acento. Y dí, no sabes quién fué tu padre ni quién es tu madre?

—No señor... Los mas lejanos recuerdos traen á mi memoria que servia de peon á un albañil; recogiéronme luego unos saltimbanquis á quienes dejé escapando con mis compañeros prefiriendo pedir limosna...

—Estaba loco... dijo Claudio Gerard hablándose á sí mismo... Qué pensamiento!... es imposible... Pero este nombre, ese interés particular

que me inspira este niño..... Necio, este interés me lo hubiera inspirado cualquier otra criatura desgraciada á quien hubiese visto al borde del abismo... Mas el nombre, el nombre me parece que me hará profesar mayor afecto á este niño. Y luego dirigiéndome la palabra añadió: No recuerdas ninguna circunstancia de... pero no, duerme... duerme... hijo mio... mañana hablaremos.

—Yo no tengo ganas de dormir, señor, estoy demasiado triste.

—En este caso, cuéntame como puedas, y en pocas palabras, pero con mucha sinceridad, toda tu vida hasta hoy.

Y yo referí todos los sucesos de mi aventurera aunque corta existencia á Claudio Gerard, ocultándole tan solo mi amor á Regina. Mi relato franco, hecho con sencillez, enterneció á mi nuevo amo; manifestóme el horror

que Lebrelin y la tia Mayor le inspiraban, y ví que su corazon se despedazaba al considerar la suerte de Vascona. Si acusaba á Bamboche le compadecia tambien. Mientras referí á Claudio Gerard todas mis infantiles aventuras, me dijo varias veces que sentia amargamente la desaparicion de mis compañeros, pues segun lo que de ellos le habia contado, no dudaba les hubiera hecho volver á una senda mejor.

Cuando llegué á nuestra postrer tentativa á fin de obtener el apoyo de los *niños ricos* á quienes encontramos en el bosque de Chantilly, nombré al vizconde Escipion Duriveau, nombre y título que habiamos varias veces mencionado mis compañeros y yo, ora para burlarnos de aquel título, dado por los criados á nn niño, ora para hacer resaltar la insolencia y maldad precoces de aquel niño rico.

Apenas hube pronunciado el nombre de Duriveau, dió un salto de la silla el maestro, y sus facciones revelaron un sufrimiento tan agudo y tan repentino, cual si le hubiesen herido en el corazon.

Con amarga sonrisa en los lábios y sarcástica espresion en el rostro, despues de un largo y silencioso abatimiento me dijo:

—Tambien... tú pronuncias con dolor y aversion el nombre de Duriveau... no es verdad?

—Qué quereis, contesté sorprendido por la pregunta, aquel vizcondito, cual le apellidaban sus lacayos, nos trató tan mal, hizo tanto desprecio de nosotros...

—Pues oye, gritó, yo tambien pronuncio... con dolor... con aversion este nombre... y esto será un lazo mas entre nosotros...

—Así pues vos tambien, conoceis

al vizcondito, señor?... tambien os trató mal y con desprecio?

—No él... no; pero sí su padre!... oh! su padre!... jamás le...

Interrumpióse de pronto Claudio Gerard, pasóse la mano por la frente, y hablándose á sí mismo encogiéndose de hombros dijo:

—En verdad, el dolor me saca de quicio... Qué voy á contar á un niño?... recuerdos!... recuerdos!... Y lanzando un suspiro me dijo:

—Prosigue hijo mio...

Terminé mi confesion refiriendo lo que nos habia sucedido despues de la escena con los niños ricos; vagancia, mendicidad, robo .. nada oculté.

Con sumo interés y atencion, me escuchó Claudio Gerard; abrazóme luego y me dijo:

—Ahora me alegro mas si cabe de haberte amparado... Como hubieses pasado algun tiempo mas en la va-

gancia la rehabilitacion hubiera sido, sino imposible, muy dificil por lo menos.. Sabes lo que te ha sostenido, lo que te ha medio salvado? Es la amistad, es la afeccion profunda y á toda prueba que profesabas á tus amigos, como ellos te la profesaban tambien. Bastó el grito de un solo sentimiento bueno y generoso en sus corazones y en el tuyo, para preservar vuestras almas de una corrupcion completa... si, porque *amasteis* sois menos malos que muchos que se vieron cual vosotros!... bendito seas AMOR, dijo Claudio Gerard con espresion inefable; tú puedes salvar al hombre, como puedes salvar á la humanidad toda.

No sé por qué las palabras de Claudio Gerard me recordaron quizás mas dolorosamente que hasta entonces, la pérdida de mis compañeros, y prorrumpí en llanto.

—Qué tienes? me preguntó el maestro de aldea con mucha bondad.

—Nada... señor... le dije procurando contener mis lágrimas, por temor de herir con mi pesar su amor propio.

—Vamos á ver, hijo mio, me dijo Claudio Gerard con aquella voz penetrante y dulce cuya influencia me sojuzgaba ya; vamos á ver... acostúmbrate á decírmelo todo..... Si has tenido un mal pensamiento... si has hecho una cosa mala... no te reñiré.... te haré ver el mal para que lo conozcas, y te esplicaré por qué es malo...

—Pues bien!... cuando hallé esta noche los tres napoleones y el pañuelo de Vascona en medio de un charco de sangre, despues de haber llamado á mis compañeros, ningun acento humano me contestó y tuve un pesar grande, tan grande, que el dolor me

sumió en una especie de letargo; y ahora mi sufrimiento es aun mas horrible...

—Y debe ser; es preciso que te armes de valor porque aun se agrandará... ni hoy ni mañana sentirás con tanta violencia como despues, la ausencia de tus compañeros. El cambio que se operará en tu existencia, tus nuevas ocupaciones te distraerán al principio, pero dentro de algun tiempo y en mayor grado, durante tus dias de tristeza y de desfallecimiento, entonces echarás de menos con amargura á tus amigos. Las amistades que cual la vuestra nacen desde la infancia en medio de las desgracias y de las penas que juntos se sufren, echan raices profundas, imperecederas, en el corazon..... y recuerdos indestructibles en el alma; dentro de diez, dentro de veinte años hallarás á tus amigos de infancia, y tu afeccion será tan

profunda, tan ardiente cual ahora...

Viendo que yo le miraba con inquietud Claudio Gerard repuso:

—A otro no le hablaria este lenguage, mas por el relato que me has hecho, por tu carácter que me lisongeo conocer, estoy seguro de que tienes bastante valor, bastante voluntad, bastante inteligencia para oir la verdad sin rodeos; sí, tienes energía bastante para que yo pueda prevenirte sobre el desaliento que te hará sufrir pero que así no te sorprenderá... solo añadiré una palabra Martin; prometeme que me confiarás tus pesares, tus dudas y tus malos pensamientos si los tuvieras. Y prométeme sobre todo, dado caso que la condicion que yo te ofrezco te pareciese demasiado triste, demasiado miserable, que me lo dirás con franqueza en vez de escaparte furtivamente de mi lado... porque entonces haria lo po-

sible por colocarte en una condicion mas en armonía con tus inclinaciones y gustos, gustos é inclinaciones que antes quiero estudiar.... vamos, hijo mio, no tardará en ser de dia, procura descansar un poco; yo necesito dormir tambien.... Buenas noches, Martin.

Y Claudio Gerard habiéndome hecho acostar en su lecho, apagó la luz se dirigió al establo y se tendió en la paja, que llenaba uno de los largos pesebres.

Agitado yo por tantos incidentes, hice vanos esfuerzos para conciliar el sueño, y me puse á reflexionar sobre las palabras de Claudio Gerard.

Estraña anomalía! la pintura triste, severa de una vida miserable y laboriosa, no me aterró, porque aquel hombre supo herir las fibras de mi corazon, diciéndome que la buena voluntad, que el valor en el sufri-

miento podian aun borrar un pasado vergonzoso, y sentí cierto orgullo al ver que un ser inteligente no dudaba de mi aptitud; y por eso mismo que ponia ante mis ojos un cuadro nada balagüeño y rudo para mi edad, quise probar, aceptando esta pobre existencia, que yo tenia energía y ánimo; ademas no dejó de sorprenderme en grado sumo el modo con el cual Claudio Gerard escuchó las máximas salvages del anfisbena, máximas que le detallé con volubilidad y haciéndome hasta cierto punto apóstol de su irreligion: mi nuevo amo no vituperó aquellos principios, no se indignó al vermelos profesar, sonrió tan solo tristemente; buscando y examinando que podia motivar esta tolerancia, llegué á figurarme que quizás la existencia de Claudio Gerard, era una prueba mas en apoyo de la teoria del mal ensalzado por el anfisbena, pues

si bien apenas conocia á mi protector su conducta generosa conmigo, su benevolencia, su bondad me revelaban la nobleza de sus sentimientos, y la miseria que le rodeaba decia elocuentemente que la felicidad no es el atributo del hombre de bien.

Por fin el cansancio me venció, y me dormí reflexionando en todo esto, pero mi sueño era tan ligero, tan inquieto, que al cabo de dos horas, aunque Claudio Gerard entró en el cuarto de puntillas, y con el mayor cuidado para no despertarme, le oí inmediatamente, y me incorporé en la cama: este reposo de dos horitas me habia calmado y habia templado mi agitacion.

Claudio Gerard me dijo con sentimiento:

—No queria despertarte, pero en fin, el mal está hecho, vé si puedes volver á dormirte.

—Muchas gracias, señor, bastante he dormido por hoy, si teneis algo que mandarme, estoy á vuestra disposicion... ya estoy listo.

Y salté de la cama.

—No, hijo mio, por ahora, voy á desempeñar un triste deber.

—A cavar la huesa de esa pobre señora? le dije.

—Quién te ha dicho eso? me preguntó sorprendido.

—Ayer... le contesté bajando los ojos; cuando me encerrasteis en aquella chozilla, mientras ibais corriendo en busca de mis compañeros, ví entrar una señora muy gorda que preguntaba por vos, y cuando regresasteis, oí lo que os dijo.

—Bien... comprendo ahora... pues sí, hijo mio, es cierto, voy á cavar una sepultura.

—Quereis que os acompañe, señor..... os ayudaré..... pues prefiero

ir con vos á quedarme aquí solo.

—Bueno, me contestó Claudio Gerard con sonrisa melancólica. Bien considerado, ya que por algun tiempo al menos, vas á vivir conmigo, toma parte en mis ocupaciones, este dia completo en un todo, te servirá de ensayo, te iniciará en cierto modo de tristes misterios. Vamos... ven.

Cogió Claudio en el establo un azadon y una pala de hierro; yo, que no le quitaba ojo, le dije:

—Quereis, señor, que lleve esas herramientas?

—Toma la pala, hijo mio, pesa menos.

Cogíla y nos encaminamos hácia la puerta; al llegar á ese sitio encontró mi amo al vaquero que le dijo riendo estrepitosamente.

—Cáspita, qué famosa clase vais á tener hoy, Claudio Gerard.

—Qué dices muchacho?

—Que hoy tendreis mas discípulos que ayer.

—No entiendo, esplícate; quienes son esos nuevos discípulos?

—Toma... mis vacas.

—Tus vacas, hace ya algunos dias que están en el campo á la hora de mi clase.

—No digo que no, pero el amo ha dicho así: No vale lo que pastean las reheses en el campo durante la mala estacion, lo que se desperdicia en estiercol, por lo tanto se quedarán los animales en el establo sin salir para nada, mientras dure el invierno.

—Si así es, muchaho, bien está; dijo Claudio Gerard: dejarás tus vacas en el establo... y yo trataré de que mis discípulos no se distraigan mucho con sus nuevos vecinos, añadió sonriéndose.

Y dirigiéndose á mí dijo:

—Vamos, Martin, andemos hijo mio...

Y con mi pala al hombro, seguí al institutor, mientras él llevaba debajo del brazo el azadon.

Aunque ignorando mil cosas de la vida, no dejaban de sorprenderme los diferentes cargos que desempeñaba Claudio; ser institutor, sepulturero, tener una clase en un establo, tienen entre sí tan poca conexion, son ocupaciones tan diversas que lo repito, me sorprendian estraordinariamente, y varias veces estuve á pique de pedir una esplicacion á mi amo, pero no me atreví, y á poco llegamos al cementerio del pueblo.

XXIX.

LA CARTA.

UIERO relatar estensamente los diversos incidentes de aquel dia, que dejó en mi mente, y en mi corazon huellas tan profundas; pero antes de contar la impresion fuerte y saludable que en mí produgeron, creo oportuno transmitir aquí los fragmentos de una corres-

pondencia que por una rara casualidad, cayó en mis manos algun tiempo despues: esta carta es la esplicacion mas clara, mas sencilla de los motivos que obligaban á Claudio Gerard á ejercer los difereutes y penosos empleos que desempeñaba, y que hacian patente el móvil de su resignacion admirable, que era un nuevo incentivo para ódio que le profesabau sus enemigos.

La carta estaba rasgada por todos lados y no pude adivinar cual era la persona desconocida á quien iba dirigida, sí bien ví que la firmaba el abate Bonnet, cura del mismo lugar del cual era Cludio Gerard institutor.

. . . . . .

«En una palabra, esto es insufrible... No hay medio de descubrir un flaco á ese Claudio Gerard, siempre sumiso, siempre resignado, todo lo

hace con paciencia, con dulzura tal, que en un hombre de sus alcances (y desgraciadamente nadie puede negar su capacidad) solo puede calificarse de desprecio.»

«El señor Claudio Gerard se cree dotado sin duda de un génio superior, de una naturaleza privilegiada, tan grande, que no hay cosa que pueda humillarle... ejerce las funciones mas bajas, mas viles con una serenidad que me confunde, y no solo desempeña cuantas cargas son anejas á su profesion de institutor; pero tambien halla medio de cumplir mil mandatos exigentes, que en rigor le era fácil desechar, (pues no forman parte de sus obligaciones). Demasiado sagaz para proporcionarme la menor arma contra él, siempre fiel á su diabólica sumision, lo hace todo de modo que me veo precisado á darle las gracias y en el hecho es mi

favorecedor.... pero al fin le cansaré... quizás... esperémoslo por lo menos...

«Lo urgente pues era desacreditarle, pero es empresa muy árdua, por no decir imposible. Cómo desacreditar á un hombre, que tiene el arte de ennoblecer los trabajos mas viles, que los realza practicándolos con tranquila dignidad? ¿cómo romper el lazo que le une á esa plebe condenada por fuerza, á esos mismos trabajos groseros, cuya utilidad les demuestra? ¿cómo imbuir á esa gente que este hombre no merece su confianza y su respeto, cuando él mismo respeta y cumple las obligaciones mas repugnantes, y honra de este modo su pobreza? es imposible, lo repito.

«Os diré mas? este desgraciado, dotado de una inalterable dulzura, amante de la obediencia, cubierto de

harapos, con zuecos en los piés, comiendo pan duro, y bebiendo agua pura, es mi eterno tormento, me estorba, me persigue, me vitupera del modo mas insolente; me rebaja... no con sus palabras, pues no ha llegado á mi conocimiento, que nunca se haya atrevido á hablar mal de mí... pero su austeridad, su resignacion afectada, unidas á su alta capacidad, á su saber, contrastan de tal manera con el bienestar que yo disfruto (merced á la generosa liberalidad del conde de Bouchetant, la perla de mis parroquianos; su presencia sola es una tacha en mi conducta. Temo...

. . . . . .

«Seria preciso un motivo preponderante, una causa grave, para sacar á Claudio Gerard de este pais, al cual le unen vínculos invisibles, pero poderosos; ejerce sobre sus habitan-

tes cierta influencia singular, que esos entes estúpidos ni siquiera sospechan, y por lo mismo, los que mas se hallan bajo su dominio, le tratan con la mayor familiaridad, y ni remotamente se les ocurre que son los instrumentos de su capricho. Es increible el número de negocios que él arregla, por contenciosos que sean, los gérmenes de disputa y de discordia que ahoga y destruye; dá á los censatarios de pocas tierras los consejos mas perjudiciales á sus feudos, porque tambien posee el arte infernal de hacerles conocer sus derechos, y el medio de usar de ellos sin hollar nunca la ley; á la cual parece profesar un profundo respeto.»

«Todo esto llega á mis oidos, me comprueba la popularidad de ese hombre, popularidad que es preciso á todo trance, aniquilar; mas ay! este es el punto de la dificultad.»

«Durante unos dias, me halagó la esperanza de descubrir en sus misteriosas ausencias nocturnas, algun manejo oculto. He averiguado que salia de noche á la hora única que tiene para el descanso, á fin de no interrumpir sus quehaceres diarios y de no faltar á sus obligaciones, y sé ya el objeto de estas escursiones; se me ha dicho que de ocho dias en ocho dias suele ir á la casa de Locos de esa ciudad, y segun prévio informe del director de ella, es cierto que Claudio Gerard vá á la ciudad una vez cada semana, y contra la regla del establecimiento, es recibido á deshora, favor que ha conseguido del dicho director que le quiere con delirio.»

«La persona que con tanta asiduidad visita, es una muger de unos veinte y seis á veinte y siete años, que á pesar de su locura dicen ser de

una belleza encantadora. La loca no le reconoce y sin embargo siempre que vé á Claudio Gerard esperimenta un alivio notable, está mas sosegada, y de ahí viene que no solo el médico autoriza esas visitas, sino que las receta y las desea.»

«Es de advertir que esta muger fue recogida por caridad, y naturalmente carece de muchas cositas; pues bien, Claudio Gerard tan pobre, de vez en cuando deja algun dinerillo para satisfacer los caprichos de la infeliz; sin duda la cantidad es muy corta, pero para reunirla debe sufrir él muchas y muchas privaciones.»

«¿Qué argüir de semejantes hechos? ¿cómo acusar á Claudio Gerard, cuando su conducta en apariencia es noble y honrada? Es evidente que su empeño en permanecer en este pueblo nace de su proximi-

dad al hospital donde está encerrada la demente.»

«Se me ha asegurado tambien, pero desgraciadamente la noticia no menoscaba en lo mas mínimo su reputacion, que antes que aquella muger perdiese el juicio estuvo perdidamente enamorado de ella, que ella le abandonó por otro, y que abandonada ella á su vez por el nuevo objeto de su amor, volvióse loca.»

«He aquí sin duda el orígen de la profunda melancolía de Claudio Gerard, triste desengaño que le roe el corazon á pesar de su serenidad aparente.»

«Ya os he hablado de la influencia que tiene Claudio Gerard con el pueblo, pues ahora os contaré lo que es mas estraño, que tambien las clases instruidas se dejan alucinar por sus principios, y relatándoos sus triunfos llegaré á pasos contados á haceros

comprender por qué y cómo, temo que me pervierta al bueno de Bouchetant.»

«No ignorais, que de tiempos inmemoriales los ricos propietarios de estos contornos han trabajado continuamente para impedir que se estableciera una escuela primaria, comprendiendo con mucha razon el peligro grave que existe en instruir al pueblo; opinaban y opino yo que la educacion de las clases pobres debe limitarse á la enseñanza verbal de la doctrina cristiana, hecha por el cura y nada mas, pues de otra manera se les proporciona los medios de entenderse entre ellos, de juzgar su situacion, de consultarse para mejorarla, de animarse con la lectura de los infames libros y periódicos que se imprimen en el dia (1).

(1) Monsieur Lorrain en su obra notable, escrita por órden del mismo gobierno, y que

«Desgraciadamente el impulso ha sido fuerte, irresistible, el gobierno sorprendido, mal aconsejado, ha

---

repetidas veces hemos citado ya, se espresa del modo siguiente: lamentándose de la ceguedad y de la resistencia sistemática, que muchos tienen con respecto al desarrollo que debe darse á la instruccion popular.

«...Los hombres mas adictos al gobierno, son los que suelen presentar mayores inconvenientes, para la ejecucion de la ley, apoyándose en el interés de la agricultura. Cuando todos los niños del campo sepan leer y escribir; dónde se hallarán brazos? Necesitamos labradores y no lectores; dice un propietario de Médoc; otro natural del Gers dice: en lugar de que los muchachos vayan á perder el tiempo en la escuela, mejor fuera que se ocupasen en vaciar las inmundicias de los fosos. Otras veces un amor propio desmedido, hace que los colonos acomodados crean humillar á sus hijos, dejándoles sentar en el mismo banco que los indigentes. Saber leer, escribir, contar, es para ellos un galardon como el de poder montar un caballo para ir al mercado, mientras el pobre anda á pie cerca de ellos, ó como el tener un puesto en el banco de la iglesia, en lugar de arrodi-

mandado fundar la escuela gratuita, y nos ha sido preciso admitirla.»

«Inútil es deciros que no se ha es-

---

llarse en el suelo cual todos los demas.

Siguen á continuacion notas sacadas de las relaciones de los *Inspectores generales*.

Otra causa perjudica el progreso de la instruccion; es la influencia que ejercen en los pueblos algunas personas ricas, las que opinan que es inútil que los aldeanos aprendan á leer, cuando forzosamente tienen que ganar el pan cotidiano con el sudor de su rostro. (Ardenas, cant. de Mezieres, pág. 185.) Los propietarios acomodados gritan, que ellos no pueden permitir que los niños indigentes de sus pueblos respectivos se instruyan, porque entonces añaden no se hallaria quien cultivase las tierras. (Gironda, pag. 186.)

«Desgraciadamente el impulso ha sido fuerte, irresistible, el gobierno mal aconsejado ha mandado establecer las escuelas gratuitas, y ha sido preciso admitirlas.

«No queremos, dicen los propietarios, instruir á los muchachos pobres, porque se abandonaria el cultivo de nuestras tierras, y se dedicarian á cualquier oficio (Gers).»

(Dordogne). Las clases pudientes no favorecen generalmente el desarrollo de la edu-

cascado medio alguno para que en mucho tiempo fuese esa medida puramente ilusoria; pero en fin no sabiendo ya como salir del paso, confinamos la escuela en un establo hediondo, mal sano, y se fijó la tasa del censo anual que cada niño ha de pagar; en dos cuartos mensuales; lo que formaba para el iustitutor de esta pobre escuela un mísero sueldo de ocho ó diez duros al año; ademas el

---

cacion primaria, porque están persuadidos, de que el campesino que llega á adquirir ciertos conocimientos es un ente inútil. (pág. 183.)

«(Drome). Las familias ricas no se prestan á dar un apoyo á la instruecion primaria, y repiten de voz en grito que temen que la instruccion se generalize en las clases pobres. (pág. 187).

(Cher). Muchos propietarios sin aversion alguna hácia el gobierno, pero ante todo amigos del órden y de la paz, ven propagarse la instruccion elemental en una época en la que pululan los periódicos: temen á *los abo-*

susodicho Institutor tenia que desempeñar los cargos mas bajos y mas repugnantes. El antecesor de Claudio Gerard abandonó su empleo á los tres meses, y la escuela estuvo cerrada por espacio de dos años, y bien puede asegurarse que solo un Claudio Gerard era capaz de venir á arrostrar tanta afrenta, á someterse á tamaña miseria, á sufrir tantos disgustos y desprecios, y sobre todo á

---

gados del lugar, segun ellos les apellidan: Estos propietarios no llegan á comprender aun que *los abogados de lugar* (añade con mucha sensatez el Inspector en su parte) no deben su perniciosa influencia mas que al monopolio qne procura el saber leer y escribir, y que cuando todos cuenten con esos recursos cesaron de lucrar á un corto número, en perjuicio de las masas.

«(Charente). En verdad es demasiado cierto generalmente que los propietarios ricos, faltos de educacion, no quieren ver á los pobres recibir una instruccion igual á la de sus hijos. (pág. 188.)

hacer alarde de semejante abnegacion.

«Entre los diferentes propietarios bien acomodados del pais habia un buen hombre, que dócil á mis instrucciones, comprendió fácilmente cuán nociva es la educacion para el pueblo; no me causaba este individuo el menor recelo, cuando un dia por fatalidad, se encontró de manos boca á boca con el tal Claudio Gerard.»

«Sabeis cual fué el resultado de este encuentro? mi hombre á las dos horas de hablar con el institutor, dominado por su diabólica astucia, trocó los frenos, y con la mayor buena fé me dijo:»

—«Sabeis señor cura, que he hallado á ese pobre Claudio Gerard..... se produce muy bien... y dá razones escelentes en pró de la educacion del pueblo y... oid lo que me ha dicho:

—«O el pueblo os inspira una simpatía fraternal, ó le mirais como á enemigo vuestro: en el primer caso debeis desear y hacer que reciba tanta instruccion como la que vos mismo habeis recibido, pues sabeis por esperiencia que la instruccion moraliza, mejora los instintos malos del hombre, y que es probado que sobre cien criminales noventa y cinco no saben leer ni escribir: en el segundo caso, si veis en el pueblo á un enemigo, un adversario, cuyos intereses son opuestos á los vuestros... con doble razon, por egoismo debeis darle educacion, pues en vez de tener un enemigo que la ignorancia puede conducir á la estupidez, á la brutalidad, á la ferocía, tendreis por el contrario un enemigo leal, que si bien es adversario vuestro, luchará con nobleza, porque su corazon, su inteligencia, sus sentimientos estarán

á la par de los vuestros.»

«Pues bien, señor cura, no lo disfrazo, este lenguage sencillo me ha penetrado, me ha conmovido y he sentido dolor y vergüenza al considerar que un hombre instruido, laborioso, dulce, virtuoso y resignado como Claudio Gerard, estaba vestido peor que un mendigo, calzado con zapatos de palo y reducido á dar sus lecciones en una cuadra inmunda. Estoy pues casi decidido á costear un local mejor, para el bien del pueblo y á dar de mi bolsillo honorarios mas crecidos á Claudio Gerard, á fin de que esta suma le proporcione una existencia decente.»

«Inútil es deciros que miré á este pobre tonto, con una estupefaccion incomprensible.»

—«Os chanceais, dije á este bobo.»

—«*No* señor cura, no me chanceo,

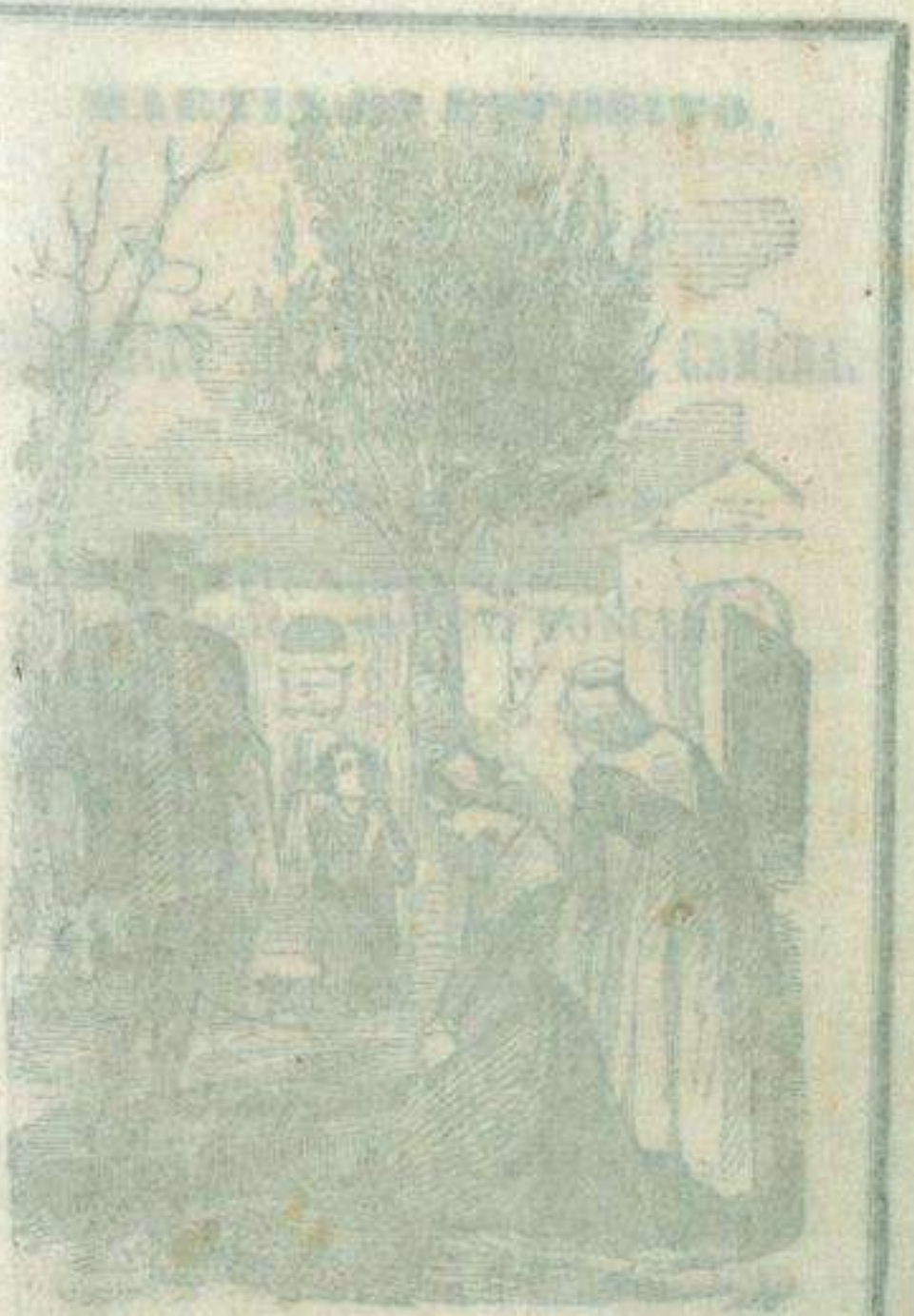
os digo lo que siento, tengo ya pensado en una casa que me parece muy conveniente para el objeto.»

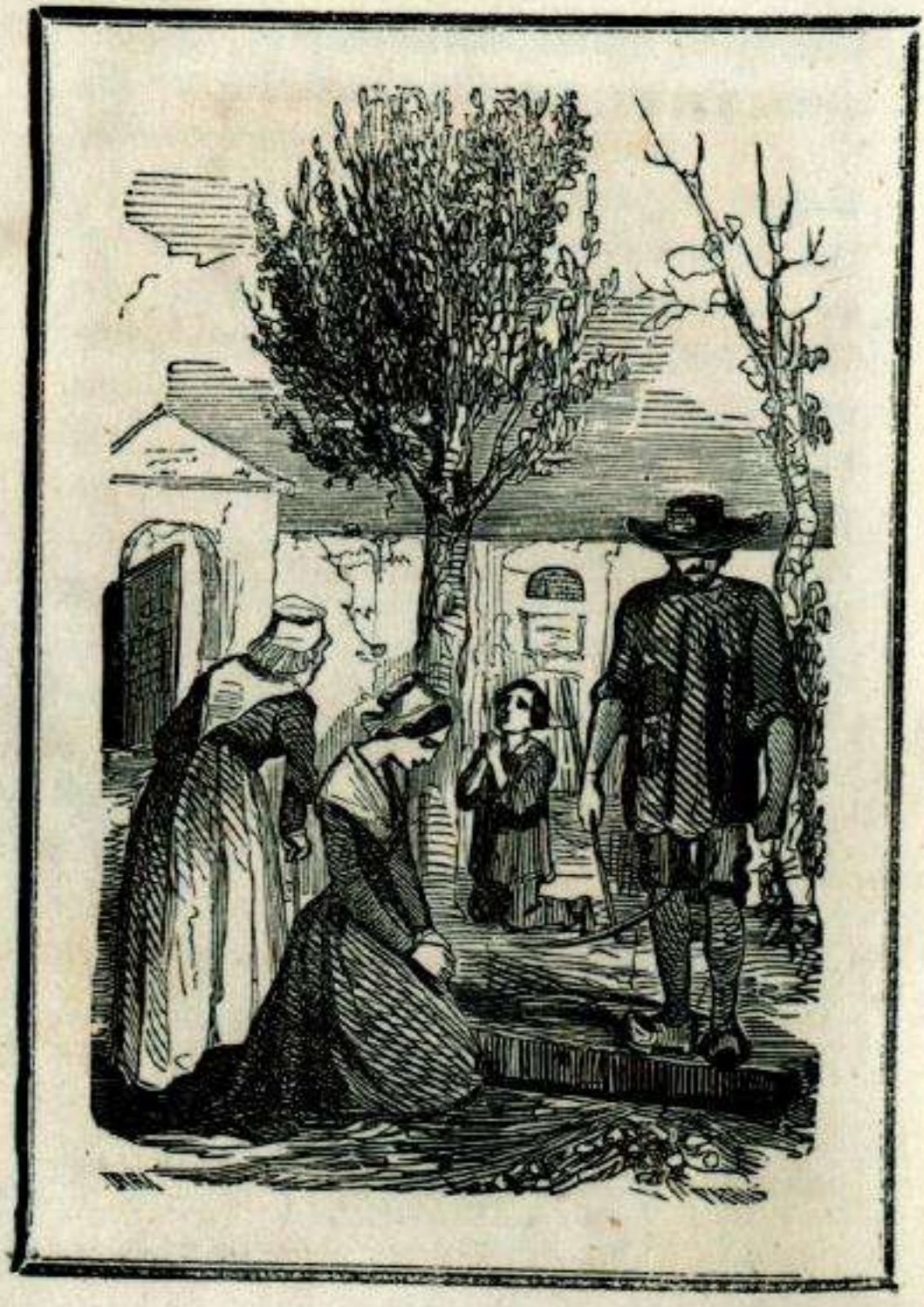
«Felizmente la Providencia vino á mi socorro: el tio de ese necio murió de repente; asuntos importantes le obligaron á marchar y por último tuvo que fijarse en Paris; de resultas, Claudio Gerard *se ha quedado á la luna de Valencia*, dando sus lecciones en su cuadra hedionda, malsana... de la cual deberian huir los niños como de la peste... y sin embargo, apesar de que muchos enferman de resultas del mal aire que en ella respiran, la diabólica escuela esta llena siempre.....

FIN DEL TOMO SÉTIMO.

MARTIN

EL ESPOSITO.





... de rodillas, inmóvil cual estátua.

MARTIN EL ESPOSITO,

Ó

MEMORIAS DE UN AYUDA DE CAMARA.

ORIGINAL DE EUG. SUE,

traducida por EL DONCEL.

TOMO VIII.

MADRID—SOCIEDAD LITERARIA—1846.

Imprenta de D. Wenceslao Ayguals de Izco.

XXX.

LA SEPULTURA.

LAUDIO Gerard entró unos instantes en la casa mortuaria, y de allí nos dirigimos al cementerio. Salía el sol cuando llegamos al pobre campo santo, donde solo se veian humildes cruces, medio encubiertas por altas yerbas, entre las cuales esparci-

dos acá y acullá se veian algunos cipreses. En el centro algo elevado, habia un sitio vacio, y hácia él se dirigió Claudio Gerard, y me dijo:

—Vamos hijo mio, manos á la obra; felizmente el tiempo menos crudo ha ablandado la tierra derritiendo el fuerte hielo, voy á cavar... tú cogerás la tierra con la pala. Despachémonos, pronto llegará el féretro.

Luego añadió como hablándose á sí mismo:

—Murió ayer... y la entierran hoy al amanecer... felizmente hoy sé que nada hay que temer apesar de ser tan pronto el entierro, y esta vez la precipitacion no causará, como en otras ocasiones, terribles desgracias.

—Qué desgracias, señor?

—Ay! hijo mio... ha habido infelices que han sido enterrados vivos.

—Vivos! esclamé con horror.

—Sí... sumidos en una letargia se-

mejante á la muerte... despertaban luego... dijo Claudio Gerard estremeciéndose... despertaban en un estrecho ataud... con seis piés de tierra encima...

—Oh! es espantoso, esclamé, y tambien hoy temeis?...

—Tranquilízate, pobre niño; si yo temiese, no llenaria la sepultura, y velaria... pero cuando veniamos, entré en la casa mortuoria, y me he informado de todas las tristes circunstancias que han acompañado esta muerte..... El médico de la ciudad vecina, hombre muy instruido, ha examinado el cuerpo.... y ha dicho que era ya cadáver..... la declaracion de un hombre como él no me deja la menor duda... pobre muger! dicen que ha manifestado el deseo de ser amortajada en un traje brillante que llevó en otro tiempo... sin duda algun recuerdo ha motiva-

do, este último mandato!... Vamos hijo mio, manos á la obra...

Y el institutor tiró su viejo sombrero de paja, remangó las mangas de su blusa y empezó á cavar la tierra con un vigor y una destreza, que demostraban una larga práctica en el trabajo manual. Le ayudaba yo con todas mis fuerzas y lo mejor posible.

—Esta fosa que cavamos es la de un mártir, hijo mio... me dijo á poco Claudio Gerard, y enjugó con el revés de la mano, el sudor que cubria su frente.

—La fosa de un mártir.... repetí!

—Sí de una muger que segun dicen, apesar de su alta gerarquía, ha sellado con lágrimas todos los dias de su existencia, ay! no solo bajo los harapos se encubre la desgracia, hijo mio.

—Y quién ha hecho sufrir á esta pobre señora?

Ya Claudio no hubiera oido mi pregunta, ya no quisiese contestar á ella, bajó la cabeza y se puso de nuevo á proseguir en su escavacion; sin embargo no tardó mucho en añadir:

—Quiera el cielo hacer mas feliz á su hija...

—Tiene una hija?

—De tu edad á corta diferencia. Llegó hace muy pocos dias; habia ya largo tiempo que su madre no la veia, se la quitaron, y cuando la pobre sintió su muerte cercana, fueron tantas las súplicas para que le devolviesen la hija de sus entrañas, que se la devolvieron... Ay! que no debia ser duradero su gozo... pobre madre!... pobre madre!... Y cuánto valor necesita la hija tambien!...

—Para qué necesita valor?

—Para acompañar hasta aquí el ferétro de su madre...

—En verdad mucho valor necesita...

—Muy desgraciado has sido tú; muy laboriosa y ruda es la vida que te aguarda; pero mira, tu suerte será quizás preferible aun á la de esa niña infeliz, que vendrá siguiendo los restos de su madre hasta su último asilo... y sin embargo, esa hija tiene millones... ninguna privacion debe alterarla...

—Cómo!... quién será entonces feliz si los ricos no lo son?

—Aquellos, hijo mio, que pueden decirse á sí mismos: he llenado un deber, fuí útil á mis semejantes por humilde que mi condicion haya sido, tendí una mano compasiva á otro ser mas débil ó mas desdichado que yo, á nadie hice daño y perdone todo el que me hicieron á mí...

Contrastaban tanto estas máximas con las de anfisbena, harto engastadas

desgraciadamente en mi alma, que me convencian menos que me admiraban. Adivinólo, sin duda, Claudio Gerard pues con dulzura estrema repuso:

—Alimento la esperanza de que llegará un dia en el cual comprendas mis palabras... y esta noche, noche del primer dia que habrás pasado sin tener ante los ojos malos ó viciosos egemplos, me dirás lo que pienses, lo que sientas y quién sabe? quizás te creerás ya menos digno de lástima aunque sean tus privaciones las mismas.

Habíase en tanto concluido la escavacion; acababa Claudio Gerard de salir de aquella hoya, cuando oimos á lo lejos el fúnebre canto del sacerdote, unido á los lúgubres acordes del serpenton.

—Tan pronto viene el cadáver? dije á Claudio, concluimos á tiempo.

Hallábase no lejos de la hoya un cipres muy frondoso, junto al cual llevé por mandato de mi amo el pico y el azadon. Desde aquel sitio algun tanto elevado, apercibí la comitiva; componíanla un sacerdote con su trage sagrado, un chantre, un niño de coro y el músico. Cuatro aldeanos colocados uno en cada estremo llevaban en andas el ataud.

Dos personas tan solo seguian el ferétro... una muger vestida de negro y una niña tambien de luto, á quien llevaba aquella de la mano; pero fueme de todo punto imposible distinguir sus facciones desde la distancia á que me hallaba.

Puesto Claudio Gerard en pié á orilla de la hoya, miraba con tristeza suma aquel triste acompañamiento.

—Pobre criatura... dijo, perseguida, humillada hasta su postrer momento... A no ser su anciana don-

cella y su hija, nadie, nadie hubiera seguido su ferétro...

Las pocas palabras que Claudio Gerard me habia dicho, relativas á la muerte de aquella muger, tenian opreso mi corazon. Parecíame que yo no era enteramente estraño á aquellos funerales, y que digámoslo así, tenia cierto derecho para tomar en ellos algun interés.

Desapareció de mi vista el fúnebre convoy por algunos momentos, tras de una cerca que rodeaba el santuario de la muerte; mas á poco oyéronse mas cercanos los cánticos, y entró la comitiva en el cementerio... las dos únicas personas que la seguian, no parecieron de pronto á mis ojos, pues el sacerdote y los aldeanos portadores del ataud, la tapaban; pero en cuanto revolvieron la calle principal del cementerio, reconocí á Regina acompañada por

una muger, ya entrada en años.

A no tener á mi espalda el árbol en cuyas ramas me apoyaba, hubiera dado conmigo en tierra, dominado por el terror y la sorpresa; felizmente Claudio Gerard permanecia junto al hoyo, que debia cubrir en cuanto la mortaja se hallase colocada en el, y nadie pudo reparar mi repentina turbacion.

Temblando por si Regina, me viese ó reconociera, coloquéme de un salto detras del tronco del enorme ciprés, y me puse de hinojos sin atreverme á resollar.

La blancura é inmovilidad del mármol, se hallaban impresas en el rostro de Regina; sus tres lunares daban una espresion singular á la palidez y fijeza de sus facciones; sus ojos no derramaban ni una lágrima, su mirada se hallaba constantemente clavada en la caja, cárcel de los

restos de su madre, y era tanta aquella inmovilidad que las veces que la marcha irregular de los conductores, imprimia alguna oscilacion al mortuorio monumento, un movimiento ligero, casi imperceptible de la cabeza de Regina, manifestaba que sus ojos seguian la misma direccion.

Los menores ademanes de aquella niña, tenian cierta especie de dureza automática; andaba, digámoslo así, á empellones y cual si todo su cuerpo se hallára bajo el imperio de una tension nerviosa. Al recordar la brutalidad con la cual me habia apoderado de Regina en el bosque de Chantilly, recordaba tambien su belleza y viéndola tan demudada, sentí despedazárseme el corazon, y me ví precisado á ponerme la mano en la boca para ahogar mis sollozos.

La muger anciana que acompaña-

ba á Regina, de fisonomía llena de bondad y dulzura, iba deshecha en llanto. Parecióme que recitaba el cura las oraciones de difuntos por aquel cadáver, dándose prisa y con suma distraccion. Cuando llegó el momento de bajar el ataud al fondo del hoyo, faltáronle las fuerzas á Regina y se la vió, digámoslo así, plegarse sobre sí misma, tanto que la doncella tuvo que sostenerla cogiendola por debajo de los brazos. Sin igual rareza! los ojos de aquella niña no brotaban lágrima alguna; su mirada era triste, fija, sus facciones permanecian inmóviles, y sus delgados y cárdenos lábios, solo de vez en cuando se contractaban apretándose convulsos.

Quedó por fin colocado el ataud al fondo de la escavacion. Hizo entonces Regina un esfuerzo violento, desprendióse de los brazos de la donce-

lla, hincóse de hinojos al borde de la abierta sepultura, en tanto que Claudio Gerard empezaba á echar algunas azadas de tierra que sordamente retumbaron en aquella cavidad.

Un suspiro, cual beso de última despedida, salia de los lábios de Regina, con espresion sombría y de hielo, dirigido al ataud... beso de espresion mas desgarradora, que la esplosion de los mas sentidos sollozos.

Mucho antes de que la huesa quedára terraplenada; alejóse el cura en compañía del chantre; echóse el niño de coro la cruz al hombro; hizo lo mismo el músico con el instrumento en la espalda á favor de un cordon, á guisa de porta-fusil, y juntos con los aldeanos salieron en confuso tropel del cementerio.

Solas quedaron al pié del hoyo que Claudio acababa de llenar, Re-

gina y el aya; esta algun tanto desviada, mas aquella de rodillas, inmóvil cual estátua.

Una cosa muy pueril distrajo la desgarradora contemplacion que fijaba mis miradas, como absorvia todo mi ser. Sentí el acre y fuerte olor de un mal tabaco.... volví la vista hácia donde venia el vapor y apercibí la cabeza de un hombre, cuyo rostro de siniestra espresion salia por cima de la tapia que circunvalaba el cementerio; llevaba este hombre un mal gorro por debajo del cual salian herizados, luengos cabellos algun tanto canosos; era el color de su tez entre trigueño y de color de ladrillo, y de sus gruesos lábios medio colgaba una pipa que exhalaba densas aspirales de humo.

Apesar del espectáculo doloroso que ante mis ojos tenia, las repugnantes facciones de aquel hombre es-

presaban indiferencia cínica en tanto grado, que lleno de enojo y asco, aparté los ojos de él, para volverlos á fijar en Regina, pues me inspiraba esta niña infeliz, interes indecible...

Claudio Gerard que habia terminado de llenar la escavacion contemplaba en silencio, cual yo, á la niña que seguia de hinojos sin hacer movimiento alguno. Díjole muy quedo algunas palabras su doncella, mas Regina le indicó por un gesto de súplica que la dejára, y tornó la niña á quedar sumida en su inmovilidad... En tanto yo á despecho mio, miré de nuevo hácia el sitio donde me apareció el hombre de rostro siniestro; habia desaparecido ya... de pronto oyóse el tintin de las campanillas de un tiro de posta, y el ruido de un coche que rápidamente se acercaba. A este sonido que no pareció

notar Regina, acercósele de nuevo la doncella, volvió á hablarle al oido; pero fue tan en vano como la vez primera.

Habia parado el coche á la puerta del cementerio y á poco un mulato, hombre ya de alguna edad, asaz mal vestido, y llevando una cajita debajo del brazo, y un sombrerito de niño se acercó á la doncella, diciéndole con mucha sequedad:

—Vamos Gertrudis, concluyó la ceremonia; y no ignorais las órdenes del señor baron.

Gertrudis por toda contestacion le indicó con suplicante mirada á la niña que proseguia de rodillas.

—Espero qoe no piensa quedarse *así* hasta la noche? dijo el mulato. Con estar aquí un cuarto de hora mas ó menos nada consigue... y vos sabeis que las órdenes del señor baron son muy terminantes...

—Regina... dijo la antigua dueña con voz entrecortada por los sollozos... es preciso partir... os pondreis mala; venid, hija mia, venid...

Hizo la niña con la cabeza un signo negativo y permaneció inmóvil.

—No me parece tampoco que se la deba arrancar de la tumba de su madre, dijo al mulato Gertrudis, qué quereis que yo le haga?

Encogióse de hombros el mulato y acercándose á la niña la dijo:

—Señorita... tengo órden de llevaros en cuanto *haya concluido todo esto*. Así, vuestro padre, el señor baron, lo ha dispuesto, dignaos seguirme.

Regina no cambió de postura.

—Señorita, repuso el mulato, os ruego que me sigais ó me vere precisado á llevaros por fuerza.

La niña no se movió.

—Sin embargo es fuerza que esto concluya.

Acercóse vivamente el mulato á la niña con objeto sin duda de cogerla en sus brazos. Así que yo lo noté, esperaba que una esplosion de lloros y de penosa resistencia, seguiria al ademan del criado, mas nada ocurrió; dejóse Regina llevar sin oponer la menor resistencia, ni pronunciar una sola palabra.

Unicamente, cuando se halló en brazos del mulato, volvió la cabeza hácia la sepultura... en la cual prosiguió fijando una mirada obstinada, terca como aquella con la cual habia seguido el féretro... Mientras le fué posible á la niña apercibir aquella tierra movida recientemente, no la quitó ojo, y de cuando en cuando lanzaba un postrer beso de despedida.

Pocos minutos despues alejabáse el coche al precipitado galope de los caballos.

La anterior escena, quedó grabada en mi alma como una aparicion, como un sueño.

Fue preciso que Claudio Gerard me dirigiese dos veces la palabra, para sacarme de mi letargo, si bien por otra parte no era menor que la mia su conmocion; distraidos ambos olvidamos no lejos del hoyo y junto al ciprés, el pico y el azadon de que nos habiamos servido y volvimos á la aldea.

XXXI.

LA ESCUELA.

A madre de Regina ha muerto y por desgraciada que tu suerte sea, quizás no lo es tanto como la que el destino reserva á esta pobre criatura,» me habia dicho Claudio Gerard. Este pensamiento reasumia para mí, el triste espectáculo á que acababa de asistir.

Y sin embargo, pude dominar la obstinada obcecacion de este pensamiento y salir airoso, con no poca satisfaccion de mi amo, en la parte que este me atribuyó en sus trabajos de aquel dia, reservando para mis horas de soledad y de reposo nocturno, la triste dicha de saborear á mis anchuras los amargos recuerdos y las encontradas ideas que habia hecho nacer en mí la escena de que fuí testigo.

Ademas, lo variado de mis ocupaciones en lo restante del dia, la sorpresa que varias particularidades de la condicion del maestro me causaron, hubiesen bastado para distraerme de las preocupaciones que en mí despertó Regina. Supe tambien aquella mañana que la niña no habia de volver mas á la aldea y que la casa donde su madre habitó hasta su muerte se ponia en venta.

Así empleó la mañana Claudio Gerard maestro de la aldea nombrado por el gobierno, empleo que salvo algunos trabajos manuales era casi el mismo siempre á corta diferencia.

Volvímos á nuestra casa despues del entierro; y apenas llegamos, cogió Claudio Gerard una ancha mielga de madera pegada á un largo mango, me dió á mí un cubo y una pala cóncava, semejante á las que tienen los marineros para sacar el agua de sus barcos, y ambos nos pusimos en marcha; yo hecho todo curiosidad por saber lo que ibamos á hacer con aquellos útiles, y Claudio Gerard sereno y grave cual de costumbre.

A corto espacio de andar nos hallamos en una pradera, sita al confin del pueblo; al estremo de la cual estaba un manantial, cuya agua caia á borboton en el lavatorio público, al-

gibe ó mas bien pilon lleno entonces de agua negruzca, y de cieno, groseramente rodeado de piedras rectangulares en forma de parapeto.

Claudio Gerard, sin tener en cuenta el intenso frio que hacia, quitóse los zuecos, arremangó su pantalon hasta las rodillas, hizo lo mismo con la blusa por medio de una cuerda que ciñió su cintura, y me dijo:

—Vamos, hijo mio, á limpiar el lavatorio público... te haria daño meterte en agua tan cenagosa... yo entraré en ella, sacaré la inmundicia con esta mielga, tú la cogerás luego con la pala echándola en el cubo, y la verterás al pié de aquellos álamos frondosos que allí ves.

Dióme el institutor esta órden que anunciaba la parte que iba á tomar en tan penosa, cuanto repugnante faena con indecible sencillez; á pesar de mi corto conocimiento, ó me-

jor, de mi completa ignorancia del mundo y de las cosas, me pareció ser tan exorbitante carga para el maestro, el que ademas de las funciones de su empleo tuviese que desempeñar no solo las de sepulturero si no tambien las de limpiar el lavatorio, que miré á Glaudio Gerard con sin igual estupefaccion; adivinó sin duda mi pensamiento pues me dijo:

—Mucho te admira hijo mio, ver á un maestro de escuela, á *un hombre sábio*... segun me llaman, limpiar un lavatorio, no es verdad?

—Confieso, señor, que me asombra.

—Y te parece cosa, para mí, muy humillante no es cierto?...

—Sí señor.

—Y por qué?

—Diantre... cuando se es sábio como vos, meterse en el cieno y recoger la inmundicia con una mielga me

parece cosa muy degradante.

—Escúchame, hijo mio... Las pobres mugeres que vienen á lavar su ropa en esta agua llena de cieno, se vuelven siempre con las prendas tan sucias, cual antes las trageron, y ademas impregnadas de ese olor tan nocivo; por esto acontece las mas veces que los niños que envuelven con esos pañales infectos y húmedos caen enfermos, y contraen calenturas malignas; pero si el lavatorio está limpio, no sucederán tales desgracias.

—Es muy cierto, señor... mas hay otras personas que pudieran ocuparse de esto en vuestro lugar... porque á estas personas les seria imposible...

—Reemplazarme en otra parte no es esto?

—Esto queria yo decir precisamente.

—Tienes razon, pero se trata de un *deber* que yo he prometido llenar,

y es preciso que cumpla mi promesa. Dónde está la humillacion? si yo tuviese orgullo no podría decirme: hago á un tiempo lo que otro cualquiera puede hacer, y lo que no todos pueden hacer?... por lo tanto este mismo orgullo quedaria doblemente halagado. Pero sin tal consecuencia me basta con decir: no existe nunca humillacion alguna en llenar una tarea útil y de general provecho.

Nada supe que contestar.

—Está la humillacion acaso en meterse desnudo de pierna y pié en el cieno?... En este caso, hijo mio, añadió sonriendo Claudio Gerard, estos arrogantes señores ricos y nobles se rebajan, tanto como yo, todos los inviernos cuando vienen á cazar en los pantanos, porque tambien ellos se meten en el cieno hasta los mulos, por tener el gusto de matar algunos pobres pajarillos; vamos, hijo mio,

ánimo y corazon satisfecho, el trabajo de nuestras manos será de general utilidád... Despachémonos... es preciso que antes de las doce estemos de vuelta á fin de disponerlo todo para la clase...

Y Claudio Gerard poniéndose ufano á su tarea y dándose buena maña con la mielga, llevó un espeso monton de cieno al borde del lavatorio, de donde cogiéndolo yo con la pala, y echándolo en el cubo, lo llevaba despues al pié de los frondosos álamos.

Confieso que el egemplo y las palabras de Claudio Gerard, realzando á mis ojos el trabajo de que yo participaba, me lo hicieron menos penoso y repugnante. A la hora de seguir con ardiente ahinco á mi amo, este á fin de animarme, sin duda, me dijo:

—En la próxima primavera vendremos á sentarnos á la sombra de los

álamos, y gracias á la esponjosa masa que echas al pié, los verás cual se elevan frondosos y poblados de verdes hojas, porque este cieno tan nocivo al lavatorio, se convierte en escelente abono para esos hermosos árboles cuyas raices fecundiza. Y díme, hijo mio, te sentirás humillado por haber contribuido á hacer que estos árboles fueran mas bellos y mas vigorosos que nunca, al considerar que para ello echastes algunos cubos de cieno á sus piés?

—Oh! no señor... todo lo contrario, vendré á verlos con gozo, esclamé mas y mas seducido con las reflexiones de Claudio Gerard.

—Y tal es el carácter de los niños que terminé mi trabajo, empezado con repugnancia, no sin cierta satisfaccion de amor propio.

Si insisto sobre algunos puntos prácticos de la enseñanza que me da-

ba Claudio Gerard, es porque tuvieron una accion decisiva, incesante casi en mi vida toda; debo tambien decir en elogio mio, ó mas bien en elogio de Claudio Gerard, que esta enseñanza sencilla, clara, lógica se arraigó muy profunda é instantáneamente en mi corazon, siendo así que al admitir yo las odiosas cuanto execrables máximas del anfisbena, que Bamboche me predicó, sentí una especie de mal estar moral, de instintiva repugnancia.

Terminada la limpieza del lavatorio, volvimos con precipitado paso á nuestro albergue, donde almorzamos al llegar, un pedazo de pan negro y algunas nueces; ayudé luego á Claudio Gerard á disponer en el establo los preparativos para la clase, preliminares harto singulares, que añadieron nuevo asombro á los muchos asombros de aquel dia.

Como las vacas salian muy rara vez á causa del mal tiempo del invierno, su presencia casi constante estrechaba en mucho, dnrante la estacion lluviosa y fria, el local que se dejaba á los discípulos de Claudio Gerard. Por lo demás no he podido nunca comprender si debia decirse que los discípulos estaban en el establo ó si las vacas en la clase, hallándose, como se hallaba dividido, el local á corta diferencia por partes iguales entre la especie humana y la vacuna.

Así era que á la derecha estaba el pesebre y un monton de estiercol, que tendria ya dos ó tres meses y que exalaba un olor pestífero, insoportable; en tanto que á lo largo de la pared de la izquierda ayudé á Claudio Gerard á colocar algunas gradas cojas, encima de los cuales pusimos varios maderos; en frente de estas portatiles tablas alineamos bancos cu-

yos piés quedaban sumidos en una charca fangosa é infecta, pues el declive del piso del establo, hacia que desaguaran allí el escremento fétido de todas las inmundicias de los animales.

Hicimos todos los preparativos casi en medio de una oscuridad completa, pues nada puede imaginarse mas sombrío que aquel local de unos veinte piés de largo, cuyas luces se reducian por un lado á las que daba la puerta de entrada, y por otro á las de una ventana del pequeño cuarto del institutor, separado del establo por algunas pieles mal unidas; muy bajo el techo, compuesto de vigas asaz distantes entre sí, cubiertas con telarañas á guisa de colgaduras, ponian de manifiesto el heno y la paja que llenaban el granero. Cuando hacia mucho frio, cerrabase la puerta; las dos terceras partes del establo, que-

daban entonces sumidas en las tinieblas, de modo que sobre unos treinta niños solo seis ó siete podian trabajar á la luz que entraba por la ventana de la madriguera de Claudio Gerard. Remediaba en cierto modo aquel inconveniente el maestro en cuanto cabia en él, llamando por turno á cada uno de los niños que se quedaban en la parte mas oscura del establo, y haciéndoles trabajar un cuarto de hora poco mas ó menos en su cuarto y delante de él.

Apenas acabábamos de preparar las gradas y los bancos, empezaron á llegar los niños. El cielo, raso por la mañana, se habia encapotado y el frio era intenso; empezó á nevar luego con mucha fuerza y nos vimos precisados á cerrar la puerta de aquel establo, albergue de cuadrúpedos y niños, quedando el recinto cual si hubiese anochecido ya.

Me metí en un rincou y de allí asistí con mucha curiosidad á la primera clase que presenciaba en mi vida. Llegaron los rústicos discípulos del institutor con porte sosegado, sin proferir un grito, en órden y armonía y sin qne se originase entre ellos ninguna pendencia: esta conducta me maravilló, pues comunmente son los muchachos alborotadores y casi siempre van á la escuela fastidiados y dispuestos á holgar; aquellos por el contrario eran sumisos, obedientes y pude ver desde luego que gustaban de las lecciones que recibian, y que tenian cariño y respeto al que se las daba.

Mas adelante pude comprender, porque pasó por mí, cuán ingenioso y sencillo era el método de enseñanza de Claudio Gerard; fundado en los tres móviles mas poderosos de la infancia, la *curiosidad*, el *amor-pro-*

pio y *el espíritu de imitacion*, con los cuales obtenia resultados prontos y provechosos. El, siempre bueno, indulgente, lleno de bondad y paciencia egercia su árido empleo, cual si fuese un sagrado ministerio; impelido por el amor profundo que le inspiraban los niños, mirábalos atentos desarrollar los instintos buenos ó malos que debian á la naturaleza; estudiaba sus instintos, sus pasiones, y sin que ellos lo conociesen, los mejoraba y les conducia hácia al bien; hacíales palpar los beneficios materiales de una conducta honrada, y lejos de seguir una rutina que siempre suele ser fatal para la infancia, ni humillaba ni ensalzaba sus tiernos corazones, pero sí les inspiraba ódio al vicio y respeto á la virtud.

Haria cerca de media hora, que habia empezado la leccion, cuando sentí y tambien otros chicos sintieron

náuseas terribles, un dolor de cabeza estraordinario, y una sofocacion insoportable, desazon debida sin duda al calor intenso que hacia en el establo, aumentado por los álitos de tanta gente reunida y por las exalaciones del hediondo estiercol.

El sudor cubria nuestra frente y era ya casi imposible respirar en aquella espesa atmósfera; fué preciso abrir la puerta y se dió entrada á una ráfaga de aire vivo y frio: esta súbita transicion de una temperatura sofocante á la de un frio intenso, me sobrecogió; temblabáme todo el cuerpo y sentí que el sudor se helaba en mi frente: á poco hubo que volver á cerrar la puerta, pero ninguno volvió á entrar en calor, y todos los pobres niños tiritaban como yo. Despues supe por Claudio Gerard los males que causaban esas alternativas repentinas de calor y frio, y me dijo,

que aquel aire corrompido é infecto que respiraban aquellas infelices criaturas les ocasionaba á menudo enfermedades graves y á veces la muerte; tanto, que rara vez un discípulo podia seguir tomando sus lecciones, quince dias consecutivos.

Concluyó la clase, era un sábado por la noche, circunstancia que no puedo olvidar, por lo que voy á referir.

Claudio Gerard cogió un talego grande que tenia dos divisiones, me entregó una cesta y me dijo.

—Vamos hijo mio, ven conmigo.

Y añadió sonriéndose.

—Ahora sí que te admirará lo que voy á hacer, pues hay que sufrir una humillacion que te dejará atónito...

—Qué es, señor?

—Vamos, hijo mio, al pueblo á pedir de casa en casa una limosna, un

poco de comida para la próxima semana.....

Me quedé hecho una estátua al oir estas palabras.

—El sueldo que tengo por mi empleo de institutor y por los trabajos que has desempeñado hoy conmigo, es tan escaso, hijo mio, que me veo precisado como los demás institutores de otros pueblos, á recurrir á la caridad pública, para tener al menos asegurado el pan de cada dia, ademas la mayor parte de mis discípulos son pobres, tan pobres, que los padres, solo pueden pagarme su pequeña retribucion dándome algunos manjares... Vamos hijo mio dí, no es este el colmo de la humiliacion?...

—A mí señor que estoy tan acostumbrado á mendigar, no se me hace tan humillante... pero á la verdad, no comprendo que un hombre sábio co-

mo vos, y que sirve tanto al pueblo se vea obligado á hacerlo!...

—Pues bien, hijo mio, yo pienso de un modo distinto: creo que el pedir y recibir esas limosnas, yo que carezco de lo necesario para mi subsistencia es justo, pues que me lo dan los mismos á quienes yo sirvo y soy útil; si por el contrario, yo fuese ocioso, inútil ó perezoso me degradaria á mi ver, aceptando un pedazo de pan del menesteroso. Vamos, vamos hijo mio, tendamos la mano, porque sino correrias el riesgo de cenar aun mas frugalmente que ayer, pues mis provisiones están casi todas concluidas.....

Cada palabra de Claudio Gerard, cada accion de su mísera existencia, era un egemplo sublime de resignacion, cumplido con la dignidad que dá una buena conciencia.

Empezamos nuestra ronda.

Transcurridos algunos años cuando me ha venido á la memoria esta nueva ocupacion de aquella noche, he reflexionado en la poca consideracion que los habitantes de los pueblos deben tener hácia los institutores... y he pensado al mismo tiempo que si estos hombres tuviesen al menos un bien estar regular, podrian á la vuelta de veinte años, cambiar la faz del pueblo en que enseñan, y crear con solo el beneficio de la enseñanza una nueva generacion... pero existen sin duda razones de alta política que se oponen á esta regeneracion social...

La generalidad queria á Claudio Gerard, y hasta le respetaba, mas el pueblo que siempre juzga por el esterior, considerando su penuría y las obligaciones secundarias que desempeñaba, le ponia al nivel de un buen pastor, ó de un labrador honrado é inteligente.

Los desgraciados eran los que mas le querian y le presentaron su humilde ofrenda con el afecto mas cordial: unos le dieron avichuelas, guisantes secos, otros algunas frutas: en otra parte un poco de centeno, y en fin algunos una medida de patatas ú otras legumbres; pero por modestos que fuesen estos donativos, eran superiores á lo que los pudientes del pueblo nos ofrecian con una arrogancia que descubria la baja envidia que tenian al institutor; envidia que los movia á despreciarle y á humillarle, mas no era empresa fácil humillar á Claudio Gerard.

Muchos propietarios mancomunados con el cura, veian de mal grado el establecimiento de la escuela, que consideraban como un objeto inútil, indecoroso, y hasta nocivo para el *pueblo*, pues opinaban y lo repetian con ingenuidad: «que el *saber leer* a-

semejaba el hijo de un pobre á el de un hombre que posee algunos bienes de fortuna.» Parte de estos individuos eran regidores del lugar y no escaseaban medio para zaherir á Claudio Gerard; no contentos con haberle confinado en un establo malsano y hediondo, á cuantos dependian de ellos les mandaban que no enviasen sus chicos á la escuela. La limosna que se nos dió en casa de aquellos orgullosos personages, fué corta y acompañada casi siempre de epitetos injuriosos: unos nos tiraron como á perros, un pedazo de pan duro cual piedra, otros un poco de tocino rancio, ó algun trozo de queso podrido (1).

---

(1) Esta triste pintura de los escasos medios que se conceden á los maestros de los pueblos desgraciadamente son ciertos, y está aun lejos de lo que es en realidad. Se-

A pesar de la costumbre que tenia yo de mendigar, yo niño abandonado, vagamundo, sentí mi corazon revelar-

---

guiremos citando los partes oficiales de monsieur Lorrain, páginas 5, 6 y 156. «Las lecciones se dan comunmente en unas cuadras, sucias, en las que se respira siempre un aire corrompido.»

«Generalmente los sitios donde se siguen las clases, son estrechos y sin ventilacion, he visto niños revueltos en una cuadra con los caballos.»

«Es muy comun que los sitios donde se dan las lecciones, sean cuadras húmedas, salas de pisos bajos, establos ó en fin en las mismas cuevas, á las que solo se puede entrar andando á gatas; citaremos un ejemplo: el local de la escuela de P*** es tan sumamente reducido, que solo tiene *doce piés* en cuadro, y en él se reunen en invierno como unos *ochenta* niños; esta especie de jaula no tiene mas abertura que una ventanilla, como de una cuarta de ancho... Si se reflexiona un poco, se comprenderá fácilmente el daño grave que debe causar á todos esos jóvenes campesinos, el hallarse metidos en esas especies de cárceles oscuras y estrechas, en esos chiribitiles hediondos y malsanos, donde

se y cubrirse de rubor mi rostro, al oir las palabras duras y de desprecio que muchos pronunciaban entregán-

---

tienen que posar sus piés descalzos, en un suelo húmedo, sin ladrillos, y sin siquiera un poco de arena... ellos acostúmbrados á vivir al aire libre á estar en el campo...»

«.....Repetiré, lo creo útil, que no es solo el informe de un Inspector general, pero es los de todos, los que *comprueban y aseguran que mil enfermedades graves, periódicas y epidémicas tienen su origen en esos receptáculos de inmundicia, donde estudia la juventud.*»

«Hemos observado que absolutamente no se practican en los pueblos las medidas mas sencillas de higiene, así es que no se curan de abrir ventanas, de hacer las habitaciones mas saludables, y de esto nace, y lo supe sin sorpresa, que á *los quince dias de concurrir á la escuela la mayor parte de los discípulos, enferman y tienen que dejarla.* (*Meuse*).

«La sala para la clase es mal sana, y opino que es peligroso habitarla, pues el institutor me ha hecho presente que á menudo enferman los niños. (*Hante Marme*).

«En casi todas partes son los locales de la escuela mal sanos, ni tienen luz, ni ven-

donos una miserable limosna... pero Claudio Gerard, siempre impasible, se mantenia en la misma actitud, se-

---

tilacion. y estoy seguro de que el mayor número de enfermedades que atacan á los niños, *nacen de su estancia en aquellos sitios infectos;* son tantas las inmundicias que encierran á veces, que muchos reptiles hacen en ellas sus guaridas. *(Calvadas).*

«Todos los niños de este pais, tienen el rostro pálido, abatido, macilento: los *padres á los cuales una triste esperiencia abre los ojos, atribuyen este estado á la insalubridad de las escuelas y los sacan de ellas. (Vaucluse).*

«La escuela de la Diputacion es tan chiquita, tan mal sana, que todos los inviernos, hay una epidemia, que diezma á los niños que concurren á ella.» *(Somme).*

Y mas adelante en la hoja 61 cita:

«.....Decimos pues que en estos contornos se considera al institutor y se le trata como á un *mendigo:* que los alcaldes cuando quieren demostrar su adhesion al institutor, por *mucho favor, le hacen comer en la cocina;* que en muchos pueblos no se les paga en dinero pero sí, que cada familia, con lo peor que recoge en la cosecha, hace una pequeña parte para el institutor *que le dan*

rena y tranquila, y ni el mejor observador hubiera podido descubrir en su cara el menor desagrado, pues parecia que ni siquiera sospechaba que trataban de humillarle. No es acaso el colmo de la dignidad que un hombre no sienta el ultraje, porque considera que este no puede alcanzarle?

Volvimos á la escuela con el saco de Claudio Gerard y mi cesta casi llena.

---

cuando de puerta en puerta va mendigando con la alforja al hombro, y mas diremos que muchas veces se recibe mal al pobre institutor *que viene á pedir su pequeña porcion de patatas lo que dicen ellos, es un perjuicio para los marranos.*

Ademas de estas notas que estractamos, hay los informes de los inspectores generales, iguales en un todo, y dicen asi:

«....Se puede notar que en los tres pueblos principales de esta comarca, no se retribuye á los institutores con dinero, viven con lo *que los padres los dan de su cosecha*, ha-

Durante nuestra correría, habia seguido nevando copiosamente y se habia amontonado la nieve en la puerta, Claudio Gerard queriendo abrir paso buscó la pala y la azada que por la mañana llevamos al cementerio, y entonces recordamos que sin duda las habiamos olvidado despues de haber abierto y vuelto á terraplenar la sepultura de la madre de Regina.

—Señor, dije á Claudio Gerard,

---

ciéndolo sin tasa ni medida, cada uno segun su arbitrio.

«Los institutores tienen que contentarse con la colecta de la limosna que piden de casa en casa.»

«Por egemplo en tiempo de las vendimias, le veis recorrer el pais con un pellejo mendigando unos cuartillos de vino que se les conceden siempre de mal grado.

«*(Seine et Oine)*. En otras localidades se acostumbra dar al institutor una retribucion humillante, pues el infeliz en pago de sus cuidados, recibe... ¡qué recompensa!.... ¡unas cuántas avichuelas!...»

creo que la pala y el azadon, se han quedando en el campo-santo junto al árbol verde, si quereis, iré por ellas.....

—Bueno, hijo mio vé, me contestó, porque si la nieve se amontona por fuera del establo, en cuanto suba la temperatura, podemos vernos inundados; pero te acordarás tú del camino?

—Oh sí señor, me acordaré, tranquilizaos, pronto vuelvo; dicho esto eché á correr hácia el cementerio.

XXXII.

LA NIEVE.

ECIO silbaba el viento, cual si quisiera desvanecer las densas nubes que cubriendo la luna, no podian sin embargo encapotarla de modo, que su resplandor no me sirviese de faro, y me hiciese distinguir perfectamente los objetos.

Acercábame al cementerio

con cierta melancólica satisfaccion; distraido todo el dia por pensamientos, cuyo objeto era Regina, abandonaba todo mi ser á estos recuerdos; feliz con pensar que iba á vivir desde entonces, no lejos del postrer asilo de la madre de Regina, de aquella madre, que tan dolorosamente echaba de menos la infeliz; sentia que esta circunstancia era un lazo mas, que me ligaba á esta criatura. Prometíme á mí mismo cuidar con piadoso respeto aquella tumba, ante la cual la ví postrada de hinojos, defenderla contra la invasion de las plantas parasitas, y me propuse plantar en torno, así que llegase la primavera, algunas flores rústicas, esperanzando locamente que si volvia Regina, encontraria á lo menos cuidada con esmero la mansion de su madre, esmero que conmoveria su corazon, y esmero que nunca podria

adivinar qué mano lo prodigaba.

Veia en fin, cierta coincidencia rara en la inesperada aparicion de Regina, y la buena resolucion que yo habia tomado de volver á la buena senda. Este singular incidente fue para mí, cual suceso que consagró el pensamiento de: que todas mis buenas tendencias me acercaban mas á Regina. Me acercaban? no... digo mal, porque me era mas difícil volverla á ver, que acercarme á ella... pero me figuraba, á pesar de conocer lo estravagante de esta infantil y loca pasion, que cuanto mas honrado llegase á ser, tanto mas derecho tenia de pensar en Regina, pensamiento lleno de terneza y amargura, cuyo secreto me obligué á enterrar en lo mas recóndito de mi alma.

En la actualidad, que los años han madurado mis reflexiones, apenas podria darme cuenta de como tan

raras ideas de acrisolada sensibilidad habian podido brotar en un niño de mi edad, pero llego á comprender su orígen, considerando que yo habia vivido bajo la influencia de precoces sensaciones, que Bamboche dispertó y desarrolló á la par en mi corazon.

. . . . . .

. . . . . .

Ahondado en estas reflexiones, encaminábame lentamente al cementerio. La creciente violencia del cierzo, habia disipado en parte las nubes que hasta entonces envolvieron la luna, y á poco brilló con intenso resplandor su argentina luz; no nevaba ya, pero los albinos copos cubrian el campo santo cual vasta sábana de blanco lienzo. Los agudos silbidos del viento norte, que se arrastraba de árbol en árbol y de rama en rama, interrumpian tan solo el silencio profundo,

solemne, que reinaba en aquel lugar de reposo.

No habia sido cobarde nunca, y ademas, nuestra vagamunda vida me tenia familiarizado con toda clase de nocturnos incidentes; era tamaño el espesor de la capa de nieve que posaba en la tierra, que ni yo mismo percibia el eco de mis pisadas. Llegué cerca del ciprés junto al cual habia dejado por la mañana el pesado pico y el largo azadon, despues de haberme ocultado detras del tronco de aquel árbol, mientras duró la ceremonia del entierro que debia entregar á la tierra los mortales restos de la madre de Regina. Seguia silencioso mi marcha, cuando lleno de sorpresa y terror quedéme clavado sin poder dar un paso mas.

En vez de ver á corto trecho de mí, la hoya terraplenada, cual la dejamos por la mañana, y cubierta con

una capa de nieve como todo lo demas del piso, aquella sepultura habia sido abierta sin duda recientemente, pues dos montones de negruzca tierra se elevaban á cada uno de los lados de la ancha boca, destacándose con mayor viveza en la nieve que cubria el terreno.

Si esta sacrílega violacion no hubiera recaido en la tumba de la madre de Regina, quizás hubiese retrocedido ante el pensamiento de penetrar tan siniestro misterio; mas el enojo y la cólera dieron nuevo aguijon á mi ardimiento; sintiendo no obstante la necesidad de ser prudente, adelantéme sin ruido con precaucion estrema y llegué al árbol fúnebre y frondoso, tras cuyo vetusto tronco me habia agazapado por la mañana; no hallé mas al pié, que el pesado azadon, pues el pico habia desaparecido.

Hasta entonces no habia notado rumor alguno; prestaba atento oido, cuando sentí de pronto el olor fuerte y acre del tabaco cuyo humo se exalaba saliendo de la abierta sepultura.

Un presentimiento me dijo que el hombre de siniestra fisonomía, que me chocára en la ceremonia fúnebre, y que únicamente fumaba mirando los funerales, era entonces el violador de aquella tumba.... oí á corto rato escarbar y varios golpes, ecos sordos que parecian salir de las entrañas de la tierra... De pronto una mano invisible arrojó á un lado de la sepultura el pico y ví luego aparecer la cabeza y en seguida el busto de un hombre que apoyándose en las manos hacia esfuerzos para salir de la hoya, habiendo sin duda guardado su pipa, pues cogido con los dientes, llevaba un paquete que

parecia ser bastante pesado.....

Reconocí al hombre que habia visto por la mañana, miserable que no podia verme oculto como yo estaba en la sombra proyectada por el espeso ciprés.... quedéme inmóvil ignorando qué partido tomar, temiendo ser descubierto y esperando solo que las circunstancias me inspirasen.

Aquel hombre, que desde ahora llamaré siempre el anfisbena, (diré en breve como llegué á convencerme de que era él), aquel hombre odioso, mentor de Bamboche, sacó á poco todo su cuerpo de la vasta boca pavoneando por un momento su alta y robusta estatura, cual si el cansancio de haber estado mucho tiempo encorbado, le obligase á poner en tension sus encogidos nervios. Apenas se repuso cogió en la mano el paquete que sus dientes sujetaban, y despues

de lanzar escudriñadoras miradas á derecha é izquierda se encaminó hácia el ciprés, obstáculo que ocultaba mi cuerpo.

Contúve mi respiracion é híceme un ovillo, á fin de quedar inapercibido en la sombra que me envolvia.

Acercóse el anfisbena; acercóse aun... me creí difunto.

Felizmente en vez de dar algunos pasos mas, sentóse en el suelo encima de una pequeña colinita de modo que me volvió enteramente la espalda mientras desataba el lio que sujetó con los dientes para salir con mayor facilidad de la hoya; contenia el lio varios objetos muy distintos que sin duda habia robado en el ataud, envueltos en un viejo y grasiento pañuelo...

Colocó el anfisbena entre sus piernas el bulto y se puso á examinar atentamente su botin á la amarillenta

luz de la luna, no temiendo á buen seguro verse sorprendido en aquella hora avanzada de la noche.

Súbita cruzó mi mente la inspiracion que esperé me dieran las circunstancias; un movimiento involuntario hizo que mi mano tropezase con el mango del pesado azadon que me sirvió por la mañana; púseme en pié sin hacer el menor ruido, bien que aun cuando lo hubiese hecho agitaba el viento con tanta fuerza las ramas de los árboles, que el anfisbena no lo hubiera notado. Cogí con ambas manos el mango del azadon le enarbolé en alto á guisa de gigante maza, é iba á descargar el golpe cuando al echar una postrer ojeada á fin de calcular el alcance de mi arma, noté que para vencer bien al anfisbena, y poderle asestar con todas mis fuerzas un golpe seguro en el cráneo, me era indispensable dar dos

pasos hácia él y salir enteramente de mi escondrijo.

Titubeé por un momento y mi resolucion me abandonó. El menor roce, la menor indecision en mi ataque, podian perderme, porque aquel hombre no hubiera retrocedido ante un asesinato, pero Regina vino en mi ayuda, invoquéla mentalmente cual invoca uno á su ángel tutelar. Lanzéme con la rapidez del rayo, descargué el golpe en la cabeza del anfisbena, golpe tan violento que el azadon se partió en dos pedazos...

Quiso llevar el anfisbena las manos á su frente, mas las fuerzas le faltaron, y cayó de espaldas quedando sin movimiento... Temiendo no haber hecho mas que atontarle, descargué otros dos golpes con feroz arrebato, y presto la sangre enrojeció la nieve que en torno nuestro estaba.

F Perez lit.ª Litª de Ayguals.

Estremecíme al ver la sangre... y arrojé el azadon lleno de terror cual si acabára de cometer un crímen; pero sobrepujé mi conmocion diciéndome que analizándolo bien, acababa de castigar cual merecia á un hombre que con escepticismo inaudito habia profanado una tumba... la tumba al borde de la cual vertia llanto Regina!...

Acerquéme al anfisbena y me apoderé de los objetos que este miserable robó á la muerta. Ví un estuche abierto del cual salia una gruesa cadena de oro, un medallon del mismo metal, varias sortijas de piedras preciosas que sin duda arrancára de las manos del cadáver; y en fin, una cartera que anfisbena acababa de abrir sin duda, pues un número de cartas bastante considerable que la cartera encerraba, se veian esparcidas por encima de la nieve; de una de estas

cartas, salia un rizo de pelo del cual pendia una crucecita de acero y una medalla de plomo, tamaña como una moneda de medio franco.

Mi primer pensamiento fue recoger todos estos objetos y llevarlos sin tardanza á Claudio Gerard, imponiéndole de cuanto acababa de pasar, mas reflexionando que el anfisbena habia tenido sobrado tiempo para ocultar algo en sus bolsillos, me dispuse á registrarle á pesar de la repugnancia y temor que tal acto me inspiraba. Cogí su mano, la hallé fria como hielo, y esta circunstancia me animó. Tenté las faldriqueras de la mala chaqueta de paño que llevaba y al tentarlas entreabrí su camisa hecha tiras; daba de lleno entonces la luna, y á su argentino brillo que bañaba aquel cuerpo sin vida, ví una calavera de tamaño natural marcada en la piel; un esqueleto que cu-

bria casi todo el pecho de aquel miserable; en las órbitas de aquel huesoso rostro, habia dos ojos de color de sangre, y los apretados dientes sujetaban una rosa.

—El anfisbena! esclamé; pues Bamboche me habia varias veces hablado de la siniestra marca que aquel mónstruo llevaba estampada en su pecho, marca bastante singular para que no me quedára la menor duda sobre la identidad del personage.

—El anfisbena! repetí, prosiguiendo de hinojos á su lado, oh: tanto mejor!... tanto mejor!..... esclamé con feroz alegría; me alegro de haberle muerto despues de todo, el mal que hizo á Bamboche.

Y proseguí en mi escrutinio. Nada encontré en los bolsillos de la chaqueta escepto un eslabon, un papel lleno de tabaco y una navaja de ace-

rada punta; mas cual fué mi sorpresa y mi dolor en seguida, hallando en las faldriqueras de su pantalon las dos pistolas que aun poseia Bamboche la víspera!

Por qué singular casualidad habia vuelto aquel hombre á encontrar á Bamboche cuya pérdida fué? Trayendo á mi memoria la charca de sangre en la cual habia recogido la noche anterior el pañuelo de Vascona y los tres napoleones, no pude ya poner en duda la complicidad del anfisbena en aquel nuevo crímen, puesto que obraban en su poder las pistolas de Bamboche; pero quedábame todavía una duda cruel y horrible; ignoraba qué parte habia tomado aquel infame en el trágico acontecimiento, envuelto siempre en tenebroso misterio para mí, pues aun no sabía quien habia sido víctima si Bamboche ó Vascona ó si ambos su-

cumbieron. Por otro lado no halle dinero alguno al anfisbena. Qué habia sido de la suma robada á Claudio Gerard, suma, único objeto que hubiese podido tentar á los presuntos asesinos de mis compañeros?

Todos estos pensamientos asaltaban mi espíritu á la vez, sumiéndome en la mayor turbacion é incertidumbre. Sentí por un momento haber muerto á aquel bandido, quien era el único que hubiese podido darme alguna luz sobre la suerte de mis compañeros; pero al recordar su vida y sus crímenes, me dí el parabien de mi conducta.

Recogí pues en la falda de mi blusa la cadena de oro, el medallon, las sortijas, la cartera donde metí las cartas y el cordoncillo que sugetaba el pelo del cual pendia la crucecita de bronce y la medalla de plomo, y dejando al anfisbena tendido no lejos de

la hoya, salí precipitadamente del cementerio á fin de dar cuenta del suceso á Claudio Gerard.

Réstame que hacer una confesion penosa... referir tentaciones malas y una accion vergonzosa; accion cuyos remordimientos me han perseguido hasta el dia en que lejos de arrepentirme de lo que hice... pero no!... no anticipemos los acontecimientos.

Cualesquiera hayan sido las consecuencias que el destino reservó á un hecho infame en sí, no podia preveerlas cuando lo cometia, y por consiguiente la bajeza del acto, no puede menoscabarse en lo mas mínimo.

Regresé presuroso á casa de Claudio Gerard, volviendo de cuando en cuando la cabeza sin detener mi marcha y mirando las alhajas que arranqué de las garras del anfisbena alhajas que me parecian de valor enorme.

—Ah!... deciame á mí mismo, si

hallase ahora á Bamboche y Vascona cuán holgadamente podriamos vivir, y cuánto tiempo con el dinero de...

Pero mi pensamiento no pasó adelante y, á pesar de ese retroceso á las tendencias peligrosas, comprendí que pensar de aquel modo, era hacerme cómplice del anfisbena... cómplice de haber violado la tumba de la madre de Regina, y entonces rechacé con horror esta tentacion. Apesar mio asaltóme luego una idea mala y pueril.

—No, no, me dije, respetaré estas alhajas, pero la cartera encierra cartas de ningun valor sin duda, puesto que en breve la humedad de la tumba debia destruirlas... ademas nadie puede sospechar su existencia á nadie harán falta..... Así pues guardándolas sin que Claudio Gerard lo sepa, á nadie hago mal tercio... para mí será una dicha sin igual poseer_

las, y ademas el deseo ardiente de saber lo que dicen, *será para mí el mayor estímulo que me haga aprender á leer y escribir*.

Ahora que reflexiono á sangre fria esta razon, ó mas bien esta escusa, que yo me daba á mí mismo para disculpar una accion culpable, me parece de estúpida é incomprensible puerilidad; sin embargo, nada hubo mas cierto, ni tampoco nada mas cierto que empezar yo desde el dia siguiente mis lecciones de leer y escribir con aplicacion tan asídua, tan terca, que el mismo Claudio Gerard se quedó asombrado. Mi único obgeto era llegar á saber el contenido de las cartas, pensando que lo que por ellas supiera, seria quizás un lazo misterioso que me uniria á Regina sin que ella ni persona alguna lo sospechára.

No trato de paliar mi accion, ten-

go empeño no mas, en recordar sinceramente las razones absurdas, pero verdaderas, que me llevaron á un acto doblemente culpable, pues no saqué de la cartera ni el rizo de cabellos como tampoco la cruz ni la medalla, que junto con las cartas estaban, autorizando mi comportamiento, á fin de guardar estos objetos, con su insignificante valor y con pensar que debian haberse perdido ya para todo el mundo. Y en fin, otra razon de este robo era el deseo de poseer algo de la madre de Regina, ya que no podia poseer nada que hubiese pertenecido á esta.

Decidíme pues á cometer el hurto y antes de entrar en el cuarto de Claudio Gerard, fuí á ocultar provisionalmente la cartera debajo de un monton de heno que habia en el establo.

Cuando entré en su cuchitril, lle-

no de inquietud por mi prolongada ausencia, disponíase Claudio Gerard á salir en mi busca. Pero así que despues de haberle referido la profanacion de la tumba y la muerte del anfisbena, remití al maestro las alhajas y el estuche, abrazóme tiernamente este, lleno de espanto aun, por el peligro que habia corrido, ensalzó mucho mi valor y sin embargo me dijo:

—Si bien matar á otro aunque sea un criminal, nos carga de grande responsabilidad, hijo mio, porque la muerte es muy estéril, la muerte no impide que los crímenes se hayan cometido y hace imposible el arrepentimiento ó la espiacion saludable..... ver aquella profanacion, el miedo de ser descubierto y asesinado por aquel miserable, legitiman tu homicidio... voy pues inmediatamente á casa del alcalde, á fin de declarar este suceso,

y luego volveré al cementerio para terraplenar la hoya tan villanamente profanada; tú, hijo mio, quédate... procura entrar en calor en el establo, vienes arrecido de frio... En cuanto esté de vuelta cenaremos...

Partió Claudio Gerard y yo no me sentí con valor para acompañarle; las sensaciones y fatigas de aquel dia, me tenian sin fuerzas para dar un paso.

En cuanto me hallé solo, mi primer pensamiento fué ocultar en parage secreto la cartera que habia sustraido.

Largo rato anduve buscando los medios de esconder mi hurto donde nadie lo pudiera encontrar; descubrí al principio debajo de uno de los pesebres del establo un jarro de greda roto, semejante á los que en aquella comarca usan para conservar la leche; la cartera aunque asaz volumi-

nosa, cabia dentro del jarro, púsela en él con cuidado; hice luego un agujero debajo del pesebre junto á la pared, ocultélo todo en él y cuando estuvo hecho, volví á tapar el agujero haciendo una masa con agua y tierra muy triturada á guisa de mortero.

Terminada esta operacion, sentéme en un banco y cediendo al cansancio, tardé poco en dormirme con sueño calenturiento, turbado por incoherentes y raras visiones; en una de estas pesadillas, herida sin duda mi imaginacion por lo que me habia dicho Claudio Gerard, con respeto á personas que sumidas en profundos y duraderos letargos, habian sido enterradas en vida, me pareció ver á la madre de Regina salir de su tumba, radiante de belleza y engalanada con riquísimos adornos y que fijando en mí una mirada que destellaba inefa-

ble dulzura, me hacia seña que le siguiese.

Claudio Gerard que me sacudia el brazo, me dispertó sobresaltado cuando estaba en este sueño; abrí los ojos; venia con su blusa cubierta de nieve, llevaba una linterna sorda en una mano y un pico en la otra. Mortal palidez cubria su rostro y me pareció que su fisonomía toda revelaba el mayor azoramiento...

—El miserable se ha escapado, me dijo, dejando el farol encima de la mesa, tu golpe no haria mas que atontarle.

—Quién se ha escapado? pregunté con estupor.

—El anfisbena.

—No ha muerto?

—Al separarme de tí, fuí directamente á casa del alcalde, quien seguido de dos hombres vino conmigo al cementerio... Hemos visto en efec-

to abierta la sepultura y cerca del cipres la sangre que enrojecia la nieve. Perdido el conocimiento y gravemente herido, el intenso frio de la noche, habrá vuelto en sí al infame; hemos procurado seguir las huellas de sus pisadas impresas en la nieve y nos ha sido muy fácil conocer que apenas podia andar; estas huellas nos llevaron fuera del cementerio á una pradera, pero en esta á cosa de unas veinte toesas hiciéronse menos marcadas las pisadas, que al fin desaparecieron bajo otra nueva capa de nieve, pues hace media hora que está nevando como nunca; ocultóse la luna en seguida y como el lugar donde nos hallábamos linda con espesos bosques y matorrales, renunciamos á una persecucion inútil... mañana se dará órden á la gendarmería para que se ponga en movimiento... Volví entonces al cementerio, coloqué de

nuevo los preciosos objetos en su primitivo sitio y terraplené..... el nicho... añadió Claudio Gerard con voz que me pareció profundamente alterada, y no me engañé, porque su conmocion era tan fuerte, que cesó de hablar de pronto, pasando la mano por su frente bañada de copioso sudor.

—Ay! señor, le dije, si supieses con que sueño estaba cuando me dispertasteis!...

—Qué sueño?

—Pareciame ver... á la señora que enterraron esta mañana... salir de su tumba... y

—Esto soñaste! esclamó lleno de angustioso asombro Claudio Gerard... esto soñaste!... repitió; fijando en mí una mirada cuya espresion renuncio á pintar.

—Sí señor; le dije en sumo grado sorprendido al ver la importancia

que parecia dar á mi sueño... me hablasteis antes del entierro de personas que...

—Ya caigo, repuso el maestro cual si acogiese con solicitud estrema la esplicacion de mi sueño, ya caigo, si no hay duda; herida tu imaginacion... vamos, ha sido un sueño singular... singular..... añadió ya mas tranquílo, y á Dios gracias no es mas que un sueño... pues la hoya vuelve á estar como antes sin que haya vestigio alguno de la infame profanacion... vamos, hijo mio, esperemos que el miserable autor de atentado tan inaudito, no se libertará de la justicia, dejemos ya este asunto, descansa hijo mio, que yo tambien voy á tenderme un poco; no puedo tenerme en pié.

Y Claudio Gerard se echó en su mísero lecho.

XXXIII.

EL ANIVERSARIO.

DURANTE los primeros dias que siguieron á la inhumacion de la madre de Regina, algunas viejas de la aldea hicieron correr voces sobre las supuestas apariciones que salian en la casita aislada, en la cual habia morado la jóven hasta el dia de su muerte; pero ce-

saron casi de todo punto los rumores, merced á los esfuerzos de Claudio Gerard, quien me pareció estar muy contrariado viendo aquella supersticiosa credulidad, y la atencion que llamaba hácia la casa que por otra parte fué vendida tres meses despues.

. . . . . .

. . . . . .

Desde el dia que ví á Regina asistiendo al funeral de su madre, desde aquel dia que fué tambien el primero que pasé en casa de Claudio Gerard, databa por decirlo así el principio de mi rehabilitacion y me solazaba, con tristeza, mas llena de dulzura que de pesar, unir en mi pensamiento estos dos aniversarios.

Ademas, habia cumplido escrupulosamente la promesa que me hice á mí mismo, de cuidar con piadoso respeto la tumba de la madre de Regina, tumba modesta sobre cuya pie-

dra funeraria leíase tan solo grabado en ella el nombre de: SOFIA, nombre de pila de aquella jóven, postrer humillacion á que se condenó su memoria, puesto que no se quiso consentir en que se grabase en el rústico sepulcro ni el apellido de su familia ni tampoco el de su marido.

Profundamente conmovido Claudio Gerard por el triste fin de la infeliz, aprobó con gozo mi deseo de preservar el mausoleo de que se viese deteriorado. Ceñílo con un rústico encañizado circular, que por ambos lados terminaba en el frondoso ciprés detrás del cual me agazapé para ver á Regina; engasté luego cesped muy verde en el lomo de la piedra sepulcral y pisoné con arena amarilla muy fina la pequeña esplanada que rodeaba la verde alfombra, dejando en fin para cuando llegase la estacion de las flores hijas de los bosques y prados un acirate en

forma de cesto al estremo del cesped.

Iba varias veces en la semana á pasar en este melancólico jardinito una parte de las horas de recreo que me concedia Claudio Gerard.

Secó el invierno las flores que yo habia plantado durante el otoño, que precedió al primer aniversario de aquel entierro; pero hácia mediados de febrero, las campanillas y piñuelas salvages que cubrian nuestros campos, empezaron á brotar y el veinte y siete por la mañana, dia que cumplia el año, habia trocado yo el acirate de cesped, muy verde entonces, en un verdadero cesto de flores rústicas blancas y de color de lila, colores ambos melancólicos llenos de terneza y de encantadora frescura.

Concluida mi tarea, nivelada ya perfectamente la arena de la esplanada, reposé un momento en un banco de madera que yo mismo hice y

coloqué al pié del ciprés... Dando entonces rienda suelta á mis reflexiones, recordé que en aquel mismo sitio habia visto un año antes por la vez primera á Regina... despues del rapto del bosque de Chantilly.

De pronto, los chasquidos de un látigo, las campanillas de caballos de posta y el sordo rumor de las ruedas de un coche, lejano ruido en un principio, mas que se fué acercando progresivamente, me sacó de mi éxtasis; un presentimiento secreto me hizo estremecer y sentí conmovido mi corazon por violento sobresalto... Poco tardó en parar el coche y ví luego á Regina, que vestida de negro como el año anterior, entraba en el cementerio, en compañía de la anciana doncella, quien la llevaba de la mano, y seguida á respetuosa distancia por el mulato de siniestro semblante.

El gozo frenético que embargó mis sentidos y el enagenamiento, me dejaron petrificado por un momento, si bien lleno de estupor; pero viendo que Regina se acercaba, huí tan aterrado cual si me hubiese hecho culpable de alguna mala accion; salvé con solo un brinco la empalizada del jardin y me precipité cruzando como furibundo loco por los sembrados, percibiendo no obstante, á pesar de mi rápida carrera y espontáneo movimiento, una esclamacion de sorpresa y alegría que lanzó sin duda Regina al aspecto de las flores que estaba muy agena de creer hallar en la rústica tumba de su madre.

Llegué presuroso á la casa de Claudio Gerard.

—Amigo mio! esclamé al entrar, pues habia querido que le llamase así, amigo mio, si vienen á preguntar quien ha cuidado el sepulcro de aque-

lla desdichada señora, os ruego que no digais que he sido yo.

Mi zozobra, mi terror y el deseo de libertarme de una gratitud que legitimamente habian adquirido mis desinteresados desvelos, admiraron en grado sumo á Claudio Gerard y adivinó que yo le ocultaba algo. En un año habia tomado mucho incremento la influencia que sobre mí egercia, y así fué que acosado por sus preguntas, no tuve la fuerza de ocultarle *mi secreto*, es decir, mi amor infantil á Regina.

Oculté sin embargo á Claudio Gerard el robo de la cartera y de la crucecita, y la vergüenza me impidió siempre hacerle esta confesion. Creí que mi amo iba á prorumpir en denuestos contra mí, pero me engañé, ni por asomo se mostró enojado, y me dijo solamente:

—Dentro de algunos años te re-

cordaré hijo mio el secreto que acabas de confiarme; hasta que llegue ese dia, prosigue en cuidar el sepulcro con veneracion; si toman informes diré que yo he sido quien he llenado este deber ó mas bien tú por mandato mio.

Quiso en efecto saber Regina, quien habia con tanto ahinco adornado el sepulcro de su madre, y antes de salir de la aldea el mulato, criado de confianza, se presentó en el presbiterio para informarse. Hallábase ausente el cura, pero en su lugar encontró el mulato á la señora Honorina, quien con maravillosa presencia de ánimo mercantil, contestó:

—*Nuestro* sepulturero ha cuidado con tanto esmero la tumba, por órden del señor cura. Este hombre cobra un sueldo para hacerlo, y por consiguiente nada teneis que darle, señor. Pero el estipendio que ofre-

ceis, es un derecho del curato; y si lo quereis se continuará al mismo precio.

Dió el mulato en consecuencia, el estipendio á la iglesia, estipuló su contrato para los años siguientes, y volvió á partir aquella misma noche con Regina, quien creyó siempre, desde aquel momento, que los cuidados que se prodigaban á la tumba de su madre, habian sido y eran cuidados especulativos y pagados.

Desde aquel dia, cada uno de los aniversarios de la madre de Regina, fue para mí un manantial de indecibles sensaciones. El año se pasaba así, casi rápidamente, merced á la impaciencia, á la ansiedad, sellada con temor y esperanza á la par, con la cual esperaba yo aquel dia, el único entre todos que volviera Regina á la aldea.

Oculto en el hueco de una encina,

pude observar el dia del tercer aniversario, que Regina permanecia en la tumba de su madre hasta la noche ora fuese el tiempo bonancible, ora inclemente; híceme con una estera de paja, clavé unas estacas en la tierra, é improvisé una especie de techo por cima del banco, cuyo respaldo era el tronco del ciprés; felicitéme tanto de haber tomado aquella precaucion, por cuanto densos copos de nieve cayeron sin interrupcion durante todo el dia del venidero aniversario.

. . . . . .

Así fue que de año en año ví crecer á Regina y de niña tornarse arrogante jóven. Estos encuentros únicamente anuales y sin transiciones, me hacian ver mas manifiesto el desarrollo de sus gracias y belleza que llegó á ser deslumbradora.

Cuando Regina contó diez y seis

abriles, la perfeccion de su talle esbelto, la regularidad de sus facciones, el encanto elegante y régio de su porte y de sus menores movimientos, formaban un conjunto de sin par donosura. Sus tres lunares de lustroso ébano cual sus cabellos, hacian resaltar mas aun la transparente frescura de su tez y el coral purpúreo de sus aristócratas lábios.

A cada nuevo aniversario, su fisonomía espresaba, no ya desgarrador penar, sino melancolía grave, resignada y un recogimiento profundo... Permanecia algunas veces inmóvil durante una hora, apoyada su frente en la palma de su torneada mano cual si hubiera querido buscar la clave de algun misterio; veces habia tambien en las que parecia agitarse azorada con penosa impaciencia; un dia noté desde el hueco de mi escondrijo donde segun costum-

bre me acurrucaba, que despues de una de aquellas prolongadas meditaciones, su rostro se contractó cual obedeciendo á doloroso enojo, y que sus lágrimas rodaron hilo á hilo por sus megillas, mientras con acento conmovido y siniestro esclamó:

—Madre mia! madre mia!... yo... vengaré tu memoria!...

. . . . . .

Entré de niño en casa de Claudio Gerard, y me hice en ella hombre; merced á sus desvelos y solicitud enteramente paternal adquirí en pocos años cierta instruccion. Cuanto mas pienso en esta enseñanza, tanto mas me maravilla la energía de que se hallaba dotado Claudio Gerard; á pesar de las dificultades y obstáculos de toda clase; empezando por la insalubridad casi mortal del recinto que le servia de escuela y falta de los libros mas elementales que

los padres demasiado pobres no podian procurar á sus hijos, y que tampoco él podia darles (suplia en parte esta penuria por medio de manuscritos imitando á la *letra de imprenta*, sacrificando su sueño) y acabando por la culpable indiferencia de las familias y malas tendencias de las autoridades del pueblo, obtenia Claudio Gerard en general, resultados increibles.

Lejos de limitar la educacion de sus discípulos, á enseñarles á leer y escribir, dábales en cuanto le era posible, una instruccion *útil* y *práctica* para la condicion social en que se hallaban.

Sus lecciones claras, variadas, sencillas abrazaban y resolvian todas las cuestiones fundamentales de la agricultura, aplicadas al cultivo de las tierras que poseian, libertando de este modo á toda una generacion de

las preocupaciones y de la rutina.

Ademas, Claudio Gerard acompañaba á sus discípulos dos veces por semana á las casas de un corto número de artesanos establecidos en el lugar; allí cada discípulo segun sus inclinaciones, aprendia á lo menos los primeros rudimentos de uno de estos estados manuales, que por decirlo así, indispensables son al agricultor aislado en su cortijo, y muy distante de las aldeas; por esto los alumnos de Claudio Gerard, llegando á saber un poco de carpintería, de cerragería y albañilería podian en caso necesario reponer un techo hundido, herrar un arado, ó ligar una pared que empezára á demolerse; á fin de lograr que los artesanos diesen á sus discípulos aquellas lecciones prácticas dos veces por semana, en las cuales los jóvenes les servian de aprendices ayudándoles en sus

trabajos, daba Claudio Gerard á los artesanos ciertas nociones de geometría y mecánica elementales, de fácil aplicacion á sus distintas profesiones muy necesarias al carpintero para el corte de maderas, y modo de formar los andamios, al albañil para el corte de piedras y modo de edificar, y al cerragero para calcular la resistencia de los resortes, de los pesos y de las palancas.

Se pasaban los domingos buscando yerbas medicinales, y estudiábamos sus propiedades y sus virtudes. El jueves ocupábase Claudio Gerard en enseñar el canto, sirviéndose de un método de una sencillez admirable, y de una claridad grande, que desde luego se comprenderá, al saber que en lugar de emplear los signos comunes de la música, tan difíciles de interpretar y tan confusos, se servia de las cifras ordinarias 1, 2, 3, 4, etc.

que el niño conoce en cuanto aprende á leer (1). Claudio Gerard tenia la paciencia de escribir de su propia mano aquellas sencillas y cómodas particiones, y luego cada discípulo las copiaba; y por este medio conseguia formarse una pequeña biblioteca musical. Es tan conocida y tan evidente la influencia que egerce la música en las costumbres, que no me detendré en demostrarlo, solo hablaré del efecto encantador que producian las voces de los niños en la iglesia, placer puro que esperi-

(1) Mas adelante tendremos que hablar mas estensamente de este maravilloso descubrimiento de Galin, cuya idea primitiva fue de Rousseau, pero esplicada y perfeccionada por aquel, ha llegado á poner la ciencia de la música vocal al alcance de todos. El Dr. Emile Chevé y Mr. Aime Paris estudiaron profundamente el método de Galin y apasionadas de él lo generalizaron, y su aplicacion ha producido los resultados mas felices é inesperados.

mentábamos todos los domingos y á veces tambien en el verano, durante las apacibles noches, nos poniamos á cantar bajo los árboles renovando así aquellas gratas sensaciones.

Por último, Claudio Gerard terminaba la educacion de sus discípulos dándoles una esplicacion sumaria de los principales fenómenos de la naturaleza, y algunas nociones elementales de higiene, tan indispensables para la conservacion de la salud en las clases menesterosas.

Ademas les hacia tambien un pequeño curso para el conocimiento de la *ley* (que se supone equivocadamente ser conocida de todos, cuando en el hecho la mayoría la ignora completamente), es decir por lo que atañe á los principales derechos y deberes de cada ciudadano; y por último, en un análisis rápido les daba á conocer los acontecimientos mas im-

portantes y mas gloriosos de nuestra historia.

Estas últimas lecciones aunque incompletas dadas casi á escape, estaban impregnadas de un santo patriotismo, y podia traducirse por estas palabras: *amor á la Francia.* Cuando se animaba Claudio Gerard solia repetirnos:

«Hijos mios, teneis dos madres... y á ambas debeis amor intenso y respeto, sangre y vida... la una es vuestra madre... la otra es la Francia... y los mismos lazos, los mismos deberes os unen á las dos... empañar la honra de una, es quitársela á la otra... si laureles ciñen vuestra frente juntas se levantarán para saludaros, para recibiros en su seno... tened pues ante todas cosas el culto de la Francia... enorgulleceos con llamaros sus hijos, con poder servirla, defenderla si la atacasen.... y vengarla si

la ultrajasen... amad mucho y siempre á las que os dieron el ser...

De aquella fé ingénua, vehemente que diviniza á la patria, nace el santo entusiasmo que produjo los inmortales sucesos de la Francia republicana... en el dia, los que se llaman espíritus fuertes, se sonreirán de compasion al considerar semejantes exageraciones... pero las inteligencias rústicas, rectas, enérgicas y amantes, cultivadas y beneficiadas por la enseñanza virtuosa de Claudio Gerard, tenian aun la candidez de inflamarse con un santo amor por la patria; ignoraban aquellas almas sencillas que el levantamiento glorioso de nuestros padres en 93, se calificaba ahora de ímpetu ridículo y *chavacano*, injuria nacida del deseo de rebajar la neeia y feroz adhesion al pais, sirviéndome de la espresion de esos mismos *espíritus*

fuertes de la cobardía, segun los apellidaba Claudio Gerard.

Así es, que siguiendo el curso del tiempo, cuando los discípulos del maestro de escuela se hacian hombres, sentian cierto orgullo en servir á la Francia, y cuando llegaba la hora del sorteo de reclutas, se presentaban resueltamente, con altivez, á ofrecer su sangre, en vez de escaparse, como otros, escondiéndose en los bosques para mas adelante entregarse á una vida vagamunda é inconexa con las leyes; tan palpable era ese adelanto, que aun las personas mas opuestas al institutor, confesaban que en los diez años que él dirigia é instruia la juventud del pais, los refractarios, cuyo número era antes tan considerable, habia disminuido de tal manera, que eran contados los rebeldes.

He dicho ya que eran tan pocos

los elementos de que podia disponer Claudio Gerard para instruir á los niños, que solo por un prodigio de voluntad, de inteligencia, pudo llegar á darles ciertos conocimientos; pero los principios de sana moral que les imbuyó, se arraigaron en sus corazones, y el hecho que voy á referir es una prueba mas, de la influencia que semejante educacion puede producir en el ánimo de los jóvenes; hé aquí el suceso notable que ocurrió:

Estalló la revolucion de julio; en muchas provincias (la nuestra fue una de ellas), hubo ciertas conmociones, pero al punto reprimidas; sin embargo, algunos de esos revoltosos atrevidos, que siempre sacan partido del desórden, embaucaron á los infelices labradores sumidos en la miseria, y arrastrados por malos consejos, y por la dura necesidad, se prestaron

:

á sus fines criminales; parte de la poblacion de las dos ciudades contiguas á nuestro pueblo, se levantó al grito de *Guerra á los nobles!* y ademas se encaminaron hácia nosotros con el fin de recoger gente entre nuestros jóvenes, para ir todos á atacar un magnífico castillo, situado no lejos del lugar, y habitado por un propietario dueño de una gran fortuna.

No olvidaré nunca aquel suceso, cuyo imprevisto resultado, tuvo hasta cierto punto tanta parte en mi destino futuro.

El aspecto de aquella multitud de paisanos armados, unos con escopetas, otros con hoces, y otros con horquillas á la cual precedia un tambor; y cosa mas rara, tambien un músico de una de las parroquias, era feroz y temible. Hizo alto en la vasta plaza de nuestra aldea, tocóse un redoble, y sus gefes llamaron á las

armas á todos *los buenos*, para ir á saquear el castillo de San-Estevan.

Sabedor Claudio Gerard á poco, de este acontecimiento, salió de su casa y habló largamente con los corifeos de aquella partida, mientras el cura y el alcalde huian despavoridos. Despues de un cuarto de hora de conferencia, prometió el institutor levantar en una hora veinte jóvenes resueltos y ponerse al frente de ellos, para marchar sobre el castillo.

En efecto, apenas transcurrió media hora, veinte y cinco jóvenes de nuestra parroquia, armados como pudieron, se juntaron con la primer partida bajo las órdenes de Claudio Gerard, quien pidió como favor, que le dejasen formar la vanguardia.

Exaltándose por sus gritos y cantos aquellos, de quienes éramos auxiliares nosotros, durante el tránsito

del lugar al castillo, se echaron cual sedientos tigres sobre una casa aislada, hundieron á culatazos la tapa de una barrica, y la embriaguez juntóse en breve al sin número de malos incentivos que les animaban.

Lejos de tomar parte nuestra gente en la orgía, aprovechó el desórden y retraso, para dirigirse rápidamente al castillo sin que lo restante de la columna se curase de nosotros para nada; por lo demas, solo cumpliamos con nuestro deber de vanguardia.

Llegamos al castillo de San-Estevan. Señalóme Claudio Gerard de lejos al propietario de aquella magnífica residencia; este personage no temiendo ni por ensueños el peligro que le amenazaba, paseábase en uno de los patios con su esposa, hijos, y varias señoras. Para entrar en el castillo era preciso atravesar un puente echado

en el cañal, que rodeaba el parque. Mandónos Claudio Gerard guardar el puente, é impedir á todo trance que lo pasaran nuestros auxiliares, á los cuales llevábamos unos seiscientos pasos de ventaja.

Encaminándose entonces Claudio Gerard directamente hácia el dueño de la posesion quien empezaba á sobresaltarse viendo aquellos corros de gente armada, le dijo:

—Nada temais, caballero, unos cincuenta hombres descarriados por la miseria y malos consejos, han resuelto atacar vuestra casa, han venido á nuestra aldea á pedirnos auxilio, y á fin de conocer el empeño que podian tener en llevar á cabo sus designios, hablé con ellos; al cuarto de hora de consultarles, conocí que seria inútil querer disuadirles de su proyecto, decidíme pues á acompañarles con el fin de protegeros en

caso necesario. He reunido á esos valientes jóvenes que veis allí custodiando el puente, y no pierdo todavía la esperanza de calmar á los infelices seducidos, de quienes nos hemos hecho auxiliares para ponerlos á raya. Si no puedo lograrlo, los jóvenes que conmigo vienen y yo, os defenderemos. No nos lo agradezcais, caballero, dijo Claudio Gerard al propietario, quien medio atontado le miraba con muy abiertos ojos; yo no os conozco, pero al oponernos, aunque sea con peligro de nuestra vida, á un acto de violencia que nada autoriza, y que no puede tan siquiera alegar por pretesto una venganza legítima; defendemos la causa y el honor del pueblo, al cual estos jóvenes y yo pertenecemos. Así pues, tranquilizaos, cuanto estos bizarros jóvenes puedan hacer humanamente, lo pondremos por obra pa-

ra que sea respetada vuestra persona y vuestra propiedad.

Dicho esto, volvió Claudio Gerard á nuestras filas; recomendónos de nuevo la custodia del puente, prohibió le siguiese ninguno de nosotros, á fin de evitar una coalicion; y adelantóse solo hácia la partida cuya gente medio embriagada, se hallaba ya á muy corta distancia de la nuestra. Preciso fué la sangre fria, la resolucion, y la increible autoridad que naturalmente egercia Claudio, para dominar el furor de nuestros auxiliares, cuando quiso hacerles comprender la falta de lealtad y lo indigno de la accion que iban á cometer. Uno de estos miserables en su exaltado exasperamiento, descargó un golpe de trillo á Claudio Gerard; pero este, aunque herido, dotado de tanta fuerza como valor, hizo morder el polvo á su adversa-

rio; le puso fuera de combate, y prosiguió apelando á los generosos sentimientos de sus adversarios. El mayor número dió oidos de mercader á sus exortaciones y marchó en tumulto hácia el puente; mas una minoría asaz considerable, cediendo á la influencia de Claudio Gerard, se puso de su parte.

Se puede mas? Despues de una lucha corta y felizmente poco mortífera, desbandáronse en desórden nuestros agresores, temiendo un segundo ataque. Pasamos nosotros la noche acampados debajo de los árboles, y el dia siguiente al amanecer, seguros ya de que ningun peligro amenazaba al castillo, regresamos á la aldea.

. . . . . .

. . . . . .

Cuando nos hubimos vuelto de la espedicion, fue cuando Claudio Ge-

rard me dijo las siguientes palabras que jamás olvidaré:

—Sabes, hijo mio, cuales son los maestros de las dos poblaciones, cuya juventud ha querido cometer ese acto de violencia? Sabes entre que manos, las gentes que rigen el estado, han dejado recaer la santa mision de educar á los niños de estas dos aldeas, y de hacer de ellos, hombres honrados? Uno de estos maestros, es un tabernero que se dedica á la usura en los ratos que no está borracho, y el otro un *presidario cumplido* (1).

---

(1) Lo repetimos, nada exageramos. Estas últimas citas de la obra oficial de Mr. Lorrain, demuestran en qué manos, la calculada indiferencia del poder, deja las mas veces recaer el ministerio de educar el pueblo.

Aude, *partido de Carcasona*.—Cierto señor V... egerce sin prévia autorizacion; trae una vida escandalosa; pretenden algunos que acaba de salir de presidio.—Nievre, *partido de Chateau-chinon*. No he encontrado en este

Ay!... á tales maestros, tales discípulos!

—Es imposible! esclamé, porque en este caso no habria en nuestro

---

pueblo mas QUE Á UN PRESIDARIO CUMPLIDO, quien egercia el cargo de maestro clandestinamente.—GERS, *partido de Lectoure*. No existe otra escuela mas que la de N... hombre condenado en los tribunales POR USURERO Y ALGUN TANTO BORRACHO.—GERS, *partido de Mirande*. El maestro tiene muy mala reputacion; SE LE ACUSA DE USURERO.—PUY-DE-DOME, *partido de Thiers*. Urge mudar el maestro, padece frecuentes ATAQUES DE EPILEPSIA.—PIRINEOS-BAJOS. El maestro de AROS es EPILÉPTICO.—MEURTHE—El maestro de Tramond-Larrier es SORDO. AUDE.—El maestro tiene TIENDA DE COMESTIBLES.

No proseguiremos en tan penosas citas, cuyo número es enorme. Terminemos poniendo á continuacion y para corroborar lo dicho las admirables palabras de M. Micheled, palabras que enseñan cual ningunas otras á comparar, esperar y confiar.

—«En su terrible miseria, dice M. Michelet, queria *dar la convencion cincuenta y cuatro millones para la instruccion primaria.*»

idioma términos bastante degradantes para anatematizar ese desprecio criminal de lo mas sagrado que en el mundo existe: *la educacion de la infancia!*

Sonrió con espresion de amargura Claudio Gerard y me dijo:

«Epoca singular en la cual los hombres se tenian por materialistas, y que en realidad fué la apoteosis del pensamiento, y el reinado de la inteligencia. No lo oculto, de cuantas desgracias pesan sobre nosotros, en los tiempos presentes, ninguna de ellas me anonada tanto como la de la enseñanza popular: El hombre de Francia que mas lauros merece, el mas miserable y el mas olvidado, es el maestro de escuela; el estado le abandona á los enemigos del estado. Decis que los HERMANOS enseñan mejor. Yo lo niego, y aun cuando así fuese, á mí qué?—El maestro de escuela *representa la Francia*. *El hermano: Roma*, este es el estrangero, el enemigo, y sino leed sus obras y seguid sus máximas aduladoras, para conseguir la enseñanza ensalzando la institucion de las universidades y jesuitas todos en el fondo de su corazon. (*El pueblo por Michelet, pág.* 141.)

—Jamás acuso á nadie sin motivo, hijo mio... Lo que te digo es cierto... No dudo de que los gobernantes no han ido escogiendo precisamente un usurero borracho, ni un presidiario cumplido para propagadores de la educacion popular, pero los gobernantes en su infernal maquiavelismo, saben hacer las funciones de los institutores tan precarias, miserables, humillantes é insufribles, que no pueden aceptarlas sino hombres que como yo se entregan por conviccion á tan duro sacerdocio, ignorantes, inútiles, ó gentes bajas ó miserables, á quienes la justicia lanzó el sello de la reprobacion.

—Pero con qué objeto se rebajan de este modo funciones que debieran ser tan altamente honradas?

—Con qué objeto, hijo mio? repuso Claudio Gerard sonriendo con aquella sonrisa que le era caracterís-

tica, y en la que se hermanaban tristeza y dulzura á la par, con el que tienen los actuales poderes de gobernar á seres embrutecidos por la ignorancia, por la miseria ó por una credulidad supersticiosa..... porque estos poderes temen las poblaciones ilustradas, á las cuales la educacion hace conocer sus derechos y su fuerza... Por esto se hace cuanto se puede para que las escuelas de los HERMANOS invadan y reemplacen nuestras escuelas. Los HERMANOS inculcan á la infancia esa ausencia de toda dignidad humana, y le hacen echar en su corazon la semilla de un servilismo degradante... Tú has leido sus obras, las del *P. Gobinet* entre otras, y has podido ver qué generaciones preparan á la Francia estos frailes misteriosos, de los cuales nadie conoce los estatutos, y cuyo soberano está en Roma.

—Pero este cálculo es horrible, y si cabe mas, absurdo aun. Ayer sin ir mas lejos, vimos á qué escesos podian entregarse infelices descarriados por malos egemplos.

—Ay! pobre niño, el poder teme muy poco la violencia, porque á esta él la destruye y aplasta con sangre, pero el poder teme á las ideas porque ni con hierro, ni con plomo, ni con sangre se aniquilan.... Y desgraciadamente, fuerza es decirlo, el gobierno tiene las mas veces por cómplices forzosos en estas tendencias embrutecedoras, á los padres de los niños. Y sin embargo, si un padre es civilmente responsable, á los ojos de la sociedad, de las faltas que hasta cierta edad un hijo puede cometer..... por qué no debe ser este padre moral y civilmente responsable de la ignorancia de su hijo, cuando la ignorancia, la ignorancia

es el manantial de todos los males como lo es de la miseria?

—En verdad, el exigirles tal responsabilidad seria muy justo.

—Muchas cosas hay justas, hijo mio, pero quién se cura de hacerlas prevalecer? Es cierto que en algunos paises se hace pagar una multa al padre que no manda sus hijos á la escuela. Algo bueno encierra esta medida porque á veces se debe imponer el bien con severidad. Y sin embargo, una medida de esta especie podría esplicarse en Francia? Vuelve los ojos en torno; es tamaña la miseria de las poblaciones que estas pobres gentes no pueden pasar sin el servicio que sus hijos les hacen, ya guardando los ganados, ya labrando la tierra, á pesar de la debilidad de sus tiernos años. Entonces qué quieres? Precisados á hacer que sus hijos ganen el mezquino alimento que les

dan, no pueden mandarles á la escuela, y nadie tiene fuerza ni derecho para poder criticar á esos padres infelices... oh! miseria!... miseria! añadió Claudio Gerard con doloroso abatimiento; miseria! serás siempre el gérmen de todo linage de males en la tierra?..... No lucirá jamás el dia del reparto legítimo de la felicidad de todo el género humano!...

XXXIV.

LA DESPEDIDA.

UANDO el anfisbena profanó la tumba de la madre de Regina, sustraje yo cual ya lo he dicho una cartera que contenia una gran cantidad de cartas, como tambien una crucecita de bronce y una medalla de plomo.

Á fin de atenuar á mis propios ojos mi vergonzosa accion, me comprometí singularmente conmigo mismo,

juré no leer aquellas cartas hasta el dia en que Claudio Gerard volviese á hablarme de mi amor á Regina.

Poco tiempo despues de uno de los últimos aniversarios, al cual, segun costumbre; habia asistido yo sin ser visto, dijóme Claudio Gerard:

—Hijo mio, tendrás ahora diez y seis ó diez y siete años... Hace algunos años que me confesaste el amor precoz que profesabas á la señorita Regina. Esta pasion, aunque se esplica por la influencia de los tristes egemplos que tuviste ante tus ojos durante tu primer infancia, estaba tan poco en armonía con tu edad, que no quise ni criticarla ni hablarte de ella... Esta niñada podia borrarse poco á poco en tu corazon ó podia arraigarse mas y mas en él. Si lo primero sucedia, era inútil recordarla, y si era lo segundo, no podia acusarte... he estudiado con profundidad tu

índole, y estoy convencido de la accion escelente que esta pasion ha egercido en tí, y que segun creo, egercerá por mucho tiempo aun. Semejante amor aun que sin esperanza, y quizás por lo mismo que es sin esperanza, será para un corazon como el tuyo la mejor salvaguardia contra los peligrosos instintos de la edad juvenil. Pero es fuerza no cansarse de repetirte que es un amor sin esperanza para tí, Regina es de belleza deslumbradora; su piadoso respeto á la memoria de su madre, anuncia una alma noble y tierna; las grandes dificultades que vencer ha debido, sin duda, para conseguir que su padre le deje hacer un viage de mas de doscientas leguas, para venir á llorar un dia en la tumba de la que le dió el ser, revelan una firmeza y energía muy poco vulgares. He sabido que el padre de Regina sin poseer una fortuna

inmensa, es rico sin embargo, y que desciende de la mas antigua nobleza. Su hija parece estar muy envanecida con su alcurnia, puesto que hace dos años hizo engastar una placa esmaltada, en la que se hallaban grabados los blasones de su familia, en la humilde y desnuda piedra bajo la cual reposan los restos de su madre... En esta jóven no critico esa fiereza de descendencia, porque la pobre habrá querido sin duda protestar contra el baldon con que parecia se intentaba sellar y perseguir la memoria de su madre.

Cesó de pronto Claudio Gerard al pronunciar las últimas palabras, conmovióse y permaneció silencioso largo rato. Con no poca sorpresa mirábale yo con atencion, mientras él parecia sumido en profundas reflexiones. Algunas palabras iban á salir de sus lábios, mas ignoro que pen-

samiento las contuvo, y solo despues de otro silencio, me dijo con acento pausado y sentido:

—Suceda lo que suceda, y sea lo que fuere, lo que quizás un dia la casualidad te revele, no olvides jamás que existe una cosa superior á la afeccion mas tierna, y esta cosa es el respeto que se debe á una promesa sagrada.

—No os comprendo, contesté yo cada vez mas admirado.

—Todo lo que te pido, repuso, es que no olvides cuanto acabo de decirte con respecto á la madre de Regina, hijo mio... el porvenir te esplicará quizás estas palabras que ahora son para tí incomprensibles. En fin, volviendo á Regina, esta jóven es pues admirablemente hermosa y rica, está orgullosa con su alta cuna, y su carácter es tan resuelto como generoso su corazon. Esto supuesto,

esas dotes naturales, el realce que le dá su clase y fortuna son otros tantos obstáculos que se elevan entre Regina y tú. Amála pues como la has amado hasta ahora sin que ella te vea ni te conozca... Recuerda siempre la distancia infinita que te separa de ella, y sea cual lo ha sido esta jóven la estrella que guie tu vida en la buena senda... cuando alguna mala tentacion asalte tu espíritu, invoca por medio del pensamiento el arrogante y hermoso rostro de Regina y te avergonzarás de tus funestas inclinaciones... se adora, se venera á Dios, siente uno que ese supremo ser le sostiene en el bien, y se le teme en el mal; y sin embargo, no aparece ante nosotros. Pues bien! Esta influencia de un Dios invisible, esta influencia sosten y temor, esta debe tener Regina en tu corazon...

. . . . . .

La noche del dia en que tuve la precedente conversacion con Claudio Gerard, aprovechando el solaz que me dejaba una hora de soledad, desenterré el jarro que habia visitado muchas veces; saqué de él la cartera con agitacion tan violenta, que el corazon parecia querérseme salir del pecho tal era su latir, y con la frente humillada cual si me hiciese reo de un vil abuso de confianza.

Cual fué mi sorpresa y abatimiento al sacar las cartas de la cartera que las encerraba!

El sobre de las cartas consistia solamente en iniciales y esta correspondencia estaba escrita en caracteres desconocidos para mí (supe mucho tiempo despues que las cartas estaban escritas en aleman y hé aquí por qué sé este idioma.) Sin embargo las desdoblé cuidadosamente una por una, esperanzando dar con alguna escrita

en francés. Vana esperanza! no pude leer un solo renglon.

A lo menos hallé entre los papeles un objeto singular, era una pequeña corona (corona real, llegué tambien á saberlo mas adelante) de una forma rara, recortada en una hoja de papel de oro muy delgada cuyos contornos se dibujaban calados en la misma hoja. Sujeta esta corona por dos hebras de seda amarilla y azul en el centro de un pergamino de bastante espesor, se hallaba rodeada de líneas simbólicas raras y de infinitas S y W entrelazadas en forma de cifra.

Debajo de la corona se leia esta fecha en francés.

28 *de diciembre de* 1815.

Calle del arrabal de Roule, número 107.

A las once y media del dia.

Seguian luego cinco renglones de longitud y letra diferente, escritos

en aleman. El primero, tercero y quinto renglon eran de letra escrita por un pulso seguro, en tanto que el segundo y cuarto lo eran de caracteres mas finos y trazados con mano trémula.

Mucho me sorprendió tan raro objeto, en vano quise penetrar el sentido de aquellos signos simbólicos que en parte lo formaban; no menos escitaba mi curiosidad la corona, mas no hallé medio alguno que pudiera satisfacerla.

Volví á meter con desaliento sumo, pergamino, cruz, medalla y cartas en la cartera, buscando en mi imaginacion cómo saber, sin dispertar las sospechas de Claudio Gerard, en qué idioma estaban escritas las cartas.

Ay! un incidente inesperado cortó de repente todas mis ideas relativas á este objeto... fuéme preciso separarme de Claudio Gerard. Tenia yo diez

y ocho años y si bien no era hombre á juzgar por la edad, lo era por la esperiencia, hija de una escuela de infortunios y rudas lecciones. Habia aquel profundo filósofo desarrollado singularmente mi inteligencia, y ademas me hizo aprender el oficio de carpintero, profesion que podia ser un recurso para los dias aciagos.

Tales resultados no coronaron de repente los afanes de mi maestro, pues los anteriores egemplos dispertaban en mí un desaliento cruel, y tristeza suma cuando me acordaba de mis dos compañeros de infancia, cuya suerte ignoraba. Tuve tambien que luchar contra los sentimientos, destellando ciega cólera que mi corazon nutria hácia los enemigos de Claudio Gerard, pues jamás flaqueó su admirable resignacion, jamás su imposibilidad, noble y estóica á la par, llegó á desmentirse, mientras que la ani-

madversion de sus perseguidores, en vez de menguar, se habia exasperado hasta rayar en hidrofóbia. Por esto despues de una existencia, sublime modelo de humildad y abnegacion, hubo de sucumbir, pues, sin igual rareza! á fuerza de ciega sumision á las mas brutales exigencias, fué como pudo Claudio Gerard durante mucho tiempo paralizar y reducir á la impotencia todos los esfuerzos de sus encarnizados enemigos, y hacer mas duradera la humilde condicion que ocupaba en el lugar.

Pero lució por fin el dia en que triunfó el mas cruel é incansable enemigo de Claudio Gerard; es inútil añadir que era este el cura de la aldea.

Este sacerdote indigno logró despues de intrigas infames y calumnias sin cuento, infundir frialdad y desconfianza á las pobres gentes en con-

tra del maestro á quien habian idolatrado constantemente, y una vez conseguido esto, fuéle sumamente fácil forzar á Claudio Gerard á que abandonase el empleo que tan evangélicamente desempeñaba.

. . . . . .

Jamas se borrarán de mi corazon los últimos instantes que pasé con el maestro.

A fines de diciembre de 1832, nos hallábamos él y yo en su humilde cuchitril, pálida y sombría luz, lanzada por un dia lluvioso, penetraba por la ventanilla que ocho años antes pisé por vez primera con Bamboche, á fin de robar al maestro. (Debo decir de paso para disminuir en lo posible tan vergonzosa accion, que habia devuelto ya la suma robada á Claudio Gerard, quien pudo á su vez devolver el depósito que se le confió.)

Aquella mañana pues al flaco res-

plandor que daba una aurora de un dia de invierno paseábase Claudio Gerard por su cuarto á paso lento y con la cabeza baja.

Sentado en el miserable lecho en que pasé la primer noche de mi entrada en la humilde casa, apoyaba yo maquinalmente una de mis manos en un pequeño morral que junto á mí estaba.

Claudio Gerard vestido cual siempre con una mala blusa, y calzando zuecos donde se abrigaban sus desnudos piés, habia envejecido mucho; numerosas arrugas surcaban su rostro; sus cabellos antes negros empezaban á encanecer, particularmente junto á las sienes; pero la espresion grave y de melancólica dulzura de su fisonomía era la misma. En aquel momento sin embargo, una contraccion violenta se marcaba en su rostro á pesar de los esfuerzos que ha-

cia para ocultar la interior agitacion. Logrando vencerla por fin, con voz firme y la mano estendida hácia la ventana me dijo:

—Por ahí, hace ocho años, hijo mio, que entraste en mi habitacion... El abandono, la miseria, los malos egemplos te arrastraron al robo..... hoy cuentas diez y ocho, y vas á salir de esta casa, honrado, instruido y capaz de bastarte á tí mismo.

—Amigo mio! no creais que yo pueda olvidar jamás...

—Escúchame, hijo querido, dijo Claudio interrumpiéndome, te recuerdo tu procedencia y la senda que has seguido luego, no para vanagloriarme del bien que te hecho, pero á fin de que esta postrer mirada bácia tu pasada vida, te dé fuerzas para ver con tranquilidad el porvenir. Desde el momento en que te recogí, he seguido tu vida paso á paso, dia por

dia, hora por hora; testigo de esas luchas y rudas pruebas á que tan honrosamente diste cima, he podido reconocer lo bueno, generoso y persistente en la buena senda que destella en tí. Valor pues, hijo mio.

Nada iguala en grandeza y dignidad á aceptar una vida laboriosa, ruda, sin gozo, sin placer, alumbrada tan solo por la aparicion, una vez al año, de una jóven á la cual debes amar siempre sin esperanza; no lo olvides, nada iguala en grandeza á llevar esta vida sin murmurar contra la suerte, y en soportarla sin amargura...

—Ay! amigo mio. Si en esta senda penosa y dura mis fuerzas flaqueaban alguna vez, estábais vos junto á mí y una sola palabra que saliese de vuestros lábios, reanimaba mi amortiguado valor. Mas ahora siento despedazarse mi corazon, al pensar

que voy á separarme de vos por mucho tiempo... para siempre quizás!

—No para siempre, hijo mio, no. Han logrado echarme de esta aldea, despues de una lucha de diez años: pero en fin, creo que en la nueva poblacion donde voy, no hallaré los mismos ódios, y quizás el año próximo el sugeto á quien vas recomendado en Paris, te concederá algunos dias de licencia, y entonces, hijo mio, nosotros que tan pocas veces vemos brillar una hora de felicidad, gozaremos dias enteros, dias enteros de alegría inmensa!

—Si vos lo hubiérais querido, amigo mio, no me separaria de vos y proseguiria secundando vuestros trabajos...

—No, hijo mio, este porvenir no puede ser el tuyo, una posicion inesperada se te ofrece, y no aceptarla seria una insensatez; jamás tendras

protector mas paternal que el señor de San-Estevan. Este buen señor cree deberme mucho porque dos años há salvé su castillo.

—Y quizá tammbien su vida, con peligro de la vuestra.

—Sea; pero escepto algunas obras elementales para mis discípulos, he rehusado constantemente los ofrecimientos que me ha hecho, queriendo probarme su gratitud, por fin ha creido dar con el medio de probármela. Hace un papel muy importante en Paris, y necesitando un hombre íntegro y de toda confianza para llenar á su lado un empleo de suma probidad y reserva, me escribió proponiéndome fuera su secretario particular, aceptando ya de antemano mis condiciones... Rehusé...

—Lo rebusasteis para vos, pero lo aceptasteis para mí...

—Porque he visto en esta colocacion un empleo honroso para tí, de quien he respondido como de mí mismo, y es tal la confianza que en mí tiene el señor de San-Estevan (ignoro por qué) que á pesar de tu juventud te acepta ya como secretario, si bien es verdad que quiere probarte de antemano, mas no temo en nada esta prueba. Te lo repito, hijo mio, ya ves que esta condicion es inesperada, es fuerza pues apresurarse á aceptarla.

—Y á fin de asegurarme tan feliz y tranquila suerte, os resignais vos en seguir vuestra penosa carrera?

—Por humilde, por miserable que esta sea, es para mi sagrada ya. Lo digo con orgullo y tú lo has visto, á pesar de los infinitos obstáculos que han atajado mi marcha he obtenido muchas veces resultados felices. La recompensa de convertir

una generacion de pobres é ignorantes niños embrutecidos, casi por la miseria, en otra generacion de hombres instruidos, honrados inteligentes y trabajadores, es muy grande y me basta; y esto me hace mirar con sumo desden ó piedad inmensa todas las bajezas con que se me quiere hundir... Ahora que hice aquí bien, nada me importa que me lo paguen con rencor.

Y Claudio Gerard, despues de una pausa, añadió penosamente conmovido.

—Ah!... sino tuviera yo mas pesares que aquellos con que tratan de anonadarme mis contrarios!...

—Os comprendo amigo mio... esa pobre loca á quien ibais á ver todas las semanas.,... y de la cual vais á alejaros ahora...

Largo tiempo permaneció mudo Claudio Gerard; contragéronse sus

facciones, pareció quedar sumido en profunda reflexion á la par que se mostraba agitado; mas haciendo finalmente un grande esfuerzo sobre sí mismo dijo:

—Oye Martin, tengo que confiarte una cosa... muchas veces he titubeado, pero por sensible que me sea hacerte esa confesion no debo callarme puesto que vamos á separarnos, quizás hago bien siendo franco, quizás cometa un crímen con mi franqueza... el porvenir lo dirá...

—Teneis que hacerme una confesion penosa? dije admirado.

—Sí, penosa, porque te probará que dudé de tí y de mí.

—Y por qué?

—Te acuerdas de los quince dias, hará cosa de un año, que por estar enfermo pasastes lejos de mí?

—Me acuerdo, amigo mio... vos quisisteis que fuese durante mi con-

valecencia á algunas leguas del pueblo, confiando en que la variacion de aires apresuraria mi curacion.

—Pues bien, ya que te acuerdas, escúchame:

XXXV.

EL MISTERIO.

ATENTO esperaba el relato de Claudio Gerard, cuando este prosiguió:

—En aquellos dias vino cierta persona.... á preguntar por tí.

—Por mí?... y quién fué?

—Uno de tus compañeros de infancia...

—Bamboche! esclamé con

gozo indecible. Así pues mis temores fueron infundados.... vive.... no me ha olvidado. Y sintiendo que los ojos se me llenaban de lágrimas añadí: perdonad amigo mio, si supierais lo que pasa en mi corazon...

—Lo comprendo, hijo mio, y estoy muy lejos de condenar tu enternecimiento... Voy á referirte en pocas palabras lo que pasó un año há, mientras estuviste ausente. Sentado aquí estaba una mañana, cuando ví entrar un jóven alto y de robusto aspecto, enérgica fisonomía y vestido, á lo que me pareció, con mas lujo que gusto.—Caballero, me dijo; hará siete años á corta diferencia, que recogisteis en vuestra casa á un niño abandonado, si debo dar crédito á los informes tomados en el pueblo, y este niño es mi hermano. Por estas palabras y el retrato que me habias hecho de Bamboche, le conoci al

momento y contesté:—Vos no sois hermano suyo; sois su compañero de infancia, y os llamais *Bamboche*. Apesar de su firmeza y aun de su audacia, turbóse y frunciendo el ceño me contestó:—Nada os importa saber quien soy yo, caballero, quiero ver á Martin y... le veré; añadió con acento amenazador. Encogíme de hombros y con frialdad suma le respondí:—Y yo os digo, señor mio, que no le vereis; hace quince dias que Martin marchó del pueblo.—Y ahora dónde se halla? gritó ardiendo en ira, quiero saberlo. —Es imposible de todo punto; le dije.

—No puedes tener idea, hijo mio, de la tenaz insistencia de Bamboche, añadió Claudio Gerard, hizo cuanto pudo ya con ruegos, ya con amenazas, para descubrir tu paradero, mas yo fuí de bronce. Viendo mi resolucion, me contó vuestra pa-

sada historia, esperanzando con la franqueza sacar mejores resultados; díjome luego que hacia dos meses se hallaba en una posicion brillante, que queria partir contigo, y que yo hacia muy mal en sustraerte á su amistad, despues del trabajo indecible que le habia costado recordar los sitios por donde pasó para llegar á descubrir tu paradero. Hubo en las palabras de aquel hombre singular, una mezcla de astucia y sinceridad, de profunda sensibilidad y resolucion, que me chocó y conmovió á despecho mio; razon por la cual persistí mas que nunca en la idea de no decirle donde estabas. Despidióse de mí para volver todas las mañanas con el mismo objeto, pero no cedí. Viendo finalmente cuán ociosos eran sus esfuerzos, decidióse á dejar el pueblo, y sus últimas palabras, que yo esperaba detallaran amargura y enojo,

fueron por lo contrario respetuosas y sentidas. En él reconocí el carácter que me pintaste, pero con cierto mundo, trato de gentes, fluidez en espresarse y cinismo sarcástico y zumbon, que me asombró, pero te lo repito, sus palabras me conmovieron; pues me dijo que admiraba tu virtud.

—Pobre Bamboche! dije á Claudio Gerard.

—Por esto, prosiguió el maestro, le dije: pues como vos que admirais la honradez y creeis en los buenos resultados que produce, por qué no seguís la senda del bien?

—Y qué os contestó?

—Mirad, mi respetable señor, me dijo. Creo en la belleza de una bien esculpida estátua de mármol, de fiero continente y rostro, y destellando gravedad y dulzura cual debe serlo ahora el de Martin; admiro la estátua bella, que á despecho de lluvia,

tempestades y vientos, permanece inmóvil y serena en su pedestal.... Sí, encuentro esto sublime, pero como yo soy de carne y no de mármol, no quiero hacerme estátua, y me digo para mi coleto: anda cuerpo mio, sigue la corriente del huracan aun que te enlodes hasta la nuez; y despues de algunos momentos de silencio, Bamboche repuso: quedad con Dios, quizás sea mejor que yo no vea á Martin... yo me entiendo, abrazadle por mí ya que teneis la dicha de poderlo hacer! y llevando bruscamente la mano á sus ojos continuó: Decidle que le amo como hace ocho años, y que no sé por qué, pues vive Dios yo no era de almibar y me he vuelto de risco. Pero no importa, para él no he cambiado, decídselo y añadid que soy suyo en cuerpo y alma, que mi brazo mi bolsa y corazon serán suyos siempre, siempre!... si algun dia fuese á

París, ved ahí donde vivo... Nada temais por él, puedo tambien ser útil á un hombre honrado.

—Y este apunte que indica dónde se halla lo teneis? esclamé sin querer y con los ojos llenos de lágrimas.

—Este apunte lo puse bajo pliego cerrado, y héle aquí; dijo Claudio Gerard entregándomelo. Y luego añadió: mucho tiempo he titubeado en dártelo, temiendo la influencia muchas veces irrresistible de una amistad de infancia.

—Decidme, os dijo Bamboche algo de Vascona?

—Nada...

—Pobrecilla! habrá sido víctima del crímen, del cual encontré algunos indicios.

—Esperemos que no será cual tu piensas, me dijo Claudio Gerard, prosiguiendo luego: estas han sido las razones que me habian llevado á

ocultarte mi entrevista con Bamboche; el porvenir dirá si he hecho bien ó mal en no persistir en mi resolucion. Una palabra no mas sobre este asunto: si... á lo que jamás me hubiese determinado, yo te enviase á París sin recursos, sin apoyo y sin una posicion asegurada, Dios sabe que no te hubiera dado cuenta, ni de la venida de Bamboche, ni menos de los medios de hallarle quizás... pero vas á llegar á la capital con la certeza de ocupar á tu llegada un empleo honroso, cerca de una persona digna de todo respeto; debo pues quedar tranquilo, y no arrepentirme de la confianza que en tí he tenido.

—No amigo mio, no tendreis lugar de arrepentiros por ello.

Y cogiendo el pliego que encerraba la apuntacion de las señas de donde vivia Bamboche, medio le abrí no atreviéndome á romper del todo el

lacre, pues lo confieso, ignoro que poder invencible me contuvo.

No me habia Claudio Gerard quitado ojo, y viendo mi suspension miróme con dulzura y me dijo:

—Te comprendo... y animándose añadió: vamos fuera debilidad, estemos mas seguros de nosotros mismos, porque pensándolo bien, renunciarias á la esperanza de volver á ver á tu antiguo compañero de infortunio? acaso porque el infeliz ha perseverado en el mal camino? Ya que nuestro amigo está enfermo, no debemos abandonarle en brazos del mal que le devora. Cuanto mas lo pienso, tanto menos peligrosa para tí encuentro la entrevista... Tú nada puedes perder en ella, y sí ganar mucho tu amigo.

Poco tardé en participar de la generosa conviccion de Claudio Gerard, disiparonse mis temores, y recuperé toda mi firmeza.

—Ahora, repuso Claudio Gerard despues de un largo silencio y con voz que revelaba estar penosamente conmovido. Ahora, hijo mio, hablemos por última vez de mis intereses personales. Tu protector al aceptarte para llenar las funciones que me destinaba, me ha escrito diciéndome que no cree haberme pagado lo que me debe; esta vez yo acepto sus ofrecimientos, y en la carta de introduccion que te entrego y que le remitirás en cuanto llegues á París le pido un favor... un favor muy grande y te ruego encarecidamente se lo recuerdes no sea que en el caos de negocios que le abruman se olvidase de mí.

—Y qué favor es?

—Oye: el pueblo donde me trasladan, dista muy poco de una ciudad de alguna importancia. Es probable que tambien haya en ella hospital de locos... en este caso ..

—Comprendo... la pobre loca.....

—Sí, no te engañas será para mí un señalado servicio el obtener que se la haga trasladar allí... podré verla casi tan á menudo como ahora, y mis cuidados le son mas necesarios que nunca.

—Mas necesarios que nunca?...

Claudio Gerard no contestó; su rostro espresó penosa angustia, y ruborizóse cual si hubiera sentido secreta vergüenza; al fin dijo:

—No te he confiado este nuevo pesar porque hay cosas tan horribles que solo al contarlas siente uno mortal vergüenza... pero al darte á conocer este secreto fatal, comprenderás mejor aun la importancia de la peticion que hago á favor de esa infeliz criatura. Ay!... creia que la miseria y la degradacion humana, no podian sobrepujar á la locura... me engañaba, lo que ha sucedido á esta desdi-

chada, me prueba que me engañaba...

—Qué decis?...

—Escucha, y verás que todos los horrores de que fuiste testigo en tu infancia, cuando estabas con los miserables saltimbanquís, no son nada en parangon de tamaña monstruosidad. Lo que voy á referirte pasó por una fatalidad singular el dia siguiente al que ví por última vez á Bamboche... Pero, añadió Claudio Gerard interrumpiéndose, para que puedas darte cuenta de lo horroroso que hay en este misterioso acontecimiento son indispensables algunos detalles... La pobre muger de quien te hablo, es aun de muy notable belleza, á pesar de los horribles pesares que le hicieron perder la razon..... su locura en un principio furibunda, llegó á ser tan inofensiva, que se le concedia alguna libertad... Permitíanle pasear en una parte reservada de un jardin cu-

yas tapias daban al corral de una posada... Una noche, y te lo repito por una fatalidad singular, fué la que siguió al dia en que Bamboche estuvo á verme por última vez... una noche pues, la pobrecilla encontrándose mejor se paseaba por el jardin de la casa de locos...

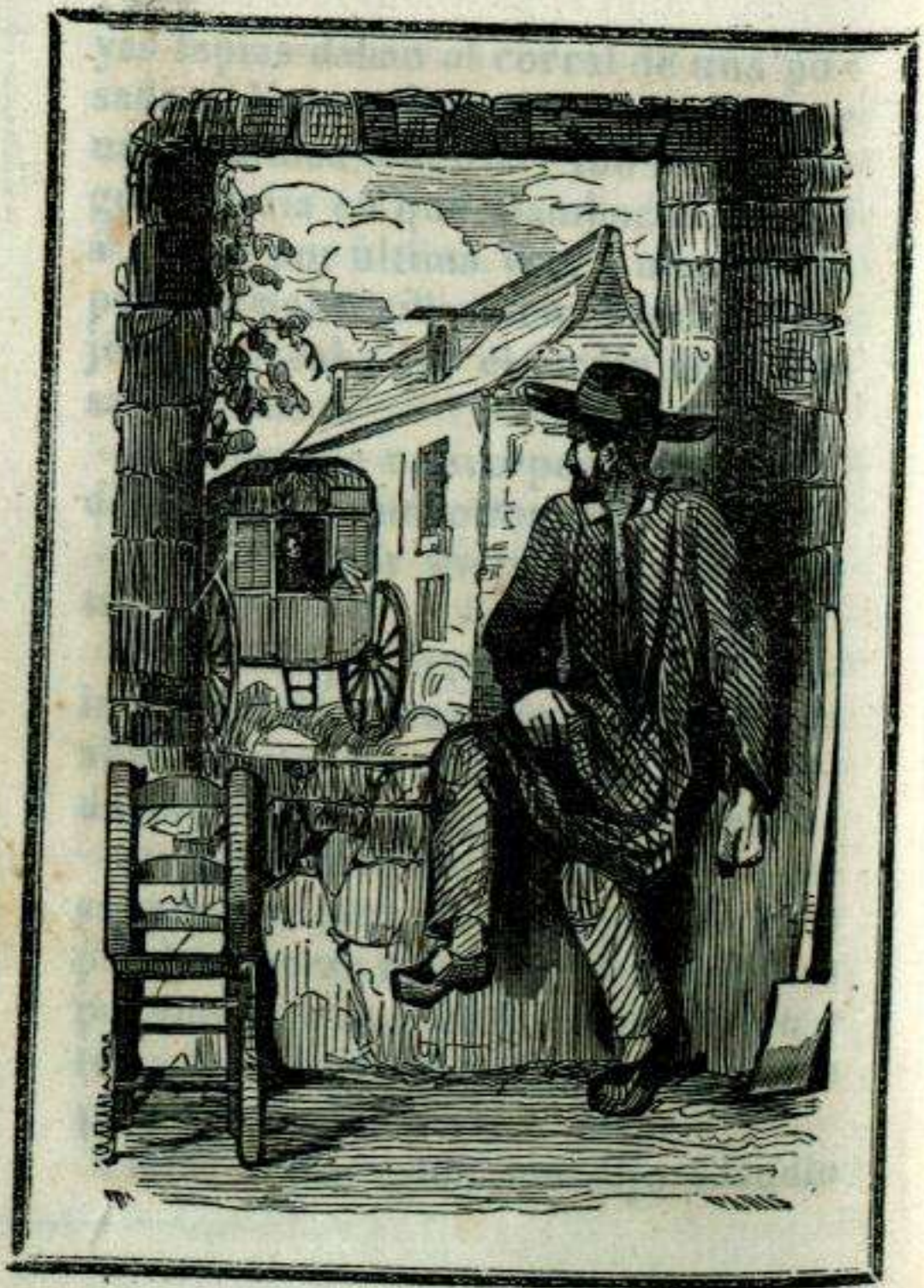
Quedóse de nuevo pensativo Claudio Gerard y luego repuso:

—Ahora por un misterio impenetrable...

No pudo proseguir Claudio su relato y quedó silencioso. Sacóle de su abatimiento un muchacho que jadeando entró en el cuarto diciendo:

—Señor maestro! el ordinario pasa por el estremo del pueblo; no puede esperar mas de cinco minutos porque dice que se ha entretenido y teme no hallar la diligencia en la posada.

—Prefiero esto; me dijo Claudio



Gerard como si se le hubiera quitado un peso de encima... no sé si me hubiese atrevido á acabar... se me partia é indignaba el corazon... te escribiré...

. . . . . .

Abrazóme luego Claudio Gerard, con la espresion mas cordial me estrechó convulsivamente en su seno. .

. . . . . .

Partí deshecho en llanto y esta separacion fué doblemente cruel, pues la casualidad quiso que pasára por la cruz de piedra, al pié de la cual ocho años antes habia hallado el pañuelo de Vascona ensangrentado...

Desde aquella colinita pude apercibir todavía al maestro sentado en el repecho de la ventana, quien me saludaba con la mano en última señal de despedida.

Dobló la cuesta el coche en que yo iba y todo desapareció. Una hora des-

pues me hallaba en la diligencia de Paris. El protector que debia á la paternal bondad de Claudio, habia pagado mi viaje y hecho los adelantos necesarios para que llegára yo á la capital vestido decentemente.

La idea de ir á *vivir en Paris*... ensueño de tantos que se ven precisados á vivir en provincia, no me causaba ninguno de esos vértigos de alegría tan comunes en un jóven de mi edad... Lejos de esto, dominábame una tristeza profunda al pensar en el aislamiento en que me iba á ver.

XXXVI.

LAS PESQUISAS.

Así que llegué á París, y me apeé de la diligencia, tomé un simon, metí en él mi modesto equipage, y me hice llevar á casa del señor de San-Estevan, mi futuro protector, que vivia calle de Montblanc número 90, direccion escrita en la carta de in-

troduccion. Eran las tres de la tarde cuando paró el coche á la puerta de una casa de hermoso esterior.

Con grande sorpresa ví en la puerta dos ó tres grupos de personas, que hablaban con mucha animacion, mientras algunos criados cruzaban por el patio con azorado porte.

Buscando con los ojos la portería, fuíme acercando á los grupos, y oí las siguientes frases que pronunciaron varios interlocutores.

—Es una gran desgracia!

—Y muy inesperada.

—Quién lo hubiera dicho ayer?...

—Y su esposa y sus hijos que han salido á las doce, y nada saben.

—Cuando vuelvan... hallarse con esta noticia...

—Será un golpe de muerte!...

Aunque estas palabras eran para mí incomprensibles, me causaron vaga inquietud. Acerquéme á un cria-

do, que conocí serlo por la librea, y le pregunté:

—Está visible el señor de San-Estevan?

—Ignorais acaso que el señorito acaba de tener un ataque de apoplegía, y que han traido su cuerpo ya cadáver hará cosa de una hora? y sin decir mas me dejó hecho una estátua.

Estas sencillas palabras me probaban del modo mas evidente, que la fatal noticia era cierta y muy cierta; pero me obstinaba en dudar, en no creerlo, como sucede casi siempre á todo infeliz, que de pronto sufre una nueva desgracia y que aun palpándola, busca con anhelo conservar una esperanza; impelido por este sentimiento me acerqué á uno de los que formaban grupo y le dije:

—Caballero, podreis decirme si es equivocada la voz que hacen cor-

rer de que el señor de San-Estevan ha sucumbido á un ataque fulminante de apoplegía?

—Desgraciadamente no es falso... hará cosa de una hora, estando yo aquí, le trageron en un coche... casi cadáver... que golpe para esa desventurada familia...

—Seguramente es terrible, esclamé sin pensar: pero... puede que aun haya alguna esperanza...

—Ninguna, caballero, ninguna. El señor de San-Estevan estaba esta mañana á las diez en el ministerio de Estado, cuando le dió el ataque, y como es natural, inmediatamente se llamó á los mejores médicos de París... y...

Mi interlocutor se interrumpió al notar cierta agitacion entre los grupos, causada por un criado que venia corriendo, y le dijo á uno de sus camaradas al mismo á quien poco an-

tes habia yo hablado, y que estaba colocado como en acecho:

—La señora!... acabo de percibir el coche...

El criado no escuchó mas, subió volando algunos escalones; de pronto un hombre de alguna edad, de pelo cano, salió del cuarto entresuelo enjugándose los ojos, y conteniendo los sollozos; bajó hácia el zaguan, se paró en el dintel de la puerta, haciendo seña al cochero de que parase, y se precipitó á su encuentro.

—Ese anciano es sin duda algun individuo de la familia, dijo el interlocutor, y no quiere que la pobre señora y sus hijos presencien este triste espectáculo...

—Es muy probable que los lleven á casa de algun pariente, contestó otro.

Repito estos detalles, porque á pesar de ser tan insignificantes, han

quedado grabados en mi memoria, pues cada una de aquellas palabras fue destruyendo una por una las últimas y locas esperanzas que me empeñaba en conservar hasta el fin.

Ya no cabia duda, un instante habia bastado para destruir mi porvenir, me hallaba solo en París sin apoyo, sin recursos; pues de la cantidad que mi generoso protector habia mandado á Claudio Gerard para pagar el viage y vestirme, me quedaban solo dos napoleones.

La primera idea que se me ocurrió fue regresar al lado de Claudio Gerard, pero el viage costaba unos veinte y cuatro napoleones, y para volver á pié hasta el pueblo hubiera necesitado quince á veinte dias.

Absorto en mis reflexiones, sin aliento para tomar una determinacion, aterrado con lo que me sucedia, me quedé no sé cuanto tiempo inmóvil

en el zaguan de la casa del que habian ya marchado las diferentes personas que estaban agrupadas cuando llegué.

Al fin, el portero de la casa reparó en mí, y me dijo:

—Qué haceis aquí, caballero?

Me estremecí, le miré con aire esquivo, y fue preciso que repitiese su pregunta, pues absolutamente no sabia que contestarle. En fin, recobrando un poco de valor, saqué del bolsillo la carta de Claudio Gerard, y le dije:

—Ah! señor, llego en este momento de un viaje de doscientas leguas, y soy portador de esta carta para el señor de San-Estevan, mi protector... y al entrar llega á mis oidos que ha dejado de existir.... no conozco á nadie en París y me hallo casi sin recursos...

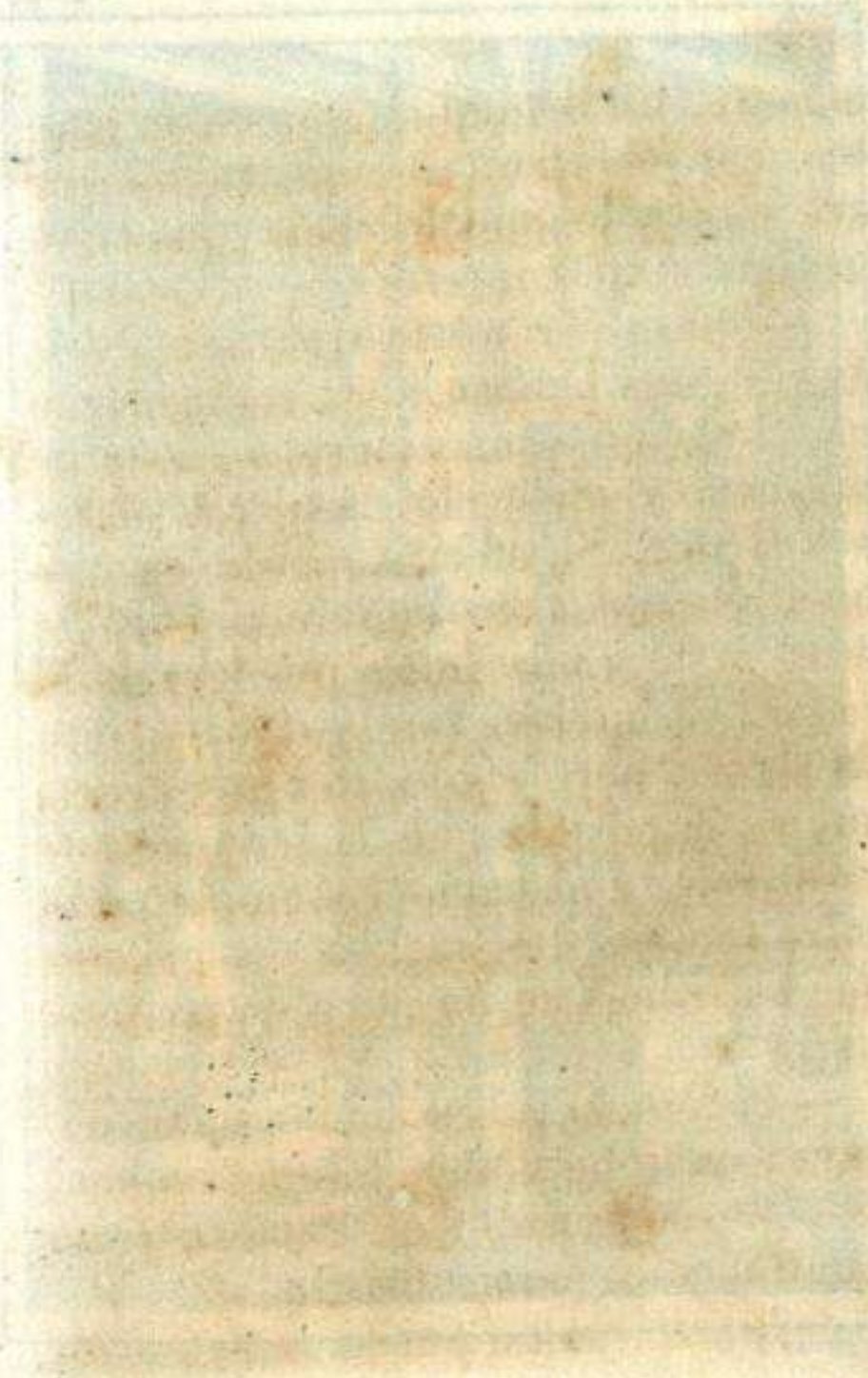
Mi desaliento, la verdad que no

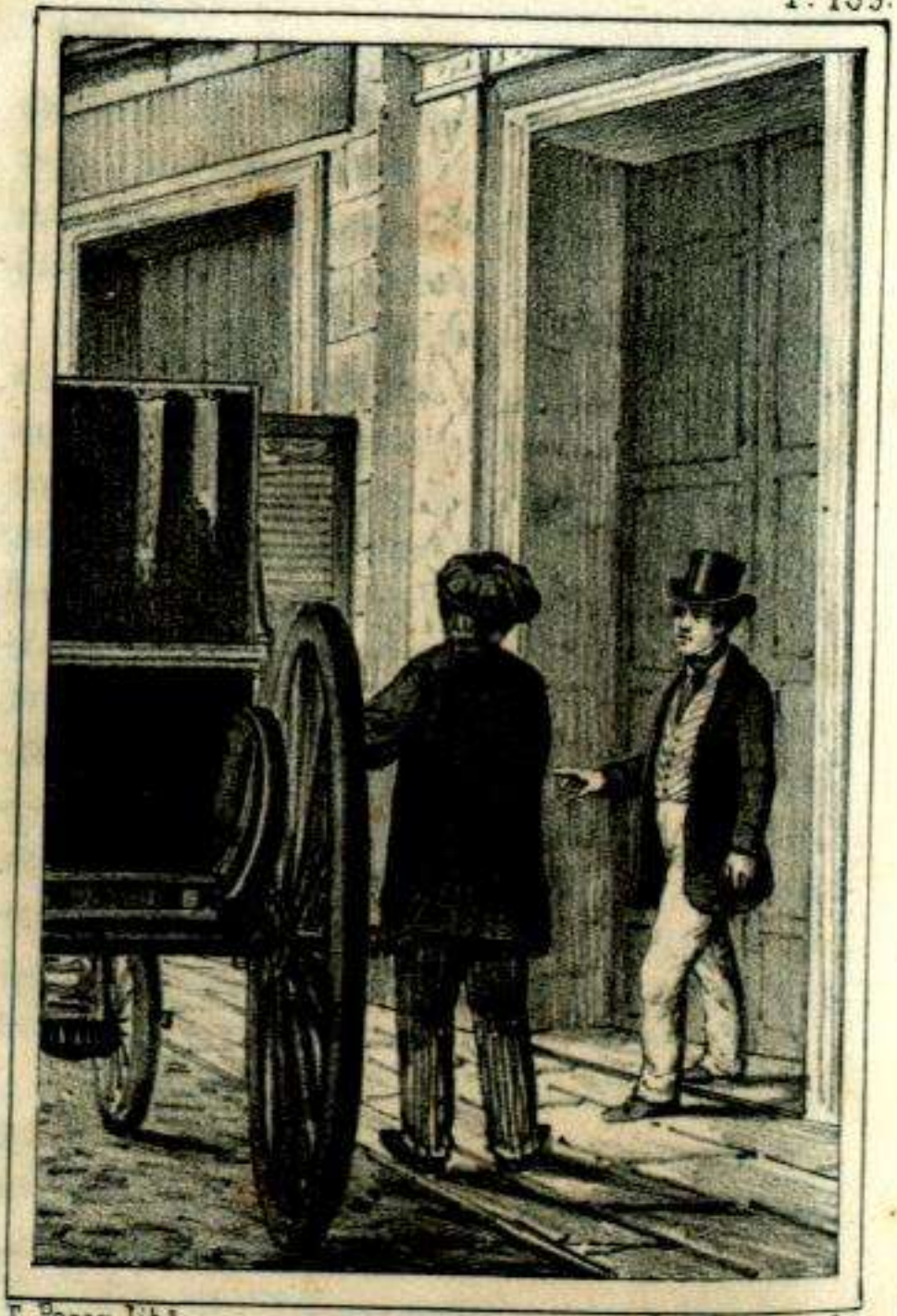
engaña, la carta que tenia en la mano, convencieron al portero de que era cierto lo que le decia, me tuvo lástima y me contestó:

—Pobre jóven! lo que me decís es sin duda penoso... os compadezco con toda mi alma, pero no está en mi mano remediarlo... esperad algunos dias... Si efectivamente os habian recomendado con tanta eficacia á mi malogrado amo, puede que la señora se interese por vos y os sirva de algo... pero ahora comprendereis que es imposible que la señora pueda atender á nada en el momento que sufre tamaña desgracia... es preciso que os armeis de un poco de paciencia...

—Paciencia.... esclamé con amargura, os lo he dicho, buen hombre, no conozco á nadie en París... y no tengo medios para subsistir...

—Jóven, yo no puedo remediarlo,





F. Perez lit.º Litª de Ayguals.

volved dentro de quince dias, quizás entonces podais ver á la señora, me dijo el portero acompañándome insensiblemente hácia la puerta, que la cerró tras de mí.

Ignorando del todo los usos de la capital, impelido por la idea de mi entrevista con el señor de San-Estevan, habia dejado al entrar en su casa el coche simon á la puerta con un pequeño envoltorio, que componia todo mi equipage.

—Segun eso contaremos el importe por *horas*, señor? me dijo el cochero cuando la puerta principal se cerró; felizmente miré mi reloj cuando pasamos por las mensagerias (1), y eran las dos y veinte y cinco..... á dónde vamos?

No entendí la significacion de estas palabras del cochero, *andamos á la*

(1) Casa de diligencias.

hora... palabras que ignoraba yo debieran agotar mi pobre bolsillo... además me alteraba aquella sencilla pregunta, que era la solucion del triste problema, tan difícil de resolver. Dónde vamos? En efecto, á dónde ir?...

De pronto me acordé de Bamboche. Idea providencial! cuán feliz era en haber guardado su direccion como me lo aconsejó Claudio Gerard!

Abrí inmediatamente el sobre que encerraba la referida direccion y saqué una targeta charolada, elegantísima, en la que estaba grabado en letras menudísimas el nombre actual de Bamboche:

El capitan Hector Bambochio, 19, calle de Richelieu.

Aunque aquella terminacion estrangera agregada al nombre de mi amigo, y aquel grado militar me causaron una estraña sorpresa y me dic-

ron mucho que pensar... me hallaba yo en una de esas situaciones críticas que borran todo obstáculo... y tambien lo confieso sinceramente, tenia un deseo vivísimo de volver á ver á mi amigo, y no me paré en esas pequeñeces; creí tocar el puerto de salvacion y llena el alma de júbilo, le dije al cochero subiendo al carruaje.

—Llevadme á la calle de Richelieu, núm 19; está lejos?

—A dos pasos, mi amo.

Y el coche se encaminó hácia la calle de Richelieu. Todo lo habia olvidado, incertidumbre del porvenir, temores de la influencia perjudicial de Bamboche, y solo me repetia voy á ver!... despues de ocho años de ausencia..... al que tanto me amó y, que aun me tiene el mismo cariño, como era facil deducir por el paso que habia dado cerca de Claudio Gerard! Tambien quizás iba á saber por

Bamboche algo de Vascona... mi otra compañera querida... la idea de volverlos á ver me causó una sensacion dulce, de felicidad, que hacia mucho tiempo no esperimentaba, y contrastaba con la honda desesperacion en la que me ví sumido antes de acordarme de Bamboche.

Se paró el coche en lo alto de esa calle tan alegre... tan bulliciosa, resplandeciente con mil objetos de lujo, pues estábamos á fines de diciembre y aunque era de dia, la luz brillante del gas empezaba á iluminar los ricos almacenes; maravillado de tanto lujo, aturdido por tanto ruido, conmovido por la esperanza de estrechar en mis brazos á mi antiguo amigo, París me parecia bajo el prisma mas encantador y hechizado contemplaba aquel mágico espectáculo.

El cochero abrió la portezuela; entré en una casa de suntuosa fa-

chada, y pregunté al portero:

—Está en casa el señor capitan Hector Bambochio?

—El capitan Hector Bambochio! esclamó el portero con una entonacion de voz llena de consideracion, de respeto y de sentimiento, ay! caballero, seis meses há que le perdimos!

—Ha muerto? pregunté despavorido.

—No señor, no, no permita Dios que suceda semejante desgracia!..... me contestó el portero, morir el capitan Hector, un salvador de Tejas!..... un señor tan generoso, tan poco envanecido, tan corriente, tan alegre. No no, abundan poco los de este calibre para que se mueran. Quiero decir únicamente que hemos perdido hace seis meses al capitan Hector, como inquilino.

Bamboche libertador de Tejas?.. ..

sorprendióme al pronto oir esto; pero en mi sencilla credulidad, no me pareció imposible que mi amigo hubiese en aquellos años emigrado á América, donde sin duda su valor y bizarría le habian hecho llegar á capitan. Feliz con oir hablar de mi amigo tan respetuosamente, dije al portero:

—Y ahora dónde para el capitan?

—Calle de Sena-San-German, en la fonda del Mediodia..... El señor capitan dejó el magnífico aposento que alquiló en esta casa, porque el bullicio que hay en esta calle incomodaba á su padre el *signor marqués*.

—Su padre... el marqués? dije maquinalmente, porque oir que Bamboche era hijo de un marqués, me sorprendia mucho mas que saberle transformado en capitan..... y en libertador de Tejas; por esto y sin a-

cordarme de ocultar mi sorpresa repetí:

—Su padre el marqués?

—Sí señor, repuso el espansivo portero, segun veo ignorais que el signor marqués Anibal Bambochio, padre del capitan, vino á París para asistir al casamiento de su hijo?

—Al casamiento del capitan?

—Del mismo; oh! y un casamiento ya! ya! me dijo el portero en tono confidencial, la hija de un grande de España... que segun me ha dicho el capitan es mas que un duque.

—La hija de un grande de España!

—Como suena, caballero; al marcharse me dijo: mi bizarro camarada... (el capitan llamaba camarada á todo el mundo, incluso á sus criados... así todos nos hubieramos hecho trizas por él) añadió el portero como en parentesis; y luego repuso: «Mi bizarro camarada, dijo pues el

capitan, cuando me haya instalado en casa del papa-suegro en la capital de todas las Españas... os tomaré á mi servicio y sereis mi cazador!... quizás olvide su promesa el capitan, y puesto que vos le conoceis... me convendría que le recordarais lo prometido...

—Le conozco muy mucho y os recomendaré, dije yo sin saber lo que decia.

Me hallaba herido por una especie de vértigo moral; Bamboche casarse con la hija de un grande de España! apesar de mi terca credulidad, parecióme esto imposible al principio, mas presto cegado por la amistad me dije á mí mismo. Y por qué no? Bamboche es jóven, arrogante, valiente y emprendedor y por lo que me ha dicho de él Claudio, su inteligencia ha sido cultivada. Qué tiene de particular que haya vuelto el juicio á una jó-

ven? Es capitan y el uniforme nivela todas las condiciones.

Sentia tamaño placer en oir elogios de Bamboche, que á pesar de lo mucho que deseaba verle, no pude menos de decir al portero:

—Segun eso, era el capitan muy querido?

—Si era querido? el oro le manaba de las manos; sí señor, de las manos. En mi vida conocí hombre tan generoso, como que daba propinas de veinte, de treinta, de cien y mas francos.

—Con qué tenia buen corazon?

—Ya lo creo; todo lo pagaba sin regatear; no tenia mas defecto que ser vivo como una centella, no reparaba en dar un punta pié ó un puñetazo mas ó menos, pero cómo enfadarse si á tales vivacidades seguian buenas propinas?

Conocia demasiado á mi amigo de

infancia para que me admirasen estas revelaciones. Esperaba antes de salir de la portería saber algo de Vascona y con alguna turbacion pregunté al portero?

—Decidme; venia muchas veces á ver al capitan una jóven rubia de ojos negros?

—Una jóven?... vaya! decir muchas jóvenes!... Ya será preciso que su esposa la grande de España, tenga los ojos bien abiertos, ó quizás será mejor que los cierre enteramente, pues de no...

—Y esa jóven noble de quién hablais se llamaba Vascona?

—Vascona?... no la conozco. Ademas como no todas decian su nombre al subir al cuarto del capitan, bien pudiera ser que esta que decis viniera como otras muchas.

No sé porque mi corazon poco antes halagüeñamente dilatado, se me

oprimia por momentos. Volvíme al portero y le dije:

—Quereis tener la bondad de escribirme la direccion del capitan?

—Con mucho gusto caballero. Qué no haria uno por un amigo del capitan Hector Bambochio?

Y á poco me dió aquel hombre un papel donde estaba escrito lo siguente:

El capitan Hector Bambochio, calle de Sena-San-German, fonda del Mediodía.

Habíase hecho enteramente de noche ya; volví á subir al coche y remití el papel al cochero, y los caballos tomaron el trote. Paróse algun tiempo despues el coche en una calle casi desierta, cuyo aspecto contrastaba singularmente con la calle animada y deslumbradora que acaba de ver. Abrióse la portezuela del simon y bajé frente á la puerta de una casa

cuya entrada muy honda, era sumamente estrecha y oscura.

—Estamos en la fonda del *Mediodía*, cochero? pregunté á este hallando muy modesta la habitacion del *signor* marqués Anibal Bambochio, suegro futuro de la hija de un grande de España.

—No os quepa duda, en ella estamos. Ved sino el farol, me contestó el cochero señalándome una especie de jaula de cristales, interiormente alumbrada, en uno de los que se leian en letras coloradas: *fonda del Mediodia.*

Entré á tientas en aquel prolongado nicho y me paré ante el resplandor que salia de un cuarto cerrado por una puerta medio vidriera. Una muger mal vestida dormitaba sentada en una silla junto á un brasero.

—Señora, le dije levantando el pestillo superior de la puerta, es-

tá en casa el capitan Bambochio?

—Quién vá? me dijo la muger dispertando sobresaltada, frotándose los ojos y mirándome con ceño, qué me preguntais?

—Os pregunto señora, si el capitan Bambochio está?

—El *capitan!* me contestó, recalcando mucho esta palabra, y con acento de sarcástica cólera, el capitan!! y al repetirlo sus facciones destellaron enojo, su voz tornóse mas chillona, y con volubilidad que no traté de interrumpir repuso:

—A Dios gracias el capitan tomó el portante, y espero que no volverá á poner los piés en la casa... capitan del infierno, mal rayo te confunda!... hombre borracho, alborotador, bárbaro, pendenciero... seis inquilinos prefirieron dejar las habitaciones á vivir al lado de semejante ganapan. Hirió á dos estudiantes en desafío por

una tunanta que vino á vivir con él, y rompió dos muelas á mi sobrino, porque el pobre muchacho se quejaba de tenerle que abrir la puerta á deshora todas las noches. El casero se vió precisado á recurrir á la fuerza armada para hacerle salir de aquí; cuando uno piensa que ese bandido tenia los mejores aposentos del cuarto principal... oh! yo me acordaré de tí no te dé cuidado!...

Proseguia el contraste. Era tan grande la diferencia entre los recuerdos que Bamboche habia dejado en esta casa como la del aspecto entre la fonda primera y la segunda. La ilusion que alimenté un momento sobre la verdad del rico enlace con la hija de un grande de España, desvaneciése como un sueño y me avergonzé de no haber apreciado desde el primer instante las habladurias sobre mi amigo de infancia cual debí hacerlo.

Deseando muy poco proseguir la conversacion con la muger le dije:

—Podriais decirme, señora, dónde vive en la actualidad el capitan?

—Yo no soy criada vuestra, me contestó groseramente la muger, buscad á ese bandido donde querais.

Tal contestacion me aterró; mi sola y última esperanza era encontrar á Bamboche; fuese cual fuese su posicion, estaba yo bastante seguro de mí mismo, para temer su mala influencia, y tenia tambien asaz confianza en su amistad para creer que me ayudaria á salir por medios honrosos de la deplorable estremidad á que me veia reducido.

Iba á reiterar mi súplica, á fin de saber donde paraba Bamboche, cuando aquella muger mudando repentinamente de modo de pensar me dijo:

—Mirándolo bien mas vale que os diga donde vive, con esto si le veis,

le direis que aquí nos acordamos de él y que le mentamos muy á menudo; advertidle al propio tiempo que si alguna vez tuviera la desgracia de volver, los gendarmes y el comisario saldrán á recibirle, y añadid que no crea que con sus brazotes enormes y su aire de maton nos mete miedo!

—En este caso, dignaos decirme dónde para el capitan, señora, dije yo con suma impaciencia.

—Pues bien! al marcharse, dijo con mucho descaro, que si recibiamos esquelas de *convite* de palacio... de palacio! digan si no dá grima oir eso! ir á palacio semejante pillo?... ó que si le mandaban sacos de oro, plata ó cajas llenas de diamantes, (sacos de oro y plata, cajas de diamantes! para el tonto que lo crea...) que se le mandára toda á la Barrera de la Chopinette, callejon del Zorro, número 1.

—Gracias; dije alejándome rápidamente, temiendo perder una palabra de tan complicadas señas que sin pérdida de minuto dí al cochero.

—Cáspita! me contestó este, tanto valdria decir á Moscou, no es nada que digamos... pero como vamos á la hora... se anda... Barrera *de la Chapinette* sé donde está.... pero *callejon del Zorro*, ni pizca, y sin embargo hace mucho tiempo que voy desempedrando las calles de Paris. En fin, no importa, quien lengua tiene, á Roma vá.

Y dicho esto el coche se puso en marcha.

Mi tristeza crecia con mi zozobra; empezaba á desesperanzar hallase á Bamboche, y si esto me sucedia me hallaba en un occéano inmenso sin recursos, sin conocer á nadie!

XXXVII.

EL CALLEJON DEL ZORRO.

DESPUES de haber atravesado muchas calles desiertas, paró el simon delante de una taberna y oí al cochero que preguntaba:

—Buena gente, quereis decirme dónde está el callejon del Zorro?

—Pasada la barrera, to-

mad por la primer calle á la izquierda, luego en esta la primera á la derecha, seguid en esta direccion hasta salir á un campo y dais con él.

—Gracias.

—Hola! gritó uno de los presentes, ya sabeis que los coches no entran en el callejon.... parad junto á una verja, porque no es allí paraje donde se alberguen personas que tengan coche.

—Bien, bien! contestó el cochero.

En cuanto hubimos hecho todo lo trazado, el cochero abrió la portezuela, diciéndome:

—Podeis jactaros, mi amo, de tener conocidos en todos los barrios de París, desde la Chanssée d'Antin hasta el callejon del Zorro, vaya unos caminos! digo... y sin haber comido ni yo ni los caballos. Vais á tardar mucho, porque si es así daré un pienso á las pobres bestias.

—Voy al momento á preguntar si la persona á quien busco está en casa, dije al cochero, y si la hallo volveré á buscar mi lio; de todos modos no tardaré.

Y alejándome entré en un callejon sin salida, estrecho, lleno de lodo, infecto, cuyas casas ó mas bien zahurdas ennegrecidas se distinguian, algunas tenian luz en lo interior; aunque se me dijo número 1, como estaba aquello muy oscuro, llamé á la primer puerta que ví.

Despues de un largo silencio, percibí pisadas como si alguien se dirigiese á la puerta, y á poco oyóse una voz que me preguntó:

—Quién vá?

—Es este el número 1 del callejon del Zorro?

—En frente... bruto!... este es el dos; me contestó refunfuñando la voz.

—Atravesé el callejon y llamé á la casa opuesta, tuve que hacerlo tres veces, pues nadie me contestaba y solo oia á un hombre que decia: Daos prisa... Daos prisa... al fin asomóse alguien á la ventana, y con voz ronca preguntó:

—Quiéu vá?

—El capitan Hector Bambochio, está?

—Quién?

—El capitan Hector Bambochio.

—No tenemos de eso aquí... me contestó el de la ventana, cerrando bruscamente los postigos.

Permanecí aterrado, inmóvil, oyendo, sin comprender, un murmullo, y luego abrieron de nuevo la ventana.

—Buen hombre!

—Qué me quereis?

—Aquí no está el capitan, el capitan... cómo le llamais?

—Hector Bambochio.

—El mismo.... no vive aquí ese hombre... pero tal vez conozcamos á un tal Bamboche.

—A él es á quien busco, este es su verdadero nombre.

Repitióse el murmullo, y luego el de la ventana prosiguió: Teneis alguna palabra de señal?

—Una palabra de señal? qué significa eso?

—Nada.... una majadería. Buenas noches.

—Caballero, grité desesperado soy un amigo de infancia de Bamboche; hace ocho años que no le he visto; llego hoy á París donde nunca he estado... y para probaros que es cierto cuanto digo: Bamboche lleva marcadas en el pecho estas palabras: *amistad fraternal á Martin*; y Martin soy yo.

Sin duda alguna hubo de covencer

el acento sincero con que me espresé de la verdad de mis palabras, pues á corto rato abrióse por tercera vez la ventana y la misma voz me dijo:

—Sabeis dónde está la taberna de los *Tres toneles?* no lejos de aquí.... De las once á las doce hallareis en ella á Bamboche, pues vá todas las noches á esa hora.

—Si acabo de llegar á París por primera vez, cómo quereis que sepa?...

—Preguntad cuando esteis en la Barrera.

—Vive aquí Bamboche?

—Buenas noches.

Fuíme donde estaba el cochero, preguntéle por la mencionada taberna, y diez minutos despues bajaba del coche para entrar en ella, diciendo al cochero que pasaria allí algun tiempo, y que guardára el lio de mi ropa.

Sentándome frente á una mesa aislada, que en una esquina frente por frente de la puerta estaba, pedí una racion de carne, pan y agua. Miré el reloj de la taberna, eran las nueve, y por consiguiente lo mas que me quedaba que esperar eran dos ó tres horas. Fijos los ojos en la puerta con objeto de examinar atentamente á cuantos viniesen, y esperanzando ver presto á Bamboche, crecia mi ansiedad cuando entró un jóven que tendria veinte y cinco años lo mas; era su cuerpo esbelto. Chocóme al momento su fisonomía por la regularidad de sus facciones, como tambien por la rara y varonil belleza de su rostro, en el que se marcaba alguna fatiga y mate palidez, que resaltaba mas á favor de las cejas y luengas patillas de ébano, y de un viejo gaban negruzco, que abrochado hasta el nacimiento del cuello no descubria ni

corbata ni camisa. El pantalon y botas de este individuo estaban cubiertas de lodo, y cubria su cabeza una gorrita enteramente desformada.

Apesar del miserable trage, ó mas bien, á causa del contraste que se veia con el rostro tan bello, y de tan noble espresion de aquel hombre, era imposible que su aspecto no chocára. Entró pues en la taberna y con paso no muy seguro y mirada fija, con esa fijeza de la embriaguez, fue á sentarse á una de las mesas que estaban á mi derecha.

Acercósele el mozo y con la familiaridad tan comun en ellos con gentes mal vestidas, le dijo:

—Qué ha de ser buen hombre?

—Una botella de aguardiente... respondió con suma lentitud mi vecino.

—Es decir, una caña? contestó el mozo.

—Pido una botella de aguardiente y la pago... repuso mi vecino sin alterarse; dicho lo cual llevó la mano al bolsillo del chaleco, saco de él varias monedas de oro y haciendo resbalar una por entre el índice y el pulgar, la arrojó encima del hule que servia de tapete á la mesa.

Sorpredido el mozo miró fijamente al desconocido; tomando la moneda en seguida con un movimiento de desconfianza que le inspiraba sin duda el miserable trage del consumidor.

—Id al mostrador... examinadla... dijo mi vecino, con la misma impasibilidad y sin mostrar le injuriase en lo mas minimo la injuriosa sospecha del mozo.

A poco volvió este diciendo:

—Es buena...

—Entonces dadme una botella de aguardiente, repuso el desconocido con ronca voz.

—Una botella, de lo mejor, caballero?

—Todo lo contrario... una botella igual á las que dais á los traperos cuando vienen á beber.... y cobraos.

Cada vez mas sorprendido, observaba yo con curiosidad á aquel hombre, sin que por esto perdiera de vista la puerta de la taberna, por la cual esperaba no tardase en entrar Bamboche.

Volvió el mozo, y dejó la botella encima de la mesa, y lo restante de la moneda.

—Dadme un vaso grande, dijo mi vecino, y separando con el dedo un franco, se lo dió al mozo de propina, guardando lo demas sin contar el dinero.

Apoyó luego la cabeza en la pared que tras del banco en que estábamos sentados se hallaba, empezó á beber, y cuando hubo concluido, mojó el de-

do meñique en el poco aguardiente que en el vaso quedaba, y empezó á trazar con él figuras muy raras, cediendo sin duda á uno de esos caprichos pueriles, hijos de la embriaguez. Seguí con los ojos todos los movimientos del desconocido con tanta mayor atencion, por cuanto una observacion que acababa de hacer, me fortificaba mas en mis sospechas; la mano de aquel hombre de alabastrina blancura, con largas uñas de rosado esmalte era de notable belleza, llevaba en el índice varias sortijas de oro de diferentes formas, y una de ellas me pareció ser un sello, cuyas iniciales se hallaban en el centro de un escudo de armas.

Seguia como he dicho con maquinal curiosidad las caprichosas evoluciones del dedo meñique de mi vecino, quien abandonando la combinacion de las figuras fantásticas trazaba

entonces enormes letras mayusculas: la primera de estas fue una R, la segunda una E... estas dos letras formaban juntas la sílaba RE, y esta circunstancia me causó una impresion indefinible, cual vago presentimiento... siguió luego una G. El nombre de Regina asaltó de pronto mi espíritu cual si las letras se hubiesen trazado en caracteres de fuego. Sin embargo, no son pocas las palabras que empiezan así, pero ignoro que fatalidad me decia que aquel hombre, bajo el imperio de la embriaguez, iba con su dedo, participe del entumecimiento de todo el cuerpo, iba con la pesadez de los embriagados á escribir enteramente en el hule, de una mesa de taberna, un nombre tan sagrado para mi corazon..... En efecto, prosiguió el desconocido y quedó escrito el nombre de REGINA.

Es imposible decir lo que pasó en-

tonces por mí, olvidéme de Bamboche de todo lo del mundo; ví en aquel apuesto, rico y noble jóven, porque ya no dudaba que lo era, á un amante de Regina..... pues su imágen estaba asaz, fija en su mente, cuando en medio de la embriaguez, gozaba en trazar aquel nombre que tan caro le era, segun lo revelaba la espresion de su fisonomía á poco de haber escrito. Empezó mi vecino á dejar caer la cabeza de un lado á otro, y acabó estas oscilaciones por apoyarla en sus brazos que cruzó encima la mesa.

Levantéme entonces y con piadoso respeto borré, hasta que no quedó la menor señal de aquel nombre profanado. Volvia á mi asiento, cuando no pude retener una esclamacion de súbito terror. Acababa de apercibir destacándose en la oscuridad esterior, el rostro siniestro del anfisbena. En ocho años que no le habia visto, me

pareció que sus facciones eran mas morenas aun, y si bien tenia robusta y audaz presencia, sus cabellos estaban casi talmente blancos; sus vestidos no revelaban la miseria. Permaneció algunos minutos en el dintel de la puerta, cual si temiese entrar en la taberna, pues su rostro destellaba inquietud y zozobra. Sacando en fin su cabeza por la entreabierta vidriera con voz ronca (en la que creí reconocer al que me habia hablado en la casa del callejon del Zorro) dijo al tabernero:

—Ha venido esta noche Bamboche?

—No; le contestó con sequedad el maestro. cual si quisiera desentenderse lo mas pronto posible de aquel huéspede importuno.

—Si viene esta noche, añadió precipitadamente el anfisbena, decidle que no vaya allí, porque hay *muchas*

chinches. El os comprenderá... se lo direis eh?

—Bueno... bueno... repuso el tabernero yendo á cerrar la puerta en los hocicos del anfisbena, como decirse suele, y añadiendo por lo bajo: hato de pillos.

XXXVIII.

LA NOCHE.

No podia dudarlo; el anfisbena habia vuelto á entrar en relaciones con Bamboche. Sin penetrar el sentido de las misteriosas palabras de aquel, comprendí que un peligro comun amenazaba á ambos. El recibimiento que el tabernero hizo al anfisbena me desanimó,

pues no me atrevia á preguntarle por Bamboche; viendo que era ya muy tarde, y que solo quedábamos en la taberna mi vecino y yo, pedí la cuenta. Antes de salir dirigíme al tabernero y le dije:

—Me han asegurado que Bamboche venia todas las noches.

Al oir el nombre de Bamboche, frunció el ceño el tabernero y con acento de desagrado me respondió.

—Mi taberna es un establecimiento público... tengo que recibir por fuerza á todo el mundo.

—Creeis que Bamboche venga hoy?

—No lo sé, pero si viene, me contestó mirando el reloj, se quedará fuera, van á dar las doce y voy á cerrar.

—Y creeis que venga mañana?

—Qué sé yo! Lo cierto es que prefiero entre en mi casa las menos

veces posibles..... no hacen mas que comprometer una casa honrada.

Devolviéndome luego la vuelta de un franco que le dí, para que se cobrara los ocho sueldos, el tabernero añadió:

—Dan las doce..... buenas noches!

Pero mirando en derredor, apercibió á mi vecino que seguia dormido y dijo á media voz:

—Ah! queda todavía el de la moneda de oro y de la botella de aguardiente!

Y el tabernero se acercó á él respetuosamente, mas no atreviéndose á tocarle llamó muchas veces:

—Caballero!... caballero!

El desconocido fué sordo á este llamamiento.

No podia ya hallar á Bamboche aquella noche. Llegó el momento fatal y me era preciso pagar al coche-

ro, á quien no sabia cuanto le debia, como tampoco una vez satisfecha la deuda, donde pasar la noche. Salí en fin de la taberna. Era la noche lúgubre, húmeda y fria. Uno de los faroles del coche, estaba apagado y el otro se estaba apagando. Dormia el cochero envuelto en su capote, medio tendido en el pescante, y no cruzaba un alma por la calle. Acerquéme al simon, llaméle y le dije.

—Me quedo aquí, tened la bondad de darme el lio y de decirme cuanto os debo. Es imposible decir lo que pasaba entonces por mí.

Sacó el cochero su reloj, acercóse al farol y me dijo:

—Me tomasteis á las dos y media, son ahora mas de las doce, con que salen segun mi cuenta nueve horas y media, digamos diez con la propina, lo que asciende á quince francos y medio, es decir á diez y seis si quedais

satisfecho de mí. Voy á daros vuestro lio.

Mientras buscaba el cochero mi paquete, metí la mano en el bolsillo, todo mi haber eran nueve francos y algunos sueldos.

Entonces, lloré.... sí, lloré cobardemente.

—Aquí teneis vuestro lio mi amo.....

—Tomad, le dije poniéndole en la mano todo el dinero que me quedaba; vine á París y estaba cierto de que al llegar hallaria una colocacion en casa de un protector... este protector acababa de morir. He buscado inútilmente á un amigo de infancia y esta última esperanza, me ha salido frustrada..... Cuando tomé el coche, ignoraba lo que me costaria; no tengo para poder pagaros todo lo que os debo... pues se reduce mi dinero á nueve francos y algunos sueldos.....

tomadlos, registradme si os place, vereis que no me queda nada.

—Yo no tengo que ver con eso, gritó montado de cólera el cochero, cuando no se tiene para alquilar un coche se anda á pié.

—Teneis razon.... pero yo no sabia lo que era París, pensaba entrar, así que llegára, en casa de un protector.... pero...

—Yo no tengo nada que ver con eso, dadme lo que me debeis, repuso el cochero; esto no puede quedar así.

—Pues bien! quedaos con el lio de mi ropa, es cuanto poseo en el mundo... solo me queda lo puesto.

Hasta entonces habia contenido mis lágrimas, mas no pude ya, y á pesar mio, era tamaño mi pesar y vergüenza, que prorrumpí en deshecho llanto.

—Oiga... llorais, dijo el cochero

con menos dureza, segun eso es verdad lo que decis.

—Desgraciadamente es muy cierto.

—Qué hareis? Dónde vais á pasar la noche?

—No lo sé, respondí con abatimiento sumo.

El cochero algun tanto conmovido repuso:

—Vamos, no lloreis pobre muchacho. Yo no puedo perder el jornal, y tengo que dar cuentas al amo, pero no os dejaré sin un cuarto, en la calle, con la noche que hace. Tomad un franco y vuestro lio. Junto á la barrera hay un meson, que conocereis por un farol encarnado, y allí dan cama por cuatro sueldos. Tomad el número de mi coche. (Me entregó un cartoncito mas pequeño que una targeta.) Si podeis un dia devolverme lo que me quedais debiendo, os lo esti

maré porque tengo hijos y muger.

—Gracias!... gracias! esclamé con efusion.

En este momento abrió el tabernero la puerta, y apareció sosteniendo á mi vecino, que enteramente borracho no podia tenerse en pié.

—Oiga, no podia venir mejor, dijo el tabernero al ver el simon. Vais de vacio buen hombre?

—Sí; contestó el cochero.

—Pues en este caso aquí teneis un parroquiano como pocos; dijo el tabernero señalando al que llevaba en brazos á quien gritó al oido.

—Caballero, un coche.

—Está bien, ayudadme, repuso el desconocido.

Le ayudaron ó mas bien le subieron, no sin poca dificultad, hasta dejarle dentro del coche.

—Dónde vamos mi amo? dijo el cochero.

—A la entrada de los Campos Elíseos... hallareis un coche simon de color amarillo, y allí parareis, respondió lentamente el desconocido con esa lucidez que algunas veces conservan los borrachos, á pesar de su turbada razon.

—Toma en pago, añadió dejando caer la mitad en la mano del cochero y la otra en la calle, todo lo que le habian devuelto de su moneda de oro.

Despues de haber buscado el dinero que en el suelo estaba, gritó el cochero con mucho gozo:

—Diez y siete francos!..... qué ganga!... no hay como los borrachos para ser tan espléndidos; y luego cual si tuviera escrúpulo en aceptar tan considerable propina, añadió:

—Me dais diez y siete francos, caballero?... Lo sabeis?

—Sí; guárdalos; la distancia es

larga: solo te ruego que no vayas demasiado de prisa, porque me gusta mucho dormir en coche... no eches en olvido las señas... entrada de los Campos Elíseos.... verás un simon amarillo en cuyo pescante se halla un hombre con el cochero. En cuanto llegues junto al coche, para (1).

—Está bien, mi amo, contestó el cochero volviendo á subir lleno de júbilo á su elevado puesto, en tanto que el tabernero cerraba la puerta,

---

(1) Hemos dicho ya que tendiamos, en cuanto fuese posible, á citar analogías sobre las creaciones que pudieran tacharse de imposibles. Pocos meses toda la prensa pregonó la historia de esa muger llamada por sobrenombre la *bella inglesa*, quien rica y de noble cuna, frecuentaba las mas innobles tabernas para embriagarse con aguardiente.—Citaremos tambien á un miembro de la Dukery británica, quien fue recogido borracho como una cuba en un teatro, y reclamado por su hijo el marqués de N.

atrancándola con descomunales barras de hierro.

Arreó el cochero los caballos, y me dijo en el momento de marcharse.

—Ya lo veis, París es una poblacion de buena gente.

Diez minutos despues me hallaba yo en el meson donde iba á pasar la noche. Un hombre de mala catadura salió á recibirme, y me preguntó con brusco acento qué deseaba.

—Pasar la noche en vuestra casa, contesté.

—Vuestro pasaporte.

—Hélo aquí.

—Ahora cuatro sueldos.

Se los dí, siguiéndole en seguida á un vasto cuarto donde, en cama redonda, se veian acostados hombres de siniestros rostros y mugeres de repugnante fisonomía. Indicóme el dueño un lugar vacío en el tablado cubierto por un miserable gergon

que lo estaba á su vez por una sábana de lienzo burdo. En cuanto supe mi sitio, marchóse el posadero diciéndome: quitaos los zapatos, pues dañariais al vecino, y tened presente que *yo no salgo responsable sino de lo que guardo.*

Sumido en mis tristes reflexiones y sumamente fatigado, no fijé la atencion en estas últimas palabras, acostéme pues y tardé muy poco en dormirme. Cuando disperté al dia siguiente estaba ya muy entrado el dia, y todos mis compañeros de cama habian desaparecido. Busqué mis zapatos, mi ropa y mi sombrero, mas habian desaparecido, y en su lugar me hallé una grasienta y raida blusa, junto con un pantalon no menos cubierto de mugre. Felizmente salvé el paquete merced á haberlo puesto de almohada. Levantéme, vestí los harapos y fuí á reclamar mis avíos, pero

este con mucha calma contestó:

—Ya os dije anoche que yo solo salia responsable de lo que guardaba, por lo tanto ved como os arreglais.

En fin, despues de un altercado muy fuerte con el mesonero, quien me demostró la casi imposibilidad de hallar qué hacer en Paris, convinimos ambos, y troqué mis camisas y pañuelos por una chaqueta, un gorro y unos zapatos; de este modo salí del meson luego de haber escrito una larga carta participándoselo todo á Claudio Gerard. Dirigíme otra vez al callejon del Zorro esperanzando encontrar á Bamboche, mas á corta distancia de la casa estaba un grupo de personas asaz numeroso, por cima de cuyos hombros salian las aceradas puntas de algunas bayonetas... Acerquéme y pregunté:

—Es un nido de contrabandistas,

me contestaron, señalando la casa número 1; pero la justicia llegó tarde, los pájaros volaron hácia el campo, sino se han ocultado en Paris.

Esto me hizo comprender la aparicion del anfisbena en los *Tres toneles*, y el azorado continente de aquel hombre, que sin duda fué para prevenir á Bamboche que no volviese á su casa.

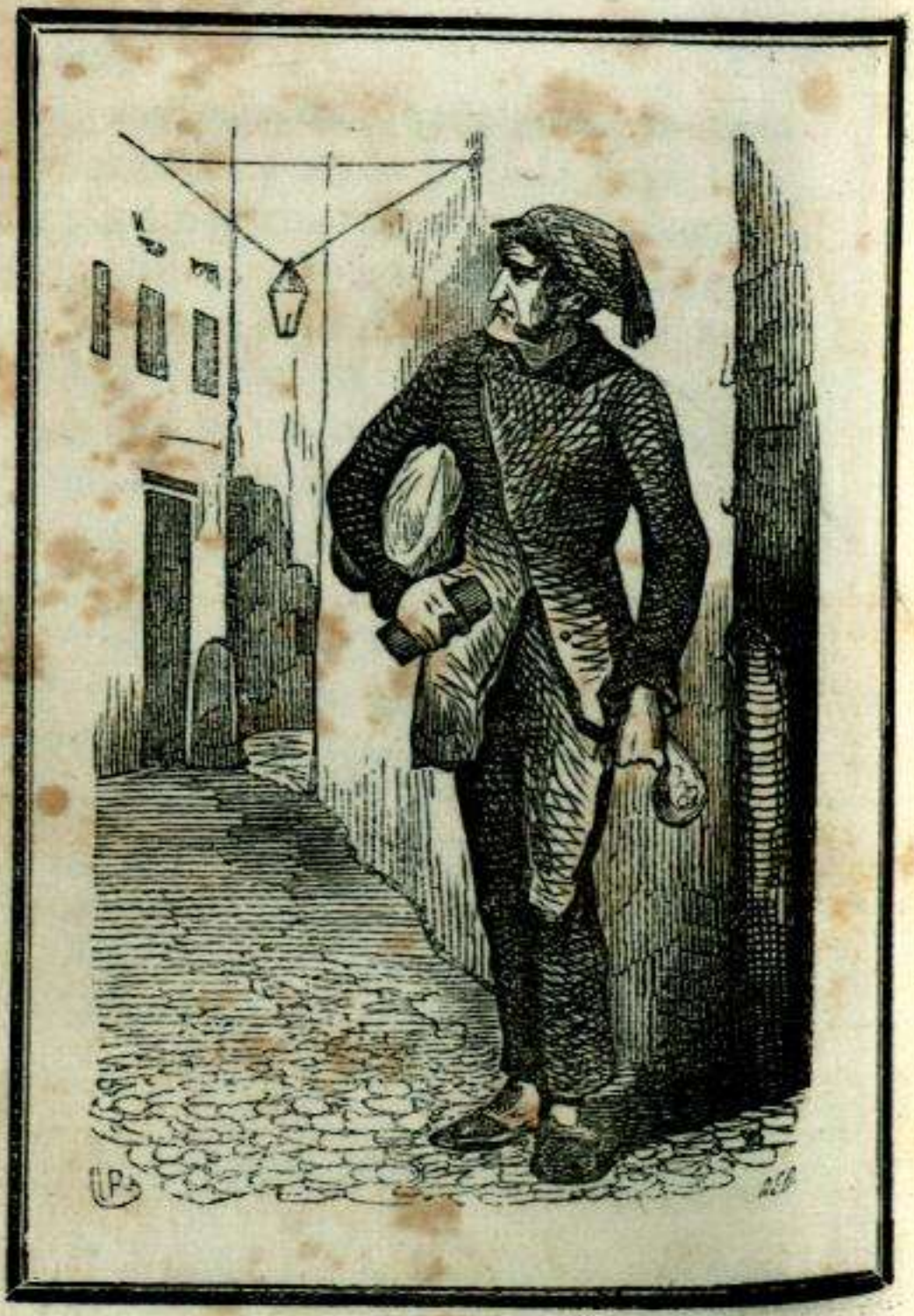
Comprometido este en tan peligroso negocio, hubo de escapar ó bien ocultarse, casos ambos que desvanecian todas mis esperanzas. Resignéme.... y sorbí todo el acibar de mi posicion.

Tal fué el primer dia y la primer noche que pasé en Paris.

FIN DEL TOMO OCTAVO.

MARTIN

EL ESPOSITO.



El Anfisbena.

MARTIN EL ESPOSITO,

ó

MEMORIAS DE UN AYUDA DE CAMARA.

ORIGINAL DE EUG. SUE,

traducida por EL DONCEL.

TOMO IX.

MADRID—SOCIEDAD LITERARIA—1847.

Imprenta de D. Wenceslao Ayguals de Izco-

MARTIN EL EXPOSITO,

O

MEMORIAS DE LA AYUDA DE CAMARA,

PUBLICADAS POR EL DONCEL.

TOMO IX.

MADRID—IMPRENTA DE D. MARIANO ROJAS—1852.

XXXVIII.

TRABAJO Y PAN.

DESTRUIDAS todas sus esperanzas con la repentina muerte del señor de Saint-Estevan y perdido el apoyo que Bamboche hubiera podido prestarme á no desaparecer, hallábame como arrojado en ese inmenso Paris, sin mas recursos que los harapos que me

cubrian, *diez y seis sueldos* y la cartera de la madre de Regina, cosas ambas que felizmente pude libertar.

Dos eran los partidos que abrazar podia para no perecer de hambre, segun me habia dicho el dueño del meson en que me despojaron de mi corto ajuar.

Uno, hacerme prender por un delito cualquiera. Y otro irme á las casas de postas, ó á esperar la salida de los teatros, en la dudosa alternativa de ganar algunos sueldos, ya trasportando el equipage de los viajeros, ya fuese abriendo las portezuelas de los coches de alquiler.

Por verosímil que fuera la asercion del mesonero, sobre la imposibilidad de hallar trabajo en aquella época del año, no pude en un principio resignarme á creerlo.

—Hay en cada barrio, me decia yo,

un magistrado cuya casa tiene las puertas abiertas para todo el mundo; quiero dirigirme á él directamente y no me cabe duda que, en nombre de la ley y de la sociedad, tenderá la mano á un hombre honrado que solo pide trabajo.

Al salir del callejon del Zorro volví á la barrera y pregunté dónde vivia el comisario del barrio; fuí á la casa, y en pocas palabras le referí cuanto me habia sucedido desde mi llegada á Paris, omitiendo sin embargo, segun lo prometí al dueño del meson, el robo de que habia sido víctima en su casa.

Estuvo el juez severo, frio y desconfiado en un principio, mas presto hubo de convencerse de mi sinceridad pues con suma benevolencia y consideracion me contestó:

—«Los detalles que me dais, vues-«tro lenguage, y la esperiencia que

«del conocimiento del corazon hu-
«mano tengo, me convencen de que
«decis verdad; creo vuestra posicion
«tan horrible como digna de compa-
«sion, pero desgraciadamente en na-
«da remediarla puedo..... en nada,
«y hasta falto á mi deber no bacién-
«doos prender ahora mismo, puesto
«que confesais carecer de todo me-
«dio de subsistencia y de persona que
«reclamaros pueda. Quizás dejándoos
«libre os hago un flaco servicio.....
«Temo que esta misma libertad solo
«sea por vos la de mendigar, delito
«que os conducirá sin remedio á la
«cárcel; pero no quiero abusar de
«vuestra confianza; en la perentoria
«necesidad que os aqueja, de nada
«vuestra educacion puede serviros.
«Mas adelante hubierais podido en-
«trar en casa de un carpintero, mas
«en invierno es profesion esta que
«yace muerta.»

—Pero en fin, señor, qué haré? Qué me aconsejais?

—«Ay!... yo el único consejo que os daria es el dejaros prender por vago... en la prision hallarias á lo menos un asilo y pan; y vos sois tan jóven aun, y las costumbres de la cárcel tan contagiosas... que se peligraria mucho de corromper en ella un natural bueno como el vuestro... Esto es muy sensible en verdad... pero como ha de ser! la ley no puede preveerlo todo.»

—Cómo! esclamé tristemente, no puede preveer la ley la tan frecuente eventualidad de que un hombre de bien, apesar de sus buenos deseos se quede sin trabajo? Bien prevee la ley mil y mil delitos... por qué pues deja de hacerlo con las causas que pueden conducir á estos delitos?

—Qué quereis? *Ello es así*, me contestó no sin pesar el magistrado.

Cortó en esto el coloquio el secretario del juez, entrando en la habitacion, y me salí de la casa lleno el corazon con la desgarradora idea de que esceptuando mayor ó menor finura de espresion, me habia dicho á corta diferencia lo que el dueño de la posada.

Por aterradora que esta idea fuese, no desesperaba aun. Quedábanme *diez y seis sueldos* en el bolsillo; con los cuales nutriéndome de pan, tenia la subsistencia asegurada por dos dias, intérvalo en que apesar mio contaba dar con algun feliz acaecimiento. Animado algun tanto, recorrí varias calles, presentéme primeramente á un memorialista, cuya especie de cabaña se ofreció á mis ojos, pedíle trabajo pero me dió con la puerta en las narices. Entré luego en la tienda de un carpintero, la contestacion del maestro, si bien no fué dura como la

del escribiente, no por eso fué menos fatal, y alejéme de su casa cayéndome de necesidad y estenuado por el cansancio. Sobrevino la noche; pude hallar una mala posada donde me dieron cama pagando cuatro sueldos, y dormí encima de un mal tablado cuidando no ser robado despues de haber comido tres sueldos de pan.

Dispertóme el dueño á las doce; mis derechos espiraban con la última campanada en esta hora, y yo por tentar otro nuevo recurso le pedí trabajo. Aquel hombre apenas me hubo escuchado, miróme con desconfiados ojos y sin que yo pudiera entonces comprender cual odioso sentido daba á mi proposicion, me contestó groseramente:

—Tú eres de la policia.... quieres tenderme el anzuelo... pero no cuela, soy mas tuno que tú...

Y luego con irónico acento y re-

calcando las palabras añadió:

No, no tengo ocupacion que darte.

Viendo lo inútil de mi diligencia á fin de hallar un trabajo honroso resolvíme á seguir los consejos del dueño de la posada, junto á la barrera. Andando y preguntando, llegué al desembarcadero de San Nicolas. En él ví á un número de hombres bastante considerable, quienes iban quizás peor traidos que yo. Ocupábanse en descargar algunas lanchas, mientras otros, apesar del penetrante frio del invierno, asaz crudo, hacian leña metidos en el agua hasta la cintura.

Examiné aquellos rostros, cuya espresion era casi en todos de suma dureza, y despues de aquel exámen dirigíme al que me inspiró mas confianza:

—Quereis que os ayude? le pregunté.

Tomó el hombre mi ofrecimiento á sarcasmo, y me contestó con injurias.

—Hablo sériamente, le dije; acabo de llegar á París y no tengo trabajo. Si lo quereis os ayudaré en el vuestro... y vosotros me dareis lo que querais.

—No eres de Paris, y vienes ahora en invierno..... cuando por dos brazos que se necesiten, hay mil cruzados, á picotear en nuestro puerto! Apenas tenemos una migaja y quieres hincar el diente en ella!!...

Dirigióse luego á sus compañeros, y con exaltacion gritó:

—Ahí va un intruso! caza! leña en él!!!

Precisa me fué toda mi energía apoyada con una fuerza corporal bastante respetable, para que los palos no acelerasen mi triste retirada.

Subí á lo largo del muelle, sumi-

do en mis crueles reflexiones, y llegué al punto donde suelen desembarcar los vapores; una multitud de hombres y niños de miserable cuanto asqueroso aspecto, miraba con ávidos ojos el humo negruzco que salia á borboton de una chimenea de un vapor; acercábase este con mucha celeridad, y apenas llegó, todos aquellos infelices se lanzaron cual hambrientos buitres á la orilla; apesar de mi imperiosa necesidad no pude dominar mi repugnancia, y echaba una postrer mirada á aquella turba asquerosa, cuando en uno de los grupos apercibí al Anfisbena... acompañado de otro hombre de siniestro semblante y de un niño de quince años, pero los tres, á poco, se alejaron y yo cediendo á un movimiento involuntario, seguí á aquel bandido... Quizás, me dije, quizás vaya á juntarse con Bamboche.

XXXIX.

LOS ENCUENTROS.

L Anfisbena, acompañado de un hombre de traza no menos repugnante que la suya, y del adolescente, cuya ajada fisonomía tenia ya, como las de sus compañeros, una espresion innoble y cínica, marchó en breve del muelle para entrarse por un

laberinto de oscuras y angostas calles: despues de haber andado largo rato, llegamos á uno de los barrios esteriores de Paris. Algunas casas desperdigadas le orillaban por un lado; no tardé en ver entrar al Anfisbena y sus compinches en una especie de zaburdon, en cuyo alrededor circulaban furtivamente algunas asquerosas mugeres.

No obstante mi vaga esperanza de volver á hallar á Bamboche, titubeaba en entrar en aquella caverna; y me inspiraba tanto horror el Anfisbena, que no me habia determinado á llegarme á él, para hablarle de mi compañero de infancia.

Preguntábame á mí mismo, cómo tendria valor aquel malhechor para andarse en público, despues del descubrimiento del delito de contrabando en que parecia cómplice, así como Bamboche; cuando una súbita

barahunda de gritos y vidrios rotos atrajo mi atencion, y me hizo volver piés atrás.

Salia aquel estrépito del zahurdon en que habia visto entrar al Anfisbena. En el momento en que me acercaba, espulsaban de aquella mansion siniestra á un hombre que me pareció completamente ébrio; y al cerrarse la puerta, ví confusamente en la sombra del zaguan al Anfisbena y su compañero; al paso que por cima, en una buhardа, aparecia la cabeza espeluznada de una muger, detrás de la cual se alzaba el rostro cínico del muchacho de quince años: ambos injuriaban al hombre bebido á quien se acababa de echar de la casa; pero este, dando traspiés, y apoyándose de este en aquel árbol del paseo, no paraba de soltar risotadas, gritando que le habian robado...

Un sentimiento de curiosidad mez-

clado de compasion, me hizo dar un paso hácia la víctima de los bandidos... Cuán atónito no me quedaria!... reconocí en él al hombre de los modales de persona de suposicion á quien ya habia visto ébrio en el figon de los Tres-Toneles.

Sentí un movimiento de gozo y amargura al echar de ver el estado de embriaguez de aquel personage; mi primer idea fué procurar *hacerle hablar*, á fin de saber si en efecto la Regina cuyo nombre habia trazado sobre la mesa de la taberna, era la Regina que yo conocia; y en tal caso, tratar de saber de aquel hombre singular, qué relaciones existian entre él y aquella jóven, y si ella se hallaba en Paris á la sazon.

La intencion de sorprender de este modo un secreto, era mala, lo confieso; pero yo hallaba una disculpa en el interés que Regina me ins-

piraba; porque si aquel desconocido era amado ó estaba enamorado de ella, qué gravedad no adquirian mis dos encuentros con él?

—Con qué os han robado esos miserables... caballero? le dige, aproximándome con cautela, temeroso de que reconociese en mí á su vecino de mesa del figon de los Tres-Toneles.

Miróme embaido y tambaleándosele las avinadas piernas, y me respondió entre una nueva risotada:

—Todo me lo han robado... habia pasado la noche en esa gazapera..... eramos cinco... ó seis... entre otros, habia un trapero, que no se puede dar criatura mas amena... y..... mugeres... oh! mugeres hechiceras!..... con mas garabato!... No hay mas.... solo aquí... se divierte uno.

Y el desconocido se afianzó á mi brazo para no ir al suelo.

Yo miraba á aquel hombre con

sorpresa y compasion: vistas sus facciones á la luz del dia, acaso parecian mas puras mas bellas que la antevíspera; y aunque sin duda salia de una larga y crapulosa órgia, su semblante parecia fresco y casi reposado: en fin, á pesar del desórden de sus cabellos y vestidos, á pesar de su andar oscilante, la dulzura é inflexion de su voz, la especie de distincion que conservaban sus modales, aun en medio de la embriaguez, denunciaban á cada paso su elevada condicion.

—Debierais retiraros á vuestra casa, caballero, le dige: quereis que vayamos á buscar á un alquilador de carruages?

Por este medio me prometia saber su casa.

—Sois..... muy cortés..... señor mio..... no obstante vuestro gorro griego..... y vuestra blusa, me dijo

con una urbanidad gravemente cómica: tendeis... la mano á un hombre... cargado de vino... hasta el gollete... esa es mucha... finura... Pero os lo agradezco... yo.... yo.... no volveré á casa... hasta.... el anochecer..... hasta la noche. Ya os hareis cargo... siendo tan..... mirado como sois..... no obstante vuestro gorro griego..... de que estando completamente beodo... no puedo.... presentarme... de buenas á primeras... delante de... mi... familia...

—Teneis razon, le contesté, fijando en él una mirada penetrante; pero... si... la señorita Regina... supiera que...

No me dejó concluir; su fisonomía, risueña y bondosa, se tornó repentinamente grave é inquieta; sin duda se medio disiparon por un instante las nieblas del vino, á la profunda impresion de asombro que es-

perimentaba enderezóse; parecióme su paso mas firme, y con mirar imperioso y casi iracundo, esclamó:

—Con qué derecho pronunciais ese nombre, señor mio?

—Pronuncio el nombre de la señorita Regina, repliqué sin intimidarme; de la señorita Regina.... hija del baron...

—De Noirlieu!..... esclamó él: y vos la conoceis?... vos?

Despues guardó silencio, y soltando bruscamente su brazo del mio, se hizo un paso atrás y me estuvo examinando con una sorpresa y una curiosidad que participaban de desconfianza...

Pero, como yo esperaba que sucediese, el recobro de su razon fué pasagero; fuese apoderando poco á poco de ella la embriaguez, á medida que se borraba la estrañeza que le hiriera, al oirme pronunciar el nom-

bre de Regina: su continente, firme por un momento, volvió á ser vacilante; meneó la cabeza, y repuso con un aire que procuraba hacer sagaz y penetrante:

Hola!... hola!... caballero cumplido.... conque, con gorrete griego y blusa.... conoceis?... basta..... No seais algun rival..... disfrazado? Seria... chistoso... Yo no... contaba... mas que con ese... Roberto de Mareuil... el amigo de la infancia... y... con... ese maldito pulido.... ese que es tan cuco, muy cuco..... cuquísimo... que se llama...

Interrumpióse otra vez el desconocido, empezó á sonreirse con aire satisfecho, y añadió:

—Os habeis quedado..... en blanco..... yo no digo mas que lo que se me antoja... Ah! me andais espiando... eso no está muy fino.... querido.... pero no importa, yo sé como

salir del paso... si... vos... si vos... charlais...

El nombre de Roberto Mareuil pronunciado por el desconocido, me recordó de improviso la escena de la floresta de Chantilly, escena cuyos mas leves detalles habian permanecido constantemente presentes á mi imaginacion... En efecto, el vizcondecito Escipion iba acompañado aquel dia de otro niño llamado Roberto, algunos años mayor que él, de encantadora presencia, y que por sus solícitas atenciones para con Regina, me habia inspirado una especie de celos.

Sin duda que aquel Roberto... era el amigo de la infancia de Regina..... el rival de que hablaba el desconocido... En cuanto al otro competidor, *el cuco el maldito pulido*... no podia saber á quien aludia.

Deseoso de obtener señas mas

cumplidas, dije al desconocido:

—Os equivocais, caballero, acerca de mis intenciones... yo...

—Já..... já!..... queriais hacerme hablar... caballero cortés del gorro griego..... repuso el desconocido interrumpiéndome..... no estoy tan achispado... como parece... para que lo sepais...

—Yo os hablaba de la señorita Regina de Noirlieu, le dije; porque su familia... ha vivido en mi pais....

—Regina? preguntó el desconocido aparentando estrañeza... no tengo... el honor... de conocer... á esa señorita.

—Sin embargo, con bastante frecuencia vais á casa de su padre... no caeis? el baron de Noirlieu..... calle de...

Y esperaba que el desconocido completaria las señas de la morada...

Pero replicó:

—Puesto que.... no conozco á esa señorita... no puedo... ir á su casa... Ah!... se os figura..... que me vais á hacer charlar...

—Vos fuisteis el primero en hablar de la señorita Regina, caballero.

—Puesto que no la... conozco..... no puedo..... hablaros de ella... replicó.

Y obstinándose con una tenacidad de beodo en no apartarse de esta respuesta, apesar de todas las preguntas que le hice respecto á Regina, me fué imposible obtener mas señas.

Departiendo de esta suerte, habiamos ido andando por el barrio adelante, y veiamos ya á lo lejos la barrera, cuando de improviso me dijo el desconocido con aire misterioso:

—Decidme... mi... fino amigo.... del gorro griego... á ver si no os parece esta una escelente broma. Vos

habeis querido hacerme disparatar... Si yo os hiciera detener diciendo que vos erais quien me habia robado..... sabria quien... sois...

—Hacerme pasar por ladron?..... Muy tonta seria esa broma, le contesté: porque mirad lo que me encontrarian encima.

Y le enseñé los pocos sueldos que me quedaban.

—Siempre rescatamos eso poco, me dijo el desconocido riendo á carcajadas.

Y me asió la mano para apoderarse de los sueldos, que con su brusco choque cayeron al suelo. Echóse entonces sobre mí, y cogiéndome con vigor á brazo partido, comenzó á gritar con todas sus fuerzas: ladrones!

No distábamos mucho de la barrera, y yo divisaba á un centinela. Aterrado con las consecuencias que

podia traerme semejante arresto, y no teniendo, por desgracia, tiempo para recoger los sueldos que se habian desparramado por el lodo, me desembaracé, no sin trabajo, de las manos del desconocido, cuyas voces redoblaban, y dí á correr á campo través, huyendo con la mayor celeridad.

Perseguido por el temor de verme preso, caminé hasta la entrada de la noche, que tan temprano llega á tal época del año. Halléme en medio de los campos; divisé á lo lejos, á mi izquierda, un lugar y á mi derecha, á unos doscientos pasos, varias hacinas de trigo que me recordaron aquellas en que mas de una vez habiamos hallado, Bamboche, Vascona y yo, un albergue en que recogernos por la noche, en tiempo de nuestras vagabundas peregrinaciones.

No poseyendo ya un solo sueldo,

juzgué prudente pasar la noche al abrigo de una de aquellas hacinas, en vez de volver á Paris para andar por él errante hasta el otro dia. Habiendo vivido con tan poco hacia dos dias, y no habiendo tomado nada desde la víspera, empecé á sentir vehemente el hambre. Traté de descubrir hasta donde alcanzaba la vista algun campo plantado de *raices;* la llanura estaba desnuda y atravesada de surcos: al cabo de algunos minutos; llegué á las hacinas: dos de ellas se hallaban muy juntas. Habiase hecho completamente de noche: derribé algunos manojos de paja, estendílos por el suelo, y me eché encima, cubriéndome con otra gavilla desbaratada. El tiempo estaba mas húmedo que frio, y aquel camastro me ofrecia un abrigo algo seguro.

Sin dejar de dolerme amargamente de la pérdida de mis últimos sueldos,

mi único recurso, esperimentaba una triste satisfaccion en saber que Regina vivia en Paris, y que poseia un secreto de grande importancia para ella. No podia dudarlo ya; ó ella amaba á aquel desconocido, ó él la amaba á ella; y en ambas suposiciones, se perdia mi mente procurando comprender, cómo un hombre prendado de aquella noble y encantadora jóven ó amado por ella, podia abandonarse con frecuencia á tan vergonzosa depravacion: en cuanto al secreto de que sus estravios habian estado sin duda rodeados hasta entonces, me le esplicaba por la eleccion y aislamiento de los sitios en que por segunda vez acababa de encontrarle.

Estas reflexiones tuvieron bastante poder sobre mí para impedirme pensar por algunos instantes en el porvenir; mas no tardé en volverme á

sentir abrumado por lo inminente de mi situacion: eran menester cerca de cinco dias para que pudiese recibir la contestacion de Claudio Gerard, y no tenia para sacar del correo la carta permaneciendo en Paris. Y el dia inmediato? y los demás dias? cómo habia de subsistir? dónde me habia de recoger de noche? Por mas miserable que á menudo hubiese sido mi vida, hasta entonces, nunca habia hecho la casualidad que conociese aquella terrible opresion del hambre que empezaba á atormentarme.

Por un momento, creí encontrar en el sueño el reposo, y sobre todo, el olvido de la necesidad..... Pero, contra todas mis esperanzas, permanecí desvelado casi toda la noche, salvos algunos escasos asoporamientos llenos de agitacion y de vagos terrores: fuese haciendo poco á poco tan penetrante la humedad, que mu-

cho antes de amanecer, me ví precisado á abandonar mi cama, tiritando de frio y dominado en tales términos por el hambre, que no pensé mas que en una cosa... en comer; es decir, en los medios de proporcionarme pan.

Me encaminé, pues, resueltamente á Paris, guiado por la especie de nube luminosa que durante la noche parece flotar por cima de la ciudad inmensa: caminé con paso rápido, diciendo con una determinacion feroz:

—Vamos al desembarcadero del buque de vapor; no estamos ya en el caso de andar con reparos ni temores; me siento resuelto á todo.... preciso será que yo tambien encuentre algun equipage que trasportar.... *tengo hambre!!*

Oh! entonces... tan solo entonces fue cuando comprendí todos los sen-

timientos implacables, tremendos, que habia en estas solas palabras: TENGO HAMBRE!...

Llegué al desembarcadero del vapor; era enteramente de dia: varios de los asistentes del dia anterior se hallaban ya reunidos en la orilla: olvidéme del disgusto y el horror que habia esperimentado la víspera á vista de las soeces reyertas de aquellos miserables, disputándose algunos equipages, y me lancé resueltamente en medio del andrajoso grupo.

A la sorpresa que mi brusca invasion ocasionó, sucedió una violenta irritacion.

—Qué vienes tú á hacer aquí? eh? me dijo uno de los mas robustos de la banda.

—Vengo á trasportar los equipages de los viajeros.

—Tú?

—Yo.

—Te lo prohibo.

—Sí, sí; te lo prohibimos, repitieron varias voces amenazadoras.

Arrebatóseme la sangre á la cabeza, despertáronse repentinamente en mí toda clase de ímpetus, de celos, de ódio y de ferocidad.

—Me prohibis permanecer aquí, dije sordamente, y apretando los dientes de rabia.

—Sí.... y echa á correr, me dijo uno de aquellos miserables, empujándome con rudeza.

Me puse furioso: agarrando del cuello á mi adversario, le tiré rodando contra la acitara: á un segundo agresor creo que le quebré una quijada: sentíme en aquel momento con fuerzas sobrehumanas; latian mis arterias á punto de saltar, y los oidos me zumbaban sordamente.

—Teneis bastante! grité... quiere probar alguno mas?

La cobardia de aquellos miserables me probó su degradacion, ninguno respondió al reto, mi energía, mi vigor les impuso; su ódio hácia mí se aumentó quizá; pero se vieron precisados á reprimirle: á pesar de algunos sordos murmullos, me mantuve en primera fila: allí me estacioné, y el vapor iba á atracar en breve.

—Has hecho bien en aporrear á esos bergantes... me dijo una voz ronca y tomada, que me pareció reconocer.

—Si quieres, haremos *compañía* para el trasporte.

Un manotazo dado familiarmente en mi hombro completó esta proposicion.

Volvíme... era otra vez el Anfisbena.

Yo no os conozco..... le contesté con aspereza.

—Tampoco yo á tí; pero sacudes con alma, y á mí me gusta eso; quiero ser compañero tuyo.

—Yo no tengo necesidad de compañía, le repliqué volviéndome; porque iban á desembarcar los viajeros.

El Anfisbena me echó una mirada estraña, y desapareció.

Los pasageros eran en menos número aun que el dia anterior. Distinguí en primera fila á un hombre de elevada estatura, envuelto en un largo sobretodo blanquecino, la parte inferior de su rostro desaparecia bajo una bufanda, especie de ancha faja de estambre encarnado. Llevaba gafas azules, y su gorra de camino con pieles y orejeras acababa de ocultar casi enteramente su cara. Aquel viajero llamaba, sobre todo, mi atencion, por la prisa que se me figuraba tenia por saltar en tierra: dos veces se ha-

bia adelantado precipitadamente á la regala del barco, y dos veces, deteniéndole uno de los marineros, le habia hecho observar sin duda que aun no era llegado el momento de desembarcar.

Aquel viajero llevaba un saco de noche en una mano y en la otra un neceser de camino; en fin, sin duda para saltar con mas prontitud en tierra, habia hecho llevar con anticipacion al borde del buque su maleta de cuero.

Dióse la señal de desembarco, yo habia echado el ojo al pasagero de las gafas: dos de mis contrincantes quisieron ponerse delante de mí; pero luchando en brutalidad con ellos, les rechacé violentamente, y de un salto me puse junto á *mi* viajero, que me dijo precipitadamente.

—Pronto, pronto... toma esa maleta y ese neceser... yo llevaré el sa-

co de noche..... En el dique hay coches de alquiler.

La maleta pesaba poco. Imposible seria decir con qué placer me la eché al hombro. Iban á darme algunos sueldos, y compraria pan... Tomé en la otra mano el neceser por un asa de bronce que tenia en la tapa, y seguí al viajero, que me precedia caminando á buen paso.

Haciendo esfuerzos por no quedarme retrasado á pesar de la carga que llevaba, tropecé en una piedra: aquel brusco movimiento desequilibró la maleta que llevaba terciada al hombro, y no pude evitar que casi cayera al suelo. Al encorvarme para volverla á levantar, reparé en unas señas escritas con letras grandes en una targeta fijada en la cubierta de la maleta; pasé por ella maquinalmente la vista, y leí:

El conde Roberto de Mareuil.

Este nombre me trajo á la memoria las confianzas á medias que el incógnito me habia hecho el dia antes en medio de su embriaguez, y el recuerdo de la escena de la floresta de Chantilly. Aquel viajero era, pues, el amigo de la infancia de Regina, el rival de que hablaba el desconocido.

En el momento en que yo hacia estas reflexiones, reponiendo la maleta en mi hombro oí un gran tumulto y ví á algunos pasos mucha gente reunida: no tardó en deshacerse el grupo, aproximóse á mí el viajero cuyo equipage llevaba, diciendo con voz alterada á dos hombres que parecian vigilarle, é ir pegados á sus talones:

—Bien veis, señores, que tengo que guardar efectos...

—Está bien, señor conde, dijo uno de los dos, vuestros efectos irán en el carruage... añadió aquel hom-

bre, haciéndome seña de que le siguiese.

Atravesamos por entre la gente que se agolpaba, y oí pronunciar las palabras de prision, disfraz y traicion.

Un coche de alquiler aguardaba en el dique, subió á él el viajero de los anteojos; colocáronse á su lado los efectos, y uno de los dos hombres dijo al cochero antes de entrarse en el carruaje:

—Echa á andar... y á buen paso.

Despues de haber cerrado la portezuela, á pesar de la sorpresa que me habia causado aquel nuevo incidente, dije á aquellos personages:

—Yo he sido, caballeros, quien ha conducido el equipage.

—Vaya... desde el vapor aquí! dijo uno de los dos hombres; pues no deja de ser viaje! se paga una cosa cómo esa?

—El señor conde no tiene dinero, añadió el otro con aire sardónico, echando una mirada al viajero que con el rostro oculto entre las manos parecia anonadado.

—Pero, señores... grité yo.

—Anda, cochero, gritó uno de los hombres por la portezuela.

Sacudió fuertemente á los caballos el cochero, y yo me ví en la precision de hacerme á un lado para que no me pasáran por cima las ruedas.

Aquel contratiempo fue espantoso para mí!

En mi cólera y desesperacion, levantaba el puño amenazando el coche que se alejaba, gritando:

—Me robais el pan... y me muero de hambre...

—Ven á almorzar... me dijo quedito al oido una voz.

Volvíme con prontitud.

Era el Anfisbena...

Mirábale yo con sorpresa mezclada de terror.

—Qué sí te digo!... ven á almorzar... repitió; eres un mozo terne... Sacudes con alma... á mí me gustan los mozos ternes que sacuden de firme... yo pago hoy... mañana pagarás tú.... no hay que afrentarse.... Ea! vamos andando...

Yo tenia hambre...

Acepté el ofrecimiento del Anfisbena.

XL.

EL ALMUERZO.

MUCHA era la vergüenza, mucha la humillacion que sentia al aceptar el ofrecimiento del Anfisbena; pero: *tenia* mucha *hambre*.

Apenas habiamos andado algunos pasos, cogióse á mi brazo el bandido y este contacto me hizo estremecer de

tal modo, que me desprendí bruscamente.

—Qué diablos tienes? me preguntó el Anfisbena sorprendido con mi movimiento.

—No quiero daros el brazo.

—Cómo?... á un compañero.

—Yo no soy compañero vuestro.

—Te convido á almorzar..... y no eres compañero mio?

Oiga!..... serias vanidoso?..... En este caso salud! no gusto de vanidosos...

—No soy vanidoso, dije tartamudeando.

—Entonces, dáme el brazo.

Y fuerza me fué aceptar el brazo de aquel miserable; bajé la cabeza anonadado por la vergüenza; mi primer pensamiento fué abandonar aquel hombre; pero sentia de mas en mas los dolorosos vértigos que causa la necesidad de comer, cuando no se

ha satisfecho desde mucho tiempo; mis fuerzas sostenidas hasta entonces por una surexcitacion febril empezaban á abandonarme... dos ó tres veces súbito desfallecimiento hizo bambolear mis pasos y apesar del frio, copioso sudor bañaba mi frente. Silencioso andaba del brazo con aquel bandido, pensando en las fatales consecuencias del hambre...

Invoqué luego los sagrados recuerdos de Claudio Gerard y Regina, de la cual estaba á no dudarlo en la pista de un secreto que la pertenecia, y absorto en estas reflexiones, silencioso, abatido continuaba mi marcha.

—No eres hablador, me dijo mi compañero.

—No.

Mejores puños tienes que lengua... como quieras te he convidado en calidad de trueno que sabe pegar... Hola! hénos ya en la Cantina...

vamos, pasa delante de mí.... yo te hago los honores.

Y el bandido me empujó haciéndome entrar en una taberna situada en el ángulo de uno de los callejones que circuyen el muelle.

—Dadnos un cuarto; dijo el Anfisbena á la muchacha que allí servia.

Y dirigiéndose á mí, añadió:

—Se goza mayor libertad... puede uno hablar de todo...

Nos llevaron á un sombrio cuchitril cuya ventana daba á un patio muy oscuro.

—Qué quieres comer? me preguntó el Anfisbena, apenas nos hubimos sentado á la mesa.

—Pan...

—Te devanaste los sesos... Y luego?

—Nada.... tan solo pan y agua.

Por una susceptibilidad pueril sin duda, creia hacer fuese menos ver-

gonzosa mi accion, no aceptando del Anfisbena mas que lo estrictamente necesario para reparar mis fuerzas.

—Cómo! pan y agua? dijo el bandido con asombro. Crees acaso que yo hago así las cosas, que convido á un amigo para darle un almuerzo de prision?... Hola! muchacha, una tortilla, estofado, una racion de queso y dos azumbres de lo rico.

—Así trato yo á los amigos, me dijo dirigiéndose á mí.

—Es inútil.... haced que me den un pedazo de pan... no comeré otra cosa.

—Vaya un hambre de perro. Eh! muchacha, un mendrugo.

Trageron un pan de dos libras por lo menos, y en un momento lo devoré...

—Muchacha! un pan de cuatro libras... dijo sardónicamonte el bandido.

Trajéronlo en seguida.... aunque apaciguada mi hambre distaba mucho de quedar saciada; pero temí que ese esceso de alimento me hiciera daño; bebí tres ó cuatro vasos de agua é interrumpí mi frugal comida.

En tanto que yo devoraba el pan, no me habia quitado ojo el bandido y me dijo luego:

—Vaya con Dios, has comido por hambre; vas á comer ahora por golosina.

—No...

—Vaya!...

Trajeron los manjares que el Anfisbena pidió, mas á pesar de sus repetidas instancias nada acepté.

—Eres muy original, dijo el Anfisbena haciendo honor al banquete, en mi vida he visto un *convidado* de tu calaña... bebe un vaso de vino á lo menos.

Lozano d.º y Vit.º Lit.ª de Ayguals.

Presenté mi vaso, creyendo que un poco de vino reanimaria mis fuerzas, pero temí luego que en la debilidad que aun sentia, obrase el vino sobre mi cerebro y rehusé.

—Cómo! ni siquiera un vaso de vino?

—No... mas si lo permitis, tomaré otro pedazo de pan.

—Cargue el diablo con ser tu panadero..... si yo hubiera sabido esto...

Y luego, mirándome con desconfianza añadió:

—Quizás no eres lo que yo creia... me pareces muy sóbrio...

—Qué pensabais pues de mí?

—Te he tomado por un trueno que nada teme, escepto hambre..... esto era para mí un hallazgo... y para tí tambien..... Pero no bebes mas que agua, solo comes pan, y eso en verdad me tiene incómodo.

—Cuando se es sóbrio, dije al bandido mirándole fijamente á fin de adivinar su pensamiento, se está mas ágil de cuerpo y mas dispuesto para todo.

—Mirándolo bien tienes razon..... la embriaguez puede echar por tierra los negocios mas lindos..... Pero díme, ya que perecias de hambre hoy lo mismo pudiera muy bien sucederte mañana..... como no tengas otros banqueros mas que los viajeros, cuyas maletas puedas transportar; conozco el oficio..... es preciso hacer otra cosa ademas..... para tener agua que beber..... Vaya un vaso de vino?

—No.

—Habrá testarudo!

—Qué otra profesion querias decir?...

—Oye... eres jóven y robusto, listo y trueno... eso amigo mio, equi-

vale á oro molido..... como sepas aprovecharlo, y sin contar que eres poco conocido en la *plaza*... pues que no eres parisien... harto se ve.

—No hace mas que tres dias que estoy en Paris.

—A pedir de boca... Oh! si en vez de ser perro viejo... me hallára en tu lugar...

—Qué hariais?

Guiñó el ojo el bandido, y despues de una pausa me dijo:

—Hum! mucha prisa traes.

Rato hacia que el nombre de Bamboche estaba en la punta de mi lengua, pero temí que por desconfianza no quisiera contestarme el bandido. No pude resistir en fin á mi curiosidad y dije bruscamente:

—Y Bamboche?

Al oir el Anfisbeña este nombre pegó un respingo como si le hubiesen pinchado.

:

—O el capitan Hector Bambochio, si preferis este epiteto; mas viendo que la sorpresa cedia á la desconfianza añadí:

—Oidme.... soy franco; yo fuí el que se presentó hará tres dias en el callejon del Zorro á preguntar por Bamboche, y creo que fuisteis vos el que me contestó.

—Ah! eras tú... y qué le querias á Bamboche?

—Hemos sido compañeros de infancia, me hallaba en Paris falto de recursos... é iba á pedir apoyo á Bamboche... ahora que ya lo sabeis todo, decidme, dónde está?

—Hola! conocias á Bamboche tal como es... y tú ibas á pedirle apoyo... podremos entendernos, dijo el bandido ya enteramente tranquilo.

—Pero, y Bamboche dónde está?

—No pases cuidado por él... yo haré por tí lo que el mismo Bamboche.

—Bien; pero y él dónde anda ahora?

—Él?

—Sí... la policía sorprendió la casa en que viviais... ví á los soldados en el callejon...

—Los conejos viejos tomaron pipa, y solo hallaron gazapos en la madriguera.

—Segun eso Bamboche y vos escapasteis? Pero quereis decirme de una vez dónde para?

—Lo que es á estas horas se halla muy lejos, en América... ó en China.

—Hace tres dias, Bamboche se hallaba en Paris y debe estar en él aun.

—Entonces, búscale y hallale si puedes; mas para qué demonios le quieres..... puesto que yo seré para tí un segundo Bamboche.

—Gracias.

—Mira, no piensas con juicio: Bamboche es jóven lleno de *faculta-*

des, mientras yo viejo... caduco... y necesitaré un *dependiente*.

—Para qué?

Despues de una pausa repuso el bandido:

—Dónde vives?

—No tengo asilo...

—Yo tengo un cuarto, viviremos juntos... nada te faltará... mira.... y me enseñó unos cuantos napoleones entre los cuales se destacaban algunas monedas de oro.

No pude ocultar mi admiracion; notólo el bandido y me dijo:

—Te sorprende haberme visto en el desembarcadero, cuando ando tan bien provisto, no es cierto?

—En verdad... me sorprende...

—Voy al desembarcadero como paseante... hace dos dias que busco un *dependiente*... no habia dado con nada que me gustára... pero te hallé esta mañana, y estoy seguro de que

tú eres lo que me conviene, vamos, hombre bebe...

—No.

—Habrá cabeza dura!... En fin lo mismo dá, arreglémonos, vivamos juntos y no te pesará.

—No quereis decirme dónde está Bamboche?

—No seré yo tan necio... te querria para sí.

—Gracias por el pan que me habeis dado... dije al Anfisbena levantándome, si puedo algun dia devolveroslo os lo devolveré.

—Te vas?

—Sí...

—Escucha hombre.... Qué demonio!...

—Es tonteria...

—Dónde pasarás la noche?

—Cuento ganar algunos sueldos cuando la gente salga de los teatros.

—Oiga!... oiga!....—dijo el An-

fisbena cual si reflexionase en lo que yo acababa de decirle, ya sabes los parajes buenos... vaya!... me das un desaire..... lo mismo dá..... tarde ó temprano volverás á caer en mis manos, sí, yo soy el que te lo digo: te aguardo.

No pude menos de estremecerme apesar mio, al oir el acento de profunda conviccion, con el cual pronunció el bandido la palabra:

Te aguardo...

Díme prisa en separarme, y al salir me gritó:

—Hasta la vista!

Sin tener mucha esperiencia, comprendia que el miserable bandido, queria esplotar mi desnudez, para hacerme el instrumento de alguna tentativa criminal, por lo mismo que mis antiguas relaciones con Bamboche le tranquilizaban completamente.

. . . . . .

Esperando que llegase la hora de salir de los teatros, agoté cuantos recursos me sugirió mi imaginacion para hallar un medio de ganar mi subsistencia honrosamente; pero mi mente se perdió en un caos de combinaciones irrealizables.

Erame pues indispensable ganar por lo menos seis sueldos, á fin de no verme en la calle toda la noche. Por lo que hace al pan para el siguiente dia, no quise pensar en ello.

Apenas cerró la noche, dirigíme á los bulevares y apostéme, si mal no me acuerdo, á la puerta del Gimnasio; parecióme reconocer allí á la mayor parte de los hombres que por la mañana habia visto en el embarcadero, sentados unos en la acera, y apoyados otros en las columnas de la fachada.

Habia esperado la hora de salida,

sentado al pié de un árbol en un paraje oscuro y opuesto á la calzada, donde se halla la puerta del teatro. Rendido por el cansancio dormitaba, cuando me sentí de pronto sacudido con violencia; abrí los ojos..... un grupo de hombres de mal aspecto me rodeaba, y entre ellos reparé en algunos, cuya presencia no me era desconocida; en aquel mismo instante parecióme ver tambien el sardónico y siniestro semblante del Anfisbena; pero fué tan rápida la aparicion, que apenas pude fijar en ella mis miradas, mayormente en la creciente zozobra que dispertaba en mí la amenazadora actitud de las gentes que me rodeaban.

—Qué quereis? les dije levantándome para ponerme en la defensiva.

—Eres un espia!..... nos consta: dijo una voz.

Y sin darme tiempo, me sentí gar-

rotados los brazos por detrás, y con un pañuelo en la boca fuí arrastrado violentamente hasta uno de los callejones vecinos. Mis gritos quedaban ahogados por el pañuelo y á poco rato, me hallé sin sentido acribillado de golpes; con la cabeza junto una piedra enorme que al caer yo, hizo brotar copiosa sangre de una ancha herida. En medio de un sufrimiento profundo y sordo á la vez, martirio que parecia arrancarme el cráneo, percibí una voz que dijo:

—Idos... tiene bastante con eso... la gente sale ya del teatro...

Transcurrió luego asaz tiempo, durante el cual no tuve mas percepcion que la de muy agudos dolores; recuperé poco á poco el conocimiento, y con mucho trabajo pude levantarme; sin casi saber lo que me hacia, salí tambaleándome del boulevar... era la noche muy oscura, las

calles estaban desiertas, y caian espesos copos de nieve. Solo entonces recordé claramente la agresion de que acababa de ser víctima.

Debia de ser tarde; ni una alma cruzaba por la calle; un simon estaba sin embargo parado en el ángulo de la calle Poissonnière.

Víme precisado á detenerme á los pocos pasos; un vértigo convulsivo dominaba mi cuerpo todo..... rechinaban mis dientes, mis rodillas temblaban; sentia un dolor tan cruel en la cabeza y en el costado, que á duras penas podia arrastrarme.

De pronto las pisadas uniformes de una patrulla, hirieron mis oidos y me estremecí... Mi pobre trage hecho tiras, mi ensangrentado rostro y la imposibilidad de justificar que tenia un asilo, debian hacerme prender si los soldados me hallaban...

Quise huir... pero vencido por el

dolor, tropezaba á cada paso...

El sonoro eco de la marcha de la patrulla, acercábase mas y mas..... veia ya brillar á lo lejos en la penombra, los fusiles..... hice un esfuerzo desesperado..... fué vano..... resbalé en la nieve y caí de rodillas.

—Dios mio!.... Dios mio esclamé y prorumpí en desecho llanto.

De repente salió un hombre de entre los árboles y cogiéndome por el brazo me levantó diciéndome.

—Llega una patrulla..... van á prenderte.

Reconocí al Anfisbena; espiaba sin duda todos mis movimientos desde la escena cuyo autor habia sido.

—Vamos.... quieres venir conmigo? ó que te echen el guante? oyes?... la patrulla se acerca...

—Huyamos..... ayudadme á andar esclamé aterrado.

—Anda pues.... remolon, añadió

el bandido con sarcástico acento.

Y apoyado en su brazo atravesé el bulevar.

—Presto, chochero, abre la portezuela, dijo el Anfisbena al que se hallaba en el pescante del coche, que poco antes habia apercibido yo.

Entré en el carruage y cerróse la portezuela tras de nosotros, en el momento mismo de llegar la patrulla al sitio donde yo habia caido.

XLI.

EL APOSENTO DEL ANFISBENA.

El simon siguió mucho tiempo en su carrera; durante el tránsito ignoro por qué el bandido no me dirigió una sola vez la palabra. Este silencio, el movimiento del coche y el calor que allí sentia despues de haber sufrido tanto frio, me sumieron en un adorme-

cimiento que se estendia hasta mis pensamientos. La fatalidad que de nuevo me reunia al Anfisbena me aparecia cual siniestro sueño, mas paró el coche y volví á la realidad.

Ayudado por mi compañero, bajé; ignoraba donde nos hallábamos, y con apoyo del bandido, entré en un corredor sumamente oscuro.

—Dáme la mano... déjate llevar y sígueme... dijo el Anfisbena.

Subimos una escalera no menos sombría; detúvose luego, abrió una puerta y la volvió á cerrar en cuanto entramos en un cuarto, en el cual á favor de un fósforo, pude no tropezar con los infinitos objetos que en él obstruian el paso; multitud de paquetes unos sobre otros, se veian arrimados á la pared siendo tamaña su altura, que llegaban á la mitad de una ventana, asaz alta, de la cual pendian dos amarillentas cortinas,

cobertores de una miserable cama.

—Ahí tienes una cama..... duerme... mañana por la mañana hablaremos, y si hay de ello necesidad, se llamará un médico, me dijo el Anfisbena, ya verás que no soy tan malo como parezco.

Sacando entonces un colchon de la cama, echólo al suelo puso por almohada varios lios, apagó la luz y se acostó.

Tardé muy poco en dormirme; cuando disperté era ya muy entrado el dia, pero las densas cortinas de la ventana, hacian que reinase en la habitacion una semioscuridad. Oí el hervir del aceite en una sarten, cuyo metal se reflejaba en los rojizos ladrillos, y ví junto á mí un pedazo de pan y una taza de leche. Sorprendido con las asiduidades de mi *huéspede* mire á todos lados..... me hallaba solo...

Mas aterrado por aquella soledad que por la presencia del Anfisbena, quise vestirme y busqué mis haraposos vestidos hechos tiras con la riña de la noche anterior, habian desaparecido, pero en su lugar hallé al pié de la cama una levita de paño, un pantalon y un chaleco, piezas nuevas todas como tambien un par de zapatos... Ese cambio aunque sumamente ventajoso para mí, me desesperó, pues en el bolsillo de mi chaqueta habia conservado, cuidadosamente hasta entonces, la cartera que saqué de la tumba de la madre de Regina.... mas, presto me llenó de gozo apercibir la cartera, si bien abierta, encima de una mesa cercana..... cogíla con tanta precipitacion como inquietud..... Felizmente sabia de memoria el número de cartas que contenia, y todas estaban, inclusas tambien la crucecita y el pergamino

en el cual se veia la corona real rodeada de simbólicos signos. Presto desapareció mi alegría; el temor de que el Anfisbena hubiese reconocido la procedencia de aquella cartera, me tenia en horribles inquietudes.

Mi posicion se iba complicando por momentos; repugnábame ponerme el vestido que se me ofrecia; busqué por todo el cuarto mis harapos, mas fué del todo en vano, solo ví multitud de objetos muy heterogéneos; cortinas de seda, relojes de sobre mesa, cigarros, echarpas, trajes de hombre y de muger, botellas de vinos generosos y mil y mil variados géneros que omito enumerar. Ese rápido inventario dió nuevo pábulo á mis pánicos terrores, pues tantos objetos, debian ser fruto de robos de los cuales era el Anfisbena sino cómplice, por lo menos encubridor; queria huir á todo trance de aquella

maldita casa, aunque para ello hubiera debido salir desnudo. Desgraciadamente la puerta era muy sólida y estaba muy solidamente cerrada con llave...

Oi á poco abrir la puerta esterior del corredor, una persona de pesado porte se acercaba y en breve llamaron de un modo particular.

Quedéme inmóvil, sin resollar siquiera.

Llamaron de nuevo de igual manera..... luego, algunos instantes despues, percibí un frote sútil en la parte inferior de la puerta, y desde fuera echaron á la habitacion un papelito empujándolo con la acerada punta de una larga navaja; hecho esto, alejóse el personaje invisible cerrando la puerta del corredor.

Recogí el papel y solo pude leer las siguientes palabras que escritas con lapiz tenian esta misma ortografía:

Manana, la huna de la tarde..... ajuardan..... balurte prao.

Despues de un momento de indecision, volví á dejar el papel debajo de la puerta; su contenido queria sin duda marcar una cita.

Este nuevo incidente, acreció mi deseo de escapar. A fin de estar pronto á lo que sucederme pudiera, y á pesar de mi repugnancia vestí aquel traje que no me pertenecia, y abrí en seguida la ventana separando antes los efectos que lo estorbaban. Daba esta á un patio y estaba á mas de treinta piés del suelo, de modo que era imposible toda evasion por aquella parte. Pensando estaba en salir, así que el Anfisbena se presentára luchando cuerpo á cuerpo con él, cuando oí pasos en el corredor, y creyendo fuese el bandido, abalancéme resuelto á tentar mi último recurso; mas cual fué mi sorpresa al

oir el canto habitual, y al reconocer la voz de Lebrelin.

Llamó luego á la puerta sin cesar en su cancion favorita, golpeó de nuevo, pero como no obtuvo contestacion, se alejó.

Mas decidido á emplear la fuerza, busqué con ávidos ojos algun instrumento que servirme pudiera para luchar, y dí al fin con un monton de enmohecidas armas; hallábame todavía inclinado el cuerpo en actitud de escoger, cuando sentí una mano que se apoyaba en mi hombro; volvíme, era el Anfisbena, acababa de entrar, no por la puerta sino por una especie de trampa que entallada en la pared, nadie hubiera conocido existiese; la mansion del bandido tenia dos salidas.

Así quedaba destruido mi proyecto de escapar á favor de la puerta en cuanto se abriese.

—Gracias á Dios, me dijo el Anfisbena aludiendo á mi vestido, estás hecho un señor...

Quedéme silencioso algunos minutos y luego contesté.

—Que! no quereis devolverme los mios?

—Oiga! te quejarás del cambio?

—Sí, porque ese trage será quizás robado... como todos los objetos que hay en este cuarto.

—Has almorzado? dijo el bandido echando una mirada á la silla, no? vamos, come un bocado y hablaremos... He encendido lumbre, te he preparado tu almuerzo; no te hubiera tratado mejor Bamboche.

—Por última vez os pido me devolvais mis andrajos y que me dejeis salir de aquí...

En lugar de responderme, bajóse el Anfisbena recogió el papel, leyólo, hízolo añicos despues y me dijo:

—Ya lo sabia. He hallado al compañero que salia de aquí... Has leido esa nota?

—Os digo que quiero mi vestido y salir de aquí...

—Cálmate... y escúchame.... Que como quieras ser buen muchacho, vé mis proposiciones.... Te instalaré en dos cuartitos lindamente amueblados. No estás ya mal vestido que digamos. Te equiparé completamente. Un fondista te mandará todos los dias la comida; no quiero que tengas dinero en el bolsillo, durante los primeros dias... luego... mas adelante... si te portas bien, á fé de hombre que no te faltará...

—Y en cambio de vuestros beneficios, dije al Anfisbena sonriendo amargamente, que esperais de mí?

—Que me consagres nada mas que tres ó cuatro horas diarias...

—Y en qué deberé emplearlas?

—En ser mi dependiente.

—Vuestro dependiente?

—Escucha: hablemos claros..... van ya ocho dias que ando á caza de persona útil; todos cuantos he visto hasta ahora tienen caras capaces de poner en movimiento los agentes de policía, y ademas un porte... ya ya! Tú eres de aspecto honrado, repartes torniscones de lo lindo en caso necesario... me vienes pues como de perilla... por qué, me preguntas? Vas á saberlo: Como ves, me hallo sobrecargado de géneros... tengo razones para no venderlos yo mismo... es por vanidad te lo aseguro! Quisiera vender esto, llevar lo otro al monte de Piedad, hacer algunos cambios etc., para eso se necesita tener casa decente, ser bien quisto en el barrio en que uno viva, y tú puedes reunir estas cualidades perfectamente... para ello yo te alojaré bien...

estarás mejor comido..... tendrás un tanto de comision, y ese tanto podrá ser muy crecido porque cuanto aquí ves nada vale...

—Quereis serviros de mí para hacerme vender el fruto de vuestros robos?

—De mis géneros, de mis géneros, jóven... en un principio haras esto...

—Segun eso deberé luego llenar otras funciones?

—Sí; mas adelante iras á ciertas casas que yo te indicaré á presentar muestras de cigarros de contrabando, y bajo tan plausible pretesto...

—Y bajo este pretesto... qué?

—Oiga! oiga! parece que agrada! hacias repulgos sin embargo...

—Pues bien, bajo este pretesto me harás algunos favores que yo te diré.

—Y eso es cuánto de mí exigís?

—Por ahora, todo. Por lo que ha-

ce á las garantías de los ofrecimientos y promesas que yo te hago, la confianza con que te honro te prueba su veracidad.

—Bien está; escuchadme vos bien ahora. Os conozco; sois un miserable... habeis en otro tiempo echado á perder á Bamboche, y entre muchos crímenes, quizás impunes aun, habeis cometido uno horrible... habeis violado una tumba!...

—Esa cartera... sí, no hay duda. Tenia así como una idea de este asunto; esclamó el bandido con feroz sonrisa: Hola! Conoces al que me hizo errar tan hermoso golpe de mano?

—El que esto hizo soy yo.

—Tú?

—Sí, yo. Y os lo digo para que sepais que no os temo, porque si de niño pude abriros la cabeza con solo un golpe, de hombre os la abriré

probablemente mejor con esta maza de hierro. Lo entendeis?

—Eras tú: murmuró el bandido, bien, nos ocuparemos de ello con el tiempo.

—Cuando querais. Mientras, espero que no me tendreis aquí por fuerza, y por lo que hace á vuestros ofrecimientos..... primero me moriré de hambre en un rincon, que aceptarlos.

—No dejarás de conocer, hijo mio, que yo no te habré traido aquí sin tomar mis precauciones; á estas horas estas tú tan comprometido como yo; los vestidos que tienes puestos son vestidos robados, y puedo probar que has venido aqui á dormir y á cenar conmigo de tu *motu* propio. Así pues denunciarme es denunciarte. Te desafio á que vayas al desembarcadero, te he señalado como espia, y si vuelves á parecer por allí

no te valdrá ni la vírgen... No cuentes con llamar á la guardia porque te pondrian preso por vago, y te aseguro que antes de dos horas sabria la justicia que el trage que llevas es robado...

Despues de una pausa el Anfisbena añadió:

—Qué dices á esto?

—Sois un infame, grité.

El bandido se encogió de hombros.

—Un infame?... repuso, un infame! Vamos á ver? ayer mañana te comias los codos de hambre; yo te dí pan; por la noche te morias de frio, te dí un asilo.... ibas cubierto de harapos... te he puesto hecho nuevecito de piés á cabeza. Sácame muchas personas honradas que hagan por tí lo que yo.

—Pero, con qué objeto me habeis socorrido? Para conducirme al mal?

—Vaya una gracia! Es claro! Pero me holgaria saber si las gentes honradas te darian otro tanto para conducirte al bien?

Apesar de que era paradojo ese raciocinio, aterróme el paralelismo: no pude contestar una sola palabra... Y lo confieso avergonzado, lleno de remordimientos, olvidé por un momento que Claudio Gerard, muy pobre tambien, me habia recogido para hacer de mí un hombre de bien; fuerza me era reconocer que el bandido me habia tendido la mano y que me ofrecia un porvenir holgado.

El Anfisbena me observaba en silencio; hubo de creer que sus proposiciones y que su teoria cínica empezaban á socabar mi resolucion y temiendo sin duda comprometer por una insistencia brutal la ventaja que suponia haber alcanzado sobre mí me dijo:

—Escucha, bien pensado nada por fuerza sale bien... no quiero abusar de tí, ni que sea puñalada de pícaro... Estas bien abrigado; ese pan y esa leche te bastarán para pasar el dia de hoy. Sal... busca un medio de ganarte la vida honradamente como tú dices. Hay tanta gente virtuosa!... añadió con sarcástico acento, que no podrás por menos de hallar una persona que te ayude... mil brazos te ayudarán con solo que hables, no me cabe duda. Sin embargo, si por una de esas rarísimas casualidades de la suerte, todas esas gentes honradas te recibiesen como á un perro hambriento en una cocina bien provista... volverás y aceptarás ese pequeño empleo de dependiente que te he propuesto... Te acomoda?

Permanecí mudo; el bandido prosiguió:

—Está por demas añadir que ten-

go bastante confianza en tí para no creerte capaz de vender los vestidos que tienes puestos, á fin de comprar otros de menos buen uso, y vivir con la diferencia del precio. Y ahora para probarte que yo hago lo que digo... sal si te place... eres libre.

Y al decir esta última frase abrió de par en par la puerta de la habitacion.

XLII.

TENTACIONES.

Así que la puerta estuvo abierta lancéme precipitadamente fuera del aposento; pero el Anfisbena me detuvo diciéndome:

—Toma ese papel, en él van escritas las señas de mi casa..... como tú no sabes en qué barrio nos hallamos, es preciso que cuando vuelvas esta noche puedas preguntar; si yo vuelvo

antes que tú, nómbrate y llama... si tú volvieses antes, aguardame en el corredor... Cómo? te marchas sin almorzar?

—Este pan será mi cena si esta noche vuelvo.

—Repulgos con un amigo?... como quieras,.. Vaya pues... me alegraré que tengas una caza de gente honrada, feliz... alejéme; el bandido me llamó.

—Oyes...

—Qué?

—Si das con esta clase de gentes... mira, traeme uno para mandarlo embalsamar.

Encogíme de hombros y bajé rápidamente la escalera.

Apenas me hallé al aire libre me dirigí á casa del señor de Saint-Estevan pero tan infructuosamente como la primer vez, solo el portero se mostró algun tanto compasivo, y me

indicó un tal Mr. Terstre famoso banquero y hombre caritativo.

Fuíme á la casa de este personage y despues de mil incidentes que omito, salí de allí sin obtener socorro alguno, pues el digno señor, á fin de no poner en malas manos sus limosnas, exigia certificaciones de los comisarios y del cura párroco del barrio. Lo mismo me sucedió con una señora en cierta iglesia donde entré, y salvo las certificaciones, me cupo igual suerte con un sugeto al cual me acerqué á pedir en los Campos-Elíseos.

Cuando llegó la noche, á cosa de las diez, rendido de cansancio volví á la vivienda del Anfisbena bajo el imperio de la brusca revolucion que en mí operado habian los sucesos del dia; mi alma se hallaba sumida en la duda y rebosaba acibar; la ira, el ódio reemplazaban mi acostumbrada

resignacion; despues de tantas y tan vanas tentativas para libertarme de la suerte que me anonadaba, las nociones de lo justo y de lo injusto del bien y del mal, empezaban á confundirse en mi mente.... y funesto síntoma, á separar la práctica de la teoría en punto á honradez.

Estaba sobre todo cansado!... cansado de sufrir!... cansado de esperar en vano! cansado de temer por el porvenir! causado de decirme:

No moriré mañana de hambre y de frio?

Aceptaré, me dije á mí mismo, aceptaré interinamente los ofrecimientos del Anfisbena, ganaré de este modo algunos dias en los cuales quizás recibiré una contestacion de Claudio Gerard ó de la viuda del señor de Saint-Estevan á la cual habia tambien escrito, y si nada puedo alcanzar... me libertaré de una

vida por todos conceptos harto miserable.

Sumido en estas ideas, luchando entre la infamia y la muerte llegué á la morada del bandido... me estaba esperando.

—*Has hecho cruces*, me dijo riendo á carcajadas, ni siquiera me traes un hombre caritativo para embalsamar?

—Seré vuestro dependiente, le dije con sombría resolucion.

—Mañana?

—Mañana.

—Por fin! He aqui el órden de nuestra marcha: Contaba con que volverias, he hallado hoy una pequeña habitacion y la he alquilado por tres meses, mañana iremos juntos á verla. Dirás que te gusta, firmarás las condiciones, yo me arreglaré con el fondista y nada te faltará; á fin de tomar aliento y darme alguna garan-

tía, llevarás un reloj al monte de Piedad; pasado mañana estarás de huelga, pero luego volveremos á nuestras operaciones.

—Corriente, le dije, pero tengo hambre y sueño.

—Te aguardaba para cenar. Ve ahí víveres mejores que pan y leche y vé á ese lado un buen colchon. Esta noche recupero mi cama... privilegio debido á mi edad jóven...

—Dadme un poco de vino....

—Eso se llama hablar bien. Tengo allí precisamente un frasco de Madera... vamos, saborea ese nectar, hijo mio...

Comí y bebí con avidez; estaba tan poco acostumbrado á beber que me acosté, sino borracho, completamente aturdido por lo menos, pues mis recuerdos en todos momentos tan presentes, se desvanecieron al final de aquella noche.

Al dispertar, hallé al Anfisbena en pié y vestido.

—He dado cita al propietario para las once, son las diez, con que vístete y partamos.

Díjome esto el bandido, vestíme y partimos.

El propietario nos aguardaba en su casa, calle del Arrabal Monmartre, firmé el contrato y me ví dueño de una habitacion muy decente compuesta de tres piezas.

Cuando salimos de la casa, me dijo el Anfisbena:

—Acabamos de hacer un negocio magnífico, el procurarse géneros nada vale, el busilis está en venderlos, y en venderlos bien, sin dispertar sospechas.

—No lo dudo..... dónde vamos ahora?

—Al monte de Piedad; pedirás por el reloj y la cadena cuatrocien-

tos francos, te darán trescientos y los tomarás....

—Esta bien, vamos.

—Toma el reloj.

—Luego.

—Como gustes.

Me sentia en una disposicion de espíritu, á corta diferencia, análoga á la del hombre cuando sueña, mas que solo tiene una idea vaga de que está soñando; por lo demás no sentia remordimiento alguno; me creia muy disculpable y en mi rencor contra la sociedad, me decia:

La he pedido pan y trabajo hasta con testarudez, no me ha contestado, me ha puesto necesariamente en la alternativa de morir de hambre ó de cometer una accion indigna; caiga pues el baldon sobre esta sociedad meretriz, ella desconoce *mis derechos de vivir*, yo desconozco sus leyes.

Hubo mi compañero de advertir en

mi rostro la espresion ácre de mis pensamientos, pues me dijo:

—Así me gusta verte, hijo mio; estás pálido, tus dientes rechinan.... Estoy seguro de que con una navaja en la mano serias capaz de resistir á diez.

Pronunció mi compañero estas palabras siniestras, en el momento de vernos precisados á pararnos en medio de la calle, porque algunos coches obstruian el paso; estaba yo en la acera y de pronto dí un grito..... acababa de ver á Regina en uno de los coches detenidos.

Iba la jóven de negro, cual yo la habia constantemente visto en los aniversarios de la muerte de su madre; ligera palidez cubria su hermoso cuanto melancólico rostro, y parecia estar pensativa.

Por casualidad volvió la cara hácia mí, y sin que ella diera señales de

haberlo notado, nuestros ojos se encontraron.

En este momento, quedó libre el paso y el coche que encerraba á la encantadora niña desapareció.

La mirada de Regina fué eléctrica; una brillantez sublime alumbró de pronto el abismo en que iba á caer.. Un instante bastó para tomar una resolucion.

Varias personas detenidas como nosotros, me separaban del Anfisbena; ví á mi izquierda una puerta cochera, y bajo la bóveda los primeros escalones de una ancha escalera; aprovechando un momento en que el Anfisbena volvió la cabeza entréme por la puerta, subí la escalera, parábame en cada tramo, y la volví á bajar haciendo los mismos altos, ganando así un cuarto de hora á lo menos; salí con precipitacion mirando en seguida á todas partes, con

La mirada de Regina fue eléctrica.

objeto de ver si estaba por allí el bandido, mas ya habia desaparecido. Seguí entonces calle arriba, crucé por varios callejones, y fuí á parar á las últimas casas contiguas á una barrera; una vez allí era libre y respiré.

Durante esa mi precipitada marcha, mi resolucion habia tomado cuerpo.

Volviendo los ojos en torno, apercibí, confinando con las últimas casas del arrabal, varias escavaciones profundas procedentes de construcciones interrumpidas sin duda por el lluvioso invierno; un cerco de maderas, algun tanto desviadas unas de otras, rodeaba aquellas paredes. Una de ellas se elevaba muy poco sobre los cimientos; ví en ella un sótano medio concluido, pero cuya escavacion formaba un profundo hoyo. La Providencia me servia á pedir de boca,

aguardaba con impaciencia la noche. La luz del dia me dañaba...

Llegó la noche...

Hice con facilidad un agujero en la juntura de los maderos, baje luego á los cimientos, y por medio de una poca paja que saqué de encima las piedras; con la cual siempre las cubren durante el invierno, me arreglé una especie de cama en el fondo del sin acabar sótano, cogí una losa, púsela por almohada, y me tendí allí... á esperar la muerte!...

Vos, Dios mio! vos lo sabeis, tomé esa resolucion sin ódio, sin ira, sin maldecir mi destino... Tan malos resentimientos cual mis culpables decisiones, habíanse desvanecido ante una sola mirada de Regina.

No, me resolví á morir, lisa y llanamente, porque no hallaba los medios de subsistir.

Porque no queria vivir al precio

del deshonor, como antes pude pensarlo.

Porque en fin, no me sentia ni el valor, ni la voluntad, ni la fuerza de prolongar en vano la terrible lucha que tres dias hacia estaba sosteniendo contra la fatalidad de mi posicion.

Yo no me mataba, ni lanzaba un postrer y furibundo anatema contra esa sociedad implacable; no, no, vos lo sabeis Dios mio!... Resignado, lleno de misericordia y perdonando, sufria la *imposibilidad material de vivir*... cual se soporta una enfermedad mortal.

Esta enfermedad era la miseria.... moria de miseria..... pero yo no me mataba...

Para poderlo hacer, me acordaba demasiado de mis pláticas con Claudio Gerard sobre el suicidio, quien distaba mucho de considerarlo como

un crímen, el suicidio podia segun él, llegar á ser heróico, sublime, pero no le admitia sino en pocos casos.

—«Quererse matar, es declararse victima y verdugo á la vez; me decia Claudio Gerard, es fuerza antes argüir, juzgar y pronunciar el fallo ante el tribunal supremo de la conciencia misma. Nunca se emplearia tiempo demás en pensarlo, y sobre todo no se debe tomar resolucion alguna sin haber contestado á las preguntas siguientes:»

—«El número de vuestros infortunios sobrepuja al de las fuerzas humanas?»

—«Vuestra muerte será de alguna utilidad á alguien?»

—«Os han probado que vuestra vida será ya inútil á vuestros hermanos?»

«Pensadlo bien! por miserable que sea el hombre puede aun prestar

muchos servicios á otros hombres. Si es jóven y fuerte, puede defender á seres mas débiles que él; si bueno é inteligente, puede instruir y mejorar la condicion de aquellos que son malos por ignorancia; en una palabra, no hay *pequeños servicios* comparables á la esterilidad del suicidio; cuando las circunstancias no lo hacen heróico, sublime, una vida ociosa y estéril puede solo compararse á una muerte esteril...»

Segun lo dicho no tenia yo derecho para matarme... Mi muerte hubiera podido afligir á Claudio Gerard... y mi existencia servir de algo á Regina.

Por esto yo no me suicidaba..... moria...

. . . . . .

Desde aquella noche, empezó para mí una especie de agonia moral y física, si bien mucho menos doloro-

sa de lo que yo la habia juzgado.

La temperatura de aquel sótano húmedo y sombrío era casi tibia, cuando pasadas las horas de la noche empezé á ver la luz de la mañana á través de mi cubil, sentí, rareza inaudita! cierto gozo en decirme: *no saldré..... en todo el dia.* No tendré que preocuparme por pan ni por asilo.

Pasé aquel dia en una inmovilidad calculada, pues tardé poco en hallar en ella frio y completo embotamiento; pegado el rostro á la pared de la cueva, cerrados los ojos me absorbia en los recuerdos de lo pasado.

Esta larga meditacion fué cual tierna y solemne despedida dirigida desde lo mas hondo de mi corazon á todas cuantas personas habia amado...

Bamboche..... Vascona..... Claudio Gerard, Regina, se vieron por tur-

no evocados en mi pensamiento mas y mas débil, á medida que el tiempo transcurria; á la caida de la tarde comencé á sentir los dolorosos vértigos del hambre; felizmente hicieron reaccion en mi cerebro muy debilitado ya...

. . . . . .

Cuando recobré los sentidos, empezaba á amanecer; me hallaba tendido en un catre, colocado sobre una tarima muy alta, pues ví á mis piés una cuadra donde habia treinta ó cuarenta caballos.

Creí soñar, miré en torno con sorpresa creciente, y de pronto oí subir la escalera que conducia á la tarima, á pesar de mi debilidad reconocí en seguida en la persona que pareció, la cara bondosa del cochero que me llevó á todas partes el dia de mi llegada á Paris.

—Vamos, por fin abristeis los o-

jos! me dijo con alegre acento. Bien decia el médico que solo estabais enfermo de necesidad... y lo ha probado, que en cuanto os dieron un poco de caldo..... ya pareciais estar mejor...

—Cómo me hallo aquí? pregunté-le conmovido..... gracias á vos sin duda.

—Mucho que sí, y hago de ello gala, muchacho, voy á contaroslo en seguida para que no se fatigue vuestra imaginacion; vamos pues al caso. Ayer por la tarde me alquiló una señora, abrí mi portezuela y ella ágil como un gato, entró en el simon, y bajó la cortinilla diciéndome:—Cochero á la barrera de la Estrella! así que llegueis á los Campos-Elíseos, en la avenida de Neully, poned los caballos al paso...—Comprendo, dije yo y subí al pescante... cinco minutos despues siento el cor-

don agitar mi brazo; paro, y bajo á abrirá un arrogante mozo que al subir me dice: al arrabal Montmartre, junto á la barrera parareis en unos terrenos donde estan edificando unas casas. Llegamos, bajan los dos jóvenes, y me volvia de vacio cuando noto un gentio circumbalar los cimientos, dirigíme allí, movido por la curiosidad, pregunto y me dicen que acaban de hallar á un hombre casi muerto de hambre.

—Esta respuesta me oprimió el corazon, me hago todo ojos, y qué veo? á mi pobre recien llegado de provincia! Eso no me admira, grité... No titubeo; distaba poco de la cuadra, bajo, digo que os conozco, os echo en el coche, os traigo aquí, mando por un médico, viene, dice que moris de hambre, os receta caldo, se os dá, y cuento que con mucho caldo y un poco de vino... eh?

Iba yo á mostrarle mi gratitud cuando el buen cochero prosiguió:

—Un momento... no viene sola una buena noticia, *los sombreros de hule* son gente honrada, he aquí lo que unos á otros nos digimos: Miguel nuestro mozo de cuadra se ha marchado; si este pobre jóven quiere, mientras, puedo tomar su puesto; no es cosa del otro mundo lo que hay que hacer, vigilar á los caballos durante la noche. Tendrá su cuarto en la tarima como la tenia Miguel y le daremos como á él seis reales diarios; ya veo que esto no es gran cosa para vos que veniais á buscar una hermosa colocacion á Paris; pero en fin, se asegura el pan, y con pan... se vé venir..... si la plaza de Miguel os acomoda, no hay mas que hablar, la tomareis en cuanto esteis del todo fuerte... No penseis en nada, somos veinte y escotando á dos sueldos dia-

rios cada uno, os daremos de comer hasta vuestro completo restablecimiento

. . . . . .

A Dios gracias habia pasado la época de mis mayores pruebas, no creo necesario decir con cuánta gratitud acepté el inesperado socorro que aquellas buenas gentes me ofrecian; en algunos dias volví á mi natural robustez. Instruido por la esperiencia y por los preceptos de Clandio Gerard, desempeñé fielmente mi trabajo que me proporcionaba un pan ganado con honradez.

Al cabo de seis semanas mi protector me dijo:

—Hijo mio, tengo un cuñado de portero en la calle de Provenza; en este sitio hay una *esquina* escelente para un mozo de cordel activo é inteligente y que como vos, cosa poco vulgar, sabe leer y escribir; mi cu-

ñado os asegura ademas la parroquia de las gentes de la fonda donde él está; esto solo es un diario de diez á doce reales! Si os agrada mas que ser mozo de cuadra os buscaré un testigo para que os *matriculen*... eso no es mucho tampoco, pero tendreis un trabajo menos cansado que aquí... se asegura la bucólica, y luego se ven las cosas como vienen....

Acepté con tanto mayor gusto por cuanto esta nueva oferta me libertaba del contacto brutal de mis honrados amos, *brutalidad* hija de la educacion, digo esto sin que pueda en lo mas mínimo ofender la intensa gratitud que les profesaré mientras viva.

XLIII.

LOS RECADOS.

Sin gozar de una posicion asegurada, vivia desde algunos meses libre de los ódios y horribles contactos que me habian metido en un lodazal; gracias á la proteccion de mi amigo el cochero, era ya mozo de cordel, estacionado casi siempre en la puerta de una

fonda de la calle de Provenza; doloroso é incomprensible me era no haber recibido contestacion alguna de Claudio Gerard á quien habia escrito muchas veces; tambien la viuda de Mr. Saint-Estevan guardaba silencio. Mi empleo de mozo de cordel no me acababa de agradar, hallaba en él ciertos puntos de contacto con la servidumbre... Sin embargo, muchos años de mi vida tenian que pasarse en ella..... Presto quedará esplicada esta contradiccion.

La sola compensacion (y lo confieso era bastante grande) de ese servilismo, consistia para mí en cierto placer de observaciones, facultad muy desarrollada en mí, desde que habia sentido la necesidad de aislarme en mis pensamientos, en mis reflexiones, en mis recuerdos, á fin de escapar á las repugnantes realidades que me rodeaban.

De la reflexion á la observacion solo hay un paso, mayormente cuando á esa necesidad de observacion se junta un sentimiento de curiosidad... no de curiosidad pueril, baja, sino de casi *curiosidad filosófica*. Así pues, yo hallaba en mi condicion de mozo de cordel un vasto campo abierto á mis estudios.

Ganaba pues con qué pasar, hallando cierto gusto ya en procurar adivinar la naturaleza de las misivas de que me se encargaba, ya por la prisa que se me recomendaba en mi diligencia, ya por el modo con el cual se me daba y se recibia la carta, y por otras mil pequeñeces que fuera prolijo detallar, pequeñeces que me ponian en el terreno de muchos descubrimientos.

Hacia un mes que me hallaba empleado no solo todos los dias, sino á todas horas, por un jóven que tenia

un cuarto de la posada. Era este, Baltasar Roger aquel reacio que tanto habia acibarado la existeneia del pobre Leonidas Tiburon, escelente discípulo reducido luego á la modesta condicion de *hombre-pez;* Baltasar Roger, cuyo nombre goza en el dia de celebridad europea era tan solo conocido entonces de algunos amigos iniciados en sus composiciones. Ese jóven poeta, tenia un corazon bueno si los hay, la imaginacion mas alegre, mas original que he visto en toda mi vida. Era feo, pero de fealdad tan agradable, tan retozona, tan animada, reia con tanto gusto, daba una buena fé á cuántas locuras espetaba, creia con tanta sencillez sus mismas inocentes mentiras, que olvidaba uno su fealdad para no ver mas que su talento y su buen natural.

Apesar de esa jovialidad, de esa verva de agudeza la poesía de Bal-

tasar tenia un sello sombrío, apasionado, feroz, el jóven escritor sacrificaba entonces al gusto de la época sus naturales dotes.

Las diligencias que me encargaba Baltasar, un mes hacia, eran tanto mas largas é interminables, por cuanto tenian por objeto vender sus obras despreciadas entonces, y con justicia admiradas ahora. Les editores no podian ser mas intratables. Despues de peregrinaciones á todos los barrios de Paris, volvia tristemente á casa de Baltarsar con el taleguito, cárcel de sus manuscritos.

A pesar de estas decepciones la tranquilidad de Baltasar era heróica, su buen humor imperturbable. Era pobre y á veces se veia reducido á un estado cruel sin que jamás su confianza en el porvenir, hija de su talento, le abandonará; no era en él orgullo, sino prevision, conciencia

de lo que valia; por eso, fija la mente en ese deslumbrador porvenir, hacia muchas veces los sueños mas espléndidos.

Una mañana me entregó su precioso talego con algunos rollos de papel diciéndome:

—Martin... ahí van, primero: *Un corazon triturado*. Segundo: *La risa de Satanás*. Tercero: *Las agonías de un ahorcado*. Cada manuscrito lleva su correspondiente carta, y cada carta va á diferente editor. Te prohibo deshacerte de cada manuscrito por menos de cuatro mil francos. Y te encargo... te encargo! que solo recibas las cantidades en oro, lo oyes?... en oro, es cosa convenida ya con mis editores. Nada de billetes de banco, nada de escudos, oro, oro tan solo, comprendes?

—Sí, señor.

—Toma esa cajita que podrá con-

tener fácilmente los seiscientos luises... ahí vá la llave.... mete la caja en el talego... y ojo avizor, Martin.. hay muchos rateros... se andarán tras de tí... cuidado que esos tunos huelen el oro... á cien leguas.

—Nada temais, señor.

Baltasar me daba sus órdenes con tan buena fé, creia él con tamaña conviccion en los seiscientos luises futuros, que á pesar de muchas otras defecciones que yo habia esperimentado ya, acababa por participar de su creencia; pero ay! la ilusion duró muy poco. Apenas regresé me dijo Baltasar:

—Cuento con que solo has querido tomar oro?

—Señor, no me han ofrecido...

—Mas que billetes de banco? estúpidos!

—No señor... ni...

—Escudos sin duda?... Profanos!

pagar la divina ambrosía en clásicos escudos... en escudos viles... cual si fuera melaza... ó ciruelas... cervecceros! Deberia existir una moneda de brillantes para pagar á los poetas.

—No me han ofrecido nada, señor, dije yo tristemente.

Y Baltasar encogióse de hombros recuperando en seguida su acostumbrada tranquilidad, diciéndome con arrogancia:

—Vuelve mañana temprano; irás de nuevo, pero les costará cien luises mas á cada uno... te daré veinte y cinco luises de propina..... con ellos podrás poner un establecimiento de lo que mas te acomode..... Puedes llegar á ser millonario... Santiago Laffite vino á Paris con dos luises en el bolsillo... tú tendras veinte y cinco... con los cuales, segun calculo, hay para llegar á ser veinte y tres veces mas rico que Santiago La-

ffite... Qué tal? Hasta mañana, Martin; coje mis botas..... no las hagas muchas cosquillas con el cepillo..... porque hay una de esas pobres huérfanas que rie mucho mas de lo que debiera... Hasta mañana...

Todas estas locuras sobre su venidera fortuna decíalas Baltasar formalmente; en la exaltacion de su fecunda imaginacion, la esperanza mas insensata se trocaba para él en realidad... dispertábase luego y volvia á su trabajo con ardor infatigable; tanto, que se pasaba dos y tres dias sin salir de casa.

El poeta me habia prometido veinte cinco luises; aun cuando solo me hubiera dado la vigésima quinta parte de esta suma, se lo hubiese agradecido mucho. Hacia un mes poco mas ó menos que Baltasar me ocupaba todo el dia con sus diligencias literarias, aun no me habia pagado, me

hallaba yo en muy crítica situacion y tocando al final de diez francos economizados. Baltasar á quien, no sin hacer un esfuerzo, habia pedido algun dinero me contestó magestuosamente:

—Quita allá! pienso para tí en alguna cosa mejor que en este miserable salario cotidiano.

Esta respuesta, poco esplícita, me impidió reiterar mi demanda, temiendo herir su amor propio. Resignéme pues á esperar, sin saber como me arreglaria para salir de tan cruel situacion, caso de que se prolongára.

Fuí al dia siguiente y regresé luego con el talego subiendo lentamente los cinco pisos, buscando un medio para decirle sin causarle tanta pesadumbre la infructuosidad de mi diligencia, y para pedirle algo á cuenta, pues me acababan de despedir de mi cuarto por no pagar los alquileres.

Llegué á la puerta de Baltasar, halléla abierta y no sin mucho asombro ví una maleta y un saco de noche en el pequeño recibidor que precedia al cuarto del poeta; de este último aposento salian alegres risotadas y no menos alegres esclamaciones entre las cuales oí:

—Vaya con Roberto!..... querido Roberto!... habrá sorpresa mas agradable!...

Al oir este nombre recordé al viajero cuyo equipage llevé cuando saltó del vapor, y quien, á pesar de su disfraz, fue puesto preso delante de mí y llevado á la cárcel.

Eché una mirada á la maleta y leí en efecto: El conde Roberto de Mareuil.

No me quedaba duda, era el amigo de infancia de Regina, era ese Roberto del cual me habló como de un rival el desconocido de la ta-

berna de *los Tres-Toneles*.

El inesperado encuentro de Roberto de Mareuil era para mí del mayor interés. Esto sin duda hizo que mi corazon latiese violentamente al llamar á la puerta de la habitacion de Baltasar.

—Adelante, me dijo el poeta.

Y luego, así que me vió, con alegre esclamacion repuso:

—Ahí tienes á nuestro mercurio! Roberto..... mas á tiempo no podias llegar para que tomásemos juntos nuestro baño de oro...

Al decir esto el poeta, cuyos ojos chispeaban, apoderóse de la famosa cajita de recaudacion que yo llevaba en la mano, mas hallándola muy terriblemente ligera, encogióse de hombros y con acento de impaciencia y reproche esclamó:

—Vamos..... *siempre* billetes de banco?..., siempre esos harapos su-

cios, impregnados con toda la grasa que despiden los dedos de los cajeros!

Es imposible pintar la espresion de verdadera repugnancia con la cual Baltasar Roger abrió la caja que debia encerrar aquellos innobles billetes.

Abierta la caja... vióla vacia.

Siempre tranquilo y arrogante no pestañeó.

—Dime Baltasar, dijo Roberto, quien me pareció estar iniciado en las exaltaciones de su amigo; y nuestro baño de oro?

—Aguarda hasta mañana, contestó magestuosamente Baltasar, y en vez de tomarle en un clásico y mezquino baño, lo tomaremos en un rio!... Sí nadaremos en pleno *Pactolo*, haremos el muerto, nos undiremos en él, nos zambulliremos, salpicaremos todos los alrededores. Y mientras lle-

ga ese afortunado momento... no te separas de mí... Hay un cuarto contiguo á este y lo alquilarás.

—Así pensaba hacerlo, dijo Roberto. Crees acaso que pensé vivir en otra parte?... Pero mira, es preciso que participe mi llegada á mi primo... urge mucho.

—De qué primo quieres hablar? Este primo me dá celos, cómo se llama?

Toma... el baron Norlieu...

—Ah!..... ese original. Padre de esa encantadora jóven... que tú...

Una señal de Roberto interrumpió á Baltasar.

Ambos amigos se miraron..... sin percibir mi turbacion.

El baron de Norlieu..... era el padre de Regina.

—Te comprendo Roberto, dijo Baltasar á su amigo... En negocios tales primero discrecion, y siempre

discrecion... Pero no temas.... Martin ese muchacho que te recomiendo es la sencillez y la probidad personificadas; tiene la dicha de ser zote como un ganso..... ágil como un gamo.... y puntual como un buen reloj, cosas todas que hacen de él un mensagero sin igual...

Te pido pues tu proteccion para Martin.

Fijó Roberto un momento los ojos en mí con desdeñosa distraccion; bajé la vista, temblando de que me reconociese, mas fué vano mi temor y Roberto dijo á su amigo:

—Qué es este muchacho?

—Es mi recaudador..... contestó Baltasar embozándose con dignidad en su vieja bata, un tesoro de probidad; desde que le empleo jamás me ha faltado un maravedí en las cuentas que me dá...

—No lo dudo, contestó Roberto

riendo, y como su empleo de recaudador debe dejarle bastantes ratos libres, me permitirás le mande á un recado.

—Te autorizo á ello Roberto.

—En primer lugar dáme lo necesario para escribir.

—Ya sabes Roberto que hay dos clases de seres privilegiados, en casa de los cuales se hallan siempre plumas ensortijadas á guisa de cuernos de caza, y tinta al estado de argamasa. Estas dos clases de hombres son los porteros y los poetas. Esto dicho, mira como poeta lo que puedo hacer por tí...

Y con el dedo, Baltasar indicó á su amigo un bote de pomada en cuyo fondo cuajaba una especie de espuma negruzca.... Era tamaña la espesa viscosidad de aquel sólido-líquido, que una pluma sin barbas se veia enclavada en él.

—Dáme papel ahora..... dijo Roberto de Mareuil buscando en vano lo que pedia encima la mesa del poeta, donde como en compensacion se hallaban una babucha, una botella, un par de tenazas y un levita; en fin, despues de laboriosas pesquisas, ambos amigos concluyeron por dar con una hoja de papel algun tanto regular; desliése la tinta lo mejor que se pudo y el conde se puso á escribir en un ángulo de la mesa diciendo á su amigo:

—Pensándolo bien, no creo que esta carta me sirva para gran cosa....

—Sepamos primero á quien escribes?

—A mi primo.

—El baron de Norlieu?

—Al mismo.

—Y por qué no te servirá de nada la carta?

—Dicen que el baron está casi loco.

—De pesar...

—De qué pesar?

—Del que Jorge Dandin se quejaba á su suegro y á su suegra, dijo Roberto de Marenil mirando á su amigo con significativa inteligencia.

—Era evidente que ambos creian en la verdad de estas palabras ininteligibles para mí.

—Vaya... vaya... con el pobre baron, dijo Baltasar con acento de cómica piedad; loco por eso... le habrá subido el mal á la cabeza.... Y luego interrumpiéndose añadió: Perdona, querido Roberto, esa pulla de notario ó de dentista, al hallarse en galanteo.... Pero formalmente, si el baron está de verás loco... debe sobresaltarse.

—Por qué? dijo vivamente Roberto de Mareuil, levantando la cabeza.

—Toma por qué!..... por lo que harto sabes tú...

—Todo lo contrario, dijo Roberto mirando fijamente al poeta.

—Cómo, todo lo contrario?

—Ciertamente...

—Si yo te hablo.... de doña Elvira...ó si mas agradarte puede, de doña Ana, don Juan!

—Por lo mismo, contestó Roberto..... Una vez puesto en su pedestal el comendador no incomoda á nadie.

—Ah!... bien!... muy bien!... entonces comprendo, dijo Baltasar Roger. Pero te será muy fácil asegurarte de si el baron está casi loco.

—No tanto como tú crees..... hay en la casa un viejo mulato.... un tal Melchor... criado antiguo.... que no deja así como así que hablen al baron.

—Se domestica al cerbero..... y por otra parte se informa uno. Quién llevará la carta?

—Este muchacho... contestó Ro-

berto de Mareuil señalándome con un ligero movimiento de cabeza sin dejar de escribir.

—Oyes, me asalta una idea! esclamó Baltasar.

Y meditando para dar mayor madurez á su idea sin duda, puso á pasearse de arriba á bajo por la habitacion, en tanto que el conde Roberto de Mareuil concluia su carta.

XLIV.

EL ARRABAL DE ROULE.

NECESARIO me fué un grande imperio sobre mí mismo para en apariencia mostrarme completamente insensible y ageno á aquella conversacion, conversacion que sin embargo me heria en lo mas profundo de mi corazon... Iba á saber dónde vivia el padre de

Regina, y quizás á verla tambien á ella.

Gracias á la enseñanza de Claudio Gerard, me habia familiarizado bastante con las obras maestras de nuestro idioma para comprender el sentido de la comparacion cogida del don Juan por Baltasar y el conde de Mareuil; tratábase del padre de Regina. Si la alineacion mental de este era real debia de ser menos *temible*...

Menos temible?... para los proyectos de Roberto sin duda? Pero cuáles eran estos proyectos?... Esto me faltaba saber, y me ponia en un potro.

Creia conocer bastante á Baltasar, para estar seguro de que no prestaria nunca su apoyo á designios malos ó indignos de él; pero ignoraba el carácter y los antecedentes de Roberto de Mareuil. Todo lo que de él sabia era que habia sido preso tres

meses antes. Salia de la prision? Ignoraba este arresto Baltasar? Tales eran entonces mis pensamientos.

Me interesaba demasiado penetrar lo que ser pudiese Roberto de Mareuil para que yo no estudiára la espresion de su fisonomía con el mayor cuidado; entregué me á este exámen, mientras Roberto escribia y Baltasar daba paseos por el cuarto con pensativo ademan.

Observando cuidadosamente á Roberto de Mareuil, reparé solo entonces que llevaba sus vestidos blanqueados ó lustrosos en algunos puntos, blanco y lustre debido á la vetustez; su sombrero tenia reflejos pajizos y su camisa era de dudosa blancura. Sin embargo, era tamaña la elegancia natural y el desembarazo de las facciones de aquel jóven, que en un principio no reparé en la pobreza de su traje; su rostro sin ser

de una belleza regular , tenia espresion encantadora; sus cabellos castaños, como su sedosa barba, se rizaban naturalmente; era su porte altanero, iba con la frente erguida, tenia ojos muy vivos y atrevidos, mientras su lábio ligeramente burlon, y su nariz recta y afilada parecian revelar resolucion y tacto.

El conjunto de esa cara debia inspirar mas bien simpatía que otro sentimiento contrario, y sin embargo, ya por prevencion, ya por instinto algunas veces que frunció el ceño y guiñó los ojos acompañando esos movimientos de sonrisas ligeramente sarcásticas, las cuales no pudo disimular Roberto de Mareuil mientras escribia, me parecieron marcar en su fisonomía algo de falsedad y de dureza que en verdad me chocó.

Permanecia inmóvil, silencioso en la puerta, haciendo el beodo cuanto

mejor sabia, esperando la carta de Roberto de Mareuil, mientras el poeta yendo y viniendo en su cuarto continuaba en *madurar* su idea, estuvo por fin en sazon, pues parándose de pronto dijo:

—Martin..... eres un muchacho honrado y fiel...

—Tanta bondad, señor...

—Quiero asegurarte una posicion regular...

—A mí señor?

Creí francamente que se trataba otra vez de los veinte y cinco luises de propina que debian llegar á hacerme en algun dia veinte y tres veces mas rico que Santiago Laffitte. Mas nada de eso. Roger olvidaba muchas veces con modestia increible los millones de que le hacia dueño su fecunda imaginacion y los que prodigaba á los demás.

—Sí, Martin, repuso, quiero ase-

gurarte una posicion decente.

—Mucho me honrais, señor...

—Vamos á ver, díme..... desde que me haces los recados..... me parece que nunca te he pagado?

—No señor... pero...

—No hablemos ya de esa miseria, todo lo saldaremos en breve... Ahora, escúchame. El señor conde de Mareuil, amigo mio, vá á vivir conmigo, de hoy en adelante en lugar de tenerte como á criado prestado, preferimos tenerte en clase de servidor fiel y adicto, quieres quedarte en casa de criado?

—Señor...

—Aguarda antes de contestarme... Tendrás cuarto, estarás comido, bebido, calentado, alumbrado. vestido, calzado, peinado y querido! Tendrás cincuenta francos de soldada todos los meses.... que se capitalizarán y te se pagarán todos los años....

con los intereses, esto supuesto no puedes formarte una idea de lo que es la capitalizacion de los intereses... y de los intereses de los intereses..... En cincuenta años con solo tus soldadas capitalizadas consecutivamente, serás archimillonario. Te acomoda?

No podia escapar de la fatalidad de los millones.... Veinte y tres veces mas rico que Santiago Laffitte... Archimillonario á los cincuenta años de soldadas capitalizadas.... eran cosas ambas infalibles... Lo que menos turbio ví en la proposicion de Baltasar, fué que ese hombre escelente, hallándose entonces en la entera imposibilidad de pagarme mis recados, encontraba mas facil tomarme de criado.

Antes de la llegada del conde Roberto de Mareuil hubiese rehusado la proposicion, y esperando la vuelta de la primavera, época en la cual

creia hallar trabajo de carpinteria, hubiera pasado á otra calle á fin de no verme en el caso de hacer de valde los recados de Baltasar; pues á pesar de sus locas exaltaciones era su corazon tan bueno, tan generoso su carácter, que le habia tomado mucho cariño; pero la presencia de Roberto de Marcuil, un vago sentimiento de temor con respecto á Regina, me impelieron á aceptar momentáneamente, por lo menos, la proposicion; por débil que fuese el lazo que iba á ligarme con la existencia de Regina, cogíle contando servirla sin que ella lo supiera, y proseguir así en esta mision de adhesion ignorada, cuyo principio nació del culto á la tumba de su madre.

—Baltasar creyó sin duda que yo reflexionaba sobre lo que él me habia propuesto, pues me dijo:

—No te precipites en contestar,

Martin..... pero si tomas una resolucion, persevera en ella...

Temiendo dispertar sospechas apresurándome demasiado en aceptar, contesté como titubeando:

—Pero señor, yo no sé si podré... se requieren tantas cosas para ser un buen criado...

—Tú posees las cualidades necesarias: y sobre todo eres sencillo y cándido... sí, tú eres de los elegidos para entrar en el reino de los Cielos y que llegarán á tener un par de alas blancas, que les acariciarán las caderas durante la eternidad. Líbreme el diablo de los Frontin! de los Scapines! de los Figaros! ignoras lo que decirte quiero con estos nombres? Me miras con ojos de bobo, mi buen Martin.... mas vale así. No tienes mas defecto que el saber leer.... pero á lo menos no sabes escribir?

—Os equivocais, un poco...

—Lo siento..... pero no se puede ser perfecto. Además con tiempo y aplicacion, puedes llegar á olvidarlo todo.... vamos te conviene? Quieres ser nuestro criado?

—Si vos creeis que pueda conveniros, por mi parte haré lo que pueda...

—Ya eres nuestro, te doy cuarenta y cinco francos en paga y señal... los cuales se capitalizarán con los otros...

—Muchas gracias...

—No hay de que darlas... Vamos, concluiste la carta Roberto?

Mas como este profundamente ocupado en leer su escrito no se daba mucha prisa en contestar, el poeta repitió:

—Roberto... en qué piensas?

—Volvia á leer lo que acabo de escribir, dijo el jóven cerrando su carta.

Fuerza fué hallar lacre ú obleas,

mas no habia ni una cosa ni otra.

—Cómo! dijo Roberto no hay medio de cerrar una carta? como te compones tú?

—Jamás las cierro, contestó Baltasar con la sencillez de un hombre de los primeros tiempos... desafió al mas pintado á que las lea..... mas digo, se lo permito.

—Toma... yo lo creo... hieroglíficos cual los tuyos... es preciso tener la llave de tu letra... y aun así las mas veces me veo precisado á adivinar... á improvisar... pero yo que no tengo una letra al abrigo de las indiscreciones... pongo mucho empeño en cerrar esta carta.

—No te apures... hay lo necesario esclamó Baltasar.

Y sacando una cartera inmensa donde se hallaban varios planos correspondientes á la fachada interior, y adornos de un palacio que debian

empezar á edificar para él, sacó de entre el sinnúmero de vitelas un pedazo de cola de boca. Apoderóse Roberto de él y cerró la carta. Entregómela despues diciéndome:

—Sabes dónde está la calle del arrabal de *Roule?*

—Creo que sí... no hace mucho tiempo que estoy en Paris..... pero preguntaré... y la hallaré.

—Irás al número 119...

—Está bien.

—Preguntarás por el señor baron de Norlieu. Bien que tú sabes leer y ya lo veras por el sobre.

—Bien, señor...

—Y mi idea... esclamó Baltasar, interrumpiendo á su amo.

—Qué idea?

—La de saber si realmente el baron se halla en la situacion de Hanlet ó de Ophela por haberse visto en la de Jorje Dandin?

—Y cómo averiguarlo?

Encogióse de hombros el poeta y me dijo:

—En cuanto llegues á casa del baron de Norlieu... dirás al portero que tienes que entregar una carta al baron...

—Comprendo.

—Pero en manos propias... y solo á él, comprendes?

—Hago por comprender...

Volvióse Baltasar á su amigo con triunfante faz y señalándome dijo:

—No te digo yo que este no será nunca un Frontin?

—Cómo! repuso Roberto de Mareuil con impaciencia, no comprendes que no has de entregar la carta sino en propia mano del baron?

—Ah! Sí señor... ya caigo... no la entregaré sino al mismo baron...

—Acabemos, dijo Baltasar... Vamos á otra cosa... Tienes memoria?

—Cómo?...

—Inocenton!... Cuando has visto ú oido alguna cosa te acuerdas de ella despues?

—No, dos ó tres dias despues, de nada absolutamente.

—Pues bien! mientras entregas la carta... mírale atentamente, examina su rostro, observa cuidadosamente lo que haga, escucha bien lo que dice al recibir ó al leer la carta... procura sobre todo acordarte de eso.... y vuelve corriendo á decírnoslo... En tan poco tiempo no lo olvidarás, eh?

—No señor... siendo en seguida... Pero mañana, ya no me acordaré de nada...

—Cuando yo dije que habia descubierto en este muchacho al Anti-Scapin!... esclamó Baltasar.

—Si te preguntan que de donde viene la carta, añadió el amigo del

poeta, dirás que de parte del señor conde Roberto de Mareuil que acaba de llegar...

Y Roberto estuvo indeciso un momento, y luego repuso:

—Que acaba de llegar de..... Bretaña.

—De Bretaña, lo oyes? me dijo Baltasar y me pareció ver que se contenia para no soltar una estrepitosa carcajada, de Bretaña? repitió.

—Sí señor...

—Entonces.... despáchate.... me dijo Roberto y en seguida añadió:

—Oye, se me olvidaba... si de ningun modo te permitiesen hablar al baron, vuelve á traer la carta.... diciendo al criado que volverás mañana por la mañana á eso de las nueve.

—Está bien.

—Observa tambien, me dijo Roberto despues de un corto silen-

cio, sí entre los criados hay un mulato... si por casualidad entras en el aposento del baron, ve si está con él una jóven alta... muy linda. . y que tiene tres lunares en la cara... ya ves que te será fácil conocerla?

—Sí señor.

—Bueno!... observarás si esa jóven está pálida... y si está triste...

—No es una cosa del otro mundo, añadió el poeta.

—Claro que no... cuando uno está triste ó pálido es cosa que se ve en seguida...

—Entonces, Martinito, dijo Baltasar, despliega tus alas, y échate á volar escaleras á bajo.

Salí del cuarto y dirigíme hácia el arrabal de Roule con calenturienta impaciencia, devoraba el espacio...

Las señas de la casa donde vivia el baron de Norlieu eran las mismas que yo habia visto escritas en el perga-

mino, adornado con una corona real y simbólicas figuras... pergamino que hallé en la cartera que encerraba las cartas de la madre de Regina.

XLV.

REGINA.

Poco tardé en llegar á la estremidad del arrabal de *Roule*, donde se hallaba situada la casa del padre de Regina; la fachada esterior no era mas que una larga pared, en cuyo centro habia una puerta cochera; no lejos de esta puerta veíase parado un coche, tira-

do por dos arrogantes yeguas normandas; al acercarme parecióme reconocer la misma librea parda y azul galoneada de plata, que llevaban las gentes del vizconde Escipion Duriveau, cuando el lance del bosque de Chantilly.

Chocóme el encuentro, y deseando aclarar mis dudas, dirigíme al cochero, fingí quedar deslumbrado por la belleza del tronco y le dije:

—Este hermoso coche, esos soberbios caballos, no pertenecen al señor conde Duriveau?

—Sí, me contestó desdeñosamente el cochero.

Mi curiosidad aumentaba por momentos; Claudio Gerard me habia hablado del conde con tal aversion, me lo habia pintado con tan negros colores, que mi inquietud se acrecentó; pensando en los motivos que podian llamar al conde á casa del

padre de Regina, pues entonces recordaba que el desconocido de la taberna de *los Tres Toneles*, me habia bablado de un hombre de *mediana edad* como de un rival suyo.

Bajo la influencia de esa curiosidad é interes llamé á la puerta; me abrieron. No viendo portería dirigíme hácia un espacioso pabellon sito entre el patio y el jardin. En el mismo instante casi, en los primeros escalones de una grada, apareció el mulato que acompañaba á Regina en sus viages á la tumba de su madre; iba el mulato todo negro de piés á cabeza; la espresion de su rostro era dura y sombría.

—Qué se os ofrece?... me dijo bruscamente atajándome el paso.

—Quisiera ver al señor baron de Norlieu.

Miróme fijamente cual si le hubiese sorprendido mi audaz pretension,

y volviéndome las espaldas me contestó:

—El señor baron no recibe á nadie.

—Pero señor, tengo que entregarle una carta.

—Una carta?..... repuso volviéndose..... eso es otra cosa dádmela.

—Tengo órden de no entregarla mas que al baron en persona...

—Os he dicho ya que el señor baron no recibia á nadie..... Dadme la carta...

—Imposible... Es de suma importancia y no puedo entregarla mas que en sus propias manos...

—Si no quereis dármela, echadla al correo.

—No puedo, necesito contestacion al momento..... Si no me es posible ver hoy al señor baron, indicadme á qué hora podré verle mañana...

—Habrá testarudo! esclamó irri-

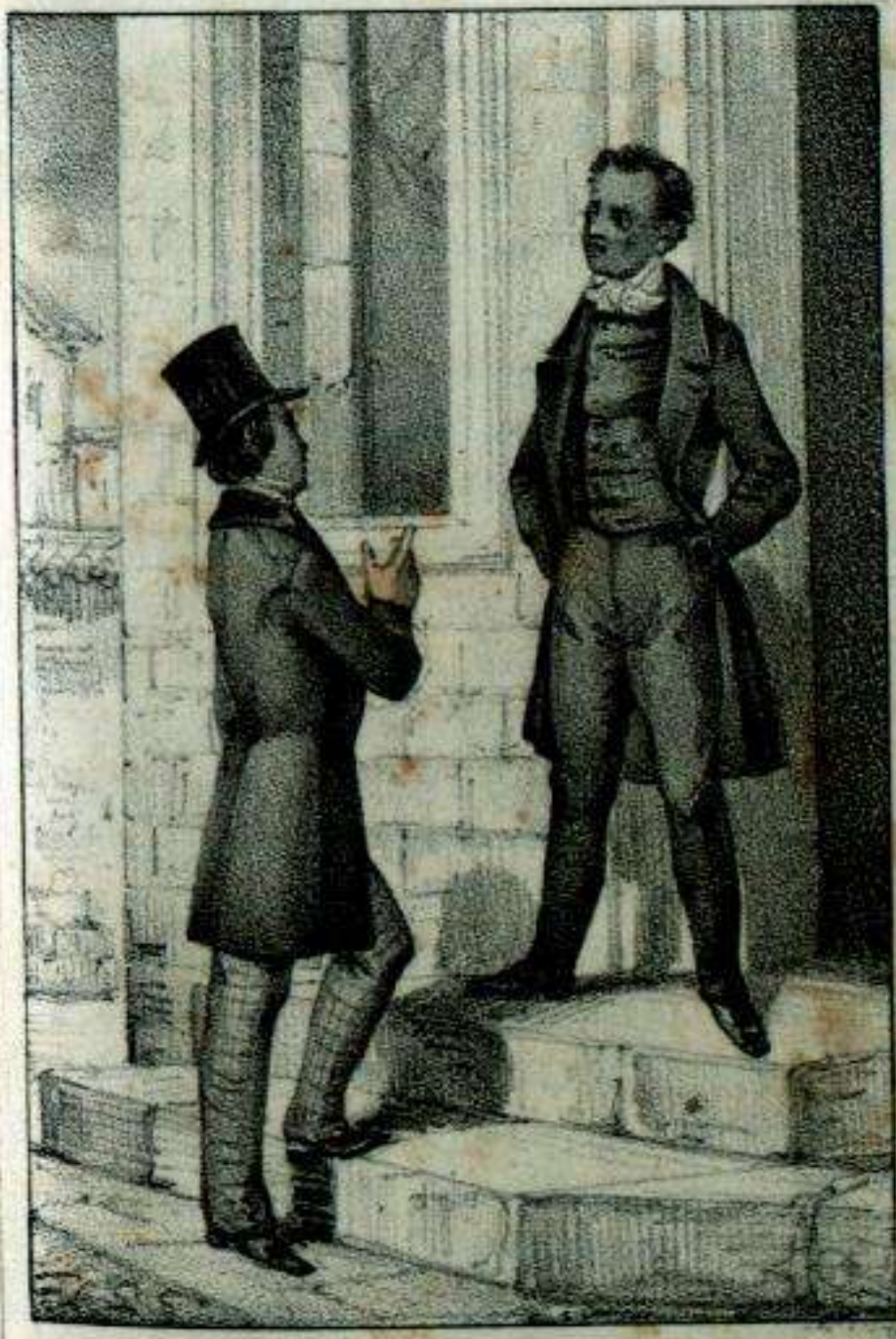
tado el mulato. Os repito que no podeis ver al baron, ni hoy, ni mañana, ni nunca, es bastante claro?.... Por última vez, dadme vuestra carta ó marchaos...

—El señor conde Roberto de Mareuil, que me envia, repuse observando atentamente al mulato... me ha mandado...

El criado no me dejó concluir. Temblando al oir el nombre del conde esclamó:

—El señor de Mareuil está en Paris!!

—Iba á contestarle cuando el estrépito de muchas puertas que sucesivamente se cerraban, y de pasos, hicieron que el mulato se volviera vivamente. En el propio instante ví salir del vestíbulo á un hombre jóven todavía, de porte y aliño elegantes, y de facciones muy marcadas si bien altaneras y duras.



J. Lozano d.º y Lit.º Lit.ª de Ayguals.

—Quiere el señor conde que se haga entrar su coche en el patio? le dijo con mucho respeto el mulato.

—No, Melchor, es inútil; contestó afectuosamente.

Y luego, mientras seguió bajando la escalera añadió:

—Oid... tengo que hablaros...

Dicho esto fuese, llegó lentamente el conde á la puerta cochera en compañía del mulato, al cual hablaba en voz baja con cierta animacion.

Aprovechando la instantánea libertad que el acaso me proporcionaba, eché miradas furtivas á todos lados; Regina vivia sin duda en aquella casa..... procuré llevar mis ojos mas allá del vestíbulo; pero nada pude distinguir.

De pronto en el interior del cuarto bajo, cuyas ventanas estaban al nivel de la grada, elevóse un rumor de voces, cual si dos personas discutie-

ran vivamente; casi en aquel instante una de las ventanas se abrió y Regina pareció en ella inflamadas las megillas, chispeantes los ojos de puro llorar, y sus facciones altivas dolorosamente irritadas.

—No, no, gritó con alterado acento. Nunca!!

Pasó luego la jóven su mano por la frente cual si quisiera calmar su emocion, apoyóse un momento en el antepecho de la ventana como deseando poner coto á la conversacion que la indignaba, y refrescar su abrasada frente con el contacto del aire esterior.

El mulato y el conde, sumidos en su conversacion, no habian oido ni el ruido de la ventana, ni visto á Regina.

Jamás me pareció ésta en tamaño grado hermosa; sus luengos cabellos negros aplastados en dos ondas muy

espesas, contorneaban su rostro puro, casto y fiero como el de la Diana de los paganos; un vestido negro muy sencillo, dibujaba su noble y esbelto talle, completando el conjunto del semblante austero de la jóven.

Contemplábala yo con adoracion respetuosa, y el llanto me salió involuntariamente á los ojos.

—Desdichado, me dije, oculta ese amor, vida, fuerza y perseverancia para tí en la senda del bien, ocúltalo en lo mas profundo de tu corazon, ignore siempre esa divinidad que tú la imploras, que te sacrificarias por ella... en cuanto quepa sacrificarse en tu estado miserable y oscuro.

Por casualidad volvió Regina los ojos hácia donde yo me hallaba, y se retiró vivamente cerrando la ventana.

Fué tan rápido este movimiento, que era casi de todo punto imposible

que Regina me hubiese mirado siquiera... habia apercibido á alguien... y nada mas.

Tenia el conde puesto el pié en el estribo del coche, cuando volviéndose de nuevo al mulato, quien se dirigía hácia mí, sintiendo sin duda el haberme dejado solo, y le dijo en voz bastante alta para que yo pudiera oirle.

—Melchor, he olvidado rogaros, recordeis al baron que vendré por él mañana á las dos para que juntos con la señorita Regina vayamos al Louvre.

—Descuidad, señor.

Marchóse, dicho esto, el conde, y el mulato se encaró conmigo:

—Por qué os habeis quedado en esta puerta? me dijo con desconfiado acento.

—Diantre!.... os esperaba aquí no sabiendo á dónde ir.

—Haber bajado al patio y no quedarse en la escalinata.

Despues de un corto silencio añadió:

—No me digisteis antes que erais portador de una carta del conde de Mareuil?

—Sí, señor.

—Hace mucho tiempo que el señor de Mareuil ha llegado á París? me preguntó el mulato fijando en mí una mirada penetrante.

—Ha llegado esta mañana.

—Dónde vive?

—En la calle de Provenza, fonda de la Europa.

—Sois criado suyo?

—No señor, soy mozo de cordel.

Reflexionó un segundo Melchor y me dijo:

—Y la carta?

—Aquí la traigo... pero tengo órden de no entregarla sino en propia mano del señor baron.

—Seguidme; y el mulato echó á

andar delante de mí sin añadir una sola palabra.

Seguíle atravesando el véstibulo; cruzamos luego un corredor, abrió despues la puerta de una especie de salon de descanso, hízome seña de esperarle en él y desapareció.

Algunos momentos despues volvió el mulato y me dijo irónicamente:

—Como os lo habia dicho, el señor baron no puede recibir á nadie ni hoy, ni mañana, ni nunca; dejad pues la carta ó echadla al correo.

Comprendí lo inútil que seria toda insistencia, y me retiré sin dejar la carta. Sin embargo muchas cosas habia sabido en tan corto espacio; ignoraba si estas interesar podian tanto á Roberto de Mareuil, cual me interesaban á mí.

Sabia que el conde Duriveau hombre orgulloso, egoista y depravado (podia creer á Claudio Gerard) pare-

cia estar en relaciones bastante íntimas con el baron y Regina, puesto que al dia siguiente les acompañaba al Louvre; prueba evidente de que el baron no tenia tan vuelto el juicio, cuando se proponia ver la esposicion de pinturas.

Luego Regina parecia haber tenido en aquel mismo dia y en el momento de marchar el conde Duriveau una discusion muy animada con el baron, discusion penosa, pues la jóven deshecha en llanto, habia terminado de pronto la plática dando una negativa llena de resolucion.

En fin, el baron no mostraba tener mayores simpatías con su jóven primo el conde Roberto de Mareuil, á juzgar por la frialdad con que recibió mi mensage... Uniendo á estos el recuerdo del desconocido de *los Tres-Toneles*, sentia un vago temor, por la jóven; quizás los tres mencionados

sugetos pretendian alcanzar la mano de la incomparable Regina.

El conde Duriveau cuyo carácter odioso me habia revelado Claudio Gerard.

Ese desconocido que se ocultaba con miserables harapos para ir á embriagarse con aguardiente en las tabernas mas innobles.

Roberto de Mareuil... preso pocos dias há..... pobre en apariencia, y el cual, no sé por qué, me inspiraba involuntaria desconfianza...

Mas ay! suponiendo que los deseos de uno de los tres personages quedaran coronados con un éxito, fatal quizás á la infeliz Regina..... qué medios tenia yo para protegerla contra gentes tan ricas y de tan elevada posicion social? Yo miserable, yo que en la esperanza de ligarme á la señorita Regina por un lazo fragil, si los hay, acababa de aceptar la librea

del conde Roberto de Mareuil.

Al hacerme semejantes reflexiones mi desaliento era cruel; sin embargo una voz secreta me decia que no abandonára á Regina, y que por humilde que fuese mi adhesion, quizás no le seria inútil, ya que la casualidad me habia hecho conocer las personas de las cuales podia temer la solicitud, ó de las cuales ignoraba sin duda, los hórridos proyectos ó los ocultos vicios.

Despues de pensar con mucha madurez y mientras me acercaba á la fonda, me tracé la siguiente senda:

Procurar primero penetrar cuáles fuesen los deseos del conde Roberto de Mareuil para con Regina, observar, estudiar sincera y lealmente y sin injusta determinacion, la conducta de ese jóven; tratar de saber tambien cuales podian ser las miras del conde Duriveau y emplear todos los

medios que el acaso y las circunstancias pudieran sugerirme, á fin de dar con las huellas del desconocido de la taberna de *los Tres-Toneles*. Para llegar á estos fines, resolví que al dar cuenta al conde Roberto de Mareuil de mi diligencia, le ocultaria y hasta desnaturalizaria en caso necesario los diversos incidentes de que acababa de ser testigo en casa del baron de Norlieu.

Tomé esta resolucion sin titubear y sin remordimientos..... Roberto de Mareuil habia querido hacer de mí el instrumento ciego de ignorados planes, ordenándome observar y referirle, cuanto pasara en casa del baron, delante de mí. Esa incitacion á un bajo papel, que desechado hubiera yo á no tratarse de Regina, me daba el derecho de obrar sin escrúpulo con respecto á Roberto de Mareuil.

Y en fin, mis intenciones eran pu-

ras, rectas, leales... sin los menores celos, sin la menor mira de interés personal; entonces mas que nunca, renunciaba á la estúpida y loca esperanza, no solamente de que Regina reparára en mí, sino en la de que me conociese siquiera; por eso tambien lo confieso, hallaba una especie de melancólico encanto en ese pensamiento de proseguir siempre invisible é ignorado, dando pruebas de adhesion idolatría y respeto á la señorita de Norlieu, idolatría y respeto que databa de los funerales de su madre.

. . . . . .

Baltasar con una confianza digna del siglo de oro, y motivada quizás tambien por la falta de cuantos objetos pudieran dispertar la codicia de los ladrones, Baltasar dejaba la llave puesta en la cerradura. Entré pues en el recibidor que precedia al cuarto

de dormir del poeta, y le oí gritar con las esclamaciones admirativas y entusiastas que le eran tan naturales...

—Dicen que es sorprendente..... encantadora... deslumbradora... adoro desde ahora á esta criatura..... la idolatro solo por su nombre..... ese nombre es un poema!!

Entré en la habitacion á riesgo de interrumpir el monólogo del poeta, pero mi presencia no calmó su exaltacion.

—Sí, un poema..... todo un poema..... es mas que un poema, es un tipo.... un retrato..... Duparé la ha visto en una parte secundaria, y dice que es un diamante oculto, que no puede tardar en lucir con todo su esplendor!

—Y bien qué hay? me preguntó vivamente Roberto de Mareuil, quien preocupado por graves pensamientos, parecia oir con impaciencia las lo-

cas esclamaciones de su amigo.

—Antes de contestar, dijo el poeta, escúchame, te hago juez anti-Frontin, quiero hacer una esperiencia de tu inteligencia tan honrosamente limitada.

—Basta de locuras! deja que primero me dé cuenta de su recado, dijo con viveza Roberto, es cosa muy interesante.

—Te lo devuelvo dentro de un minuto; contestó el poeta. Vamos á ver díme que efecto te causa el nombre: Vascona?

Fué tan imprevista la pregunta, mi sobrecogimiento fué tal, que dí un paso atrás mirando al poeta con estupor.

—Lo ves, dijo Baltasar triunfante, no te decia yo que hay nombres centellantes hasta para las naturalezas mas rebeldes en sentir toda electricidad moral?

Roberto de Mareuil se encogió de hombros.

Pasado mi primer asombro, conocí todo el peligro que habria en inspirar la menor desconfianza á mis nuevos amos. Ignoro cual estraña inspiracion me dijo que en aquella circunstancia, no podia obrar con mayor tacto que diciendo á corta diferencia la verdad; por eso contesté:

—Ah! señor... ese nombre..... si supierais...

—Este nombre te deslumbra, no es verdad?

—No señor, no es esto, le contesté, pero me ha sobrecogido de un modo cuando lo pronunciasteis...

—Y por qué? me preguntó Baltasar, mientras el conde golpeaba la mesa con impaciencia.

—Siendo, muy niño, dije al poeta, conocí á una jóven que llevaba ese nombre... cantaba como un ruiseñor

y bailaba como una sílfide; era rubia... y tenia ojos negros.

—Fatalidad!.... Esa maravilla del arte, de espresion, de poesía..... que oscura aun en el dia estallará quizas mañana á los ojos de todos, cual luminosa bomba... Vascona ha sido saltimbanquis!

Roberto es preciso que vayamos esta noche al teatro..... La daremos á conocer á los necios que lo ignoran, la crearemos un triunfo..... un apoteosis!!!

A cabo ya Roberto de Mareuil con las escentricidades de su amigo, le dijo con acento triste y algun tanto pesaroso:

—Baltasar.... olvidas que se trata para mí de un negocio.... de la mayor importancia.

—Perdona, Roberto, hice mal, contestó Baltasar con sentido acento. Llámame loco, pero no egoista.

Luego dirigiéndose á mí añadió:

—Viste al baron?

—No señor.

—Bien lo sabia yo, esclamó despechado Roberto; te ha recibido el mulato eh?

—Sí señor,..... he insistido mucho y el mulato me ha...

E interrumpiéndome en seguida repuse...

—Me encargasteis, que observase bien cuanto pasára... y de acordarme de ello si podia...

—Cierto!... y qué ha pasado?

—Mirad, de veras me confunde mucho no empezar por el principio.....

—Vamos, muchacho empieza por el principio, me dijo el poeta, es cosa antiquísima, pero tú tienes todo el corte clásico..... Vamos á ver.... dí.

XLV.

LOS ENCUENTROS.

Pues bien, señor, dije á Baltasar; llegué al arrabal de Roule, llamé, me abrieron y entré... salió el mulato, y me preguntó que se me ofrecia.—Entregar esta carta en manos propias del señor baron de Norlieu.—El baron de Norlieu no está visible; me contestó el mulato. En este momento salió un caballero, jóven aun, y muy bien puesto; habló con el mulato

quien le llamó el señor de Du... Du... y fingí pensar... Du... Duri...

—Duriveau!..... esclamó Roberto de Mareuil con tamaña inquietud como admiracion; luego añadió:

—El conde Duriveau... es alto.... moreno... de rostro algo adusto. No es verdad?

—Sí, señor; así son el nombre y la cara de este caballero.

Roberto de Mareuil miró al poeta, y le dijo moviendo la cabeza:

—Ya sabes la voluntad de hierro de ese maldito hombre; es inmensamente rico, nada seria para mí tan peligroso como...

Pero interrumpiéndose por reflexion Roberto de Mareuil, repuso dirigiéndose á mí:

—Prosigue. Mientras hablabas con el mulato ha salido de casa del baron?

—Sí señor; y el mulato le acom-

pañó hasta la puerta. Entonces aquel caballero dijo al mulato, que recordase al baron que mañana á cosa de las dos, iria á buscarles para ir al Louvre con la señorita Re... Re...

—Regina... esclamó Roberto.

—Sí, señor..... ese es el nombre.

—Hola!... Mañana á las dos.... en el Louvre... Esclamó el conde con satisfaccion y despecho á la vez. Muy bien, allí estaré; me alegro de saberlo. El baron no está tan salvage como quieren darlo á entender. Perfectamente, iremos al Louvre.

Y dirigiéndome de nuevo la palabra añadió:

—Vales de oro lo que pesas, apesar de tu aspecto de simple. Prosigue, despues de salir el conde Duriveau; te quedaste tú con el mulato?

—Sí, señor.

—Y qué te ha dicho?

—Viendo que yo queria entregar la

carta al baron, me dijo que su amo no recibia á nadie, pero insistí de tal modo que el mulato me hizo entrar en un salon donde habia muchos cuadros, y allí, me quedé esperándole.

—Has visto por fin al baron?

—No señor, á poco volvió el mulato y de una manera muy particular me dijo:

—Si no quereis dejar la carta decid al señor conde Roberto de Mareuil que escriba al baron por el correo, dicho esto, y sin quererme escuchar me llevó hasta la puerta.

—Siempre el mismo ódio, siempre igual desconfianza, dijo Roberto dirigiéndose al poeta, quien fiel al silencio que se habia impuesto, para no interrumpir á su amigo, bajó la cabeza en señal de asentimiento.

—Y no has visto ninguna jóven en la casa?

—No señor.

—No observaste nada de particular?

—Solo al salir.

—Al salir... qué?

—Es decir cuando hube salido...

—Acaba...

—Estaba á algunos pasos de la puerta, cuando un hermoso coche paró en frente, entonces yo no sé si obre bien, pero como vos me encargasteis que lo observara todo... miré á ver quien bajaba del coche.

—Has hecho muy bien, me dijo vivamente Roberto. Y quién ha bajado del coche?

—Un jóven, de rostro muy lindo y de fisonomía sumamente dulce, mucho mas jóven que el conde Duriveau, menos alto que él, pero muy elegante tambien...

Y para completar esta fábula, describí, en cuanto me fue posible, al

desconocido de la taberna de *los Tres-Toneles*, esperando que Roberto de Mareuil le conoceria quizás; de este modo hubiera sabido quién era aquel hombre singular que tanto interés tenia yo en conocer.

Llevéme chasco; á pesar de los detalles minuciosos que dí sobre esto personage, el conde Roberto de Mareuil despues de haberme escuchado con mucha atencion y visible ansiedad, me dijo:

—No conozco á ese hombre... reparaste en el color de la librea?

—Cómo? pregunté fingiendo no comprender esta pregunta.

—Reparaste de qué color eran los trages de los criados?

—No señor... fijéme en el caballero...

—Lo siento..... Esta observacion hubiera podido serme útil.... observaste algo mas?

—No señor.

—Piénsalo bien... á veces las cosas mas insignificantes...

—No señor; no me acuerdo de nada mas... sin embargo sí... recuerdo...

Y recurrí á otra nueva fábula, para dispertar los celos de Roberto de Mareuil, queria que su deseo en descubrir quien fuese aquel desconocido llegára á ser tan ardiente como el mio.

—Anda... dí, presto... repuso el conde.

—Uno de los lacayos, el que subió á la trasera del coche, dijo al del pescante.

—Al cochero?

—Sí señor, dijo al cochero en cuanto hubo bajado el jóven. Tenemos como siempre por dos horas lo menos.

—Como siempre..... por dos ho-

ras... Ese criado, dijo esto? Pues de poco interés era la cosa!

—Yo, no sé lo que significa...

—Estúpido: eso prueba que ese jóven frecuenta mucho la casa.

—Puede.

—Es de todo punto indispensable, que dentro de tres ó cuatro dias á mas tardar, sepas quien es ese jóven, me dijo Roberto de Mareuil despues de algunos momentos de reflexion.

Habia logrado mi objeto.... habia hecho que el conde ansiára tanto como yo, penetrar aquel misterio y por consiguiente que me ayudára en mis pesquisas.

—Sí, repuso, es preciso que descubras quién es este jóven.

—Yo, señor? y cómo quereis que lo haga?

Quedóse un momento reflexivo el conde y luego me dijo:

—Desde las diez á las once de la mañana te apostarás, siempre junto á la casa del baron... examinarás cuantas personas entren en ella y observarás si vá el jóven de que me has hablado.... Si va en coche nada mas fácil que saber quien es...

—De qué manera?

—Preguntando á los criados, y sabiendo por ellos el nombre de su amo.

—Yo no me atreveré, y ademas ellos no querrán decírmelo.

—Si rehusan contestarte hay un medio muy sencillo de hacer hablar á esas gentes.... replicó Roberto..... dices que ese hombre es jóven, lindo y elegante?

—Sí señor, tiene una cara muy linda.

Frunció Roberto el ceño y añadió:

—Pues bien! Dirás con misterioso modo á los sirvientes, que vas de

parte de una muger muy bella que ha puesto los ojos en su amo, y que desea saber su nombre y el número y la calle de la casa donde vive. Es imposible que por este medio no te lo digan los criados. Comprendes?

—Pero, señor, si esto no es verdad.... dije á Roberto con espresion de candor y turbacion..... será preciso que yo mienta?

—Bravo, anti-Frontin! esclamó Baltasar no pudiendo permanecer mudo por mas tiempo; no há mucho me aterrabas, ibas tomando un giro á lo Fígaro, pero ese último golpe me tranquiliza!..... Por esto, esclamó el poeta en progresiva alteracion ascendo tus honorarios á quince mil libras tornesas por tan virtuosa respuesta..... debiendo suministrarme de tu cuenta fósforos, betun, tira-botas y cuellos.

—Y si ese jóven no vá en coche,

cómo podré preguntar á los criados?

—Si fuese á pié, esperarás á que salga y le seguirás...

—A dónde?

—A donde vaya.... Fuerza le será dormir en alguna parte...

—Teneis razon... dije con picaresco y triunfante acento, y como nadie duerme sino en su casa..... ya sabré donde vive.

—*Nadie duerme sino en su casa!* esclamó Baltasar no cabiendo en sí de asombro, Martin, para remunerar tu casta creencia, llevo tus gajes hasta sesenta mil libras tornesas; pero me suministrarás calcetines, zuecos de goma, tirantes, sueldos para pasar el puente de las Artes (1) y me ofrecerás cinco melones primerizos...

---

(1) Se paga un sueldo al pasar por él.

—Muy bondadoso sois..... dije al poeta; dirigíme luego al conde y añadí: pero aun llegando á saber donde vive este señor, no por eso sabré su nombre.

—Entrarás en la portería, describirás al portero las señas del caballero que haya entrado, y preguntarás su nombre.... ya te buscaré un pretesto.

—Cuán malicioso sois! esclamé con admiracion.

—Pasemos á otra cosa, me dijo Roberto de Mareuil remitiéndome una carta escrita probablemente durante mi ausencia. Vas á llevar esta carta á la galería Bourg-l'Abbé en casa de un tal Bonin tienda de juguetes.

Al nombre de *Bonin* vagos recuerdos asaltaron mi espíritu; me parecia haber oido ya pronunciar ese nombre; pero no pude, ni recordar

en qué circunstancia, ni qué persona designaba.

No sucederá con esta carta lo que con la del baron; me dijo Roberto de Marcuil, la remitirás al mismo Bonin, casi nunca sale de su tienda... y te contestará.

—Está bien, señor.

—Entonces vé... y vuelve pronto.

—De paso cuando vuelvas, dirás al fondista de la calle de San Nicolas que mande comida..... para dos, me dijo magestuosamente Baltasar..... porque te damos de comer y casa, Martin... y te vestiremos cuando tus vestidos aun escelentes no puedan servir, dormirás en la antecámara, la alacena te servirá de cómoda; te prestaré mi piel de oso de Siberia, y mientras te arreglo una cama decente, podrás dormir en ella como un príncipe.

—No soy melindroso, le dije, así

que vuelva cogeré en mi cuarto los pocos efectos que posco; en cualquier parte que me coloqueis me hallaré bien.

—Entonces despachate.... me dijo Roberto de Mareuil; dado caso que Mr. Bonin no estuviera en casa, esperale.

—Está bien; y salí.

Llegué á la galeria Bourg-l'Abbé, galeria triste, sombria si las hay; en el momento de entrar, me dió un empellon un jóven que acababa de saltar de un cabriolé, mientras el groom se mantenia de pié junto á la cabeza del caballo impaciente y fogoso. Despues de haberme dirigido algunas palabras de disculpa aquel jóven ó mas bien aquel adolescente, sin pelo de barba y de rostro bastante vulgar, pero vestido con mucho refinamiento pasó delante de mí; seguíle buscando la tienda de juguetes.

Así que mis ojos dieron con ella, ví entrar al adolescente y cuando me presenté halléle junto al mostrador; otras dos personas además aguardaban en pié; era la primera un cazador, con su librea de gala, y la segunda, una jóven muy linda que me pareció ser una doncella de servicio, al menos juzgando por su retozon, avispado rostro y limpio aliño. El cazador, alto listo, de arrogante presencia; estaba muy metido en conversacion con la doncella, mientras una vieja de amarillenta y arrugada tez, de continente ácre y con ojos penetrantes y negros, estaba por decirlo así acurrucada tras del mostrador.

El adolescente que me precedió, acercóse al ama, y no sin asombrarme le dirigió la palabra con cierta deferencia afectuosa.

—Buenos dias, mi querida señora Laridon, dijo, qué tal vá?

—Si venis por el negocio, dijo la vieja con acento vinagre, ya podeis volveros... no hay medio.

—Cómo? si ayer quedamos acordes.

—Pues bien! hoy no..... no hay mas...

—Pero mi querida señora Laridon, es imposible, harto sabia monsieur Bonin que yo contaba con ello.

—Que me hableis, que no me hableis, de nada sirve... el maestro ha dicho nones y son nones.

—Pero en este caso... por qué me lo prometió para hoy?...

—Basta de cháchara, dijo la vieja cruzando los brazos encima del delantal, y permaneciendo insensible á todas las instancias del jovencillo.

—Lo mismo me dá; dijo en fin este con acento irritado, esperaré á monsieur Bonin.

—Haced lo que gusteis.

Apercibiéndome luego en la puerta donde yo permanecia, esperando á que el adolescente se apartase del mostrador me dijo:

—Qué quereis?

—Traigo una carta para monsieur Bonin.

—No tardará en venir... se la entregareis, me contestó bruscamente.

No habia mas que dos taburetes en aquella tienda, y la doncella y el cazador estaban sentados en ellos. Parecióme que el jóven se resentia viendo que el lacayo no le ofrecia su asiento; pero el cazador muy poco atento en cometer esa grave *impolítica*, miró con sarcástica espresion á la doncella, haciéndola notar el despecho que revelaba el rostro del adolescente.

Mas y mas sorprendido de cuanto veia y oia, examinaba aquella tienda singular, con creciente curiosidad.

En vez de respirar alegría y bullicío, cual todos los almacenes de esos artículos, la tienda de monsieur Bonin tenia un aspecto sombrio y glacial; escepto algunos juguetes viejos colocados en la muestra, no ví otro alguno en lo interior. Aquí llegaba de mis observaciones, oculto casi en la parte oscura de la tienda, pues la noche se venia muy deprisa, cuando ví entrar á un hombre de elevada estatura, llevando unos bigotes canosos y sumamente largos que se destacaban de su trigueño rostro; una corbata negra, una levita azul muy larga militarmente abrochada hasta el cuello, un grueso palo y un sombrero viejo de fieltro terciado componian su trage.

No me engañaba... era el Anfisbena. Sus espesos bigotes, su porte militar, me habian impedido reconocerle en un principio. Temiendo que

me descubriese, me retiré en el ángulo mas oscuro del almacen.

Al apercibir al bandido, la vieja pareció salir de su apatía. Medio levantóse y con viveza suma dijo:

—Qué hay?...

—La cosa vá mal, dijo el Anfisbena en voz baja. Parece que era un lobo con piel de cordero.

—Cómo? no se ha terminado aun? dijo la vieja con acento de reproche.

—Terminado?.... Ya! sí... terminado! repuso el Anfisbena; el *capitan* tendrá que aguzar los dientes...

—Con semejante pollito..... contestó la vieja encogiéndose de hombros con desden.

—Os digo que el pollito es un gallo y con buenas espuelas, y que no se dejará poner la garra encima.... Yo lo digo...

—Entonces qué quereis? dijo la

vieja refunfuñando..... á qué haber venido?

—El capitan suplica al maestro, que sea padrino..... de ese modo habrá medio... de mediar.

—El maestro no está en casa; esto es cosa suya, escribirá esta noche al capitan.

—Así quedamos acordes en el sitio designado, hasta mañana dijo el Anfisbena, voy á prevenir al capitan.

El maestro le escribirá, repitió la vieja.

El Anfisbena salió.

En cuanto oí decir *el capitan* un presentimiento singular, me dijo que se trataba de Bamboche, que siempre seguia en relaciones con el Anfisbena. Traté de adivinar en vano que estraños intereses podian conducir á personas de condiciones tan diferentes á aquella tienda sombría, en la

cual nadie se acordaba ni por ensueños de ir á comprar juguetes.

De pronto la vieja pegando su huesosa y arrugada cara á los cristales de la tienda, esclamó con voz ahuecada.

—Ahí está el maestro!

A estas palabras la doncella y el cazador, se levantaron con viveza, y el adolescente se apartó de las vidrieras en las cuales habia permanecido hasta entonces, mirando á la galeria, para disimular sin duda su malhumor.

XLVII.

EL COMERCIANTE EN JUGUETES.

BRIÓSE la puerta de la tienda.

La luz del crepúsculo, mas sombría por la oscuridad de la galería de Cristales, me impidió distinguir en un principio, las facciones del dueño de la tienda; llevaba un sombrero viejo metido hasta los ojos, y el

cuello de su levita de color de tabaco, levantado; sin duda por temor del frio, cubria de aquel modo las orejas y parte del rostro.

Apesar del despecho que habia manifestado, acercóse el adolescente al comerciante y le dirigió la palabra con cierta deferencia tímida, inquieta, suplicante casi.

—Buenos dias, mi querido señor Bonin, le dijo: vine por...

Interrumpió el tendero al rapaz, diciendo con presteza á la vieja...

—Que no les has advertido que no podia ser...

—Se lo he dicho y redicho..... murmuró la vieja... ha querido quedarse...

Dirigióse entonces Mr. Bonin al jóven y en muy significativo tono le dijo:

—Quedad con Dios, jóven.

Y le volvió la espalda.

—Pero señor Bonin, repuso el jóven con suplicante acento..... os ruego... si supierais... voy á esplicaros porque...

—Es inútil..... esclamó Mr. Bonin sin dignarse mirar siquiera al jóven; he dicho que no... y no. Buenas noches.

—Os ruego que me escucheis...

—Idos á la cama, jóven; esto os calmará... por última vez, buenas noches.

Y dirigiéndose luego al cazador le dijo:

—Venís de parte del duque?

—Sí, señor, ahí teneis una carta de mi amo.

En el momento en que el cazador remitia su mensage á Mr. Bonin, el adolescente fuera de sí al verse humillado delante de gente, gritó:

—Bien está! ya que es así, os denuncio por lo que sois; por un bri-

bon, señor Bonin... diré que no pensaba en ser malo, cuando recibí una carta en la que se me manifestaba que una persona que sabia que mi padre era rico, me proponia hacerme algunos adelantos sobre la herencia, que pudiese caberme con el tiempo..... Diré.....

—Ta, ta, ta, direis... direis! qué? qué direis? Ved como son estos señoritos, repuso el comerciante encogiéndose de hombros con desdeñosa indiferencia, vienen á proponeros que desconteis la muerte del *papá* ó de la *mamá* porque no tienen la paciencia de esperar la herencia, que codician..... y cuando honrados comerciantes rehusan favorecer su desórden vienen á llenaros de injurias en vuestra propia casa; eso dá grima y lástima... nada mas.

—Cómo! osais decir que no sois cómplice de ese capitan de contra-

bando, que me ha hecho firmar letras de cambio en blanco, por valor de cien mil francos, en las cuales debo yo manifestar haber recibido de él un cargamento de palo Campeche y de jamones de Oso, un privilegio de invencion y esplotacion de los *aerostats-lisophores*, mil botellas de *Lácrima-Cristi* dos mil ejemplares del *Fraublas*, no sé cuantos quintales de Ruibarbaro, una cesion de diez leguas cuadradas del territorio de Tejas, una pacotilla de plumas de ganso, un crédito hipotecario sobre el bey de Tunez... objetos y propiedades imaginarias de las cuales nunca he visto mas que los urdidos planes y los pretendidos títulos, y que vos me habeis comprado en globo por la suma de trece mil trescientos francos?

A la enumeracion de los raros valores dados al adolescente, el caza-

dor y la doncella soltaron una estrepitosa carcajada. No tomé yo parte en esa hilaridad porque ignoraba completamente lo que eran los préstamos usurarios.

No manifestó el adolescente reparar en la impertinente risa; pero su cólera creció y esclamó dirigiéndose al comerciante.

—Os repito, que sois cómplice de ese capitan pillo, tan lo sois, que me habiais propuesto un negocio, segun vos mucho mejor, puesto que en vez de los imaginados géneros, se trataba de metálico y hoy mismo debiais remitirme veinte mil francos mediante un pagaré que yo firmaria.... y os atreveis á negar vuestra promesa!

—Os declaro por última vez, jóven, que yo no seré nunca el cómplice de vuestras locas prodigalidades... Id á buscar á papá y mamá. Sed buen muchacho, no metais bulla en

mi tienda. . sino mandaré á Leridon á buscar la guardia...

—Ya que ello así es, gritó exasperado el jóven.... oireis hablar de mí...

—Cuando querais..... nada temo, dijo con mucha calma el comerciante, mientras el jóven salia cerrando violentamente la puerta.

—Imbécil! dijo á media voz monsieur Bonin.

Y tomó luego una carta que el cazador le presentaba. Cuanto mas oia la voz clara y aguda de sardónico acento, mas me parecia reconocerla. En vano procuré distinguir las facciones de aquel hombre, no podia lograrlo, merced al levantado cuello del levita, á su sombrero metido hasta las cejas, y á la oscuridad creciente que en la tienda reinaba, en el fondo de la cual yo permanecia inmóvil.

—Direis al duque, dijo Mr. Bonin

despues de leida la carta, que no tengo tiempo de ir hoy á su casa para examinar los objetos de que me habla..... tráigalos ó mándelos mañana por la noche de siete á ocho, que yo á la hora de comer los examinaré, y diré lo que valen.

—Cómo?... cómo? repuso el cazador con la impaciente familiaridad de un lacayo de casa encopetada... No es eso, el señor duque espera que vos ireis á verle hoy.

—Pues el señor duque no me verá; contestó Mr. Bonin con fria ironia, que venga mañana..... me hallará en casa á la hora de comer...

—De todos modos, es muy singular que un duque, par, hijo de un mariscal del imperio, se vea obligado á estar á vuestras órdenes, dijo el cazador como herido en el amor propio de su amo.

—De veras, eh? Sin embargo, es

preciso que se tome esa pequeña molestia, ya que desea coger algun dinero sobre los entorchados, la espada y otras gollerías de su difunto padre, montadas en diamantes! Y por lo que á vos hace, muchacho, si vuestro señorito os debe algunas soldadas, haced que os las pague..... Está como arpa vieja, cuando una casa empieza á caerse... los ratones se largan... y tienen muy buen olfato... Aplicad el apólogo... Buenas noches.

El apólogo en efecto pareció chocarle bastante al cazador y salió despues de haber hecho una señal de inteligencia á la doncella.

Remitió esta una carta al comerciante en juguetes, quien dijo antes de leerla.

—Esto es otra cosa, tu ama hija mia es una muger de mucho órden; es codiciosa, avara; piensa en el porvenir, piensa en lo sólido y no tiene

diez y ocho años!.... hermosa como un sol. Pero tambien sabe de memoria cuales son los hijos de familias ricas, juega con esos imbéciles de todos modos, mientras son amantes suyos... Veamos lo que me quiere.

Abrió Mr. Bonin la carta, carta cuyo contenido supe mas adelantte, y que transfiero aquí en toda su desnudez, salvo una ortografia sumamente mala que es inútil trasladar.

«Mi buen viejo:

«El marquesito quiere darme unos diamantes por valor de sesenta mil francos, pero no está en fondos por ahora: su administrador espera algunas entradas dentro de tres meses... verdaderas *entradas... estoy de ello muy segura...* pero tres meses!... es muy largo, y luego vale mas poseer que esperar... y luego me han hablado de un ruso muy rico... ya comprendeis; en fin, esto será como despe-

dida del marques, por esto le he dicho que deseaba los diamantes en seguida, y que yo conocia cierto sugeto que podria prestarle sesenta mil francos, pero al veinte por ciento por seis meses pagando los intereses adelantados.

«*El sugeto* SOY YO; pero sereis vos en apariencia, he dado órden á mi corredor para que venda por 3,200 libras de rentas: os avistareis con el administrador del marquesito; exigireis un pagaré á seis meses, bien en regla, y dareis los fondos que podrán ir á cobrar á casa de mi notario por órden vuestra, pues ya está prevenido. De este modo tendré los diamantes en seguida, y un beneficio de 15 por ciento de intereses porque habrá para vos el 5 por ciento de comision.

«Si olfateais algun negocio sólido y ventajoso (no quiero ni *preferidos*

ni *menores*) escribídmelo, me quedan cien mil francos poco mas ó menos aun de los que puedo disponer por un año, pues *no quito ojo* de esa famosa quinta de Brie... Es un *nana* riquísimo que tarde ó temprano se hallará en mi buche.

«No olvideis el ir mañana á casa del administrador del marquesito. Vuestra afectísima:

MALVINA CHARANÇON.»

—Y ese ángel no tiene aun diez y ocho años! esclamó el dueño de la tienda en cuanto hubo leido.—Qué talento! qué conocimiento práctico de los negocios! Y dirigiéndose á la doncella añadió:

—Dirás á tu ama que está bien... Haré lo que pide... Esta si que te pagará exactamente tus soldadas... no es verdad?

—Yo lo creo!... las dejo en sus manos.... Mi ama!! están allí mas

seguras que en las de un notario!!...

Y la doncella salió para ir á juntarse con el cazador, el cual no se habia probablemente alejado.

La noche habia cerrado ya. De pronto resplandentes llamas producidas por el gas, alumbraron la galería de cristales y el interior de la tienda. Quitóse el sombrero Mr. Boniu, bajóse el cuello de la levita y yo reconocí á mi antiguo amo... Lebrelin.

Una especie de espanto retrospectivo me hizo estremener, mayormente cuando hube notado las profundas cicatrices de una quemadura que se estendia desde la parte inferior del carrillo, hasta la frente, quemadura ocasionada sin duda por el incendio del coche nómada entregado por Bamboche á las llamas; la cara de Lebrelin era la misma, imberbe, des-

colorida y sarcástica; me pareció no haber casi envejecido; solo que su fisonomía parecia ser otra; pues en vez de llevar el pelo como el de una muger lo llevaba cortado á cepillo; no pude dominar cierta emocion, al presentarle la carta de Roberto de Mareuil; mas no resentia hácia el verdugo de mi infancia ningun ódio personal, si puedo espresarme así, era una mezcla de repugnancia, desprecio y horror que me laceraba el corazon, hubiera querido por sentimiento de equidad ver á aquel miserable entregado á todo el rigor de las leyes, pero hubiese creido enlodarme, ejerciendo sobre él las violentas represálias que hacian muy fáciles mi vigor y juventud.

Antes de alumbrarse la tienda me habia mantenido desviado en la oscuridad, en una especie de recodo que formaba la puerta de la trastienda;

por eso Lebrelin no habia notado hasta entonces mi presencia; esta fue la causa, de que al verme dijese á la vieja con acento que revelaba sorpresa y disgusto.

—De dónde diablos sale? Segun eso estaba presente? Y yo que me creia solo con los *de casa*.

—Cómo? repuso la vieja... no le habiais visto? Yo creia que le dejabais para el último.

Encogióse de hombros Lebrelin: dió con el pié en el suelo y mirándome con atencion dijo:

—Quién sois? de dónde venis? qué se os ofrece?

—Traigo una carta del conde Roberto de Marcuil.

Las facciones de Lebrelin, espresaron suma satisfaccion al oir este nombre.

—Dadme... dadme esa carta.... la esperaba ayer.

Despues de haberla leido, me dijo con benevolencia.

—Muchacho, decid al señor conde Roberto de Mareuil que tendré el honor de hallarme en su casa mañana á las diez como desea.

Dicho esto me abrió la puerta de la tienda repitiéndome:

—Mañana á las diez... no lo olvideis, amigo mio...

Salí del almacen de Lebrelin con nuevos y poderosos motivos de reflexion, de interes, de temor y de curiosidad; estaba casi seguro de que el capitan que mencionó el Anfisbena, era el mismo capitan á quien el adolescente miraba como cómplice de los préstamos usurarios del comerciante en juguetes; en una palabra, que se trataba del capitan Bambochio.

En cuanto á Lebrelin, á quien hallaba bajo el nombre de Mr. Bonin,

solo entonces recordé que en efecto el antiguo saltimbanquis se llamaba Bonin, nombre algunas veces inscrito en nuestros carteles, pero que yo habia completamente olvidado. Admirábame poco la tenebrosa profesion que ejercia so pretesto de vender juguetes; solo mas adelante tuve una idea completa de aquella nueva infamia.

Qué singular fatalidad, despues de tantas vicisitudes y peregrinaciones, reunia á aquellos tres hombres. Bamboche, el Anfisbena y Lebrelin.

Qué intereses comunes habian podido hacerles olvidar el ódio recíproco que debia animar á unos contra otros? Cómo habia podido Bamboche renunciar á vengarse de Lebrelin?

No cabia en mi dudarlo ya; Bamboche habia sido autor ó cómplice do acciones muy bajas, muy culpables... sin embargo, yo no sentia por eso dis-

minuir mi afecto para con él. Mezclábase á esta amistad cierta piedad dolorosa, pues yo presencié las sinceras veleidades á que para volver al bien habia obedecido Bamboche; no sé que vaga esperanza me decia que mi influencia sobre aquella naturaleza enérgica podria serle saludable quizás. Muy ardiente era mi deseo de verle, pero tuve asaz imperio sobre mí mismo para no arriesgar ninguna tentativa de contacto, antes de haberme trazado el plan de conducta que seguir debia con respecto á los hombres y á las cosas que me parecian ligarse á los intereses de Regina.

De vuelta á la casa de mis nuevos amos, referí al conde Roberto de Mareuil la favorable contestacion del comerciante en juguetes; se puso el conde en sumo grado alegre, y Baltasar se entregó á las demostraciones de alegría mas bulliciosas y escéntri-

cas. Queria absolutamente ir á los *Funámbules* para otorgar una ovacion á Vascona; á la cual admiraba por oidas, pues nunca la habia visto representar. Pero Roberto de Mareuil le recordó que su velada debia ocuparse en cosas de mayor entidad, vióse precisado el poeta no sin lanzar un suspiro á diferir la práctica de su proyecto.

Despues de su frugal comida, cuyos restos me bastaron, dijéronme mis amos que era escusado les aguardára y me instaron para que me acostára, añadiendo que me dispertarian á su vuelta, si toda vez me necesitaban.

Antes de marchar Roberto de Mareuil, me habia mandado abrir su maleta y su saco de noche, como tambien poner en órden los efectos que contenian.

Presto quedó listo ese trabajo,

pues era difícil dar con una guarda-ropa menos numeroso y mas *usado* que el del conde Roberto de Mareuil.

Yendo y viniendo en el cuarto, observé en el tabique, plano que separaba el cuarto de mis amos del que me estaba destinado, una parte saliente circular á unos tres piés del entarimado; y de seis pulgadas de diámetro.

Probablemente aquella parte del tabique habia sido agujereado en aquel punto para dar paso al tubo de una estufa (destinada á calentar entonces la pieza que iba á ocupar) que se perderia formando ángulo á través de la chimenea del vecino aposento.

En el ocupado por mis amos, el papel ocultaba los vestigios del primitivo uso, pero en la que yo dormia no se habian tomado el trabajo de disimularlo.

Asaltóme entonces un pensamiento malo en sí, lo confieso, pero autorizado quizás por los crecientes temores que me inspiraban las singulares relaciones de Roberto de Mareuil y lo que habia podido penetrar de sus deseos sobre Regina.

Dejando del ladó del cuarto vecino el papel que ocultaba el antiguo conducto del tubo, pero sacando del mio los materiales que lo obstruian, podia no perder una sola palabra de cuanto mis amos habláran, aun cuando lo hiciesen en voz muy baja.....

Titubeé antes de decidirme á cometer ese abuso de confianza, me dirigí un severo interrogatorio, preguntándome á que móvil obedecia.

Qué objeto era el mio?

Me autorizaba una necesidad absoluta para obrar de aquel modo?

A estas preguntas que me hacia con toda sinceridad, respondí:

El móvil á que obedezco, es la mayor adhesion que pueda inspirar un amor tan apasionado como desinteresado y respetuoso.

El bien que me propongo es proteger y defender cuanto lo permita mi humilde condicion á una noble jóven... á la que creo y tengo convencimiento moral de que se vé amenazada.

La necesidad que me impone la obligacion de obrar, cual lo hago, es absoluta; otro medio no tengo de asegurarme de las verdaderas intenciones de Roberto de Mareuil..... y por otra parte, pongo al cielo por testigo!..... si mis sospechas no son fundadas, si reconozco la rectitud del carácter de ese jóven, si sus proyectos, si sus esperanzas son las de Regina, por dolorosa que me sea la resolucion, serviré con tanto celo los deseos de Roberto de Mareuil, co-

mo le haré la guerra en caso contrario.

En fin, despues de haber consultado mi conciencia para saber si Claudio Gerard hubiera aprobado mi accion, me decidí...

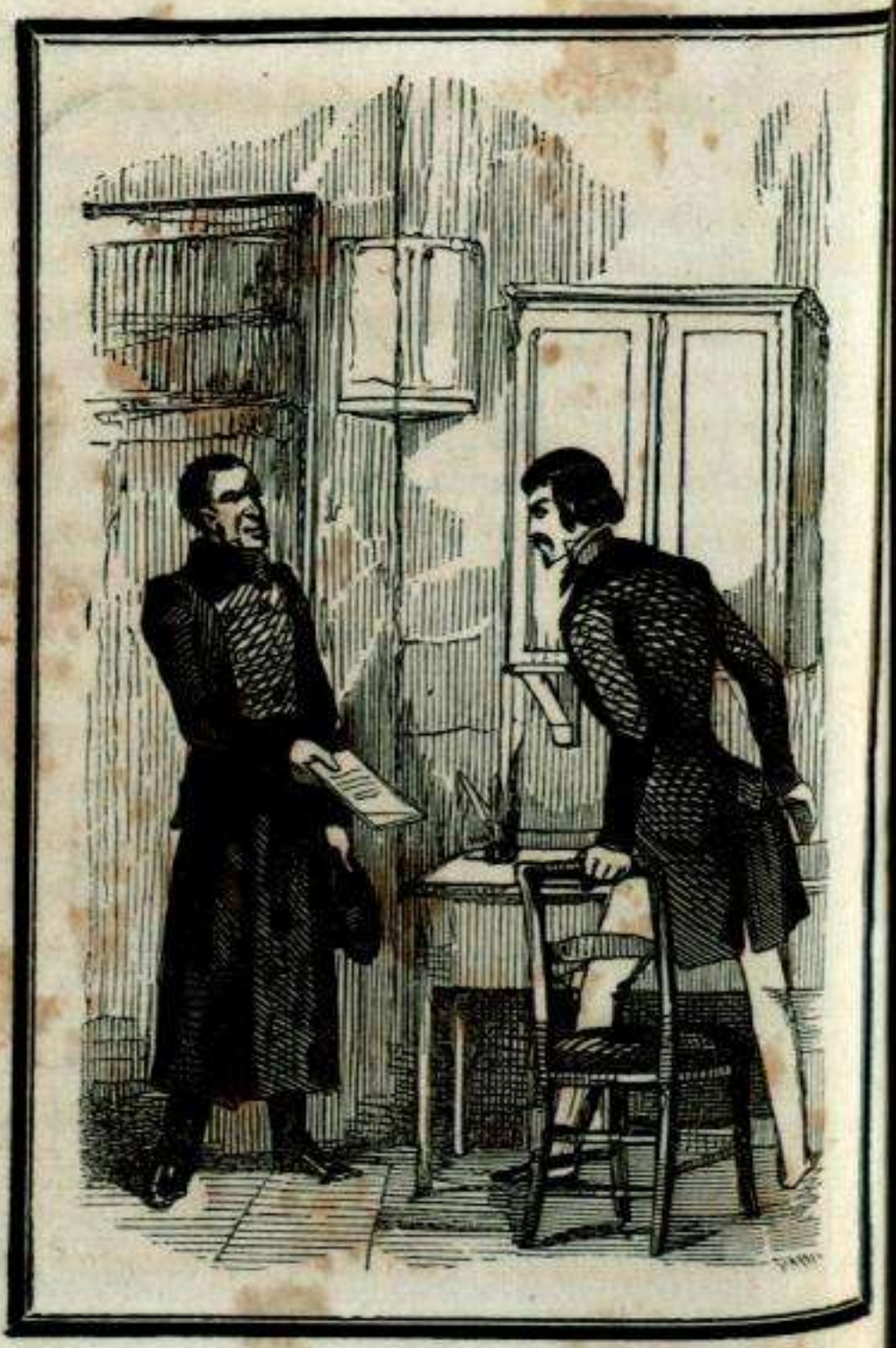
Media hora despues una comunicacion *acústica* perfectamente disimulada, existia del cuarto vecino al mio.

Con impaciencia febril aguardé luego la vuelta de Roberto de Mareuil tendiéndome en la piel de oso que Baltasar me habia generosamente cedido; colocada la cabecera junto á la comunicacion que acababa de establecer.

FIN DEL TOMO NOVENO.

MARTIN

EL ESPOSITO.



Roberto con acento de enojo gritó: Miserable!!

MARTIN EL ESPOSITO,

ó

MEMORIAS DE UN AYUDA DE CAMARA.

ORIGINAL DE EUG. SUE,

traducida por EL DONCEL.

TOMO X.

MADRID—SOCIEDAD LITERARIA—1847.

Imprenta de D. Wenceslao Ayguals de Izco.

MARTIN EL EXPÓSITO.

XLVIII.

LA CONVERSACION.

Dos ó tres horas despues volvieron Roberto de Mareuil y Baltasar; atravesaron rápidamente la pieza en que yo me hallaba acostado, fingiendo dormir profundamente, y se encerraron en el vecino cuarto. Casi en el momento mismo, oí el ruido causado por una silla al caer, impelida ó lanzada con cólera.

Pegando entonces mi oido, á la especie de conducto acustico, que junto á mi cabecera estaba, oí la siguiente conversacion:

—Vamos, Roberto! dijo el poeta en tono de afectuosa reconvencion... calma... valor... qué diantre! no es para desesperarte.

—Todo está perdido..... esclamó Roberto de Mareuil dando agitados paseos por la habitacion, y lanzando furibundas imprecaciones.

—No, no está perdido, puesto que nada se ha hecho aun; y veamos, qué crédito merecen esos rumores?..... Vamos Roberto, nada de egoismo, sabes cuánto me odia el estar triste, y tú me despedazas el alma con tu desesperacion.

Despues de un corto silencio, Roberto de Mareuil repuso:

—Mira... Baltasar... no tengo mas amigo que tú... todos cuantos me

deben favores del tiempo de mi prosperidad...

—Así que se levanta la brisa de la ruina, se largan con alas desplegadas! cual las golondrinas al acercarse el invierno!... Oiga! te admiras de eso? De qué te ha servido entonces haber vivido en Paris? Olvida todo esto, lo pasado pasado; hablemos de lo presente como antiguos amigos de colegio...

—Sí, repuso con amargura Roberto; ahora vengo á buscarte. Mientras fuí rico... te olvidé.

—Alto ahí! esclamó Baltasar. No confundamos... yo soy quien te olvidó... cuando te ví lanzado... Díme, que linda cara hubiera puesto yo en tu resplandente círculo... con mis pobres 1,200 francos anuales y mi hidrofíbico anhelo en trabajar y hacer versos. Pero yo te olvidé por eso, te ví cinco ú seis veces en tu hermoso

coche. Pasabas por el *boulevart* como brillante meteoro... Te saludaba con la mano... Y con todo y ser meteoro, bajabas tú del coche y venias á hablarme: eso era en tí suma intrepidez, porque yo llevaba medias de lana, zapatos de calzador, y un sombrero gris en todos tiempos. Debia lisonjearte poco el que te vieran conmigo en conversacion; pero...

—Baltasar!...

—Confiesa esa pequeñez..... yo te confesaré otra, y es que me enorgullecia muy mucho, el que me viesen hablar con un jóven tan elegante como tú! mas tenia siempre desgracia, jamás uno de mis *semejantes* en zapatos de calzador, me vió hablar contigo... Hablemos formalmente; ambos hemos obedecido á nuestros destinos; tú, te has divertido como un Dios... yo, he versificado como un diablo... y ambos nos hallamos: yo con algu-

nos miles de versos mas, y tú con algunos miles de escudos menos, lo que pone á igual nivel nuestras fortunas... La diferencia única, es que yo soy muy feliz con mi suerte; gracias al trabajo, vivo diez ó doce horas al dia en el mundo encantado hijo de mi imaginacion; lo demas del tiempo... *aguardo*... qué digo? vivo en la certeza de nadar un dia ú otro, mañana quizás, en pleno *Pactolo* lo juro por el Styr y por la cabeza de mis editores. Así pues yo soy ahora el feliz, el rico y millonario... y vive Dios! que no he de permitir te desesperes de tal suerte... Esta mañana estabas hecho fuego y llamas, béte ahora todo nieve, todo hielo, por qué? por una noticia que suponiéndola cierta, se reduce á que tropiezes con un obstáculo en tu camino? Vamos pues, Roberto, de veras... no te conozco...

—Tampoco yo me conozco á mí mismo... repuso con abatimiento el conde. Ay! la desgracia le hace á uno dudar de todo.

—Sabes dónde se llega con desanimarse?

E interrumpiéndose luego, con tono mas grave y sentido que de costumbre añadió:

—Escucha, Roberto, si te creyese capaz de vivir con muy poco, mientras llegára el momento, que por tus antiguas relaciones y algun favor de familia, pudieras obtener un módico empleo..... te diria: No te asuste el porvenir, parte conmigo... lo escesivamente poco de que yo vivo; antes de un par de meses, te hallarás colocado en algun buen empleito de mil doscientos ó mil quinientos francos... colocacion modesta, pero segura.... entonces yo...

—Escúchame á tu vez, Baltasar...

dijo Roberto interrumpiendo á su amigo... educado en el lujo, en la ociosidad, he contraido la costumbre de satisfacer todos los gustos dispendiosos, todos los caprichos de pródiga opulencia. Soy ignorante, perezoso y vano... amo en la riqueza, no solo las delicias que dá, sino todos los goces que el orgullo saca de ella; en una palabra, me gusta lo mismo, gozar... que *ocupar mi posicion*, sí, porque ya con razon ya sin ella, creo que un hombre de mi cuna, debe vivir de diferente modo que otro; que debe representar segun decirse suele y llevar espléndidamente su apellido; esta es la razon porque mientras pude, gasté un tren de príncipe..... Ahora me veo arruinado, plagado de deudas; pues bien! te lo digo brutalmente; soy, y me siento incapaz de ganar mi vida con mi trabajo... Y primeramente, para qué trabajo seria bueno

yo? Para ninguno... Y aun admitiendo que la casualidad ó una muy poderosa proteccion, me colocára, no con mil doscientos ó mil quinientos francos, sino con doce ó quince mil...

—Cómo si digéramos, el sueldo de un *prefecto*, de un general, de un obispo ó de un consejero de estado...

—Pues bien!... Dejando aparte la especie de humillacion que hay en tener *una colocacion*, es decir en estar á las órdenes de otro, qué demonios quieres que haga yo de doce ó quince mil francos al año?... yo acostumbrado á una vida de cien mil francos de renta, lo menos!... Cuanto acabo de decirte, puede quizás parecerte absurdo, y sin embargo, es la pura verdad.

—Te creo, Roberto, qué demontre harias tú de diez ó quince mil

francos anuales?... Te juzgo, hablando muy formalmente; incapaz de poder vivir á lo menos con sesenta mil francos de renta, y eso, limitándose mucho, pasándolo con *suma estrechez*, me lo probaste una vez matemáticamente; me acordaré siempre de tu presupuesto analizado. Deja que te lo recuerde:

1.° «Me decias, no puede uno ir á pié; pongamos de ocho á diez mil francos de carruage.»

2.° «Las mugeres del gran mundo precisando á deferencias fastidiosas, es preciso buscar una querida en otra parte, y lo menos que se puede dar á una chica de algun viso, son mil quinientos francos mensuales, sin contar los regalos.»

3.° «*No se puede* comer en una fonda á menos de treinta ó cuarenta francos por cubierto, si quiere uno ver que los mozos le tengan por algo

y le adulen; es preciso contar tambien de cuarenta á cincuenta francos por un palco principal, donde mandar á su querida, lo que con el ramillete cotidiano de rigor, y la comida de fonda, asciende á cien francos diarios. Añade á esto el alquiler de un cuarto bien puesto, los gastos de rutina, lo imprevisto, las cenas, los regalos á mi chica, las infidelidades, el juego, las apuestas en las carreras, y verás que *por poco* un hombre de cierta clase, *no puede vivir*, realmente vivir, menos de ochenta ó cien mil francos de renta al año, sin contar unos cien mil francos para montar su casa; y para eso viviendo soltero, sin familia.»

—Es cierto; dijo Roberto de Mareuil exalando un sentido suspiro; sí, desafio á un *hombre de categoría* á vivir con menos en París, si quiere mantenerse en su escala....

—Estás mas cerca de la verdad que crees. Quizás, Roberto, al decirme que no puedes vivir con menos, y te pongo el presupuesto ante los ojos para nombrar la suma de tus necesidades, puesto que ahora para tí lo supérfluo pasando á ser crónico, se te ha hecho tan absolutamente necesario, que si te faltase mucho tiempo.....

—Me suicidaria; dijo con frialdad Roberto.

Fueron pronunciadas tan resueltamente las últimas palabras, que no dudé dijera la verdad. Participó el poeta igual conviccion, pues con muy conmovida voz, repuso despues de un corto silencio:

—Sí... lo creo.... te matarias. Por eso te decia yo, que no puedes vivir con menos de sesenta mil francos. Lo comprendo, á pesar de no vivir mas que con mil doscientos.... sí, lo

comprendo porque es preciso tomar á sus amigos tales como ellos son; en vez de ser tuerto ó jorobado, padeces la enfermedad de lo *supérfluo;* nada mas. Pero yo no quiero que te desanimes, porque si te desanimas, vas á perder un casamiento de ciento ó ciento cincuenta mil francos de renta, y la desesperacion te llevará á pegarte un tiro. Y yo no quiero que te pegues un tiro..... Quiero muy al contrario, que te cases con la señorita Regina de Norlieu... quien es por lo menos tres veces millonaria... y te casarás con ella..... Venceremos los obstáculos, para eso pongo á tu disposicion cuanto poseo..... Y como lo mas limpio que poseo en bienes raices, es mi cacumen y mi larga esperiencia de la intriga dramática..... pues tengo en la maleta, once piezas entre comedias ó dramas enteramente vírgenes..... Ahora si quieres

creerme, comenzaremos por reasumir bien tu posicion..... la de Regina..... y el carácter de las personas que deben tomar parte en la accion... Desenredemos primeramente la madeja... ni mas ni menos que si se tratára de componer un drama. Establecido todo con claridad, tomaremos nuestras medidas. Figúrate en fin, que yo soy tu colaborador y que tenemos que trazar el plan de una comedia, y quizás de un drama.... Vamos á ver... en primer lugar el nombre de los actores... de mugeres, tenemos: *Regina de Norlieu*..... Por la presente, no hay mas.

—No hay mas?

—Bueno..... pasemos á los hombres; tú, primeramente: *Roberto de Mareuil*, *el baron de Norlieu*, padre de Regina, el *conde Duriveau*... y....

—El *príncipe de Moutbar*, esclamó Roberto con amargura; de este mal-

dito era de quien Martin queria sin duda hablarme ... porque el príncipe es muy jóven, muy lindo, y visita con frecuencia al baron.

Estas palabras de Roberto de Marcuil, justificaron mis sospechas; no podia casi dudar; el desconocido de la taberna de *los Tres-Toneles*, se llamaba el príncipe de Moutbar.

Quedaron los jóvenes silenciosos durante algunos minutos, al cabo de los cuales repuso Baltasar:

—Son estos.... todos nuestros actores?

—Sí todos... y lléveme Sátanas.... si no sobran.

—En cuanto á papeles secundarios, repuso Baltasar... olvidamos á nuestro anti-scapin. A pesar de su necedad puede sernos útil. Las señas que te dió esta mañana, no te hicieron conocer al conde Duriveau, y al príncipe de Moutbar?...

—Verdad, es...

—Añadamos pues á *Martin*, lacayo de Roberto de Marcuil, (ya verás que mi modo de proceder, aunque singular, no es malo.) La escena se pasa en París..... Echémos ahora una ojeada sobre los antecedentes...

—Vaya... locuras.... dijo con impaciencia Roberto.

—Locuras..... sabe que se dá el nombre de antecedentes á los acontecimientos que precedieron al momento en que vá á empezar la accion..... En otros términos, para ver con claridad en nuestro asunto reasumamos en pocas palabras tu situacion hasta el presente, para con Regina. Algunas de tus confidencias datan de muy lejos, habré podido olvidar ciertas circunstancias... renueva mis recuerdos si los altero..... díme lo que yo ignoro... para preveerlo todo, es fuerza saberlo todo.... y yo creo que me

falta mucho para saberlo todo.

—No... contestó Roberto de Mareuil con alguna confusion.

—Me lo irás diciendo á medida que los hechos lo reclamen... dijo Baltasar. Veamos pues ahora los antecedentes... Te has educado con Regina de la cual eres pariente... A esa infantil amistad ha seguido una costumbre de intimidad entre vosotros, que con los años ha degenerado en amor... Es esto?

—Sí..... amor tierno, apasionado en mí... pero amor grave y reservado en Regina...

—Muy bien... de este modo habeis llegado, ella á diez y seis abriles y tú á diez y ocho ó diez y nueve; os veiais ambos tan á menudo, como lo autorizaban vuestras relaciones de familia, y proseguiais amándoos, ella con con el amor casto de una educanda... tú con el amor de un cole-

gial... cándido... prometiendoos cual se dice siempre entre inocentes, amaros toda la vida..... y no ser sino uno de otro.

—Pero con una condicion, dijo Roberto.

—Cuál? no me hablaste de ella nunca.

—Regina me ha jurado ser mia, pero con la condicion de que yo vengaria la memoria de su madre.

—Vengarla?... de qué?... preguntó Baltasar cada vez mas sorprendido... vengarla... cómo?

—No fueron mayores las aclaraciones de Regina... debia completar esa confidencia mas adelante..... pero nos vimos separados por efecto de un rompimiento entre nuestras dos familias. Escucha ahora lo que ignoras, añadió Roberto de Mareuil: Cuando llegó el momento de nuestra última entrevista... con solemne acento me

dijo Regina: «Nos separan..... pero no pueden separar nuestros corazones. Os he amado y os amo Roberto, porque os conozco desde mi niñez, porque os creo de noble alma y generoso carácter... en fin, porque me habeis jurado ayudarme un dia á vengar y rehabilitar la memoria de mi madre... bajamente calumniada... partid pues, Roberto, ya que el bacerlo es fuerza... Pero os lo juro por los manes de la que me dió el ser; distancia, tiempo, nada me hará olvidar la solemne promesa que os hago ahora de no unirme mas que á vos... El dia en que yo creeré llegado el momento... os diré *venid*... y sé que vendreis....»

—Es tierno el lenguage... Formal la promesa, dijo conmovido Baltasar y como Regina tiene un carácter firme, leal, caballeresco, la verás cumplir lo que ha prometido.

—Oh! Es preciso que sea.... esclamó Roberto con cierto resentimiento lleno de amargura; mi porvenir reposa en esta sola esperanza.

Quedóse Baltasar silencioso por algunos momentos.

—Qué tienes? le preguntó Roberto de Marcuil.

—En verdad, contestó el poeta con sentido acento, Regina es una criatura noble... pero volvamos á la esposicion... El baron entierra á su hija en una posesion suya del departamento de Berri. Tú das al olvido tu primer amor á los cuatro dias, y fiel á tu *presupuesto* cuyas partidas me enseñaste, aplicas á él alegremente la fortuna que tu padre te legó... todo tiene fin hasta las herencias... Agotada tu fortuna, apurados los empréstitos, sabes que Regina gracias á una imprevista herencia se halla con un capital de tres millones

poco mas ó menos; entonces recuerdas la solemne promesa de tu *amiga* de infancia... Y díme... ahora... con franqueza. Te sientes enteramente sin pasion alguna pasada y futura para con Regina? Representar el papel que tú vas á representar.... reclama sangre fria... y hasta diré que para ello es preciso el inflexible egoismo del hombre de negocios; porque no debes dejar de conocer que el negocio que quieres llevar á cabo es un negocio escelente... Ni mas ni menos... si sales con bien, mas adelante yo te diré mi opinion personal sobre el particular.

—Cómo? esclamó Roberto, esplícate.

—Estamos hablando ahora bajo el punto de vista... dramático y nò bajo el punto de vista moral... disimula la espresion... Con una posicion crítica... desesperada (la tuya) y caracteres

dados, tratamos de hallar los medios de desenredar felizmente esa posicion diabólica.... En eso tú procuras hacer un negocio escelente, lo repito; yo procuro trazar una comedia de intriga... En esto pues, nada tiene que ver la cuestion moral...

—Te parece que obro de un modo poco leal? esclamó Roberto.

—No faltaba mas!... te ves arruinado.... perdido de deudas. Una jóven rica y hermosa, te ha prometido ser tuya, reclamas su promesa y sobre cien personas, las noventa y nueve y media harian lo mismo... No debes pues temer el juicio del mundo... eres puro, sin mancilla, como el cordero pascual...

—Y tú qué juicio formas?...

—Yo que juicio formo?...

—Sí...

—Curioso!!

—Sé franco, no harias lo que yo, Baltasar?

—Qué sabemos...

—Me criticas?

—Te ayudo.... porque para tí se dilucida una cuestion de vida ó muerte, dijo gravemente Baltasar.

—Me criticas... y me ayudas; cómo esplicar esa contradiccion?

—Una contradiccion? esclamó el poeta, volviendo á su habitual buen humor... todo lo contrario... es una fusion, un acorde perfecto... Criticándote, obedezco á mi opinion personal; ayudándote soy de la opinion de la mayoría.

—Siempre tan original!

—Qué quieres Roberto... un poeta..... es un ser muy singular.....

Aunque pasiva, no por eso agradecí menos la protesta de Baltasar contra los proyectos de Roberto de Mareuil; seguí escuchando la conversacion de mis amos con creciente inquietud.

—Prosigamos nuestra suposicion, contestó Baltasar. Al saber la inesperada fortuna de Regina, sabes ademas que es muy desgraciada con su padre... pues segun dicen no es hija suya... El baron aunque hayan transcurrido muchos años desde tal descubrimiento, ha tomado tan á lo trágico ese accidente cómico-conyugal que su misantropía dicen raya en demencia... lo que hace la situacion presente de la hija sumamente intolerable, mucho mas desde que el baron la ha vuelto á Paris. Todo eso te parece hurdido por tu hada benéfica y jóven, á la cual se martiriza, es ya medio robada... tú te propones robar á Regina, convencido hasta la nuez, de que su padre no te la dará por mil razones. Ese plan de rapto no es malo, tienes el juramento de la jóven mas caballeresca que haber pueda; en verdad ella no te ha dicho aun: *ve-*

nid... pero no importa, tú vienes á pesar de esto á prevenir sus deseos, y de este modo llegas á Paris, para poner sitio á Regina y á sus millones... Tal era la situacion esta mañana á las doce. Esta noche, nuevo incidente completa la esposicion; sabes por parte fidedigna que tienes dos competidores; uno del gusto del baron; es el conde Duriveau, un viudo, un nadie enriquecido y pulimentado.... El otro pretendiente... á quien Regina mira con buenos ojos... segun dicen, olvidando, caso de ser verdad, el juramento que te hizo..... es el príncipe de Moutbar, jóven de veinte y cinco años, hermoso como Antinous, noble como un Montmorency, distinguido, con talento y bastante rico; me parece no haber dejado nada en el tintero al menos de lo que sé!...

—Nada; dijo Roberto de Marcuil.

—En cuanto á lo que ignoro, tú dirás si crees oportuno... revelármelo ahora.

Despues de un corto silencio con voz algun tanto alterada Roberto de Marcuil contestó:

—Esta mañana.... te dije que llegaba de Bretaña..... de la quinta del marqués de Keroüard... á cuya casa fuí en busca de un asilo contra mis acreedores...

—Y qué?...

—Esta mañana, he salido de la cárcel por deudas... donde me hallaba desde el mes de enero.

—Tú... en la cárcel..... y yo nada he sabido, esclamó Baltasar como reprochándoselo á su amigo.

—He querido, en cuanto posible fuese, ocultarlo, creo haberlo conseguido. Me prendieron en el momento mismo de regresar de un corto viage que emprendí, para hacer per-

der la pista á mis acreedores.

Pero tus deudas eran considerables... quién las ha pagado?

—No están pagadas...

—Entonces quién te ha puesto en libertad?

—Mis acreedores.

—Tus acreedores?

—Ademas, me han facilitado los medios de contraer un nuevo empréstito con ese negociante en juguetes á quien escribí esta mañana.

—Parece increible.

—Nada mas sencillo sin embargo; he convencido á mis acreedores de que nada podian esperar de mí, teniéndome en la cárcel, mientras que poniéndome en libertad y procurándome algunos fondos indispensables, harian posible cierto casamiento aventajado que tenia entre ojos...

—Comprendo...

—Por lo demás han tomado sus

medidas... He renovado antes de salir de mi prision todos mis pagarés por tres meses.... Me vigilan de cerca. Si el casamiento se verifica cobrarán... sino... Pero á que suponer esto último? si el casamiento me se escapa... estoy decidido...

—Ahora que sé todos tus peligros, todo cuanto has sufrido, te digo yo que si como lo espero te casas con esa jóven... es imposible que no la adores de nuevo, aunque solo sea por gratitud.

—Cual tú lo creo tambien. Me habrá sacado de tan desesperada situacion... Mas ahora... me hallo demasiado lleno de incertidumbres para pensar en amores.

—Me gusta esa franqueza..... y te creo; eso aumenta mi celo... Establecido todo, lo primero que te conviene es volver á ver á Regina... Que haya suscrito á las pretensiones del

conde Duriveau es imposible... Que acoja las del príncipe de Moutbar es poco probable... Te ha hecho ella un juramento... tú no la has devuelto su libertad y con su carácter no puede ser perjura...

—Todo mi temor se reduce á que mis prodigalidades, mi ruina y quizás tambien mi encarcelamiento hayan llegado á sus oidos...

—Si Regina sigue amándote, qué importa?... dijo Baltasar. El amor es indulgente, y luego si te has echado en cuerpo y alma á una vida disipada habrá sido para ahogar los crueles sufrimientos de una separacion demasiado sentida... como siga amándote... lo pasado nada supone.

—Por lo demás, mañana sabré si me ama.

—Mañana?

—Acaso no vá mañana al museo con su padre y el conde Duriveau?

Puedan mis ojos ver los de Regina, y sabré mi suerte.... Altiva y leal cual ella es... le será imposible disimular... La conozco; la espresion de su fisonomía me lo revelará todo.

—Tienes razon, antes de combinar nada, es indispensable aguardar el resultado del encuentro de mañana.

—Y si mis esperanzas se desvanecen! esclamó Roberto de Mareuil. Pero no..... no..... repuso y le oí empujar violentamente su silla, levantarse y andar con agitacion. No.., solo de pensarlo, siento mi corazon hecho un infierno.

—Vamos Roberto, cálmate, dijo conmovido Baltasar, de veras me asustas... estás pálido, tus ojos se inyectan de sangre... Ven á la ventana, toma un poco el aire..... este cuarto es pequeño... se ahoga uno... vamos cálmate, sosiégate.... Estás esta noche nervioso como un demonio.

Oí que abrian la ventana, y la voz de Roberto mas lejana; este dijo á Baltasar:

—Dices bien... tengo la cabeza ardiendo; el aire me será saludable.... me calmará..... Y cuando me haya pasado un poco mi irritacion te diré tranquilo, pero resuelto, que si Regina desvanece mi esperanza estoy decidido á...

La voz de Roberto de Mareuil se debilitaba mas y mas á medida que se acercaba á la ventana; fuéme de todo punto imposible oir el final de la frase...

Tan solo algunos momentos despues la voz de Baltasar, quien acaba sin duda de quitarse subitamente de la ventana llegó de pronto hasta mí, no ya jovial ó conmovida por la afeccion, sino fuerte, severa, casi enojada.

—No te creo... le decia á Rober-

to de Mareuil, no quiero creerte.

—Escúchame... Baltasar.

—Te digo Roberto... que te rebajas... que te calumnias á tí mismo... porque tú eres incapaz de accion tan negra. Cometeria la señorita de Norlieu la traicion mas infame... que no podria esto disculparte.

—Y la estremidad á que me veo reducido no lo disculpa todo? esclamó Roberto, olvidas... mi situacion?

—Tanto, no la olvido, que solo esa situacion puede abogar en mí escrúpulos de que no quiero hablarte..... que no es poco.... pero ir mas allá..... nunca! á pesar de la antigua amistad que te profeso, á pesar de mi adhesion, de la cual por nada puedes dudar.... no volveria á verte en mi vida, si...

Soltó Roberto de Mareuil una carcajada forzada que me pareció hasta convulsa, y con bulliciosa alegría que

juzgué tan ficticia como la carcajada esclamó:

—Como, inocente poeta dramático, harto cándido colaborador, no recuerdas que no há mucho tú mismo digiste: «Trazamos el plan de una comedia y quizás de un drama!» Pues bien, solo he querido manifestarte que yo podia cual tú hallar tambien alguna escena... te cogí..... pudiste creer que seria asaz bajo para... vaya, vaya, si no fueramos tan buenos amigos me enfadaria...

—Cargue el diablo contigo, Roberto, ó cargue conmigo mas bien, pues en resumidas cuentas yo he sido bastante necio para creerte capaz de una atrocidad... te burlabas de mí... has hecho bien..... oiga! es ya muy tarde, la esposicion queda claramente desarrollada..... mañana daremos mate á la intriga...

. . . . . .

Por singular contraste; así como Baltasar una vez llevado por sus increibles imágenes, se dejaba locamente arrastrar á ensueños irrealizables, así tambien cuando volvia á las exigencias de la vida práctica mostrabase bueno, generoso y sensato; entonces ya no ofrecia á su amigo los tesoros del Potosí, ni los baños de oro, ni las fantásticas remuneraciones que esperaba tener por sus obras y que algunos años despues recibió; ofrecia todo cuanto era suyo; su modesto albergue, su pan y los fecundos recursos de su imaginacion. Habia tambien advertido yo con profunda satisfaccion que á pesar de su acendrada amistad, á Roberto de Mareuil, ponia el poeta severos límites á su adhesion y le creia tanto mas incapaz de hacerse cómplice de una accion baja contra Regina, por cuanto no se prestaba sin al-

gunos escrúpulos á intervenir en los proyectos de casamiento de Roberto de Mareuil. El acento resuelto, la suma frialdad de este, al hablar de suicidarse, me habian convencido de ser síncera su resolucion; confieso que si este hombre dispertó en mí cierta piedad, fué despojada de todo interés, de todo sentimiento simpático..... Aquella inercia, aquella cobarde resignacion que preferia la muerte al trabajo, sin haber tan siquiera probado lo último, aquella cínica franqueza en decir que la vida le seria *insufrible* aun con doce ó quince mil francos de renta... aquella pretension tan insolente, como por desgracia real de no poder aceptar mas que una existencia de millonario; tan bajo conjunto me habia en un principio hecho sentir desprecio, repugnancia é indignacion hácia aquel miserable.

Mas recordando á poco, las lecciones de Claudio Gerard, lecciones llenas de mansedumbre y sabiduría, traje á la memoria la educacion que habia recibido Roberto de Mareuil, educacion de la cual la escena del bosque de Chantilly, me habia dado una muestra. Pensé en la funesta máxima que inevitablemente encierra ese pensamiento casi de todos cuantos deben, no á su trabajo ni á su inteligencia, los dones de la fortuna, sino á la casualidad del nacimiento:

—*No nací para trabajar; mi padre es rico.... yo lo seré tambien.... y no saldré de mi clase...*

Pensé finalmente en esa incurable peste de ociosidad, en esta costumbre de lujo, en estas *necesidades* de lo supérfluo, que por decirlo así cambian nuestra naturaleza creándonos segun parece, nuevos sentidos, nuevos órganos, órganos y sentidos tan

imperiosos unos como otros.....

Despues de tales reflexiones llegué á compadecer sinceramente á Roberto de Mareuil, no de ser lo que era pero de haber sido conducido con fatalidad por una de las consecuencias mas funestas del heredar á UNA JUVENTUD OCIOSA que dá por resultado: sin igual bajeza, impotencia y depravacion.

Tambien esta vez reconocí que muchas veces el abuso de la riqueza embrutece, deprava tanto como la miseria escesiva, y se debe á esas víctimas de lo supérfluo, no esa tierna conmiseracion, esa simpatía sagrada que inspiran los mártires de privaciones atroces, pero sí esa especie de dolorosa piedad que reclama, segun decia Claudio Gerard, la suerte de esos miserables enfermos cuya sangre se halla infectada por algun vicio hereditario.

Me dejaba llevar tanto mas por semejantes pensamientos de equitativa piedad por cuanto temia resentir á pesar mio, la influencia de celosa animosidad contra Roberto de Mareuil porque Regina le habia amado..... y porque Regina le amaba quizás aun.

El... ser amado de esa jóven en la cual respetaba y adoraba yo las mayores virtudes.... ser amado despues de haber oido yo la conversacion que acababa de oir.... él!...

Y ese casamiento puede realizarse.... Regina fiel á los juramentos de su primer amor, confiando ciegamente en un hombre que sin duda cree digno de ella, maltratada quizás en la casa paterna, contando en fin hallar en Roberto generoso apoyo y adhesion que le ayudase á perseguir y lograr la rehabilitacion de la memoria de su madre.... Regina podia.... debia quizás satisfacer los deseos de Ro-

berto de Mareuil..... Solo una probabilidad habia contra él..... Regina no le habia dicho: *venid*.

Ocasionaba esto en la jóven, precisa temporizacion? olvido acaso? falta de fé? reciente conocimiento del carácter de Roberto? ó sumision á la voluntad de su padre que segun decian, quiera forzarla á dar su mano al conde Duriveau? Era en fin amor hácia el príncipe de Moutbar?

En medio de tantas dudas, cambiaban de objeto mis temores sin perder nada de su intensidad. Triste eleccion para la infeliz Regina, la que habia entre:

—Roberto de Mareuil.

—El conde Duriveau.

—Y el príncipe de Moutbar.... si este, cual yo lo sospechaba, era el desconocido de la taberna de *los Tres-Toneles!*...

Quién sabe sin embargo; quizás

me engañaba yo con respecto á este último personage.....

Esa equivocacion era la sola probabilidad de ventura que quedaba á Regina, y bien sabe Dios... que deseaba con toda mi alma... saberla dichosa y amada por un esposo digno de ella... si esto era para mí, que nada en amor esperaba, un consuelo inmenso...

. . . . . .

Rendido de cansancio, fatigado el espíritu con los numerosos y singulares acontecimientos de aquel dia imité á mis amos.

Varios campanillazos muy vigorosos me dispertaron sobresaltado. Era ya muy entrado el dia; fuí á abrir, y entró un sastre con un abultado lio de ropa hecha. Roberto de Mareuil habia sin duda mandado traerlo desde la víspera. Triste recurso era este para un jóven acostumbrado á to-

das las minuciosidades y escrúpulos de un tocador muy pulcro; pero el tiempo urgia, el traje de Roberto de Mareuil estaba tan raido, tan usado que era mejor para él presentarse aquel mismo dia ante Regina vestido sino con lujo con decencia.

Por lo demás eran tales la gracia y la elegancia natural de Roberto, que á pesar de ser aquellas ropas de vetusta moda, parecia estar vestido con delicado gusto. Con no poco asombro ví que mis amos no me habian olvidado; el sastre sacó de su lio una levita azul con botonadura de plata y cuello colorado, un chaleco tambien colorado y unos calzones y polainas de mahon. Fuéme preciso dejar mis humildes atavíos para endosarme aquella librea hecha á corta diferencia para uno de mi estatura.

Sentí cruel opresion al vestir por la vez primera las insignias de servi-

dumbre, y hasta hubo un momento en el cual estuve indeciso; pero pensando en los servicios que podia prestar á Regina en mi humilde condicion, y recordando lo de Claudio Gerard *que no hay posicion en la cual un hombre honrado no pueda mostrar su dignidad* y diciéndome en fin que mi resistencia podia dispertar las sospechas de mis amos, no quise esponerme á ser despedido ni aventurar se rompiera el único hilo aunque frágil que, por decirlo así, me ponia en comunicacion con Regina.

—Héte á corta diferencia equipado Martin, me dijo mi amo examinándome de piés á cabeza. Deja ese aire envarado; soltura..... no pegues tus brazos al cuerpo, sino nos avergonzarias; pero te lo recomiendo, no vendas tu traje de mozo de cordel; habrá circunstancias en las que te servirá quizás, pues la librea

es cosa demasiado fácil de llamar la atencion.

—No está mal!... dijo Baltasar, miráudome á su vez, yo hubiera preferido un sombrero de picos, una casaca de color de zorra, chaleco y calzon azul claro, liga de plata, media de seda blanca, hebillas en los zapatos y peluca empolvada. Vive Dios! que hubiera sido cosa de alguna caliá, mas para tí, muchacho, sería demasiado á lo Frontin... ese porte medio menestral hará visible tu sencillez que tanto aprecio...Oh Martin!...

Un campanillazo tímido, de suma discrecion, interrumpió á Baltasar; habia salido el sastre, cerré la puerta del cuarto de mis amos y fuí á abrir.

Era Lebrelin.

—El señor conde Roberto de Mareuil? me preguntó con su meloso acento, y me pareció que echaba una

ojeada rápida y escudriñadora por la habitacion donde nos hallábamos.

—Aquí vive, le contesté, si quereis aguardar un momento, pasaré recado al señor conde...

Y dejando solo á Lebrelin, entré en la habitacion de mis amos.

—Aquí está el comerciante en juguetes les dije...

—No ha faltado á su promesa, buen agüero..... escelente agüero, dijo el poeta en voz baja.

Lejos de participar Roberto de Mareuil de las alegres esperanzas de su amigo, quedóse como inquieto, pensativo, y con sumo asombro de Baltasar le dijo:

—Amigo mio, déjame á solas con ese hombre.

—A solas... con el comerciante en juguetes? preguntó Baltasar.

—Sí.

—Es singular.... no me digiste...

—Amigo mio.... si te pido que te retires, repuso Roberto de Mareuil... es porque debo guardar secreto indispensablemente... perdona...

—Bien, Roberto, basta... dijo desconcertado el poeta. De todos modos algun misterio no daña al efecto del drama... vaya por lo misterioso...

—Hay con qué escribir? añadió Roberto.

—Lo necesario para firmar, quieres decir.... repuso el poeta sonriendo. Sí... abí tienes la taza y la pluma... Vamos, vente Martin.

Salimos: Lebrelin nos reemplazó al lado de Roberto de Mareuil y yo cerré la puerta del cuarto.

—Por qué demonios me aleja Roberto? dijo el poeta hablándose á sí mismo, así que nos vimos solos en la pieza qne nos servia de antecámara.

Púsose luego Baltasar á dar paseos, mientras que yo no menos ansioso

que él de saber lo que pasaba en el cuarto; fingia poner en órden algunos objetos, á fin de parecer ocupado en algo. Una mesa que de intento arrimé al conducto acústico, lo obstruia completamente, y nada se oia de la conversacion de Lebrelin con Roberto de Mareuil.

Sin embargo, mientras daba paseo arriba y paseo abajo, arrimóse Baltasar varias veces á la puerta, cual si le agitára vivísima curiosidad.

De pronto interrumpióse el silencio profundo que hasta entonces habia reinado, por la voz de Roberto que con acento vibrante y de enojo gritó:

—Miserable!!

A esta esclamacion, despues de la cual volvió todo al primitivo silencio, llevó la mano Baltasar á la llave é iba sin duda á entrar; mas reflexionando en los ruegos de su amigo, paróse y

comenzó de nuevo su paseo, diciendo á media voz:

—Hum..... la cosa se echa á perder..... Roberto creia que todo marcharia perfectamente.... No me gusta la cara de ese hombre..... tiene mala catadura...

Y dirigiéndose á mí, añadió:

—No es verdad, muchacho que tiene mala catadura? Tú pudiste verle bien ayer...

—Quién señor?

—El comerciante en juguetes.

—Qué sé yo!... no le miré mucho...

Abrióse de pronto la puerta, sacó Roberto la cabeza y dijo:

—Ya puedes venir... Baltasar.

El poeta entró.

Quedéme solo, algun tanto chocado de la palidez de Roberto y de la sombría espresion de su fisonomía; mas, presto ví salir á Baltasar con el

rostro destellando alegría y los ojos chispeantes; púsome varias monedas en la mano diciéndome:

—Vas á ir corriendo al estanco que hay en esta calle... pide al estanquero cinco *pagarés*... acuérdate bien; *cinco pagarés* de diez mil francos cada uno, lo que asciende á *cincuenta mil francos*.... comprendes?

—Sí, señor.... pediré cinco pagarés de cincuenta mil francos cada uno, lo que asciende á cincuenta mil francos..... dije estupefacto, porque ignoraba entonces la existencia del papel sellado, como su valor relativo, y creia que debia llevar cincuenta mil francos.

—Así pues comprendiste bien que debes traer y pagar cinco pagarés de diez mil francos?

—Con este dinero... pregunté, he de pagar cincuenta mil francos?

—Oh! inocencia del siglo de oro!

oh sencillez de los primeros tiempos! esclamó Baltasar. Oh Martin! á no ser por lo grave de las circunstancias yo mismo te llevaria en triunfo por el cuarto, entonando cánticos en loor tuyo.... pero el tiempo urge.... despáchate..... corre al estanco, pide cinco pagarés de diez mil francos paga... y vuelve...

Lleno de asombro bajé rápidamente la escalera y llegué al estanco; era el estanquero un viejo bajito, de mirada inteligente y penetrante, y de burlona sonrisa.

—Cinco pagarés de diez mil francos, le dije.

—Oiga! oiga! me contestó el estanquero buscando en una mala carpeta un paquete de esos papeles que tan preciosos me parecian...

—Oiga! oiga! repitió, tratamos, segun parece, de grandes capitalistas... son gentes que no se andan en

melindres..... Cincuenta mil francos!.... gastan papel como nada..... Pero bah! añadió con paternal acento, cosas de la edad. Fijó luego su mirada en mi nueva librea y con tono de burla me dijo:

—Apostaria que vuestro amo es jóven?

—No lo errais....

—Estaba seguro de ello, porque en general con este papel aprenden los jóvenes la *escritura comercial*..... hacen de ellos muchas libretas... Ay! cuánto papel perdido! añadió con fisga el estanquero dándome la vuelta del dinero.

No comprendí entonces el epígrama, asaz justo, y volví presuroso á casa de mis amos.

Hallé á Baltasar casi en mitad de la escalera.

—Los pagarés! los pagarés! gritó.

—Hédlos aquí, señor.

—Bueno... ahora vete volando á la calle de *Granje-Batelière*, verás allí un almacen de coches; pregunta por el dueño y díle que para las doce mande un coupé; el mejor que tenga á la inglesa, no repares en el precio... á las doce que se halle en la puerta de casa... Comprendes?

—Sí, señor.

Y me eché de nuevo á la calle. Mi librea inspiró la mayor confianza al maestro de coches; enseñóme uno muy lindo, acepté y me volví.

Lebrelin no estaba ya, Baltasar manifestábase mas alegre aun, pero el conde me pareció sumido en reflexiones.

—Hay algun cambista en esta calle, me preguntó Baltasar.

—Sí señor, le dije, hay un relogero que lo es...

—Corre, pues, á cambiar este billete de mil francos por cincuenta mo-

nedas de oro... pagarás aparte el descuento, me dijo el poeta.

—Baltasar, gritó Roberto, deteniendo á su amigo en el momento en que este me iba á entregar el billete de banco.

Y añadió luego algunas palabras al oido del poeta.

Roberto desconfiaba de mi probidad, pues su amigo contestó en alta voz:

—Yo respondo de él... es necio... pero honrado; conozco los hombres.

Dióme en seguida el billete y añadió:

—Aprieta bien esto en la mano, cuidado con soltarlo; traerás el oro en un cartucho; despáchate, porque se acerca la hora, es preciso que nos hallemos en el Louvre antes de la una.

Fuíme, cambié el billete y entregué á Baltasar el cartucho; rompió

este el papel, contó las monedas, hízolas sonar, colocólas en su mano de modo que las hiriera la luz, mirólas con ademan complacido y las entregó á Roberto quien le dijo;

—Vaya!... toma.

—Qué?

—Cáspita! lo que quieras de estos cincuenta luises...

—Gracias... Roberto.

—Estás loco? no hemos dicho antes...

—Querido Roberto, dijo el poeta con firmeza y dulzura; todo será entre nosotros comun, escepto el dinero que venga de ese hombre.

—Habrá capricho!

—Nada... nada, esclamó Baltasar, no ya con gravedad sino volviendo á dar rienda suelta á su loca imaginacion. Necesito acaso tu oro? Acaso mañana ó el otro.... ó el otro.... no me veré saciado, cubierto, saturado

de oro... Qué, mis libreros no me mandarán el precio de mis obras en cofres de ébano traidos por negros?

En esto dieron las doce.

—Al coche.... gritó Baltasar á su amigo, presto, al coche... Es preciso colocarse bien y llegar al Louvre antes que Regina.

—Así pues, no quieres acompañarme! dijo Roberto.

—Pensándolo bien, es mejor que vayas solo; podria distraer la atencion de Regina... Me hallarás aquí.... no salgo... Vuelve pronto... y no olvides que me dejas en áscuas..... en las de la curiosidad, Roberto... anda con Dios.. y que vaya bien...

—Hasta luego!

Abrí yo la puerta para salir, y Baltasar me dijo:

—Te vas sin sombrero?

—Para qué lo necesito?

—Oiga! crees que vas á subir de-

tras del coche sin nada en la cabeza? Va la gente á creer que has hecho un voto á la vírgen!

—Subir detrás del coche... le dije yo muy contrariado con esa nueva consecuencia de mi improvisada servidumbre.

—A menos que no prefieras entrar en él..... me dijo Roberto encogiéndose de hombros... Vamos, coge tu sombrero y sígueme.

Obedecí; abrí la portezuela, coloquéme detras, y el coche se dirigió rápidamente al Louvre.

XLIX.

LA ESCALINATA DEL LOUVRE.

UMEROSOS coches obstruian el paso de las cercanías del Louvre, cuando mi amo bajó enfrente la puerta principal del museo.

—Sigue el coche, me dijo Roberto de Mareuil, acuérdate luego del sitio donde se coloque y vuelve.

—Está bien, señor.... le contesté.

Despues de haber cerrado la portezuela, ejecuté las órdenes de mi amo, y volví á colocarme junto á la puerta del museo entre una multitud de criados.

Esta primer prueba *pública* de mi condicion, si toda vez puedo espresarme así, fuéme penosa al principio; Roberto me trataba con dureza y desprecio; mas presto hallé una especie de consuelo en mis pensamientos: consolábame porque en primer lugar habia aceptado tan humilde condicion en la sola esperanza de ser útil á Regina, y luego tenia sobre mi amo Roberto de Mareuil alguna superioridad moral.

Creia sin el menor orgullo y reconocia en mí, sentimientos de rectitud, honor y delicadeza, que nunca sintió Roberto de Mareuil, juzgando al menos por lo que de su conducta sabia. Habia esperimentado sufrimientos, re-

sistido á pruebas, cuya sola idea hubiese aterrado á Roberto de Mareuil; á buen seguro que en situacion tan desesperada cual fue la mia, ó se hubiera muerto ó hecho criminal.

Puesta en evidencia esa superioridad, por medio de una comparacion muy madura, ya mi estado de sirviente cesó de humillarme; no podré espresar mejor lo que resentia, sino comparándome á un hombre de buenos sentimientos, dotado de gran valor y de mucha fuerza física, quien para llenar un deber sagrado, soporta el desprecio ó las amenazas de un ser infeliz, cobarde y débil al cual pudiera pulverizar con solo un soplo.

En una palabra, me parecia que nuestros papeles estaban trocados enteramente; miraba mi inferioridad con respecto á Roberto de Mareuil como una rareza; aceptaba mi posi-

cion como una posicion singular, misteriosa, que no solo podia ponerme en el caso de dar cima á un acto generoso, sino que además ofrecia ancho campo á mis observaciones y curiosidad.

Confundido entre un sin número de criados en la puerta del museo, miraba y escuchaba con atencion; era ya deudor á mi estado de servidumbre de noticias demasiado preciosas para desesperar en adquirir aun.

Metiéndome acá y acullá por los grupos de lacayos, noté que á egemplo de sus amos se separaban en clase aristocrática y media; los lacayos de casas antiguas, fáciles de reconocer por su elevada estatura, sus blasonados botones segun su librea y por la ligera capa de polvos que cubria sus cabellos, formaban un grupo muy distinto de los lacayos de la clase media á los cuales nunca dirigian la pala-

bra, no quizás por vanidad, sino por una consecuencia de sus *relaciones sociales*; como los amos frecuentaban cierto círculo, siempre los criados se hallaban todas las noches cual sus amos en un pequeño número de casas, las cuales junto con algunas embajadas (segun luego supe) componian los sitios de recepcion de la alta aristocracia parisiense; las relaciones de los otros estaban por lo contrario muy divididas, y sus criados no se veian siempre en iguales casos, razon por la que no formaban un grupo tan compacto como el de los lacayos de los *grandes señores*.

Hácia este último grupo me dirigí yo, en la esperanza de saber algo sobre el desconocido de la taberna de los *Tres-Toneles*, creyendo fuese el príncipe de Moutbar.

Al cuarto de hora de *escuchar* (mis compañeros distaban mucho de

hablar en voz baja) quedéme casi aterrado de cuanto acababa de saber sobre la sociedad escogida de Paris; intrigas amorosas, escenas de familia, intereses de fortuna; nada parecian ignorar mis aristocrátas compañeros y esto que la naturaleza de sus obligaciones forzándoles á permanecer en los vestíbulos ó tras del coche, no les dejaba penetrar hasta la incesante y completa intimidad del hogar, cual sucede con los ayudas de cámara.

La conversacion á cajas destempladas que acaba de oir, los hechos que me revelaba me chocaron tanto, que por muchos motivos han quedado grabados en mi memoria.

—Hola! estás ahí? habia dicho un lacayo aristocrático á otro de los suyos, no me digiste ayer en el teatro italiano que *ibais* á las carreras del bosque de Bolonia?

—Sí, pero hubo contra órden; fuímos despues del teatro á la embajada de Sardeña, y allí se mudó de modo de pensar y se citaron para el museo.

—Así pues ÉL estaba en la embajada anoche?

—Toma... si íbamos nosotros..... como no habia de estar ÉL? Pero tomó soleta en cuanto llegamos... creo que empezamos á cargarle de lo lindo... lo cierto es que la *señora* se vá poniendo...

—La ví antes de ayer en casa la duquesa de Beauprean... tu señorita es muger acabada ya...

—Qué quieres? rubia... y luego el pesar, porque segun parece está ELLA mas que nunca..... y ÉL que si quieres!... antes llegaba ÉL á todas partes antes que ELLA y se iban á un mismo tiempo, la ponia la capa, hacia llamar á sus gentes cuando iba sola... Pero ahora... ya! ya!..... ÉL

es siempre el último en llegar y el primero en irse... Y además... antes visitas de dos tres horas por la mañana temprano... Hace ya cinco dias que no ha pisado ÉL la puerta del palacio.

—Tu señora dió de bruces... amigo.

—Así me parece.... mira tambien hoy creyó ELLA hallarle aquí..... no veo en ninguna parte su hermoso cabriolé con su arrogante caballo gris que tanto llama la atencion de todos.

—Eres muy inocente.... le habrá dicho que venia al museo para que ELLA no fuese al bosque de Bolonia donde ÉL habrá ido. Te digo chico que tu vizcondesa perdió el pleito... Mas oiga véla allí, sale ya, anda corre á buscar el coche.

—Es verdad..... ÉL no ha venido, ella está fastidiada de esperar y se larga... adios Pedro.

—Adios chico.

Y luego volviéndose el lacayo hácia algunos de sus compañeros, añadió.

—Mirad al marido que aire de toro tiene?

—Qué Juan lanas!

—Habrá bobo!

—Pues mira, ELLA es muy linda...

—Qué gesto pone...

—Lo cierto es que tiene cara de ir muy cargada.

Volví la cabeza hácia el parage que mis vecinos (cuyas palabras modifico y cuyas ocurrencias abrevio) indicaban con los ojos, y en la escalinata bastante alta que precede la puerta principal del museo ví á una muger rubia, de facciones algun tanto fatigadas pero bonita aun; parecia estar profundamente abatida y triste: iba puesta con tanto gusto como elegancia; de vez en cuando echaba furti-

vas miradas á la plaza, miradas de horrible desconsuelo; el que ella esperaba no parecia sin duda..... Un jóven alto de rostro parado y necio, el marido á no dudarlo, daba el brazo á aquella jóven con porte indolente y fastidiado; en lo que tardaron desde la puerta del Louvre al coche ambos esposos no se digeron una sola palabra.

Resentia yo dolorosa impresion al ver aquella jóven hermosa que ignorando los descarados y vergonzosos dichos que su presencia provocó, permanecia inmóvil, anonadada, pensativa, en las gradas convertidas para ella en potro..... luego sentí una especie de estupor pensando que lo que segun mis sentimientos, debia estar encubierto con impenetrable misterio, el *secreto del corazon de una muger* se veia tan facilmente penetrado y vertido por los groseros lábios de

los criados; no podia concebir que el eco de aquellas brutales ocurrencias, no llegára nunca á los oidos de la muger del amante ó del marido, y me admiraba en sumo grado aquella mezcla de insolente mofa y profunda discrecion...

De pronto me estremecí sorprendido; un muy hermoso coupé, con librea verde y color de naranja, acababa de parar al pié de la escalinata, de aquel coche ví bajar con presteza al desconocido de la taberna de los *Tres-Toneles*. Pude asegurarme tanto mas de su identidad, por cuanto conociendo probablemente á la jóven rubia, paróse á hablar con ella, le apretó la mano con suma familiaridad como tambien al marido, permaneciendo algun tiempo en conversacion con ambos personages.

Si el distinguido porte y belleza de aquel desconocido, me habian cho-

cado cuando vestido con sordido trage, acaba de emborracharse bebiendo aguardiente en una taberna, su distincion y belleza me parecieron mayores aun, viéndole vestido con suma elegancia; su fisonomía, mientras hablaba con aquella infeliz rubia, estaba impregnada de gracia, finura y encanto; admiré el delicado modo con que acompañó á la triste desconsolada hasta el coche parado al pié de la escalinata; subió luego el desconocido rápidamente y entró en el museo como llevando prisa.

Iba por fin á saber el nombre de aquel jóven; habia observado la librea de sus criados, y presto ví en la direccion que yo estaba al lacayo que acababa de acompañar el coche.

—Señor, dije á este, muchacho de seis piés, aquel hermoso coche verde tras del cual estabais, no pertenece al señor príncipe de Moutbar?

—Sí..... estúpido, me contestó el coloso despues de haber desdeñosamente mirado mi parca librea y como pareciendo resentirse de mi familiaridad.

Demasiado satisfecho de la noticia para curarme mucho del poco lisongero epiteto con que me acababan de saludar, me alejé de aquel orgulloso cólega.

Ya no me cabia duda; el desconocido de la taberna de *los Tres-Toneles* era el príncipe de Moutbar; que habia ido al museo con la esperanza de hallar á Regina. Esta habia llegado tambien porque despues de buscar entre los coches apercibí la librea del conde Duriveau, quien segun supe debia acompañar á Regina y su padre. Deseando en cuanto fuese posible asegurarme de la verdad, acerquéme al grupo donde estaban dos lacayos, cuya librea era gris con

cuello encarnado y galones de plata. La conversacion parecia ser muy animada.

Pues *nuestra casa* vá echándose á pique, decia un lacayo; á pesar de la órden que se dió, el sastre y el carnicero á quienes nada se les habia pagado un año hacia (tanto que este último ya dejó de suministrar) no han hecho caso del portero, han entrado y hallando al señorito en la escalera le han puesto como ropa de páscua..... desde abajo oiamos el altercado.

—Que no se pague al sastre... vaya en gracia.... dijo otro lacayo en tono doctoral... pero al carnicero.... es ya indecente... tus amos son gente que parará mal... es preciso salirse de ahi chico.

—Sin contar que el marqués habia firmado recibos al cochero para comprar el pienso de los caballos y van ya tres recibos sin pagar.

Antes de ayer.... la modista fué á llevar un vestido de baile y armó una.... no quiso dejársele á la señora sino la pagaba en seguida... Todos los dias hay algo... nos creen tan ricos cómo no creerlo con el tren que llevamos?

—Lo mismo sucede en casa, dijo un cazador al cual reconocí por haberle visto la víspera en la tienda de Lebrelin; el señor duque lo ha despilfarrado todo ..... y vá á empeñar en casa de un usurero la espada y las cruces de diamantes de su padre.

—Largo de ahí... largo de ahí...

—Y mi salario, dijo uno... me deben cinco meses...

—Quédate un mes mas y perderás seis...

Mira casualmente aquí vienen los lacayos del conde Duriveau; si pudieras meter allí la cabeza.... esta es

una casa sólida como el puente nuevo.

Y dando luego algunos pasos hácia uno de los criados del conde Duriveau, dijo uno de los interlocutores:

—Buenos dias Augusto.

—Buenos dias chico.

—Díme, hay por casualidad en vuestra casa colocacion para un amigo?

—En casa... no.... pero creo que hay una plaza de lacayo en la antecámara del señor vizconde.

—Del hijo de tu amo?

—Sí.

—Tiene antecámara un rapaz de su edad?...

—No me lo digas; dá grima, pero ello es así; tiene una casa montada y para servirle un ayuda de cámara, dos lacayos y el coche; sale cuando quiere con sus compañeros y el ayo, que es un tuno, mas corrido.....

Mira.... hoy precisamente lleva al vizconde á los Funámbulos; Santiago ha ido á tomar el palco. Puede que tambien el conde vaya... No, no está en mala escuela el vizcondito!.... Ha vuelto á casa ya dos ó tres veces borracho.

—No empieza mal.

—Es malo... insolente... Pero como quiera que sea, no se me borrará nunca la rociada que llevó años há en el bosque de Chantilly; unos chicos que pedian limosna se acercaron á él, les llenó de sandeces y ellos se vengaron cogiéndole é internándole en el bosque; á no ser por una partida de gendarmes no sabemos lo que hubiera sido de él...

—Bien merecido lo tuvo.

—Digo!... la señorita Regina que hoy hemos traido al museo con el conde estaba tambien; tambien ella se vió en manos de los mendigos. Te-

nia entonces ocho ó nueve años..... Jamás olvidaré..... vaya una escena!

Regina estaba en el museo... proseguí escuchando con la esperanza de saber algo mas.

—Hum! dijo el lacayo que buscaba una colocacion para su compañero; no debe ser muy agradable servir á tan mala yerba.

—Quiá, se acostumbra uno, y luego no hay mucho que hacer, son dos para la antecámara...

—Vive Dios! que si es tan malo cual dicen, no hay prisa.

—No es tanto lo malo como lo despreciativo.... Mira, cosa de dos años atrás, fué un dia con tres compañeros suyos y el ayo, á comer á Sceaux..... en una fonda; el ayo al cual no divertia mucho la comida, y que habia elegido de intento la fonda de Sceaux, deja á los rapaces sentados á la mesa, se mete en el coche,

y se larga á casa de una jóven que vivia en Chantillon...

—Eso se llama ser un buen ayo en toda la estension de la palabra!

—Cuando regresamos, supimos que los chicuelos habian hecho subir á una niña de trece ó catorce años, que iba cantando por las calles y que tocaba la guitarra; habian maltratado tanto á la pobre, tantas indecencias le habian hecho, en particular el vizconde, que hallamos casi un motin en la puerta de la fonda, la gente queria jugar una buena al vizconde y á sus amigos. Pero... dijo de pronto el lacayo, te lo contaré cuando nos volvamos á ver... Mi amo sale del Louvre....

Dicho esto el lacayo del conde Duriveau, se dirigió apresuradamente á la escalinata; acerquéme yo tambien, suponiendo que Roberto de Mareuil no saldria mucho despues que Regi-

na; víla parada en las gradas; daba el brazo á un hombre de cuarenta años, que segun luego supe era el baron de Norlieu, su padre; tenia este los cabellos canos, hundidos los ojos, ardientes, y las órbitas muy profundas; la palidez de su rostro, lo encorbado que iba y la amarga sonrisa, que casi estereotipada se mostraba en sus lábios, daban á sus facciones una espresion de enfermiza y feroz tristeza.

Vestida Regina con austera sencillez, llevaba un vestido negro y un sombrero de gasa blanco, menos sin embargo, que su pálido rostro engastado en cabellos de azabache... su fisonomía era de glacial gravedad. El príncipe de Moutbar y el conde Duriveau estaban muy solícitos con ella, el conde sonriendo obsequioso, dirigia la palabra ya al baron que le contestaba lacónicamente con distrac-

cion, ya á Regina que me pareció acogerlo con estrema frialdad. El príncipe de Moutbar se mostraba con la jóven, de reserva quizás calculada, porque me parecia no carecer de afectacion; sin embargo, risueño el rostro y sin embarazo, ocupábase en particular del baron, quien parecia con él, perder algun tanto su sombrío silencio; por dos ó tres veces, no obstante, dirigió el príncipe de Moutbar la palabra á Regina, contestóle ella no como al conde Duriveau, con aparente y altanera frialdad, pero bajando los ojos cual si se sintiera confusa y picada.

En fin, algunos pasos mas allá detrás de ese grupo, apercibí á Roberto de Mareuil; su rostro rebosaba indecible alegría.

Llegaron á poco las gentes del conde Duriveau; Regina, su padre y el conde, subieron á una hermosa ber-

lina parda, tras de la cual hicieron lo mismo los lacayos. En el momento de alejarse alzó los ojos Regina, y su mirada se posó tan directa y marcadamente en Roberto de Mareuil, que el príncipe de Moutbar que se habia quedado en la última grada de la escalinata, se volvió con viveza sorprendido para descubrir á quien se dirigia la espresiva y perseverante mirada de la señorita de Norlieu; pero sea casualidad, sea cálculo, halló Roberto de Mareuil medio de ocultarse al momento entre dos ó tres personas que salian del museo. El príncipe asaz desconcertado, llegó á su coupé que presto desapareció.

Roberto de Mareuil, apercibiéndome entonces, me hizo seña de que fuese á buscar el coche. Hícelo y en el momento de cerrar la portezuela, mi amo sin disimular su alegría me dijo:

—A casa, muchacho.... á casa volando.

En cuanto llegamos, subí tras de Roberto; Baltasar nos recibió en mitad de la escalera, por lo que juzgué que habia estado en acecho para cuando volviéramos.

Así que Roberto de Mareuil apercibió al poeta, no pudo contenerse y gritó:

—Es mia!

—Es nuestra.... victoria!.... gritó á su vez mi primer amo.

Y cuando la puerta del cuarto quedó cerrada, Baltasar se entregó á las mayores cuanto locas demostraciones de alegría. Roberto de Mareuil quien hubiera debido por lo menos, sentir de cuanta gravedad era su situacion, aun triunfando, participó sin embargo las bulliciosas escentricidades de su amigo disculpables en este, pero de muy mal efecto en Roberto... y olvi-

dando sin duda mi presencia se cogieron de la mano ambos amigos y empezaron á saltar, á pegar brincos, á bailar de gozo esclamando:

—Victoria!... viva Regina!

Pasada esta primera efervescencia, el poeta esclamó:

—Roberto, seamos agradecidos para con la Providencia..... celebremos cual cumple tan hermoso dia... Muchas semanas há que vivo de la pésima cocina del figonero de la calle de San Nicolás.... Convídame á comer hoy en el Rocher de Cancal.

—Adoptado.

—Y luego iremos al teatro.... No necesito decirte donde ardo en deseos de ir, á los Funámbulos!! para ver allí en fin á ese diamante oculto! á esa desconocida maravilla! á esa Vascona de que Dupare me ha hablado.

—Adoptado... iremos á los Funám-

J. Lozano d.º y lit.º Lit.ª de Ayguals.

bulos, dijo Roberto, y la funcion será doblemente divertida porque este pequeño teatro es el punto de reunion de todos los vividores, un si es no es, amigos de San Benito.

—Martin irá con el coche á mandar poner para las seis dos cubiertos de cincuenta francos sin contar los vinos... y á tomar un palco á los Funámbulos, contestó Baltasar.

—Muy bien.

—Vamos, Martin, tambien tú participarás de nuestro alborozo, esclamó Baltasar, te haremos servir una comida en un rincon del *Rocher*, é irás al anfiteatro de los Funámbulos.

—Pero, señor; yo no sé donde está el Rocher de Cancal y...

—Vas á subir al pescante con el cochero, él te llevará, cándido Martin, repuso Baltasar; díle tan solo estas dos palabras sagradas: *Rocher*

Funámbulos, y te conducirá en alas de sus dos céfiros de..... cuatro patas.

—Ahora, dijo Roberto cuando yo salia del aposento, es preciso que te cuente lo que ha pasado... ELLA es mia, oh! sí, mia, te lo fio.

En el momento de cerrar la puerta oí que Baltasar gritaba:

—Viva Regina!

L.

LOS FUNÁMBULOS.

Vamos á los Funámbulos, allí veremos á esa Vascona de la que me habló como de una maravilla un inteligente; habia dicho Baltasar.

No me cabia duda, esta vez se trataba de la compañera de mi infancia. Grande, inmenso fué mi gozo al pensarlo. Segun las órdenes de mis amos fuí primero al Rocher de Cancal y de allí al

teatro, leí los carteles; echaban un baile fantástico titulado: EL GORRO ENCANTADO; entre los nombres de las actrices busqué el de Vascona y hallélo humildemente inscrito en lo último de la lista. Sin duda no era muy brillante aun la reputacion de la pobre jóven. Debia ser cual Baltasar dijo, una maravilla desconocida aun; hice me indicáran el despacho confiado en saber allí algo relativo á Vascona; el encargado de los billetes despues de haberme dado por mi dinero el billete del palco me dijo:

—Era el último que me quedaba, nuestro teatro va estando en moda... todos los palcos hoy han sido tomados por marqueses, condes, capitanes, en fin, por gentes de alto copete como la del teatro Italiano.

—Sale esta noche la señorita Vascona? pregunté.

—No, la famosa Clorinda desem-

peña el papel de la hada de plata.

—Sin embargo, he leido el nombre de Vascona en el cartel.

—Ya caigo! la figurantilla.... tiene un papel muy corto, el de genio del mal, apenas está un cuarto de hora en escena.

Dicen no obstante que Vascona ha revelado ya mucho talento, es verdad?

—Talento una figuranta que gana diez sueldos cada noche!.... Talento!... Ah! jóven, me avergonzais!..

—Podríais decirme donde vive la señorita Vascona?

—Dónde vive! esclamó el acomodador soltando una carcajada; sabed jóven que las figurantas de ese precio no tienen casa.... nunca.... pasan algunas veces la noche en una mala posada y gracias.

Dicho esto el hombre del despacho me volvió las espaldas.

Asaz desconcertado, consolóme pensar que al menos veria á Vascona por la noche, confiando en la inspiracion del momento para hallar medio de hablarle despues de la funcion.

. . . . . .

Cumplió Baltasar su promesa; mientras él comia alegremente con Roberto de Mareuil, celebrando de antemano la *conquista* de los millones de Regina, sirviéronme en una especie de cocina la comida mas espléndida que en toda mi vida ví; honré muy poco el banquete, pues preocupado cual estaba en hallar los medios de volver á ver á Vascona, en los temores sobre la suerte de Regina y en las esperanzas de Roberto no pude tragar un solo bocado.

Concluido que hubieron su comida mis amos, hiciéronme llamar; abrí la portezuela del coche que partió desempedrando las calles hasta el teatro.

Como Baltasar me habia dado con que pagar mi asiento entré en el anfiteatro; no habia ido nunca al teatro y mi curiosidad y admiracion fué tanto mayor, por cuanto llegué en un entreacto en medio de un tumulto, incidente muy comun en los coliseos de aquella esfera.

La posicion poco decente de algunos espectadores de los palcos ocasionaba el ruido. Todos mis vecinos de pié encima los bancos vociferaban con toda la fuerza de sus pulmones:

—Fuera! fuera! de cara al público! Y las galerías junto con los de tertulia contestaban en coro lo mismo, acompañando el clamoreo con silbidos y desaforados golpes.

Los espectadores de los palcos de junto á las tablas, causa de aquel bullicio, proseguian sentados en el borde de ellos de espaldas al público.

En fin, ya porqne temiesen un verdadero alzamiento, ya porque juzgáran por su pertinacia en aquella actitud, habia protestado lo suficiente contra la *tiranía popular*, volviéronse lentamente, lanzando al patio desdeñosas miradas; no obstante un estentoreo grito de victoria formulado con triunfantes esclamaciones partiendo de todos los puntos *pronunciados* saludó esta *derrota* de los palcos y aquel incidente no pasó mas adelante.

En el palco, foco del motin, vecino al en que se hallaban Roberto de Mareuil y Baltasar, estaban cuatro personas. De ellas conocia dos; el conde Duriveau y el vizconde Scipion. Habia visto al primero por la mañana en el museo y el dia anterior en casa del baron de Norlieu; en cuanto á Scipion, aunque tuviese muchos años mas que cuando la ocurrencia del bosque de Chantilly, y á pesar de haber cre-

cido mucho, sus facciones habian cambiado muy poco; era su rostro el mismo; bello, encantador, circundado de rizados cabellos rubios, notorio por una espresion de audacia y precoz impertinencia. Aunque el vizconde Scipion estuviera en la adolescencia de la vida asemejaba ser mas bien un jóven que un niño.

Cuando el vizconde se volvió de cara al público, brillaban de enojo sus ojos, su tez sonrojada tenia la mayor animacion; chocóme el gesto insolente y atrevido con el cual parecia desafiar á los espectadores mostrándoles el endeble junco que sus pequeñas manos cubiertas con glaseados guantes sujetaban.

A salir de un hombre tamaño desenfado, hubiera dado márgen á otra nueva tempestad; pero la bravata de Scipion fué acogida por el contrario con sardónicas y fuertes risotadas.

Iguoro hasta que punto hubiese la cólera llevado á aquel niño cuyos lábios se contraian iracundos, si su padre no le hubiera hecho entrar amigablemente en el fondo del palco. Un adolescente de la edad de Scipion á corta diferencia, y un hombre de rostro inteligente pero de espresion baja é hipócrita acompañaban al vizconde y á su padre. Por lo que habian dicho aquella mañana los criados del conde Duriveau, aquel hombre de jesuítico semblante debia ser y en efecto era el ayo de Scipion.

A pesar de mi poco mundo, hízoseme en sumo grado raro que el conde escogiese aquel teatro para llevar á su hijo, no por el género de piezas que en él se representaban, los encantamientos siendo en apariencia invencion para divertir á los niños, sino porque el conde no debia ignorar que aquel teatro servia las mas veces

segun decian, de punto de cita para las gentes que deseaban pasar una noche de bullicio y locura, despues de haberse entregado á exageradas libaciones.

Presto la señal de empezar, ordenó solemne y general silencio; tocó la orquesta una apertura lúgubre y yo impaciente por ver á Vascona pregunté á uno de mis vecinos:

—Tardará mucho en salir la señorita Vascona?

—Quién... es Vascona? ah! la rubia que hace de genio del mal.... no sale aun.... su escena está en el final del acto.

—Tiene mucho talento Vascona, no es verdad?

—A fé mia que no sé; es bastante saladita. Cuando hace sus gestos diabólicos tiene el aspecto maligno como el de un diablo; pero hay un momento en que quiere cantar... y entonces

buenas noches!... es tan pesado como en la grande ópera.

—Es posible que digais esto caballero? repuso mi vecino de la izquierda, Vascona desempeña su parte con tamaña espresion!.. tiene tan hermosa voz!..... tan hermosa!.... Yo solo vengo por oirla cantar esa piececita.

—Cada uno tiene su gusto, replicó mi vecino de la derecha.

Y dirigiéndose á mí luego me dijo en voz baja:

—No le hagais caso, no lo entiende; esa Vascona no es una actriz, es una figuranta adocenada de cuatro al cuarto, flaca como un clavo... y que es trágica... en los Funámbulos.... si eso no dá grima venga Dios y veálo... Admirad á Clorinda en hora buena!... eso se llama ser actriz! os recomiendo sus pantorrillas etc., etc... ya vereis qué agilidad!

Dejaba que el partidario de las

pantorrillas y de los etc., etc., etc.... de la señorita Clorinda hablase, cuando levantaron el telon; echè una rápida mirada al palco que ocupaban Roberto y Baltasar; colocado este último en la delantera estaba en sus glorias, absorto; parecia divertirse mucho en tanto que Roberto colocado en lo interior del palco, mostraba hallarse pensativo y preocupado. No podia yo conciliar esa tristeza con la conviccion que tenia Roberto de que Regina le amaba. Esa singularidad me recordó la alteracion de la fisonomia de Roberto de Mareuil, despues de su conversacion secreta con Lebrelin. Aunque mucho que pensar me daban tales preocupaciones, puse mis cinco sentidos en el baile fantástico ansiando el momento de ver salir á Vascona.

Esta última idea me llevó á los mil recuerdos de mi azaroza infancia, re-

cuerdos tan dulces y amargos á la vez. Poco tardé en olvidar la representacion y lo que en torno mio pasaba, seguro de volver á la realidad en cuanto la voz de Vascona hiriese mis oidos.

Otro nuevo accidente me sacó de mis reflexiones.

Frente al palco del conde Duriveau estaba otro vacio, dos hombres asaz mal traidos acababan de instalarse en él saltando por cima de la galeria donde se habian colocado en un principio; los dueños del palco llegaron y hallándolo con gente, armaron un altercado tan recio, que la representacion se suspendió por algunos momentos.

Ambos intrusos de los cuales uno era bajito de cuerpo, gesticulaban en el interior del palco, y parecian querer defender el terreno palmo á palmo, de pronto se vieron dos largos

y fornidos brazos coger al mas bajo de los remolones, levantarlo en alto, hacerle pasar por encima de la separacion de la galeria y dejarle caer en el asiento que habia dejado antes de pasar al palco.

Esa prueba de vigor y sangre fria cómica, produjo entusiasmo general; la tertulia y el patio prorrumpieron en nutridos bravos y un sin número de voces gritó:

—El autor! el autor! Esto sin duda porque el hombre de los feroidos brazos se habia vuelto al interior del palco para hacer igual operacion con el otro intruso; pero este como su compañero *trasbordados* á la galería desaparecieron al instante para escapar de la rechifla del público.

No bastó eso, la curiosidad estaba demasiado escitada; se queria á todo trance ver al autor de esa vigorosa broma; y patio, galerias y tertulia

empezaron á gritar de nuevo con formidable union:

—El autor! el autor!

Tan lisongero llamamiento no pareció violentar en lo mas mínimo la modestia del *autor* de tan admirada obra; pareció en la delantera del palco con rostro que revelaba estar sumamente satisfecho de sí mismo, y saludó caballerosamente al público poniéndose la mano en el pecho con ademan de grotesca confusion.

Los gritos, los bravos arreciaron. Queriendo sin duda el hombre de los nervudos brazos hacer participar la ovacion á una persona que le acompañaba volvióse, y medio por fuerza, medio de grado hizo parecer en el centro del paleo á una muger bastante linda, cuyo rostro, á pesar de ser bastante descarado, no dejaba de manifestar algun sonrojo á tan inesperada presentacion.

Dividiéronse las opiniones sobre el proceder del hombre de los fornidos brazos:

Unos aplaudieron con entusiasmo y otros silbaron; saludó el *autor* de nuevo á los primeros y tambien con imperturbable sangre fria á los segundos, de cuyo número formaban parte el vizconde Escipion y su compañero.

Quizás hubiera estallado una discordia hostil; pero los *neutros* en la cuestion pidieron á voces la continuacion de la pieza y sofocaron los deseos de los opuestos bandos. Sentóse el hombre de los hercúleos brazos junto á la jóven, y prosiguió la representacion.

Por lo que á mí hace... permanecia inmóvil.... anhelante.... acababa de reconocer á *Bamboche* en el hombre de los fornidos brazos.

Era su estatura esbelta, robusta y

alta. Llevaba como en otro tiempo sus negros cabellos muy rapados, los cuales marcando cinco entradas en su ancha frente, daban á sus facciones un sello particular, distintivo que me hizo reconocer al momento á mi compañero de infancia; sus patillas negras y frondosas su espeso bigote de la misma tinta, aumentaban aun la resuelta espresion de su rostro energicamente marcado; pero su fisonomía en vez de ser cual antes feroz y sardónica, me pareció jovial, insolente y burlona. El aliño de Bamboche revelaba lujo, y mal gusto á la par; una cadena de oro muy gruesa serpeaba encima de su anacarado chaleco de terciopelo; llevaba botones de brillantes en la camisa y las mangas de su frac de color de pasa arremangadas hasta la parte inferior del puño para mayor comodidad, ostentaban sus largas manos de dudosa

limpieza; sacábalas de manifiesto fuera del palco, á fin de hacer admirar sin duda las sortijas de preciosas piedras que brillaban en sus gruesos dedos. Creyendo Bamboche que era de mas tono aparentar ser corto de vista, á pesar de sus grandes ojos muy abiertos, alegres y vivaces, miraba de vez en cuando, y dándose muy mala traza, con un lente de oro. La compañera de Bamboche, de la cual mostraba ocuparse muy poco, llevaba en la cabeza un sombrero color de rosa nuevecito, y en las espaldas un hermoso pañuelon de cachemira.

Proseguia la funcion, pero yo solo tenia ojos para mirar á Bamboche; latia violentamente mi corazon y reconocí entonces la verdad de la siguiente prediccion de Claudio Gerard:

«Aun cuando hallases á tus com-

pañeros dentro de diez años, dentro de veinte, sentirias hácia ellos, tan profundamente como en los pasados tiempos, esa amistad de infancia que te liga á Bamboche y á Vascona.

En efecto, me parecia que apenas algunos dias me habian separado de mis compañeros. No me preguntaba porque medios peligrosos, culpables ó criminales quizás, Bamboche poco antes arruinado, perseguido por contrabandista y cómplice de Lebreliu y del Anfisbena, en tembrosos asuntos, podia ostentar de nuevo cierto lujo. Tampoco trataba de examinar si la confianza con que se presentaba en público, probaba su increible audacia ó su inocencia.... solo pensaba en el placer de volverle á ver. Apesar mio saltábanme las lágrimas á los ojos en la idea de que presto nos diriamos uno á otro: *Te acuerdas?* Una cosa me atormentaba; sabia Bamboche

que Vascona iba á salir aquella noche?..... Tenia él hácia ella el mismo amor que en sus primeros años?..... La presencia de la muger compañera suya, complicaba aun las preguntas que á mí mismo me dirigia y de las cuales aguardaba la respuesta en el entreacto. Estaba muy decidido á ir á buscarle á su palco luego, y mientras, mis ojos no se apartaban de él. En esto su compañera le habló al oido y en el momento mismo, aunque parecia gozar del espectáculo como un niño, contestó por un gesto afirmativo y salió del palco.

—Deseais ver á Vascona, me dijo algunos momentos despues mi vecino de la izquierda, partidario entusiasta de la pobre figuranta. Atencion! que vá á salir..... Ved ya las llamas, el trueno y todo el estrépito que anuncia su salida.

Cuán ávidas eran mis miradas,

cuán impaciente mi corazon latia, júzguelo cualquiera.

El teatro representaba entonces un bosque sombrío y frondoso, retumbaba el trueno, y seguidos relámpagos iluminaban la escena.....

La vista de aquella decoracion, el sordo retumbar del trueno, hicieron nacer en mi espíritu una conexion quizás pueril, pero que me causó un efecto raro y casi aterrador.

Muchos años antes, en un bosque sombrío donde centelleaba el rayo, y donde tambien el trueno se propagaba de eco en eco.... se hallaron cara á cara tres niños abandonados é infelices.... con tres niños ricos y poderosos.....

Cinco de estos niños: Escipion casi adolescente, Roberto de Mareuil, Bamboche y yo hombres ya, y Vascona hecha una muger, se hallaban de nuevo en aquel teatro cómico, ig-

norando mútuamente su presencia.

Solo Regina faltaba... pero el recuerdo que yo de ella conservaba siempre fijo, la hacian por decirlo así presenciar tambien aquella escena.

. . . . . .

En el instante en que aumentaba su horrísona voz el trueno, saliendo de lo interior del teatro, abrióse una trampa; densas y rogizas llamas salieron de aquella subterránea boca, y cuando cesó la erupcion, nuncio de de la llegada de algun personage diabólico, apareció Vascona del fondo de los infiernos.

Tendria entonces diez y seis ó diez y siete años; su estatura mas bien alta que baja, era esbelta y admirablemente elegante; tan solo se la podia reprochar el estar muy flaca..... flaca de miseria ó de sufrimientos quizás.

Llevaba Vascona un pantalon de punto, color de carne, que dibujaba

el contorno de sus piernas; la belleza de sus brazos, la brillante blancura de su pecho y de sus espaldas, parecian mas deslumbradoras por el contraste de su corto jubon negro, sembrado de cabalísticas figuras plateadas y encarnadas; encima de su frente que coronaban sedosas y trenzadas hebras de oro, veíanse dos cuernecitos de plata movibles como tempietes, mientras que detrás de sus anchas espaldas, tersas cual mármol, se agitaban dos alas de gasa negra... terminadas por garras de plata.

A pesar de aquel satánico aparato, rayando en ridículo..... causóme la aparicion, impresion profunda, tanto me chocó el carácter verdaderamente diabólico que Vascona habia sabido dar á sus facciones, tan notables por su angélica pureza; sus grandes ojos iluminaban su alabastrino rostro... Es preciso renunciar á descri-

bir el indefinible contraste de su ardiente mirada febril casi, y de aquella sonrisa de amargura... de yelo... con aquel semblante de celeste belleza... Vago instinto me decia que aquello no era una máscara tomada por gusto, y solo por la exigencia del papel... No... no... harto recordaba con qué acento de feroz encono, habia brindado Vascona por el *ódio implacable á los ricos*, despues de haberse visto cual nosotros, desdeñosamente rechazados por los *niños ricos* en el bosque de Chantilly; harto recordaba yo que salvaje alegria destelló en su rostro, hasta entonces de tamaña dulzura, cuando ya de noche llevé en mis brazos á Regina desmayada.... No, no, sentia que en aquel rostro de *génio del mal*, el alma de Vascona, exasperada por la desgracia sin duda, se revelaba toda..... La fatalidad la habia creado para aquel pa-

pel..... que el acaso le deparaba....., La impresion que produjo en algunas almas privilegiadas, era una prueba asaz evidente de que habia allí otra cosa mas, que la reproduccion de un papel insignificante en sí.

La aparicion de Vascona, su postura, su gesto, su fisonomía en sumo grado dramáticos, no le merecieron aplauso alguno; por qué? Ahora lo comprendo; para la mayor parte de los aficionados á aquel teatro, Vascona era tan solo una figuranta linda, algo flaca y demasiado pálida. En cuanto á los pocos espectadores capaces de apreciar lo que valia, no aplaudian generalmente nunca..... Me equivoco, Baltasar esclamó:

—Es encantadora... sublime!

Y aplaudia con frenético fervor.

Estos aplausos hubieran tenido quizás eco, porque las mas veces sucede que nada es mas eléctrico que

la admiracion; pero tambien á menudo la menor cosa yela todo entusiasmo; así sucedió aquella vez; reiterados gritos de *chit*, *chit*, que salieron del palco donde estaba el vizconde Escipion, paralizaron el arrebato que los ardientes bravos de Baltasar hubieran provocado quizás; no se desanimó el poeta; empezó de nuevo á aplaudir con todas sus fuerzas..... y esa torpeza de amigo, dió lugar á nuevos gritos de silencio que no partieron ya solamente del vizconde Escipion.

En cuanto á Vascona, embebida sin duda en el desempeño de su papel, parecia no ver lo que pasaba en torno suyo, pero un incidente inesperado, arrancó á la pobre figuranta de sus ilusiones dramáticas.

LI.

VASCONA.

ASANDO en silencio detallar las escenas en que Vascona descollaba gigante, en su papel de genio del mal, permítaseuos decir algunas palabras sobre la cancioncita con la cual terminaba mi compañera de infancia, el desempeño de su parte; la poesia

del canto mas que mediana decia á corta diferencia lo siguiente:

«Yo soy el genio del mal, es mi soberanía el mal; yela mi soplo glacial todo goce, todo placer, mi presencia basta para marchitar la felicidad.»

Cantaba esa romanza Vascona con tan admirable espresion que le daba terrible efecto; su voz *mezzo-soprano* grave, sonora, vibrante y simpática hacia estremecer todas las fibras de mi alma...

Y no era yo el único que se sintiese bajo la impresion profunda de su mágico talento...

Suspenso de los lábios de Vascona, (como suele decirse) eché por casualidad una mirada hácia al palco donde Baltasar y Roberto de Mareuil estaban.

Escuchaba el poeta á Vascona con interés y admiracion que revelaba por

gestos, posturas, y muecas escéntricas, si cabe; Roberto de Mareuil, por el contrario, escuchaba en silencioso éxtasis... sentado en un principio en lo interior del palco, atraido luego, como á pesar suyo, por el canto, maestría y belleza de Vascona, habia poco á poco adelantado la cabeza, y apoyándose con una mano en el borde, fijas las miradas en Vascona, parecia estar fascinado.

Frente á aquel palco, pero un piso mas alto, hallábase el de Bamboche. Prolongábase la ausencia de este, la jóven que le acompañaba permanecia sola aun. Cual la mayor parte de los espectadores, fuerza es confesarlo, la compañera de mi amigo, denotaba suma indiferencia hácia el talento maravilloso que de pronto se revelaba en Vascona, pobre figuranta desconocida ... talento sin embargo que subyugaba sin que lo conocieran

hasta á los mas rebeldes en quererlo reconocer, pues mi vecino de la derecha escuchaba á Vascona con mudo arrobamiento, y mi vecino de la izquierda me dijo:

—Veis lo que os decia..... lo ois? cuál os estruja el corazon, cual os entristece?.... No se diria que teme la detesten?... A fe mia que la detesto. Háse visto criatura de aspecto mas infernal! por menos de nada la silbaba. Clorinda, es otra cosa, no hay cuidado que os entristezca esa gorda... tan alegre...

Ignoro lo que hubiera contestado á mi vecino, á no ser por el incidente que anteriormente mencioné y que voy á esplicar.

Si mal no me acuerdo, estaba Vascona á la mitad de su cancion; cantábala con suma energía y sublimidad creciente, cuando vióse interrumpida por un acontecimiento inesperado.

El vizconde Escipion habia juzgado por cosa de mucha gracia, arrojar á la escena un puñado de truenos fulminantes comprados de intento, sin duda para aquella travesura... que segun dice no habia sido la primer vez que se hacia en aquel teatrito.

Vascona en medio de la piececita que cantaba, puso por casualidad el pié encima de muchos de aquellos truenos; la esplosion le causó tan pánico terror que dió un salto hácia atrás; pero enredándosele sus torneadas piernas en una parte de la decoracion, que casi rozando al suelo, ocultaba el hueco por donde apareció Vascona, cayó del modo mas ridículo... tanto que violentas carcajadas sostenidas con una lluvia de recios silbidos, partieron primero del palco del vizcondito, y hallaron luego eco en la multitud. La estrema ridiculez de la caida de

Vascona, animaba tanto mas la general hilaridad, por cuanto la infeliz representaba un personage cuyos ódios y desesperacion aterraban... quiso la pobre salir de las tablas, pero en su turbacion equivocó por dos veces su salida. Los silbidos, la gritería y las carcajadas aumentaron, hasta que por fin pudo hallar una y desapareció fuera de sí.

En aquel momento nuevos incidentes llevaron el tumulto á su apogeo.

Portador Bamboche de un talego de naranjas, que en muestra de galantería habia comprado para su compañera, entraba en el palco cuando acaecia lo de los truenos fulminantes y lo de la caida de Vascona, incidente cuyas peripecias, á pesar de su gravedad fueron rápidas como el pensamiento... Reconocer á nuestra compañera de infancia.... gritar con estentorea voz:

:

—*Aquí estoy yo Vascona!*..... Ponerse de un brinco en las tablas..... correr al palco del vizconde, abofetear, por decirlo así, de solo un reves á Escipion, á su padre y al ayo, en el instante que Vascona desaparecia, fue para Bamboche obra de un segundo.

El estupor que causó la increible audacia de este hombre, hizo enmudecer á los espectadores; no acertaban aun á dar crédito á sus propios ojos que ya Bamboche habia desaparecido; pero poco tardó en arreciar el tumulto que suspendió la audacia.

Por lo que á mí hace... así que Bamboche hubo penetrado en los bastidores, un pensamiento rápido como la centella me levantó de mi asiento, por decirlo así, me hizo atravesar en un abrir y cerrar de ojos, y sin saber como, las apretadas hileras de

espectadores que me rodeaban; salí despues del teatro, y en dos zancadas me hallé junto á la puerta de los actores que daba al pasillo, donde por la mañana fuí á tomar el palco; en el momento de llegar jadeando dos personas que salian de dentro, en precipitada fuga, me atropellaron rudamente. Eran estas Bamboche y Vascona; la pobre iba envuelta en una capa, pudiendo á duras penas sostenerse.

Conociendo el peligro, lo inoportuno de darme á conocer en circunstancias tales, y apercibiendo el coche de mis amos á dos pasos de mí, dije á Bamboche cogiéndole del brazo:

—Aquí teneis un coche.... subid presto.

En un segundo hube abierto la puertezuela á los dos fugitivos. Este inesperado socorro llegaba tan á tiempo, que Bamboche sin tratar de

saber como se hallaba tan á mano aquel coche, echó dentro, digámoslo así, á Vascona y se lanzó tras ella diciéndome:

—Se os pagará bien... Vamos donde querais, pero á escape.

—Barrera de la Estrella, y apretad el paso, dije yo al cochero que dispertó sobresaltado, y subí luego tras del coche.

Nos alejamos rápidamente; pero pude ver numerosa multitud agruparse en las avenidas del teatro, en tanto que á lo lejos brillaban los fusiles de los soldados á quienes llamaron sin duda para contener el motin.

No me cabia el alma en el cuerpo de puro gozo; mis ojos ardiendo devoraban aquel coche, detrás del cual habia subido yo, y cárcel ambulante de mis dos compañeros de infancia. De pronto el cochero advertido sin duda por el cordon, atado en el

brazo, paró los caballos..... Casi al mismo instante uno de los cristales se bajó rápidamente, y oí la voz de Bamboche gritar con aterrado acento:

—Parad... parad..... se ha puesto mala, Dios mio!... qué determinacion tomar!

Todo peligro habia cesado, pues nos hallábamos en el boulevar de San Dionisio; bajé y me puse de un salto en la portezuela.

—Muchacho, me dijo Bamboche, ignoro de donde diablos has salido para socorrerme tan á tiempo, y menos acierto á comprender por qué me has socorrido; no te arrepentirás de haberlo hecho, yo te lo juro..... La pobre jóven que conmigo vá se ha puesto mala... seria preciso hacernos con vinagre.... con éter.... Luego iremos á mi casa... y podrás llevarte el coche..... toma primera-

mente para comprar éter, guarda lo demás.

Y Bamboche me puso media onza en la mano.

—Gracias, le dije disimulando mi emocion y gozando en conservar mi incógnito por algunos momentos aun.

—Mas de un farmacéutico hallaremos en la calle de San Dionisio, podemos recorrerla con el coche.

—Dices bien... pronto... pronto...

Y Bamboche bajó los otros cristales del coche para que el aire aumentase é hiriese en el rostro á la pobre Vascona, que me pareció estar sin movimiento, apoyada en el brazo de mi amigo.

Mi consejo fué muy acertado; hallamos á poco una botica, compré un frasco de éter que entregué á Bamboche, quien le hizo respirar á Vascona; esta volvió en sí...

—A mi casa, dijo luego Bambo-

che, *fonda de los Pirineos* calle de *Petit-Lion-Saint-Sauveur*. núm. 17.

Dí aquellas señas al cochero y volví á ocupar mi puesto tranquilo ya sobre la salud de Vascona, gozoso de la sorpresa que iba á dar á mis dos amigos, y olvidando completamente á mis amos, quienes si habian salido del teatro, no podian por menos que sobresaltarse tanto de mi ausencia, como de no hallar el coche:

En cuanto llegamos á la calle de *Petit-Lion-Saint-Sauveur*, dije al cochero.

—Así que las personas que por mandato de mi amo acabamos de acompañar hayan bajado, volveos, no se os necesita ya...

Aunque Vascona habia vuelto en sí, parecia sentirse muy débil aun; fué preciso que Bamboche la cogiera en brazos casi, para hacerla bajar; luego al hallarse en la calle y cuando se

hubieron alejado los caballos, Bamboche dijo á la jóven:

—Espera.... antes de entrar en la fonda, cúbrete con la capa y baja el capuchon; esos porteros imbéciles de las fondas son tan curiosos, tan habladores, que si te viesen en tu trage de teatro, se harian lenguas mañana para contar y comentar tu llegada.

—Tienes razon, contestó Vascona con débil y temblorosa voz.

Mientras Bamboche se ocupaba en cubrir bien el trage de nuestra compañera á favor de su capa, permanecia yo en la oscuridad; acerquéme despues á él hablé cuan bajo me fué posible, á fin de que no conocieran mi voz y le dije:

—Señor..... tomad la vuelta de los cuarenta francos que me disteis.

—Te dije que eran para tí, muchacho.

—Gracias.... pero si creeis deberme alguna gratitud, concededme otra cosa...

Y puse el dinero en la mano de Bamboche.

—Qué diablos quieres pedirme? repuso mi compañero sorprendido mas y mas.

—Permitidme subir á vuestro cuarto y hablaros un momento á solas.

—Vamos, corriente, hay en esta aventura algo que tengo ganas de aclarar. Síguenos.

Llamó Bamboche; abrióse la puerta; pasó velozmente mi amigo por delante de la portería é iba á subir con igual rapidez la escalera, cuando el portero salió gritando:

—Quién sois caballero?

—Vaya! quién ha de ser, yo!..... no me conoceis?

—Pero quién sois vos?

—Voto á!..... el capitan Bambochio.

—Perdonad, señor capitan; no os habia conocido, dijo el portero con deferencia tan marcada, que me probó que mi compañero gozaba de suma consideracion en la casa.

Puse coto bruscamente á las preguntas que el portero se disponia á dirigirme diciéndole:

—Subo con el capitan.

—Está bien! muchacho repuso el portero. Luego como si recordase algo que olvidado hubiera, dió algunos pasos fuera de la porteria y dirigiéndose á Bamboche, que empezaba á subir la escalera, dijo:

—Me olvidaba deciros, señor capitan, que el señor comandante ha venido tres veces á buscaros.

—Llévele Sátanas y á vos con él! contestó Bamboche sin pararse.

—Siempre tiene ocurrencias feli-

ces el capitan! dijo el portero, que segun colegí, me pareció estar muy acostumbrado á los brutales modos de mi amigo, y no resentirse nunca de sus tratamientos.

Paróse Bamboche en el tramo del cuarto segundo y entramos en su casa; una pequeña lámpara lucia en el recibidor; abrió Bamboche una puerta lateral y dijo á Vascona:

—Entra... debe haber lumbre aun en la chimenea, añade alguna leña y caliéntate... dentro de cinco minutos vuelvo; y dirigiéndose á mí luego añadió:

—Nosotros ahora muchacho.... dime ante todo...

Pero mi disimulo habia llegado á su término; echéme bruscamente en brazos de Bamboche esclamando:

—Qué! no reconoces á Martin?

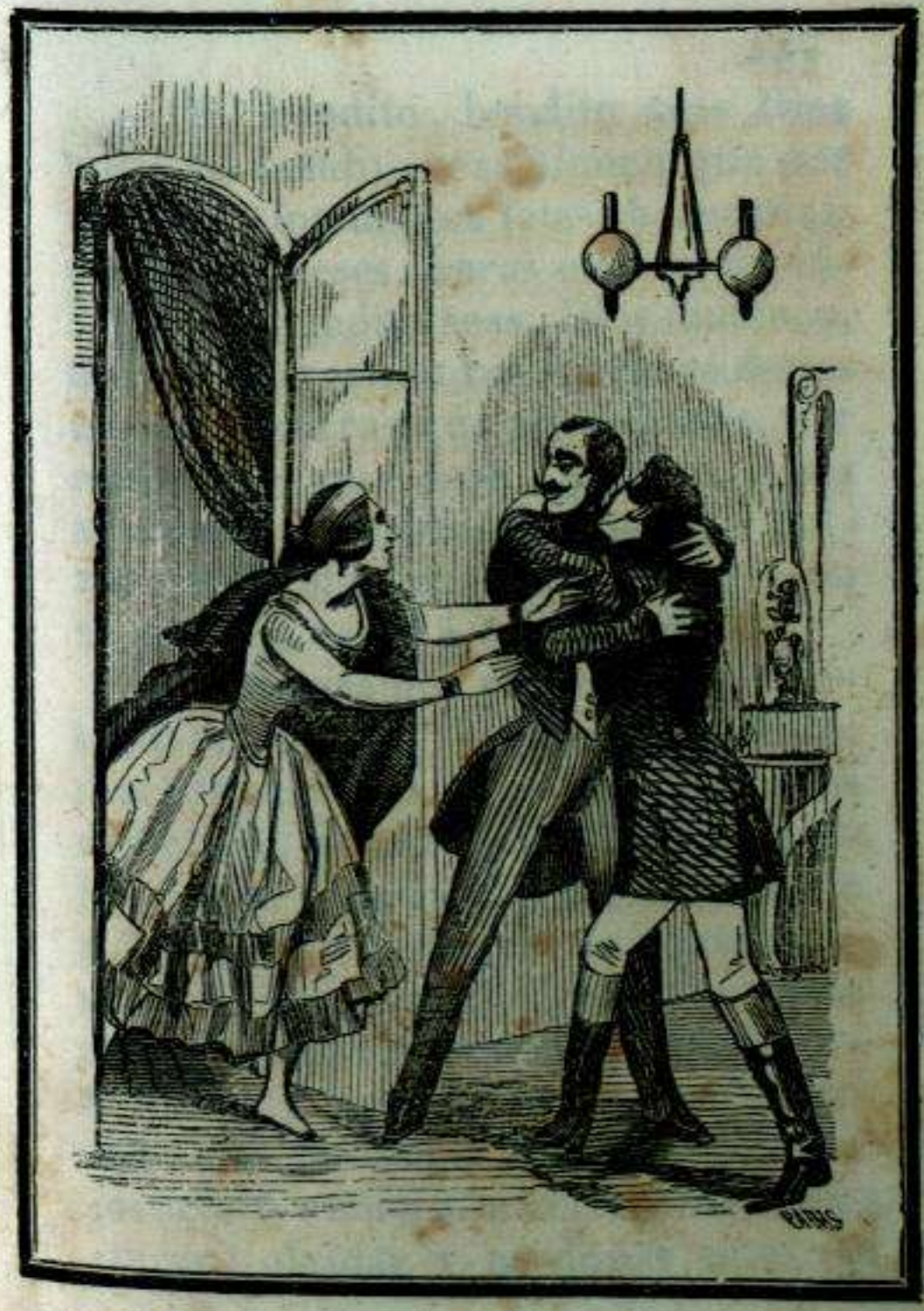
Estupefacto Bamboche dió un paso atrás, desprendióse de mis brazos co-

mo si quisiera examinar mejor mi rostro y luego abrazándome á su vez con fuerza, volvió la cabeza hácia el vecino aposento, gritando con voz cuyo acento sofocaba la conmocion:

—Vascona!... es Martin!!!

Oí, permítaseme decirlo, dar un salto en la habitacion; abrióse la puerta y Vascona todavía medio envuelta en su capa, se precipitó al recibidor y se cogió á mi cuello, mezclando sus abrazos mudos y sus lágrimas, á las lágrimas y á los abrazos de Bamboche y mios..... porque los tres llorábamos.

Siguió á tan grato momento prolongado silencio..... durante el cual permanecimos estrechamente abrazados... silencio interrumpido tan solo de vez en cuando por esos sollozos que, hijos del profundo y convulsivo gozo, hacen que el corazon no quepa dentro del pecho...



Vascona todavia medio envuelta en su capa, se precipitó

—Oh! bendito, bendito seas Dios mio! sí, bendito seas númen que por medio de momentos tales, haces olvidar años, meses, horas eternas de infortunio! Bendito seas, Dios inmenso, tú que has vertido tan sublimes dones en tus criaturas que por infames, por miserables que sean, pueden gozar aun de esos arrobamientos cuya dulzura inefable, cuya santa elevacion se asemeja tanto á tu divinidad!

Los tres eramos víctimas de la fatalidad. Mucho habiamos sufrido, muchas acciones culpables habiamos cometido, nuestro porvenir era sombrio, mas todavía que nuestra suerte pasada, y sin embargo, en aquel divino arrebato que confundia nuestras almas, pasado, presente, años de infortunio y porvenir todo quedó borrado. Y no debia tambien vuestra justicia ó vuestra misericordia, Dios eterno! olvidar y perdonar nuestras

faltas, consecuencias forzosas de la miseria y del abandono?..... Sí, porque todo no se hallaba marchito, no todo habia perecido aun en el alma de aquellos, que despues de haber delinquido, eran capaces de resentir todavía con tamaña fuerza, los celestes encantos de la amistad.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

LII.

LAS CONFIDENCIAS.

VÁMONOS á mi cuarto, así nos veremos las narices por lo menos! dijo Bamboche, pasada la primer esplosion de gozo, hija de nuestro encuentro.

Entramos en la pieza inmediata, mucho mejor alumbrada por dos bugías que ardian encima de la chimenea.

Quitóse Vascona su tocado satánico, y permaneció envuelta en su capa de seda negra ceñida al cuerpo.

Nuevo silencio, durante el cual nos mirábamos los tres unos á otros con curiosidad llena del interés y enternecimiento que inspira siempre el primer encuentro, que sigue á una larga separacion, siguió á las últimas palabras de Bamboche.

El enérgico semblante de este habia perdido su carácter habitual de audaz sarcasmo, sus ojos húmedos todavía, se posaban ya en mí, ya en Vascona, mientras que esta con una mano en las de nuestro compañero, y la otra fraternalmente apoyada en mi hombro, me contemplaba sonriendo con aquella sonrisa de tristeza y profunda melancolia que tan natural le era en su infancia, cuando hablaba de su padre ó de su familia.

Vistas de cerca las facciones de Vascona, parecian tener mayor finura, mayor pureza que mirándola en el teatro, pero tambien se notaba mas el sello de la miseria y del pesar; su tez de rosada trasparencia en otro tiempo; aunque algun tanto curtida por la vida nómada que llevaba, era entonces de palidez emfermiza; sus lábios antes de vivísimo coral habian perdido mucho; en una palabra, precisa era la gracia, la esbelta elegancia, de la configuracion de su cuello y espaldas, para que no se tomará en cuenta lo flaca que estaba. Ay! cómo podrán espresar mis lábios lo que sentia viendo aquel rostro de diez y seis años, marchito, descolorido, revelacion de contínuas privaciones y pesares! sí, amargo llanto brotaba á pesar mio de mis ojos!

—Muy demudada me hallas, no es verdad Martin? dijo Vascona adivi-

nando la causa de mi emocion... yo... yo te hubiera conocido al momento...

Luego dirigiéndose á Bamboche, y señalándome con la vista repuso:

—Qué espresion de bondad y honradez hay en su rostro, no?

—Esto me recuerda lo que yo decia á Claudio Gerard, al hombre á quien robamos, y que recogió á Martin en su casa, contestó Bamboche, sí, me recuerda que le dije: «Por lo que me decis de Martin, veo ya su rostro grave, bondoso, imágen de su carácter.» No me equivoqué, es cual yo me lo figuraba, añadió Bamboche mirándome fijamente; sí, eso es, un semblante que revela tanta lealtad vale mucho... inspira confianza...

—Tú.... dijo Vascona á Bamboche con singular acento de afeccion, reproche y melancolía, tú no has cambiado, todo se embota en tí..... nada

puede hacer mella en tu naturaleza de hierro...

—Nada... escepto Martin... escepto tú...

Vascona meneó la cabeza.

—Al veros á los dos he llorado..., como un niño; prosiguió Bamboche sin dar muestras de notar el movimiento de Vascona... ya se vé... vernos reunidos despues de tantos años de ausencia...

—Hallar en un mismo dia... á tí, me dijo Vascona tendiéndome la mano, y á ti! añadió dando á Bamboche la otra.

—No estás resentida conmigo ya? le preguntó Bamboche casi con temor.

—Acaso no debemos perdonárnoslo todo entre los tres! dijo con dulzura Vascona; mas presto brillaron cual chispa eléctrica sus ojos, sus lábios se contractaron, vagó por ellos

sarcástica sonrisa y añadió: Nosotros debemos guardar para otros nuestro ódio.

—Segun eso, hace mucho tiempo que no habias visto á Bamboche? pregunté á nuestra compañera.

—Sí..... tres años, contestó mi amigo sin atreverse á mirar á Vascona.

—Así pues, ignorabas que salia en los Funámbulos esta noche?

—No sabia que estuviese en Paris, y ni siquiera leí el cartel. Cuando volví á mi palco empezaba la zambra..... ardid preparado sin duda por esos silbantes de los palcos de junto á las tablas. Siento no haber tenido mas que tiempo para abofetearles.

—Le conociste en el palco?

—A quién?

—A Escipion... al vizcondito!

—Al rapazuelo del bosque de Chantilly? gritó Bamboche.

—Es verdad; repuso Vascona con sordo acento, dice bien Martin, era el vizconde.

—Sabias pues que estaba allí? le pregunté.

—No; embebida en mi papel, no pensaba en que existiese el tal vizconde, que á pensarlo y saber su presencia en el teatro, todo cuanto malo podia imaginarse, lo hubiera esperado de él...

—Y por qué? pregunté á nuestra compañera.

—Qué, le habias vuelto á ver desde la escena del bosque? añadió Bamboche no menos sorprendido que yo.

—Sí, porque pudiera creerse que, incomprensible fatalidad, me hace hallar al paso tan perversa criatura... repuso Vascona con ódio concentrado.... Volvíle á ver hará dos años... dos años há, me ví cual me he visto

hoy, ultrajada, humillada... del modo mas cruel... del modo mas horrible... de ese modo que tritura el corazon... las fibras del alma...

—Miserable!... pero díme, la pregunté; de qué nace tamaño encono contra tí?

—No lo sé.

—Ah! vizconde... vizconde... dijo Bamboche; ni tú ni tu padre me escapareis..... Yo te vengaré Vascona...

—De nadie necesito, dijo con fiereza la jóven, sé querer..... y esperar...

—Crees que Escipion te reconoció cuando le hallaste dos años há?

—No... como tampoco me ha reconocido hoy, estoy mas que persuadida de ello.... El instinto del mal y el acaso le habrán guiado..... Os digo... que hay fatalidades...

Pasó luego Vascona su huesosa ma-

no por la frente y repuso con acento de ternura suma:

—Y tú has sufrido mucho? Eres feliz ahora?

—Oiga! no habia reparado! esclamó Bamboche con doloroso asombro; tú... con librea!!

—Es verdad.... añadió tristemente Vascona, te ves reducido á tal estremo?

—Pardiez! nada mas sencillo... esclamó Bamboche con acento de cruel sarcasmo; este es una alma pura..... para él no hay condicion alguna bastante miserable..... lo mismo que tú, Vascona... tú has sido admirable conmigo... y...

—Olvidémoslo, dijo la jóven interrumpiéndole.

—Sí, olvidémoslo, repuso con amargura Bamboche, y con sentido cuanto grave acento que me llegó al corazon añadió:

—Ya lo oyes Martin, y sin embargo, he sido brutal, malo... implacable con ella...

—Todo esto pasó... contestó Vascona.

—Todo pasó, todo pasó como el amor que me tenias! dijo con desgarrador acento Bamboche.

—El amor!! repitió Vascona encogiendo los hombros, y sus facciones volvieron á tomar aquella espresion irónica, glacial, que tanto me hirió al verla desempeñar el papel de *génio del mal*. No lo oyes... Martin, me habla de amor... *á mi edad*... Ay, queridos mios... empecé tan jóven, que para el amor... para el amor tengo ahora... CINCUENTA AÑOS...

Los tres quedamos sumidos en penoso silencio... A pesar de su férreo cinismo, permaneció Bamboche aterrado cual yo, viendo á aquella jóven, tesoro de belleza, gracia, inteligencia

y génio, marchita ya para siempre en lo que hace brillar ó ambicionar belleza, gracia, inteligencia y génio....

—Tranquilizaos, nos dijo Vascona cogiéndonos la mano á Bamboche y á mí; en este corazon que han triturado una á una todas las miserias humanas, en este corazon en el que el amor feneció víctima de una degradacion precoz, quedará siempre *un rinconcito*, (como decia Bamboche en otro tiempo) de tierna amistad para vosotros dos..... Pero no olvidemos que Martin debe estar impaciente de saber lo que nos ha sucedido á ambos...

—Ay amigos mios! les dije; cuántas veces me preocupó este pensamiento: dónde se hallan? Qué es de ellos? y en particular, por cual siniestro incidente, desaparecieron la noche misma del dia en que yo fuí detenido despues del robo que hici-

mos en casa de Claudio Gerard? Estas han sido constantemente las preguntas que me dirigia yo á mí mismo, porque no podeis formaros una idea exacta de mi desesperacion cuando al llegar al punto en que nos habiamos citado....

—Sí, dijo Bamboche; al pié de una cruz de piedra, sita en lo alto de la cuesta del camino real...

—Pero ya que tú fuiste detenido, cómo pudiste ir por la noche al sitio de la cita?..... me preguntó Vascona.

—Gracias á la generosa confianza de Claudio Gerard; ya os lo esplicaré; llego pues á la cruz de piedra.... y qué veo? el pañuelito de Vascona y algunas monedas en un mar de sangre...

—Cuéntaselo todo; dijo Vascona á Bamboche, luego le contaré yo lo que me ha sucedido

—Acababa de embolsar el dinero de Claudio Gerard cuando nos diste la señal de alarma, repuso Bamboche, quise entonces ir á socorrerte.

—Pero yo se lo impedí; dijo Vascona, nos perdiamos sin salvarte, Martin, y me asaltó una idea...

—Anduviste muy acertada; Claudio Gerard nos hubiese sujetado fácilmente á Bamboche y á mí.

—Quién sabe... porque yo llevaba las pistolas.... repuso este.... estaba decidido... quizás hubiese habido un asesinato..... lo que sucedió fue mil veces mejor, aunque por poco dejo la piel..... seguí pues el consejo de Vascona... viéndote preso nos escapamos, escurriéndonos á lo largo de las matas de retama; hallamos al estremo del campo unos sarmientos, hago con ellos una cabaña y en aquel escondrijo nos agazapamos.

—Voy á esplicarte que proyecto e-

ra el mio, dijo Vascona; en primer lugar debiamos aguárdate en el punto convenido; sino parecias, ya no habia duda, quedabas detenido; en este caso queriamos recorrer toda la poblacion al dia siguiente, sea mendigando, sea cantando, y una vez instruidos de tu suerte, hubiésemos obrado en consecuencia.

—Pero el demonio lo enredó, repuso Bamboche.

—Sí, dije yo, el demonio ó el Anfisbena.

—Cómo lo sabes tú! esclamaron á una voz Bamboche y Vascona.

—Proseguid... amigos mios... proseguid.

—Pues bien, no te equivocas, respondió Bamboche, el Anfisbena lo enredó, pues como dice Vascona hay fatalidades muy raras.... Así pues de noche ya, y guiados por la intensa luz de la luna, fuímos á esperarte al

sitio convenido. Sentados al pié de la cruz de piedra, me entretenia yo en contar el dinero echándolo en el pañuelo de Vascona... No pasaba un alma por el camino; nos creiamos enteramente solos cuando una mano de hierro me agarra fuertemente por la nuca: Sálvate Vascona!

—Este fue su primer grito, dijo la jóven.

—El segundo fue una cosa parecida, si mal no me acuerdo, á: Ira de Dios! Y héteme forcejeando con todas mis fuerzas, á fin de desprenderme y coger una de mis pistolas, pero el pillo del Anfisbena...

—No me equivocaba, dije á Bamboche. El infame se habria estado escondido detras de la cruz de piedra.

—Preciso, prosiguió Bamboche. En la lucha, se apoderó de mis pistolas el bandido, en el momento mis-

mo en que yo acababa de amartillarlas, disparó y me hizo una herida en este lado; herida en la que cabe mi dedo pulgar (1). El como no me dejó muerto, lléveme el diablo si lo sé...

—Pero tú has vuelto á ver á ese miserable? le dije.

—Toma! hoy por hoy ha venido tres veces á buscarme..... No oiste que el portero me habló del *comandante* pues bien el comandante es él.

—Y tratas con ese miserable! repetí con acento de reproche.

—Si no viera mas que á ese. Qué quieres? Para con muchos pongo en práctica el olvido de las injurias... y de los pistoletazos á quema ropa..... Con la rociada que en mitad del pecho me descargó el Anfisbena, caí al momento... echó Vascona á correr

---

(1) Véase tomo primero, señas del llamado Bomboche.

gritando: socorro! asesinos!... y la pobrecilla se hallaba tan dominada por el espanto, que seguia corriendo sin saber á dónde iba.... Finalmente, durante quince dias estuvo loca la infeliz. Ella te contará lo demas, porque desde aquella noche fatal data nuestra primera separacion.

—Pobre Vascona, la dije cogiendo una de sus manos, y á tí Bamboche quién te salvó?

—Un buen traginero, pasaba por allí de vacio una hora despues... vióme bañado en sangre, casi muerto, á pocos pasos de la cruz y me levantó; echóme en el carro pensando trasportarme á una aldea que distaba cinco ó seis leguas, en la cual habia un cirujano. Pero al dia siguiente por la mañana, pasó una partida de gendarmes; contóles lo acaecido el carretero, me hicieron poner el primer bendaje á la herida, y me lleva-

ron al hospital mas cercano; sané, y como me ví precisado á confesar que no tenia padre, ni hogar, ni recursos de ninguna especie, mandáronme á pasar mi convalecencia á la cárcel por vagamundo.

—A la cárcel!...

—Sí, repuso Bamboche y allí permanecí hasta los diez y siete años. Ya comprendes que esto me acabó de perder, porque el desprecio y las durezas de *chirona*, no le hacen á uno sensible, mayormente cuando este uno es ya corrido, y la sociedad de ladronzuelos no acostumbra dar buena moralidad. Con todo, es preciso ser justo, algo bueno hay en la cárcel; con ser uno algun tanto ladron ó vagamundo, basta para que le lleven allí, donde recibe una educacion que jamás reciben la mayor parte de los muchachos pobres; en la cárcel se aprende á leer, á escribir, á contar, un

poco de dibujo y un oficio el que no lo tiene... se sale con algunos ahorrillos y hasta muchas veces, mira si se estímula, te colocan apenas salíste..... Sin embargo, yo no apreciaba cual debia las ventajas de mi posicion; quise al principio estrellarme los sesos en aquellas paredes; luego por reflexion quise estrellárselos á los demas, y al fin me resigné diciéndome: tengo trece años, me quedan tres de cárcel pasémoslos alegremente. Vas á no quererlo creer, aquellos tres años pasaron como un sueño, porque en cuanto inqué el diente á los libros, empecé á leer con frenéticas ganas de instruirme. Hacian de mí lo que querian; prometiéndome libros. Lo que yo leí no tiene igual; en dos horas hacia el trabajo de toda una mañana, con obgeto de consagrar lo demas del tiempo á la lectura. Me enseñaron el oficio de herrero

:

y batia el hierro como un Vulcano siempre con el fin de que me dejaran devorar libros. Por lo demas fuerza es que se me haga justicia, no contrage amistad alguna en la cárcel, no habia en mi corazon lugar para nadie; como era fuerte, tuve aduladores y los desprecié; como era malo tuve enemigos y arrostre su enemistad; pero amigos jamás; viví solo hecho breva en mi hiel. Porque han sido tantas las que he hecho..... bien lo sabe Sátanas no faltaban ocasiones. Ya conocerás lo que habia llegado á ser á los diez y seis años, mayormente si unes mis malos ódios, mi cruel incertidumbre sobre vuestra suerte y la violencia de mi amor á Vascona, que rayaba en locura muchas veces, pues entre aquellas cuatro paredes, la ausencia y mis recuerdos daban mas pábulo á una pasion harto ardiente de sí. Salí de la cárcel curtido en

el mal, y moralmente vencido cual árbol que vició el huracan.

—Ahora comprendo, dije á Bamboche, el terror que la cárcel inspiraba á Claudio Gerard. «Hacerte prender, niño infeliz, me decia cuando me cogió, es perderte, es depravar para siempre tu corazon.»

—Mucha razon tenia en esto Claudio Gerard, como la tenia en muchas otras cosas, repuso Bamboche, la mala inclinacion habia pegado y muy bien; al salir de la cárcel me recomendaron á un maestro en seguida. Mi senda trazada ya tenia un medio de ganarme el pan é inteligencia desarrollada por la instruccion. Con esto podia espichar de miseria como otros muchos..... mas tenia por lo menos cierta probabilidad de vivir honradamente; por desgracia era demasiado tarde. La vida de la cárcel me acabó de todo

punto; el trabajo me aterraba y todos mis brutales apetitos comprimidos por tanto tiempo, se revelaban contra mí. Entré no obstante en casa de un maestro cerrajero, que tenia una hermana viuda y muger de unos treinta y seis años, coqueta, retozona y con sesenta mil francos de fortuna. Si trabajaba poco en la tienda, en compensacion me pasaba las horas muertas lanzando requiebros, cantando canciones verdes, recuerdos de nuestro payaso y de Lebrelin, y haciendo ademas egercicios gimnásticos. Gracias á tan bellas seducciones, volví el juicio á la viuda; robéla cuando menos pudieron pensarlo; tiré la blusa y vivimos como unos señores. Esto no me impedia pensar constantemente en vosotros. Mi sola idea fija, era emprender un viaje en busca vuestra; pero se necesitaba tiempo, dinero, y la viuda guardaba

la bolsa; todo cuanto refiriendo voy es innoble, mi querido Martin, hubiera podido ganar cincuenta ó sesenta sueldos diarios trabajando como un negro, pero habia sufrido hasta entonces tanta miseria en la cárcel..... que vive Dios!..... mira, me cuesta mucho referirte tantas bajezas..... Llego á otra época que te gustará mas porque en ella... fuí casi enteramente honrado.... En esto pues, el acaso me hizo hallar á Vascona... tenia entonces trece años...

Dos golpes asaz rudos que hicieron retemblar la puerta de la habitacion, interrumpieron el relato de Bamboche; hizo un gesto de sorpresa é impaciencia, levantóse, pasó al recibidor y nosotros oimos las siguientes palabras que mediaron entre Bamboche y su interlocutor, este en la escalera y aquel detrás de la puerta que no abrió.

—Quién va?

—Yo, el comandante.

—Véte al demonio..... vuelve mañana por la mañana.

—Urge mucho.

—Lo mismo me dá.

—Es por el asunto de Roberto de Mareuil, vengo de parte de Lebrelin.

—Escuchadme bien, señor comandante, si no bajais al instante de grado las escaleras, salgo y os las haré bajar con tanta presteza, como permiten vuestras venerables canas...

—Pero señor capitan os repito que urge tanto que...

—Señor comandante!!! gritó Bamboche con atronadora voz y dando una vuelta á la llave, cual si fuese á salir.

Eficaz fué á no dudarlo la amenaza de Bamboche, porque cerró con llave la puerta diciendo.

—Por fin.....

Y volvió á donde nosotros estábamos.

—Conoces tú á Roberto de Mareuil? le pregunté así que entró chocándome lo que acababa de oir.

—Tengo *ese honor*... dijo Bamboche con sardónico acento; vaya un pillo!...

—El?... esclamé.

—Es nada lo del ojo...

—Estás seguro de ello?

—Me precio de inteligente y no te quepa duda.

—Luego nos ocuparemos de Roberto de Mareuil; dije á Bamboche despues de réflexionar un momento. Prosigue tu narracion.

—Yo lo haré por él, repuso Vascona porque él, esplicaria mal lo que hubo generoso y bueno en su conducta para conmigo.

—Dices bien Vascona, le contesté; habla te escuchamos.

LIII.

HISTORIA DE VASCONA.

UANTO mas fijaba la atencion en Vascona, tanto mas notaba en ella una elegancia de maneras, que no me habia chocado en un principio, y que me recordaba vagamente á Regina, pues yo no podia tomar otro *punto* de comparacion, habiéndose pasado mi vida cual se habia pasado hasta en-

tonces, en las condiciones mas ínfimas.

La revelacion del talento de Vascona, me habia causado mas admiracion que sorpresa; juzgábalo consecuencia, desarrollo lógico de sus tan eminentes, naturales dotes ya manifiestas desde su mas tierna infancia; pero la gracia, lo distinguido de esos menores ademanes que solo se adquieren en el gran mundo, cómo podia tenerlos Vascona? De qué modo se habia formado su lenguage, siempre correcto, discreto, selecto unas veces y elocuente otras?

Bamboche, con su cínica y zumbona verba, con su educacion de cárcel, nutridas por infinitas lecturas buenas ó malas, hablaba el lenguage que naturalmente adquirió, y sus ademanes bajos, su modo grosero ó violento, no desmentian en nada sus palabras; pero en Vascona, de

dónde procedia esa tan completa armonia, entre lo elevado de sus maneras y de su lenguage? Cómo habia podido perder hasta aquel punto las vulgares, innobles y obscenas lecciones de Lebrelin, el payaso y la tia Mayor, lecciones cuya enseñanza habia infectado su infancia?

Poco tardar debia en serme esplicado ese misterio, que con tamaño imperio me preocupaba.

—Vas á escuchar á Vascona, me dijo Bamboche, ya verás cuánto ha sufrido la pobre..... Comparada con la suya, tenia yo en la cárcel una existencia de sibarita.

—He sufrido siempre la desgracia con resignacion: dijo Vascona, pero la humillacion, el desprecio... el insulto, oh! han sido cosas que me han llegado al alma.

Despues de silenciosa pausa, Vascona prosiguió:

—Escúchame Martin, y verás que nuestro sino, diferente sin duda, se asemeja mucho en miserias.... Bamboche te ha dicho ya que al verle caer herido por el pistoletazo del Anfisbena, estuve á pique de volverme loca: huí precipitadamente gritando: socorro!... asesinos!... El Anfisbena me persiguió probablemente para matarme tambien, pero el espanto me dió alas, y escapándome de sus garras me interné en un soto donde perdió mis huellas el bandido. Muy vagas tengo presentes estas circunstancias, porque turbaba completamente mi razon el miedo; pasé la noche agazapada en el soto. Al amanecer salí y anduve sin direccion alguna, parece ser que encontré en el camino un boyero que llevaba su ganado á la feria de Limoges.

—Cómo? *parece ser qué hallaste?*..... dije á Vascona sorprendido

al oir esta espresion dubitativa.

—Digo, parece ser, querido Martin, porque tan solo muchos dias despues de aquel encuentro, salí poco á poco de la especie de alelamiento en que me habia sumido ver asesinar á Bamboche; entonces fue cuando supe por el boyero, los detalles de su encuentro con él; llamaria probablemente mi atencion el ruido de las campanillas que llevaban algunas de sus vacas, y me dirigiria hácia el ganado, acompañándole bastante trecho, haciendo algunos favores al boyero, por instinto puramente, y ayudando á los perros á conducir su ganado. Movíle á compasion, me tomó por una idiota de la cual se habian querido desentender, perdiéndola antes, y abandonándola en seguida; cuando llegamos á la posada me hizo dar una cena y una buena pajaza en el establo; al amanecer estaba ya

en pié, y á pesar de la nieve que á espesos copos caia, seguí valerosamente al boyero. Muchos dias pasaron de aquel modo, durante los cuales con creciente sorpresa de mi protector, disipóse poco á poco mi alelamiento; volvíame la razon y en fin, la víspera antes de llegar á Limoges, despues de pasar una noche sumida en profundo y pesado sueño, disperté completamente sana de aquella prolongada aberracion. Mi primer grito maquinal, y mirando en derredor mio fue: *Bamboche? Martin?*... Tan solo despues tuve una idea confusa de lo que me habia sucedido; en estremo admirada de hallarme sola, acostada en un establo... Entre este despertar de mi razon, y el instante del asesinato de Bamboche, existia una laguna que en vano procuré llenar; el boyero entró y me dijo:

—Vamos, en marcha, niña. Pre-

guntéle que queria, cómo me hallaba en aquel establo, y le conté, (salvo algunos detalles), la aventura que sin duda me volvió loca de terror. Aumentó la conmiseracion de aquel hombre honrado, y me dijo de qué modo me encontró, creyéndome luego una idiota abandonada; entonces supe que me hallaba por lo menos á cuarenta leguas del sitio en que fue asesinado Bamboche, pues yo le creia muerto, y á tí Martin, preso en el pueblo inmediato á la cruz. A pesar de la piedad que le inspiraba, no pudo el boyero llevarme consigo mas tiempo; su comercio le hacia ir de provincia en provincia, y una vez vendido su ganado, debia comprar mulos en los alrededores de Limoges.

—No quiero á pesar de esto dejarte en la calle, me dijo el buen hombre. La posadera del meson en

que ordinariamente paso la noche cuando voy de viaje, es una escelente muger; la pediré que te tome para ayudar á sus criadas, así mientras te salga otra cosa mejor, tendras por lo menos un asilo y pan. Llegamos aquella noche á uno de los arrabales de Limoges, y al meson en que paraba siempre el boyero; la dueña acogió bastante mal su peticion en favor mio; pero en fin consintió en recibirme. Permanecí algun tiempo en la posada, siendo criada de las otras criadas, comiendo lo que ellas dejaban y durmiendo en un rincon del establo. Creia que Bamboche habia muerto; cuarenta leguas me separaban quizás del sitio en que te perdí, mi querido Martin, y por dura que me pareciese mi situacion, en el meson de Limoges, no me atrevia á libertarme de ella para empezar de nuevo, sola, una vida

vagamunda cual la nuestra. Un mes hacia que habitaba en la posada cuando salí de ella por una singular aventura...

Y viendo que Vascona parecia titubear en proseguir, y que una tinta de tristeza se marcaba en su rostro la dije:

—Quizás te son penibles ciertas revelaciones.

—No, repuso Vascona sonriendo con aquella amarga y glacial sonrisa... no... todo lo contrario; evoco muchas veces tales recuerdos, juntos con otros muchos, ellos..... Dan nuevo ser á mi valor, á mi energía, á mi voluntad..... en ellos sorbo nuevas fuerzas para marchar sin descanso bácia el objeto á que llegar quiero... y llegaré, oh! sí, sí.... llegaré á él!

Chocóme la inflexible resolucion con la cual pronunció Vascona estas

últimas palabras, y no menos me chocó el siniestro brillo de sus negros ojos.

—Cuál es el objeto á que con tanto ardor pretendes llegar? dije á Vascona fijando al propio tiempo en Bamboche una mirada interrogadora.

—No lo sé, me contestó mi compañero; hace tres años que nos apartamos, y nunca me manifestó nada sobre el particular mientras vivimos juntos... no es cierto Vascona?

—Muy cierto, repuso ella.

Y despues de nuevo silencio prosiguió:

—Como dije, estaba de criada de las demas criadas en el meson, situado en la mitad de una cuesta rápida, por la cual no podian pasar los coches sino muy lentamente. Un dia en el que la helada escarcha de la noche, hacia casi de todo punto intran-

sitable aquella cuesta, hallábame yo sentada á la puerta del meson, cuando ví pasar primero un correo en librea roja con ricos galones de oro; precedia de poco trecho á varios coches pertenecientes, segun oí decir, á milor-duque de Castelby, gran señor irlandés, inmensamente rico, que viajaba con numeroso séquito. Habia permanecido durante dos dias en Limoges, y sus cocineros habian partido la víspera por la noche, con dos carretones atestados de provisiones, para ir á preparar su banquete en la poblacion donde debia pasar la noche.

—Qué lujo! esclamé yo.

—Esto no es nada, querido Martin, repuso Vascona, aquella misma mañana, otro carro que llevaba un ajuar completo y portatil, acompañado de un ayuda de cámara, se adelantaba á la comitiva de aquel alto y poderoso señor, quien hallaba de es-

to modo á su llegada en todas las posadas, varios cuartos amueblados con esplendidez y comodidad sin igual.

—Es cosa que no se acierta á creer... tanta prodigalidad...

—Ese tio sabia vivir; dijo Bamboche.

—Y qué dirás, Martin, cuando te hable de una especie de coche que terminaba el acompañamiento del duque de Castelby, y dentro del cual iban dos caballos ensillados (1) con sus palafreneros, porque podia muy bien suceder que monseñor tuviese la humorada de andar á caballo una parte de camino.

—Hacer viajar caballos en coche? Qué dices á esto Martin? me preguntó Bamboche.

Mas como yo miraba á Vascona fijamente, creyendo que ella abusaba

---

(1) No es un caso nuevo,

de mi credulidad, con sarcástico tono repuso:

—Sin duda que muy locas eran tales prodigalidades, pero el duque de Castelby gozaba, poco mas ó menos, de cuatro millones de francos anuales; y uno de los de su comitiva me dijo despues, que muchas veces habia visto en Irlanda, en los dominios de su señoría, familias enteras de labradores, permanecer largas horas *desnudos*, tendidas sobre la podrida paja de su cubil, mientras que la madre, ó una de las hijas lavaba en algun arroyo, los harapos de aquellos infelices... Qué quieres, mi buen Martin, á no existir estos contrastes, seria el mundo por demás monotono...

Tan escéptico sarcasmo en una jóven de diez y seis años, me desgarraba el alma á la par que me aterraba. Vascona prosiguió:

—Estaba pues sentada en un ban-

ce, á la puerta del meson, hecha toda ojos, por ver aquella procesion de soberbios coches que lentamente se acercaba, cuando súbitamente detúvose el primero; era el del duque, segun la órden dada á los postillones, por uno de los criados que sentados iban en el pescante. Al través de los cristales de la portezuela, ví dos ojitos azules, muy claros, cuya espresion jamás olvidaré, clavados en mí, solo apercibí los dos ojos, pues el rostro de la persona que me miraba con tamaña obstinacion, desaparecia casi enteramente oculto, por unas pieles y un gorro de viaje.

Todos los coches habian parado. Despues de algunos minutos y de muchas idas y venidas de varios de los que al duque acompañaban, quienes le hablan sombrero en mano desde la portezuela, ví á una muger de treinta años, poco mas ó

menos, de agradable y aristocrático rostro, apearse de uno de los coches, entrar en la posada, y preguntar por la mesonera. «Anda, vé á acompañar á esta señora á donde está la maestra, en vez de permanecer aquí hecha una boba;» me dijo una de las mozas cogiéndome rudamente por el brazo. «Esto es precisamente lo que deseaba, hija mia,» contestó la desconocida con acento ingles muy marcado, y luego cogiéndome de la mano, en tono mas cariñoso añadió: «Deseo hablar con el ama, acompañadme niña.» Acompañéla, quedóse luego ella encerrada con la posadera, y esta me dijo en cuanto salió: «Chiquilla, te recogí de limosna, no tienes camisa que ponerte siquiera, nadie sabe de donde vienes, no tienes padre ni madre; yo no podré mantenerte mucho tiempo, porque comes mas de lo que ganas. Esta señora te halla gracio-

J. Lozano d.y lit.o Lit.a de Ayguals.

silla, se compadece de tí; si quieres ir con ella, subirás en aquellos coches bonitos, y serás dichosa; decídete. Pero te prevengo, que si rehusas tan ventajosa ganga, mañana mismo te planto en la calle mas fijo que el sol.»

—Cómo podia una pobre niña en tu miserable condicion, rehusar oferta semejante? dije á Vascona.

—Así fue que no me lo hice repetir, me contestó, y sin embargo, al aceptar, se me partió el corazon, á pesar de que todo aquello me parecia lisongero sueño. La señora, que llamaré de aquí en adelante, Mad. Turner, me cogió de la mano, y teniendo entonces órden de no presentarme al duque de Castelby, me hizo subir en el coche en que ella iba; la hilera de carruages prosiguió su camino. Cuando me repuse un poco de mi estupor, miré en derredor mio; hallábame en

una pequeña berlina de cuatro asientos, ocupados todos, pues tenia á mi lado una negra jóven, cuyas facciones eran no disformes y aplastadas, sino de suma regularidad; su capa de viaje, dejaba entrever un trage de capricho graciosísimo, en sus desnudos brazos tersos cual ébano, brillaban brazaletes de plata. En frente de mí ví á dos otras jóvenes; una muy gorda, de deslumbradora blancura, tenia cabellos rubios, muy claros, tanto como sus azules ojos y las megillas muy sonrosadas; era esta una flamenca; en fin, la cuarta de rostro asaz vulgar, aunque bastante picaresco, llevaba una cofia en la cabeza, é iba vestida con el lujo de las ricas fruteras de Paris, cuando salen á paseo los domingos. *Catalina*, (así se llamaba), era en efecto una muger de *plazuela*. Tenia aspecto *descocado*, insolente, audaz, y como supe luc-

go, tomaba casi siempre su lenguage, en ese vocabulario, tolerado tan solo en el carnaval. Aquellas groserías no carecian de cierta chispa, y divertian mucho al duque de Castelby, quien muchas veces despues de beber, gustaba del cinismo de aquella descarada criatura, recogida por el mismo duque en una de las cloacas mas hediondas de Paris.

—Es imposible, dije yo; en nuestra época, semejantes costumbres! Ver esa especie de serrallo viajar en la comitiva de un hombre.

—Pobre Martin, es susceptible de admirarse aun, dijo Vascona á Bamboche.

—Nada Vascona inventa, y aun se queda corta, repuso Bamboche. Este milord duque ha existido. He conocido en la mas que mala sociedad en que vivo, algunos testigos ó cómplices de sus... *rarezas*.

—Qué quieres? Martin, repuso Vascona acompañando su frase con sarcástica sonrisa; nacen algunos todo-poderosos por su fortuna, por su clase, y tardan poco en cansarse de cuanto la vida ofrece; lo raro, lo nuevo, es para ellos una imperiosa necesidad..... Verdaderamente, solo aquel dia fue cuando ví á las criaturas que componian el serrallo del duque, pues en cuanto hube llegado al fin de mi destino, fué mi vida rara y aislada si las hay. En la parada siguiente mandó llamar milord-duque á mis Turner, dejóme sola un momento, pero volvió luego y me hizo seña de que la siguiese. Salí del coche-serrallo, y sola con mis Turner me instalé en una berlina, ocupada generalmente por el mayordomo y el secretario del duque de Castelby; pero aquella vez, tan importantes personages se colocaron como pudieron

en otros coches de la comitiva. En la primer poblacion por donde pasamos, me compró mis Turner lo necesario para vestirme con decencia. Viajé siempre sola con ella; en las posadas se nos servia á parte y dormia yo en su mismo cuarto. Muy reservada, muy silenciosa aquella muger, no contestaba mas que por monosílabos á todas mis preguntas, y sus respuestas en verdad impregnadas de suma deferencia, se reasumia poco mas ó menos á lo siguiente:—Tranquilizaos, señorita; monseñor os dará la educacion que daria á su propia hija.

—No conoceis la dicha que habeis tenido en que monseñor os viera.—No hay en la tierra señor mejor, ni mas generoso.

—Todo esto es muy singular, dije á Vascona.

—Mas de lo que imaginarte pue-

des, Martin; por lo demas así que hubimos llegado á la quinta del duque me abandoné completamente á las dulzuras de un bienestar tan nuevo para mí. La doncella de mis Turner me servia; la mesa del duque era de indecible suntuosidad y gusto, pero comiamos por separado. Mi salud deteriorada por las privaciones, florecia cada dia mas y mas; mis Turner se pasaba las horas muertas en ponderar mi creciente belleza diciéndome que dentro de algunos dias estaria desconocida; ocupaba un aposento amueblado con elegancia y lujo inconcebibles; salia todos los dias en coche con mis Turner é íbamos á un parque reservado en el cual yo podia correr y jugar á toda clase de infantiles juegos. Algunas veces tambien me hacia mis Turner montar en un jaquito muy hermoso, sumamente dócil, domesticado como un perro,

creó que la hija de un rey no pudo tener existencia comparable á la mia.

—Y no habias visto aun á milord-duque? la pregunté.

—No; solo tres semanas despues, me presentaron á él.

—Y por qué tardaban tanto en presentarte á él?

—Esperaban la llegada de varias cajas de vestidos que componian un ajuar magnífico, encargado hacer para mí en Paris, y en los talleres de las mejores modistas... Antes de proseguir debo decirte Martin, que mis Turner era una muger de finísimos modales, y que me habia siempre reprendido con dulzura suma sobre todas mis faltas de sociedad ó sobre las groseras frases, que tan familiares me eran. Me esforzaba todo lo posible, á fin de complacerla, en observar sus recomendaciones. La víspera del dia en que se me presentó al duque, mis

Turner me dijo: «Estais casi hecha una pequeña Lady tanto en modales como en maneras; me lisongeo de que monseñor quedará satisfecho, al ver que habeis aprovechado mis lecciones.» Llegó el dia de la presentacion. Si entro en algunos detalles sobre mi aliño, no es por coquetería, mi querido Martin, pero sí porque siguiendo la voluntad del duque, tenia todo él un carácter infantil muy marcado; mis cabellos separados en mitad de la frente, caian en gruesos rizos sobre mis hombros; llevaba desnudos los brazos y un vestido de muselina de las Indias, bordado, con un pantalon de igual tela; medias de seda caladas y zapatitos de raso negro; á puro oir á mis Turner ensalzar mi belleza, concluí por mirarme en un espejo de cuerpo entero que en mi cuarto habia, y confieso muy humildemente que me hallé en estremo linda.—A-

hora, me dijo mis Turner con su natural gravedad y prosopopeya, sacando una muñeca de un cajon. Aquí teneis una muñeca que monseñor os regala; será preciso darle por ella las gracias; estais?—Sí, mis Turner dije admirando aquel juguete, verdadera maravilla que no me atrevia á tocar.—Vamos, tomad la muñeca, repitió mi aya.—Pero, no vamos á ver á monseñor?—Sí, hija, allí vamos, pero monseñor desea que lleveis la muñeca.—Confieso que seguia á mi preceptora con no poca sorpresa.

Esta última parte del relato de Vascona, me derrotaba completamente, y en mi candidez dije á la compañera de mi infancia:

—Estos cuidados y la educacion que te daban, prueban al menos que aquel milord duque no era un hombre malo.

Miróme fijamente Vascona y soltó una carcajada tan sardónica, que me hizo estremecer.

—Antes de proseguir este relato.... mi buen Martin, y para que te prepares á oir cosas..... que apenas podrás creer, repuso Vascona; díme, conoces la aventura del rey Luis XV con la señorita Tiercelin?

—No... contesté, asaz sorprendido con tal pregunta, no sé cual pueda ser la aventura.

—Durante mi permanencia en Castelby, prosiguió Vascona, tuve proporcion de leer muchos escritos sobre el reinado de *Luis el muy querido*. Oye pues la aventura: Aquel buen rey paseando por Tullerías cierto dia, vió en el jardin á una niña que apenas contaba *once años*... oyes Martin, *once años apenas*... Era hija de un ciudadano de Paris llamado Tiercelin, el cual vivia de su hacienda;

encaprichóse el rey por la jóven y... la marquesa de Pompadour á fuer de rival indulgente, la hizo compartir el lecho real.

—Oh! esto es infame, esclamé lleno de sorpresa. Sin curarse Vascona de mi esclamacion prosiguió con su impasible sarcasmo:

—Luis XV, cosa muy rara por cierto, fue por espacio de dos años fiel á la jóven Tiercelin... Esta fidelidad asustó á los cortesanos y cortesanas, y á consecuencia de cierta aventura del duque de Choiseul la pobre niña y su padre, ambos á dos, fueron llevados á la Bastilla donde permanecieron durante catorce años.

—Por eso le apellida la historia, *Luis el muy querido!...* dijo Bamboche soltando una carcajada.

—La moral de esto, repuso Vascona, con su acento de amargo sar-

casmo, es que Luis XV era un nene comparado con milord duque de Castelby, y que para mí, hubiera sido mucho mejor, permanecer en un calabozo catorce años que vivir como viví en la opulenta casa de milord-duque.

Tal era la espresion de Vascona, cuando pronunció estas últimas palabras que no pude menos de esclamar:

—Segun eso aquel hombre te obligó por fuerza á quedarte en su casa?

—No... me contestó; quedéme voluntariamente.

Y como yo parecia no comprender esa contradiccion, mi compañera prosiguió:

—Antes de sacar á plaza la aventura de Luis XV creo que me hallaba en el momento de ser presentada á milord-duque; vestida lujosamente

y llevando en la mano la hermosa muñeca, regalo del lord, atravesamos primero una suntuosa galería y luego me dejó el aya en una sala con tamaño lujo puesta, que me quedé absorta de profunda admiracion. A poco apareció en el aposento entrando por una puerta oculta tras de las colgaduras, un hombre de mediana estatura, ginete en un caballo de madera, lindo y costoso juguete que por medio de un resorte tenia el movimiento que se le queria dar..... el personage representaba tener sesenta años; llevaba una peluca rubia hecha rizos, un gran cuello doblado sobre los hombros, y una chaqueta muy corta en cuyo estremo delantero habia un ojal que cerraba un boton del pantalon... en una palabra, iba el personage como un muchachito de mi edad... Para completar sin duda, la ilusion, soplaba con todas sus

fuerzas en una trompetilla de oja de lata. De aquel modo dió una vuelta por el aposento.

—Felizmente seria un loco! esclamé dando treguas á mi angustia.

—Un loco? repitió Vascona fijando en mí sus negros ojos y lanzando una mirada á Bamboche añadió... Sí, mi buen Martin... era... un loco...

Y despues de una pausa prosiguió:

—Milord-duque, porque era él, dejábase en efecto llevar algunas veces... por manías que rayaban en locura. Mi primer impresion, al ver aquel anciano, grotescamente vestido cual un niño de diez años, y jugando como un muchacho de aquella edad fué prorumpir en bulliciosa risa... Pero como esa risa no tuvo eco alguno en aquella siniestra soledad, pues milord-duque se habia apeado

y me tragaba con sus azules y saltones ojos, que chispeaban como carbunclos, destacándose de su rostro sanguíneo, tardé poco en tener miedo y lo que antes me pareció bufon, se volvió luego tan aterrador para mí que prorumpí en agudos gritos y sentidos sollozos. Precisas fueron las paternales palabras de milord-duque para devolverme la confianza... Cuando me vió tranquilizada, mudando en seguida de tono y sin la menor alusion al modo con que me recogió en la posada me dijo: «Me llamarás *Nana*, me tutearás, vamos á jugar... qué muñeca tan linda traes!.... Oh! yo tambien tengo juguetes bonitos!... ya te los enseñaré...» y Nana, par, y duque de Inglaterra, gozaba naturalmente en la sociedad de toda la consideracion debida á un nombre ilustre y á una fortuna colosal... Jugamos pues y Nana parecia estar muy

en los juegos infantiles. Esta fue mi primer entrevista con milord-duque, entrevista que duró tres horas; al cabo de las cuales nos separamos, y un criado me acompañó al aposento de mis Turner; aun me duraba la sorpresa cuando me hallé con el aya, y le pregunté me esplicase aquella rareza.—«Una vez por todas, me contestó Mis Turner, no hableis ni á mí ni á nadie de lo ocurrido, sino quereis perder la predileccion de monseñor.» Aquella primera escena infantil solo fue ridícula, pero un ridículo preludio de horrible.

. . . . . .

En efecto, en mi sencillez habiale dicho á Vascona: Este hombre es un loco..... Lo demas del relato que mi pluma rehusa trazar, me probó que aquel hombre era uno de esos mónstruos conducidos á hórridas monomanías, ya por la sociedad, ya por el

precoz abuso de todos los placeres que puedan suministrar inmensas riquezas, adquiridas sin trabajo desde la cuna.

. . . . . .

—Por lo demás, prosiguió Vasconna, mi aya mis Turner, pareciendo ignorar lo que pasaba, reservada é impasible, siempre curaba de mi educacion con una perseverancia, con un celo, resultado de su obediencia ciega á las órdenes de su amo. Mis Turner me enseñó á leer y á escribir; como era escelente música, cultivó y desarrolló mis naturales disposiciones; me enseñó á tocar el piano, á cantar, el dibujo, la historia, la geografía; aun cuando hubiera sido yo como decia ella, hija de milord-duque, no hubiese recibido mejor educacion.

—Lo que mas infame ahí es, dije yo, que una accion generosa en sí, sirva para llevar á cabo monstruosos

caprichos... es hacer que se desarrolle la inteligencia... y el mas execrable enlodamiento...

—En efecto, repuso Vascona mientras que una mitad de mi vida se pasaba en el estudio y en una especie de austeridad, porque mis Turner, no dejaba un solo momento su reservado método, la otra mitad de mi vida pasábase en un infierno... cuyo aterrador recuerdo me perseguirá hasta el sepulcro.

—Y no pensastes en huir? pregunté á Vascona.

—No lo queria yo; porque en aquella época, fue cuando por la vez primera, entreví el objeto que me he propuesto y al cual llegaré...

—No te comprendo; la dije.

—Escucha, Martin..... muy desgraciada me has visto no es cierto?... viste mi dolor cuando me arrancaron

de los brazos de mi padre moribundo... sabes cuán miserable, cuán ajada, cuán vilipendiada ha sido mi infancia..... hemos sido saltimbanquis, vagamundos, ladrones.... pues bien! á pesar de esa precoz degradacion... habia yo por lo menos conservado siempre en el fondo de mi alma algun remordimiento, cierta aspiracion vaga hácia una vida menos mancillada..... Recordareis aun la noche aquella de la isla...

—Oh!..... sí, la recuerdo, la recuerdo, esclamé.

—No abundan mucho tales recuerdos, dijo Bamboche..... y se guardan en la parte sana del corazon.

—Pues bien, repuso Vascona con creciente exaltacion, entonces me respetaba lo suficiente á fin de disculpar mi embrutecimiento y para ello me decia: La fatalidad y el abandono me han hecho lo que soy. Pe-

ro algun tiempo despues de estar en casa de milor-duque, fuí tan horriblemente *degradada* por aquel *mónstruo*; que llegué hasta el punto de perder todo remordimiento..... Mas tambien al paso que la educacion desarrolló mi inteligencia, sentí nacer en mí un deseo, una necesidad de vengarme que se acrecentó cada dia mas... y que ha llegado á ser una idea fija..... incesante. Desde aquel momento acepté todo el acibar de mi condicion con siniestro gozo..... Y trabajé prodigiosamente; todo el tiempo de que disponer podia, dedicábalo á instruirme y en adquirir en cuanto mis fuerzas lo permitian, todas las seducciones y distinguidas maneras, poderoso é inagotable manantial que sumistra las mayores seducciones á la muger. Milor-duque por un refinamiento de corrupcion diabólica, favorecia mi aficion al es-

tudio. Mandó á buscar para mí y mediante gastos enormes, un escelente profesor de canto y composicion, quién, digámoslo así, habia creado los artistas mas eminentes de la época y cuyas obras son populares ahora. Pero á propósito de ese artista, añadió Vascona sonriendo, sabe mi querido Martin, que era un hombre digno por todos conceptos de sumo aprecio, y como él me creia hija adoptiva del baron, le admiraba tanto mas por cuanto él mismo debia su fortuna á un ser misterioso» sentia en mí el fuego divino, me decia el artista, pero pobre, desconocido y sin recursos faltábanme los medios de estudiar, pues apenas podia comer; cierto dia llamó á mi puerta un desconocido y me habló en tales términos que me refirió minuciosamente los hechos de mi vida toda; el resultado de su visita fue asegurarme una

pension que me permitió entregarme al estudio; solo pude saber mas adelante que mi protector se llamaba: Just.

—Just... esclamó Bamboche interrumpiendo á Vascona..... es singular.

—Por qué? le pregunté yo.

—Un jóven pintor á quien conocí en mis prósperos dias, hombre ilustre en la actualidad, me dijo tambien que debia su fortuna á un ser misterioso que se llamaba Just.

—Será el mismo.

—Probablemente.

—Ya veis les dije que si es verdad que existen duques de Castelby tambien existen Justs... Loado seas Dios eterno!.... cuánto no daria yo para contemplar á ese grande hombre de bien!

—Con tan buen profesor hice rápidos progresos... trabajé sin descan-

so para llegar á esa venganza, norte de mis deseos..... quise poseer todas las seducciones, armas terribles contra esa raza, estúpida, ociosa é insolente ó infame, de la cual representaba milord-duque, la decrepitud; y Escipion la adolescencia!

—Empiezo á comprenderte Vascona, le dije.

—Pues bien, dejo á un lado las digresiones y prosigo mi narracion; poco me resta ya. Un acontecimiento imprevisto me hizo dejar la casa de milord-duque..... Murió este de repente y un sobrino suyo tardó muy poco en presentarse á recoger la cuantiosa herencia del tio. El nuevo dueño echó de la quinta á todas las mugeres..... Mis Turner no lo sintió porque habia reunido considerable peculio. Conservó su acostumbrada impasibilidad al verme cual

las otras en la calle, y por todos recursos, me regaló una guitarra y veinte francos diciéndome: «con un palmito como el tuyo, ese oro, y la guitarra, puedes ganar tu subsistencia en cualquiera punto.» Partí y viví con lo que sacaba de mis conocimientos musicales... á poco el acaso me hizo hallar á Bamboche, creí mi corazon muerto ya... y sin embargo al ver á mi compañero de infancia, esperanza, gozo y vida fascinaron mi alma.

—Cuando la hallé, dijo Bamboche, vivia yo con la *viuda* hermana de *mi maestro*, se supone que al momento dejé á la viuda.

—Sí dijo Vascona y mientras viví con él, trabajó asiduamente de herrero á fin de subvenir á mis necesidades, porque no queria el muy celoso que yo tocara la guitarra en los cafés...

—Es muy suyo, eso...

—Pero..... repuso Bamboche con sentido acento, ella no te dice todos los pesares de que yo la hice víctima durante aquel tiempo; ni mis brutales violencias para con ella...

—De qué sirve referir á Martin tan tristes recuerdos? dijo Vascona interrumpiendo á Bamboche, no tenias culpa en quejarte no de mi afecto... pero si de mi frialdad... es verdad que yo no amaba á otro.... pero no te amaba ya... como tú hubieses querido ser amado..... Al volverte á ver habia creido por un momento sentir renacer en mí aquel amor de la infancia... me engañaba; los sentimientos que salen de las leyes naturales no sobreviven.... harto raro es que duren tanto... Y ademas, Martin, el deseo de elevarme en el arte filarmónico embargaba todos mis sentidos, una voz secreta me decia que

solo con él llegaria á ese objeto, á esa venganza.... que entonces perseguia cual persigo en el dia, con fé ciega en el porvenir; los celos los reproches de Bamboche respecto al poco amor que yo le manifestaba, me afligian sobre manera; hubiera sido feliz mil veces si él hubiese aceptado como yo se lo suplicaba un cariño fraternal; pero sus exigencias, sus ímpetus coléricos se me hicieron insoportables, porque él sufrió muchísimo con mi frialdad y mis diarios tormentos, eran otros tantos obstáculos en la senda que seguir queria... Por esto, una noche...

—Cuando regresé de mi trabajo, repuso Bamboche interrumpiendo á Vascona... ella habia desaparecido... Y desde entonces... hasta hoy.

—Y que fué de tí durante ese tiempo? le preguntó con mucho interés nuestra compañera, dínoslo por-

que para mí, tú y Martin sereis siempre dos hermanos.... Cualquiera sea la situacion en que nos hallemos, no lo dudo, jamás faltaremos á los juramentos de nuestra infancia.

—Oh sí!... siempre !.... esclamamos á la vez Bambochc y yo.

Y ambos tomamos cada uno una de las manos de Vacona.

Despues de un momento de silencio, dije á Bamboche:

—Prosigue tu relato.

—Separado de mi querida Vascona, creí en un principio perder el juicio... Mira Martin, la amaba cual nunca he amado, cual nunca amaré... La prueba es que por ella habia sentido yo delicadeza, para mí desconocida..... y que me sienta como á un Santo Cristo un par de pistolas..... pues en lugar de trabajar como un energúmeno para sostener nuestro pequeño gasto, hubiera podido vivir

á espensas de la viuda... y juro á Dios! que desechó esta idea porque me parecia infame dar á Vascona dinero de tal procedencia... Por aquel entonces me hallé un dia de manos á boca con Lebrelin. Ah! zorro viejo! le dije... segun veo estás bien con tu pellejo todavía? Ah! pillo, me contestó; quisiste asarme en mi carri-coche? Vaya hombre y tú fuiste bastante tuno para no dejarte asar? no me admira en verdad; y la tia Mayor?... Era mas *tierna* que yo... bien lo sabes mala pieza... En cuanto á esa se asó como un pollito... El hombre pez se libertó tambien; pero el payaso se asfixió; algo es algo, repuso Bamboche y prosiguió: Lebrelin se hallaba establecido ya como negociante en juguetes; pero segun decia, era banquero para distraerse. Y lo entiende. Te perdono, le dije, no tienes mas que un carrillo chamus-

cado que eso poco es, pero vaya en gracia, olvidémoslo. Con qué me perdonas? hé!..... respondió Lebrelin y para probarte que tu clemencia me halaga, te convido á comer mañana; hablaremos. Tuve mucho cuidado en no faltar á la cita; el viejo marrullero me observó, trató de sondearme, me hizo garlar, y á los postres, entre el hueso y la aceituna como decirse suele me dijo: Escucha, hago de banquero y como tal, compro muchas veces por un pedazo de pan créditos muy legalmente exigibles, pero de difícil cobro, ya porque los acreedores se hallan ausentes, ya porque los tunos hallan medio de poner sus bienes á cubierto..... Hasta ahora, por falta de un sócio inteligente, no he sacado todo el partido posible de esos negocios. Sin embargo, hay mucho que ganar. Entre los varios créditos te citaré uno: he comprado en quin-

ce mil francos un débito de setenta y dos mil que debe un tal Roudeau, sujeto que tiene mas que suficiente para pagar; posee setecientos mil francos, con los cuales ha tomado pipa para Inglaterra, donde el pillo mantiene mucho boato y lleva muy alegre vida; nada legalmente puedo hacer, porque en este caso no hay estradiccion posible, pero empleando la *forzosa moral.*

—Cómo? supon amigo Bamboche, que yo te haga donacion de mi crédito, muy puesto en regla y muy válido... qué harias sabiendo que al otro lado del estrecho está un hombre que tiene con que pagarte holgadamente y que..... olvidaba esa circunstancia importante, es cobarde como una liebre?—Toma, no es difícil; le cogeria por las orejas y le haria que me pagara mal de su grado...

—No andas desacertado del todo, repuso Lebrelin, pero en Inglaterra como en Francia, se prende á los acreedores que se cobran á palos, mas no así á un acreedor que siguiese á todas partes á un deudor al cual dijera en público: Caballero, me debeis legalmente setenta y dos mil francos, rehusais pagarlos y sois un bribon; esto supuesto con tal pesadilla contínua, si no se logra nada se buscan otros medios y con tu cacumen... se hallan.—Cuánto me dais? pregunté á Lebrelin, y me comprometo en ocho dias á cobrar ese crédito?—Pago los gastos de tu viage, y te doy cinco mil francos..... vaya no pongas esos ojos... te daré diez mil... quieres? deja tu palo donde está..... te daré quince mil... los cobrarás en la casa del corresponsal donde pague el señor Roudeau.—Queda corriente por quince mil francos.—Partí pa-

ra Londres; y ocho dias despues tenia quince mil francos en mi bolsillo; apenas me ví dueño de tamaña fortuna dije para mi coleto! Es preciso que Martin disfrute de ella...

—Mi buen Bamboche!

—Claudio Gerard no lo quiso..... Aquel fué para mí un mal viaje..... doblemente malo... añadió Bamboche con sombrío ademan que me sorprendió.

—Y por qué doblemente malo? le dije viendo que permanecia silencioso.

—Porque no te hallé, Martin.... y luego...

—Y luego?...

—Maldita... casa de locos... murmuró á media voz.

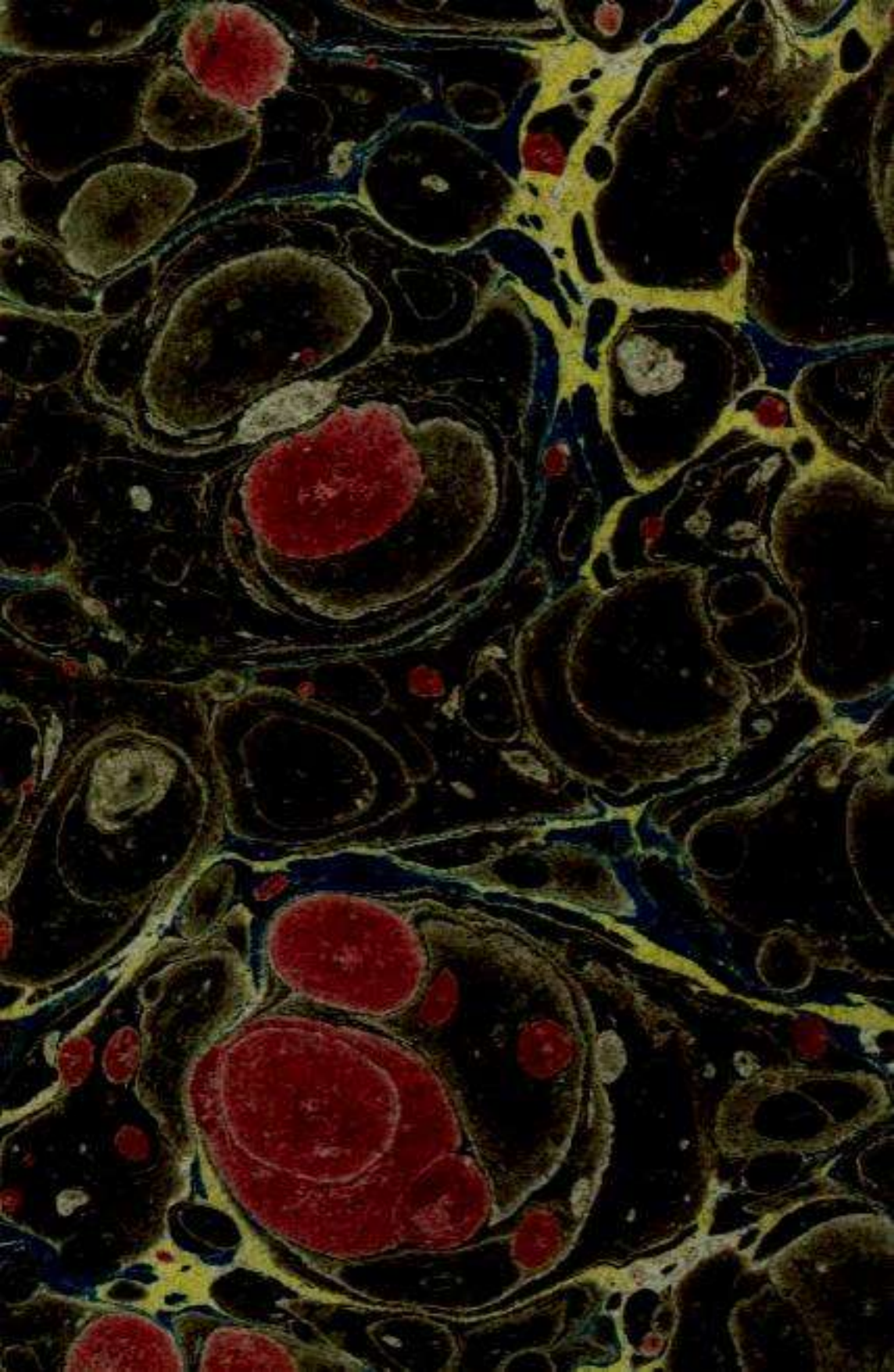
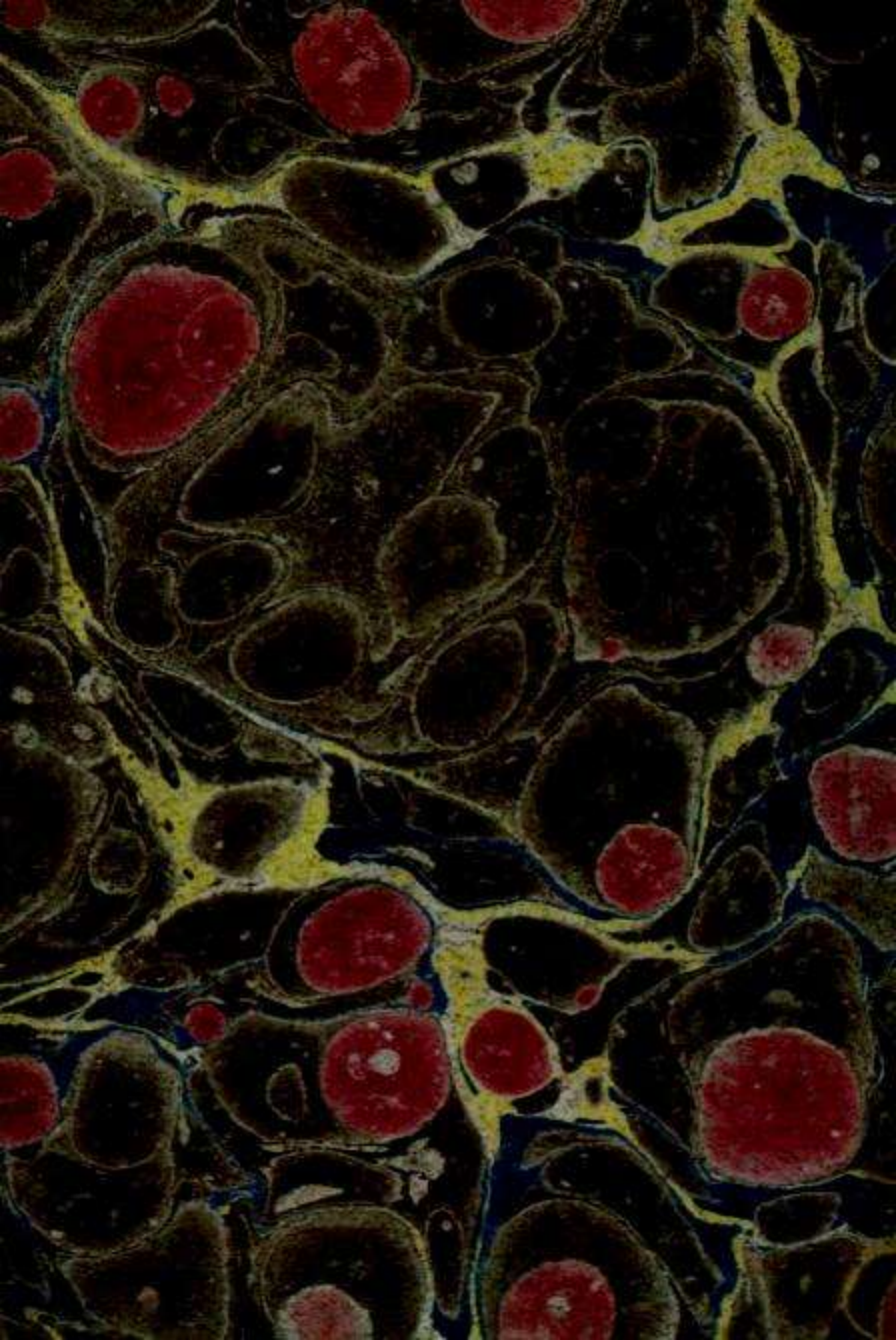
En aquel entonces me parecieron inesplicables aquellas palabras por lo cual dije á Bamboche:

—Esplícate.

—No, repuso estremeciéndose; en qué diablos voy á pensar? como Claudio Gerard no quiso, dejarte ver, volvíme á Paris, jugué y me hice dueño de muchos miles de francos, pero lo que en la ruleta me dió la roja, se lo llevó la negra; y de una fonda de la calle de Richelieu en que vivia, caí en otra pésima de la calle del Sena; allí durante algun tiempo, viví sobre el pais, teniendo duelos tras duelos; así la espada me daba de comer y el sable de cenar..... Olvidaba decirte que sumamente aficionado á la esgrima con las disposiciones que tenia *Bertrand*, el incomparable *Bertrand*, hizo de mí, no un tirador elegante, hábil, correcto, aterrador, cual á otros muchos; mi salvage natural no se presentaba, pero como zurdo que soy me enseñó un modo de tirar muy peligroso y certero. Esa reputacion ad-

quirida en un duelo en el cual habia ensortijado la tripa de un deudor insubordinado que pasaba por maton, me ayudó mucho para recobrar los créditos de Lebrelin; pero al fin, concluyóse la ganga y me dediqué al contrabando con el Anfisbena á quien hallé... viviamos en el callejon del Zorro, se echó la policía encima, quedéme de nuevo sin recursos; me vendí, jugué el precio de mi enganche, gané, y con las ganancias, puse un nuevo sustituto... seguí en suerte, volvió Lebrelin á tener créditos, me hago pasar por capitan, confiero á el Anfisbena el grado de comandante, y así me teneis ahora. Poseo cinco mil francos... estan para serviros, coged lo que querais. Me amancebé pocos dias há con la tuna que visteis en el teatro donde fuimos sin que yo leyese el cartel. Mme. Bambochio, que lleve el diablo, me habia dicho vamos

á los Funámbulos, y allí fuímos... he tenido dos dichas á la vez; que digo dos: tres, cuatro, porque os he hallado, y he abofeteado á Escipion y á su *digno* padre. Esta es mi confesion, dínos tú ahora Vascona, cómo entraste en el teatro?...

FIN DEL TOMO DÉCIMO.

UNIVERSIDAD DE CADIZ
3720904461